USA BESTSELLING AUTHOR MAY MCGOLDRICK

JAN COFFEY

CUARTA VICTIMA



TRES SUPERVIVIENTES NO PUDIERON ESCAPAR A SU DESTINO FATAL. SOLO QUEDA UNO...

USA BESTSELLING AUTHOR MAY MCGOLDRICK

JAN COFFEY

CUARTA VICTIMA



TRES SUPERVIVIENTES NO PUDIERON ESCAPAR A SU DESTINO FATAL. SOLO QUEDA UNO...



CUARTA VÍCTIMA

Fourth Victim



JAN COFFEY

with

MAY MCGOLDRICK

Book Duo Creative

Si disfrutas con *Cuarta Víctima*, por favor, comparte tu opinión dejando un comentario o ponte en contacto con los autores. Muchas gracias.

Cuarta víctima (Fourth Victim). Derechos de autor © 2014 de Nikoo K. y James A. McGoldrick.

Traducción al español © 2026 por Nikoo y James A. McGoldrick

EDITOR ESPAÑOL - Isabel Torres-Carrilho

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative LLC, c/o McGoldrick, Camino El Molino, Dana Point, CA 92624 USA

Contacto : www.MayMcGoldrick.com

SIN ENTRENAMIENTO DE IA: Sin limitar de ninguna manera los derechos exclusivos del autor [y del editor] en virtud de los derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para «entrenar» tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para generar texto. El autor se reserva todos los derechos para autorizar usos de este trabajo para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos de lenguaje de aprendizaje automático.

Publicado por primera vez por Mira books, 2004.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Nota de edición
Nota del autor
Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

A Linda, Shannon, Arhonti, Karen, la Dra. Hafti y todas las demás personas maravillosas del Centro de Radioterapia Hunter del Hospital Yale-New Haven.

Gracias por su excelente atención, por su compasión… y también por ser tan fieles seguidores de nuestros libros.

Dedicamos este libro a las mujeres y los hombres que en este momento están recibiendo tratamiento contra el cáncer de mama… y a los millones de supervivientes.

Hay una gran esperanza. Sigue viviendo.

Prólogo



Abril de 1982

La brillante luna del desierto iluminaba kilómetros de matorrales de pino y yuca a ambos lados de la autopista. Las bengalas y un agente canalizaban el tráfico nocturno de la Interestatal 10 hacia un solo carril, y tres ambulancias, tres coches de la policía estatal, una grúa y el coche blanco y negro del sheriff local bloquearon el resto de los carriles en dirección oeste, creando un espectáculo de luces que podía verse hasta Albuquerque.

Unos cuantos turismos y camiones pasaron arrastrándose mientras los conductores miraban boquiabiertos los restos de la furgoneta que yacía con las ruedas en el aire junto a un tramo destrozado de la barrera metálica. Cien metros más arriba, un camión de dieciocho ruedas estaba parado en el arcén de la carretera. El conductor, conmocionado, estaba sentado en el estribo de la cabina haciendo declaraciones a un agente. La noticia del accidente ya estaba en la emisora local, aconsejando a los viajeros que tomaran rutas alternativas.

El humo acre de las bengalas quemaba los ojos de todos mientras trabajaban. Los fragmentos de vidrio cubrían la carretera y

crujían bajo los zapatos de los socorristas que intentaban sacar a los pasajeros de la furgoneta.

Ya había una víctima mortal, que ellos supieran. Un niño pequeño salió despedido del coche cuando la camioneta volcó repetidamente antes de detenerse. Sin sillas de seguridad. Ni cinturones. La mujer de mediana edad que conducía había quedado inconsciente cuando la sacaron en ambulancia hacia Deming momentos antes. Los otros tres pasajeros del asiento trasero eran menores. Un bebé metido entre dos jóvenes adolescentes.

Pasaron unos minutos más antes de que los equipos de rescate consiguieran retirar el asiento que había atrapado a los niños en el coche. El policía estatal que había llegado primero al lugar de los hechos se hizo a un lado mientras dos paramédicos sacaban del coche al bebé que lloraba y al adolescente. Colocaron al chico con cuidado en una camilla y ataron al bebé a un portabebés especial. Algunos cortes y magulladuras. Ninguno de los dos parecía gravemente herido, solo alterado. El mismo policía había sacado al conductor.

Se agachó y encendió la linterna. La última pasajera era una niña de unos diez u once años.

"Ahora todo irá bien", dijo con calma. "Volverán para sacarte en un minuto."

Con el coche boca abajo, estaba torcida de lado. Pero sus ojos verdes estaban abiertos. Brillaban a la luz. Sin gritos, sin gemidos, sin quejas. Ninguna respuesta a la sangre que manaba del feo corte de su frente, empapaba su corto y rizado pelo castaño y corría por su pálido rostro.

El policía sintió un golpecito en el hombro cuando otro paramédico acudió a por la chica. Cuando se levantó, una brisa

fresca sopló desde el desierto, mezclando el olor a pino con el olor a gasolina del vehículo volcado.

"Herida en la cabeza, posible conmoción cerebral. No responde", llamó el primer hombre, arrastrándose hacia el interior del vehículo. Otros dos que traían una camilla llegaron al coche.

El agente tocó las letras BDM estarcidas bajo una media luna dorada en la destrozada puerta del conductor y rodeó el coche. Con la linterna encendida, buscó en la guantera algún documento que pudieran haber pasado por alto. Ya habían encontrado los papeles del coche, pero el conductor no llevaba bolso ni documento de identidad.

"Con cuidado." Dos de los paramédicos estaban sacando a la niña. El agente se apresuró a ayudar al otro a acercar la camilla. Los ojos verdes seguían abiertos y, mientras los trabajadores la colocaban en ella, la chica lo miró fijamente y dijo algo en voz baja.

Se acercó más. Su rostro estaba mortalmente blanco. Volvió a susurrarlo.

"…¡llévame!"

"¿Qué dijiste, cariño?", le preguntó, arrodillándose mientras le ponían las correas.

"Llévame lejos. Por favor. Llévame."

Le puso la mano sobre los dedos helados. "Te van a llevar a un hospital. Estarás como nueva en poco tiempo."

Empezó a temblar y a forcejear contra las correas. "No me dejes aquí."

"Estarás bien. Todo saldrá bien." Intentó aferrarse a ella, pero los paramédicos la llevaron a toda prisa hacia la ambulancia.

Se quedó mirando mientras se cerraban las puertas traseras. Un momento después, las sirenas empezaron a sonar y la ambulancia se alejó.

La furgoneta procedía de las instalaciones de un grupo religioso dirigido por el reverendo Michael Butler. La Butler Divinity Mission —formada en su mayoría por mujeres y niños y algunos jubilados— vivía y trabajaba en un rancho de doscientas acres a poco más de media hora al sur de aquí. Interrumpiendo sus pensamientos, el capitán del cuartel de Deming lo llamó desde su crucero.

"Despacho dice que no hay respuesta en el rancho del reverendo Butler", dijo el capitán. "Quiero que vayas allá y les informes del accidente. A ver si puedes conseguir que el reverendo o uno de sus diáconos vaya al hospital de Deming. También necesitaremos a alguien que identifique al chico fallecido. Llévate a Mac contigo."

Diez años mayor, con nueve años de antigüedad, Mac era un veterano comparado con los recién graduados de la academia que trabajaban en el recién construido cuartel de la Policía Estatal en Deming. El suroeste de Nuevo México estaba creciendo, y el cuerpo crecía con él.

Condujeron en silencio durante un rato antes de que Mac empezara. "Oí que acabas de volver de tu luna de miel."

"Sí. Hoy fue el primer día de vuelta al trabajo."

"¿Adónde fueron los tortolitos?"

"Al este. Allá es donde está la familia de Anne."

"¿Familia grande?"

"Tiene tías, tíos y primos como para llenar un estadio de fútbol." Sonrió. "Y solo hablo de los que conocí durante los diez días que estuvimos allí."

"¿Quieres hablar de familias numerosas? En mi primer año en el cuerpo parecía que cada maldito coche que yo paraba era de algún primo mío, o del vecino de un primo, o de la novia del primo del vecino de un primo."

Mac tenía una historia para cada cosa, y siguió divagando mientras tomaban la salida de la autopista.

El joven policía ya había oído muchas de las historias del oficial, pero disfrutaba oyendo las de la familia. Todo lo que podía juntar de su propio pasado no daría para más de cinco minutos de conversación. Un padre que huyó cuando él era demasiado joven para recordarlo. Una madre que siempre estaba trabajando para llegar a fin de mes. Sin hermanos ni hermanas, sin tíos ni primos. Desde luego, nada de reuniones familiares. Su madre nunca hablaba de sus padres, y él nunca había preguntado. Un día se quedó dormida al volante cuando volvía a casa de un trabajo de turno nocturno. Cuando la llevaron al hospital, había muerto. Era demasiado tarde para preguntar nada.

Había sido un solitario hasta que se enamoró de Anne. Ella lo había satisfecho en más sentidos de los que podía expresar. Después de ver lo que se había estado perdiendo toda su vida, tener una familia numerosa era algo que le hacía mucha ilusión para los próximos sesenta o setenta años de matrimonio.

"Tu Anne debe extrañar un poco a su gente sin ninguno de ellos cerca."

"No sé. La mantengo bastante ocupada."

"Lávate esa maldita sonrisa de recién casado de la cara o voy a pedir que te la extirpen quirúrgicamente", amenazó Mac. "Además, espera unos años. Todo eso cambiará. Créeme."

"No lo creo."

"Bueno, me refería a cuando tu dulce culo está en el trabajo, galán. ¿En qué se entretiene ella?"

"Anne tiene su propio trabajo", respondió.

Mac respondió a una llamada de la central y le comunicó su destino antes de continuar con la conversación. "Mierda, y yo que

les decía a todos que habías robado la cuna. Esa chica parece que todavía está en la escuela."

"Se graduó el pasado mayo. Tenía un trabajo esperándola."

"¿De verdad? ¿Dónde?"

Al llegar a un buzón de gran tamaño pintado con colores vivos, el policía se desvió de la carretera estatal por un camino de tierra.

"Departamento de Servicios para la Infancia y la Familia."

"Los dos bebiendo del mismo comedero público de Nuevo México. Así se hace, amigo."

"Hey, ella trabaja duro."

"Lo sé", dijo Mac con seriedad. Sacudió la cabeza. "Los Servicios Familiares son duros. Delincuentes juveniles, casos de asistencia social, padres borrachos, malos tratos. Tendrá mucho trabajo con ellos. No le envidio nada."

"En realidad, Anne tuvo suerte. Trabaja en un nuevo programa que están probando con un buen número de adolescentes en grupos de prueba en todo el estado. Es una especie de..." Redujo la velocidad del coche y dirigió el foco hacia la maleza a la derecha de la carretera. Le pareció ver algo, o a alguien, que salía de la oscuridad y volvía a desaparecer entre la maleza rala.

"¿Qué fue eso?", preguntó Mac.

"¿Tú también lo viste?"

Mac miró el descampado a su derecha, por donde había desaparecido la figura. No había más coches en la carretera. No había más luces que las del coche patrulla. Ni casas. Ni nada.

"Te digo una cosa. Esta zona me ha asustado desde que era niño. Todas esas historias sobre fantasmas que rondan estas colinas. Indios y españoles y Dios sabe qué más."

"Vamos, Mac. Eso es pura patraña." El joven agente apagó el foco y pisó el acelerador. "Esas son solo historias para asustar a los

niños pequeños.”

“Y supongo que no crees en fantasmas.”

“No creo que nadie en sus cabales, de más de cinco años, lo haga.”

“¿En serio?” resopló Mac. “Bueno, algunos sí. De todos modos, así fue como este tipo Butler pudo hacerse con ese rancho y con toda esta tierra por una miseria.”

“Bueno, lo haya conseguido como lo haya conseguido, que alguien lo use para una buena causa es mejor que tenerlo vacío y abandonado.”

“Eso es lo que sigo oyendo.” Mac se volvió hacia él. “¿Lo conoces?”

“No personalmente.”

“¿Has estado aquí antes?”

“No, pero algunos de los chicos de Anne se alojan en la Misión, así que ella los visita con bastante regularidad. No puede decir suficientes cosas buenas sobre el lugar y el reverendo. Lo llama el Padre Mike.”

“Cuidado ahí, amigo. Así es como empieza.”

“¿Qué empieza?”

“El imán de las chicas.” Mac sonrió de forma maliciosa. “Se dice que la Butler Divinity Mission está repleta de mujeres. Mujeres jóvenes. Mujeres guapas.”

"Y niños", respondió el joven a la defensiva. "Niños cuyos padres tienen mierda por cerebro. Estas mujeres vienen aquí porque no tienen otro lugar a donde ir. Huyen por sus vidas, algunas de ellas."

"Sé cómo va eso", admitió Mac. "¿Te he hablado de ese perdedor con el que sale mi hermana Adele?"

Mac se lanzó a un relato enrevesado sobre cómo su hermana pequeña estaba ciega ante los defectos de un tipo y sus planes de

irse a vivir con el asqueroso. El joven policía perdió el interés por la historia cuando cruzó la cresta de la colina sobre el complejo de la Misión. El paisaje plateado brillaba bajo la luna llena. En el valle de abajo, un puñado de edificios se encorvaban, dando la apariencia de un pueblo de juguete. Había un estacionamiento con una docena de coches en el lado sur de un edificio de adobe con una cruz en lo alto. Un viejo molino de viento, la estructura más alta del paisaje, se alzaba a dos dedos de distancia. A excepción de unas pocas luces en la distancia, la Misión estaba en total oscuridad. Una nueva valla rodeaba el grupo de edificios, pero la puerta estaba abierta de par en par.

"Debe de ser más allá del toque de queda", comentó Mac, girando en su asiento mientras pasaban junto a un cartel de madera pintado a mano que les daba la bienvenida a la Butler Divinity Mission, Rev. Michael Butler, Pastor. "¿Dijiste que tu esposa viene mucho por aquí?"

"Sí. Casi todos los días. De hecho, creo que se pasaba por aquí esta tarde."

"Esta es la peor parte del trabajo", dijo Mac mientras bajaban la colina hacia el recinto. "Llevar a la gente malas noticias a todas horas de la noche."

"Nada de perros", murmuró el joven agente al detenerse junto al primer edificio. "Anne dijo que tenían un montón de perros aquí para los niños."

Otro cartel pintado a mano animaba a los visitantes a registrarse en la oficina de la Misión.

Permanecieron sentados en silencio durante unos segundos. No había nadie. No se había encendido ninguna luz en ninguno de los edificios. Incluso la radio del crucero estaba en silencio por primera vez desde que salieron.

"¿Qué te parece si hacemos el trabajo y nos largamos de aquí?", dijo Mac en un intento de sonar alegre.

Ambos salieron y se acercaron a la oficina. Mac llamó a la puerta mientras el joven agente miraba detrás de ellos los edificios oscuros. El silencio era total. Esperaron unos segundos, y esta vez Mac llamó, se identificó y volvió a llamar. Todavía nada.

La puerta no tenía cerradura, así que la abrió de un empujón. La puerta se balanceó ruidosamente sobre unas bisagras oxidadas. El interruptor de la luz estaba justo al lado de la puerta y Mac lo encendió. Una única bombilla se encendió. En el despacho había dos mesas desordenadas y un archivador de cuatro cajones cerca de una ventana.

"Es bueno tener un trabajo de nueve a cinco", comentó Mac.

"Creo que es el único teléfono del lugar." Lo tomó. Había tono de llamada. "Bueno, funciona, de todos modos."

Mac asintió y los dos salieron de la oficina. Caminaron por un sendero de grava, observando los oscuros edificios. No había señales de vida. Intercambiaron una mirada.

"Tu conjetura es tan buena como la mía", dijo el joven agente. "¿Por dónde empezamos?"

Había tres edificios de una sola planta que parecían dormitorios a ambos lados del sendero. Al final del camino había un edificio de adobe más grande que parecía ser la capilla.

"Tú toma esa puerta, y yo tomaré esta. Golpeamos hasta que consigamos una viva. Ve. Yo te cubro."

No muy lejos, el inconfundible aullido de un coyote atravesó la noche y erizó el vello de la nuca del agente. Miró por encima del hombro y vio que su compañero ya estaba preparado para llamar a la primera puerta. No hubo respuesta en ninguno de los dos edificios.

"¿Estás seguro de que esta gente no está de vacaciones de primavera o algo así?", le llamó Mac mientras caminaban hacia el siguiente edificio.

"Si no hubiera visto esas señales, ni siquiera estaría seguro de que estamos en el lugar correcto. Esto empieza a parecer el decorado de una de esas películas del oeste de Hollywood."

"Sí, un pueblo fantasma", dijo Mac.

"Solo necesitamos un saloon con un esqueleto de cantinero." Llamó a la puerta de al lado y, al no oír respuesta, apretó la cara contra la ventana. La oscuridad total fue lo único que le recibió en el interior.

"¿Qué tal un perro cojo?"

"No recuerdo eso en ninguna película." Miró a su compañero por encima del hombro.

Mac se estaba acercando a algo. Junto a la esquina del edificio, un perro negro le gruñía al agente. Antes de que Mac pudiera alcanzarlo, el animal se alejó cojeando en la oscuridad, arrastrando una pata tras de sí.

Se apresuró a acercarse mientras Mac retrocedía. Los dos hombres se asomaron a la oscuridad que les rodeaba, con las manos en las pistolas.

"Esto no me gusta, chico. Ve a pedir refuerzos."

El tono había cambiado. Antes de que pudiera dar un paso, vio que el hombre mayor tensaba la mirada y se dirigía hacia otra forma oscura en la sombra del edificio de la iglesia.

Mac se volvió hacia él. "Diles que vamos a necesitar ambulancias."

El agente llegó al coche en cuestión de segundos. Mientras transmitía la información por radio, vio a Mac dirigirse a la puerta de la capilla. Sacando su arma, Mac abrió la puerta de un tirón.

Se quedó quieto un momento y luego retrocedió tambaleándose.

El agente sacó su propia arma y corrió hacia el edificio. No había oído ningún disparo.

"¿Estás herido?"

Incluso en la oscuridad de la noche, pudo ver que la cara de Mac se había vuelto blanca como la tiza. El hombre mayor se apoyó en el edificio y un extraño gruñido escapó de su garganta. "No entres ahí."

El joven agente dirigió la linterna hacia su compañero. No había herida de arma blanca. No había sangre. Dirigió la luz hacia la puerta.

"No. No quieres verlo."

Estaba llorando. Mac estaba llorando. Incapaz de contenerse, el agente dio un paso hacia la puerta abierta. Inmediatamente, su mirada se fijó en las velas que chisporroteaban junto a un púlpito en el extremo opuesto del edificio. De una mesita situada junto a la puerta salía humo de incienso. El olor era asquerosamente dulce.

El haz de su luz destelló en la iglesia. Cuerpos. Justo dentro de la puerta. Tres cuerpos vestidos con túnicas rojas. Yacían en el suelo. Las piernas de una mujer se extendían a lo largo del umbral. Sus ojos estaban abiertos.

El agente avanzó. Había más. Había velas blancas encendidas y apagadas. Yacían junto a los cadáveres. Sintió que la sangre se le escurría de la cabeza mientras miraba las decenas de cuerpos sin vida. El cuerpo de un hombre vestido con una túnica blanca yacía en el altar, detrás del púlpito.

El olor de la muerte le golpeó, paralizándole. Se oyó a sí mismo decir que no era real. No podía ser real.

No se dio cuenta de que se le había nublado la vista hasta que las imágenes que tenía delante se enfocaron con nitidez. Proyectó su

luz sobre los rostros.

Entró en la iglesia con paso inseguro. Apenas podía respirar. Alumbrando a los pies del púlpito, vio una pila bautismal. Había vasos de papel sobre una mesa y una papelera a su lado, también llena de ellos.

A medida que se acercaba al púlpito, tenía la sensación de que el aire se movía a su alrededor. Pensar en espíritus atrapados tras las puertas cerradas le detuvo en seco. Podía sentirlos a su alrededor, arremolinándose en el aire de color ámbar como volutas de humo. Un ligero toque en el hombro le hizo volverse, y su linterna se abrió paso en la oscuridad. Nada. La caricia de una mano pequeña en su muñeca. Miró hacia abajo. Nada.

De repente, no podía respirar. Una presión en el pecho, como una enorme mano enguantada, le estrujaba el aire de los pulmones. Tiró del cuello de la camisa mientras jadeaba.

¿Cómo podía ser todo esto real? La negación se apoderó de él. Era mentira. Tenía que serlo. Lo estaban montando. No podían estar todos muertos. Entonces sintió la bilis subiendo a su garganta. Tenía que salir. Se volvió hacia la puerta, pero no podía verla. La linterna se agitaba salvajemente en todas direcciones. A lo largo de las paredes, el suelo estaba cubierto de cadáveres con túnicas rojas. Había más de ellos alrededor del púlpito.

Una mano le agarró el codo. No podía girarse para mirar. Tenía que salir. Podía sentir cada dedo presionando la carne a través de su camisa. La mano tiraba de él, le obligaba a retroceder hacia el púlpito, hacia la pila bautismal. El pánico se apoderó de él y trató de soltar el brazo. Los dedos parecían tenazas de acero que le cortaban la carne.

Aun así, no podía girarse. Las imágenes de los muertos se alzaban frente a él, danzando como espectros macabros en algún

sueño horrible. Las paredes parecían ondear como si fueran de goma. No había aire por ninguna parte.

Tenía que salir. Tenía que llegar a la puerta. Pero sentía las piernas como si le hubieran atado sacos de arena a cada tobillo. Avanzaba a duras penas, sin que pareciera progresar. Las pinzas que le mordían el brazo estaban a punto de cortarle el hueso. El dolor era tan intenso que temió perder el conocimiento. Finalmente, se giró y miró a su captor.

Nada.

Intentó avanzar de nuevo hacia la puerta. Su bota tocó una mano y se detuvo, iluminando con su luz a la mujer muerta.

Anne.

Capítulo Uno



Junio de 2004
Veintidós años después

EL CENTENAR de espectadores que animaban a los niños sudaban a mares en los asientos de aluminio de las gradas que se extendían a lo largo de las descoloridas baldosas blancas de la piscina cubierta. Padres, abuelos y amigos de la familia se turnaban para dar ánimos mientras las cámaras de fotos y de video intentaban captar cada brazada de la docena y media de niños de tres y cuatro años que chapoteaban ruidosamente a lo ancho de la piscina. El día de la graduación en la clase de natación de nivel patito había congregado a todas las familias.

El club de salud situado en la carretera estatal entre Errol y Colebrook era un lugar muy popular cada primavera, que atraía no solo a gente del norte de New Hampshire, sino a familias de Vermont, Maine e incluso de la provincia de Quebec para las clases de natación. Los gerentes sabían aprovechar las ventajas de tener la única piscina cubierta de la zona.

Durante los últimos dos meses y medio, tres veces por semana, Kelly Stone había estado trayendo a su hija Jade hasta aquí con un

único propósito: socializar. La niña ya era una nadadora competente, gracias a haber sido criada en un lago por una madre nerviosa. Kelly se había asegurado de que Jade aprendiera a nadar al mismo tiempo que daba sus primeros pasos. Las lecciones carecían de importancia. Mezclarse con otros niños, hacer amigos, saber actuar y hablar y jugar como una niña... esa era su razón para venir. Aunque tenía poco más de tres años y medio, a Jade no le gustaba demasiado ser una niña. Nunca lo había sido. Pero, ¿qué se podía esperar cuando la pequeña estaba constantemente rodeada de adultos?

Kelly era propietaria y vivía en una posada reformada escondida en los bosques de New Hampshire. La clientela estaba formada en su mayoría por parejas jóvenes, anticuarios y alguna pareja o trío ocasional de cazadores de lujo. Ciertamente, el pequeño grupo de personas que trabajaba en la posada Tranquility Inn no tenía experiencia en el trato con niños, por lo que Jade no era tratada como tal. Sus vecinos más cercanos eran los grupos de cabañas del otro lado del lago. Vacías la mayor parte del año, solo estaban ocupadas durante los meses de julio y agosto por uno u otro campamento juvenil. El pueblo más cercano era Independence, a cinco millas. ¿El niño más cercano tenía la edad de Jade? Kelly miró a los jóvenes nadadores alineados junto a la piscina. Allí era donde esperaba encontrarlos.

Su plan debería haber funcionado. Una amistad incipiente. Una risita aquí y allá. Pero nada. Incluso el intento directo de Kelly de iniciar algo —una invitación para que algunos de los chicos y chicas vinieran a la posada a almorzar— había fracasado. Los padres habían sido educados pero reservados. Sus hijos trataban a Jade con la misma torpeza con la que ella los trataba a ellos.

Con treinta y dos pulgadas de estatura y algo menos de cuarenta libras de peso, era más pequeña que cualquiera de ellos, pero

hablaba y actuaba como la señorita modales.

La manita que salió del agua y saludó a Kelly hizo que la joven madre se fijara en toda la zona de la piscina. Kelly le devolvió el saludo, orgullosa a Jade, que se agarraba al borde de la piscina y se preparaba para nadar hasta el otro extremo. Kelly encendió la cámara de video mientras la niña de tres años se colocaba un mechón de pelo mojado detrás de la oreja y se enroscaba el cinturón que sujetaba el flotador de plástico blanco alrededor de su delgada cintura. Jade soltó el broche y arrojó el flotador sobre la baldosa. Odiaba ese estorbo desde el primer día, pero había aceptado llevarlo para que no la metieran en el grupo de los mayores. Era el último día, y Jade le había dicho a Kelly en el trayecto que al año siguiente preferiría ir a clase con los adolescentes. Al menos les parecía adorable.

"Mira a esa pequeña."

"Qué buena nadadora es."

"Es increíble."

Kelly se hinchó de orgullo cuando los murmullos de elogio se extendieron entre los padres y los abuelos. Se mordió el labio para luchar contra sus emociones y se llevó la cámara al ojo para empezar a grabar. Jade llegó al final de la piscina en el mismo tiempo que tardaron los otros pequeños en recorrer la mitad de la distancia.

Entre el público había algunos que animaban a Jade como si se tratara de una carrera. Kelly sabía que Greg habría sido el que más habría animado si estuviera vivo. No solo habría sido un padre orgulloso, sino también un padre ruidoso. Habría estado diciéndole a todos los presentes en las gradas cuál de aquellos niños era suyo y lo joven pero talentosa que era, y cientos de cosas más. Había estado preparado para la paternidad desde el primer momento en

que ella le dio la noticia. Kelly nunca olvidaría cómo había anunciado durante la cena a todo el mundo en aquel crucero por el Caribe que él y su esposa estaban esperando un bebé.

Por desgracia, no había vivido lo suficiente ni siquiera para ver nacer a su hija. La cámara de video seguía grabando, pero a Kelly se le nublaba la vista.

Un momento después, se dio cuenta de que los padres se estaban apartando de los asientos de aluminio. Un grupo formaba un círculo en la zona donde los instructores entregaban los diplomas a los niños. Apagó la cámara y la guardó en la bolsa, antes de rebuscar en su bolso un pañuelo de papel para limpiarse los ojos.

"Yo también quiero un curita."

Kelly levantó la vista sorprendida al ver a su hija de pie ante ella. La enorme toalla que la envolvía se arrastraba por el suelo de baldosas mojado. Le tendía un certificado, manchado de huellas dactilares húmedas. Kelly bajó de la tribuna y abrazó con fuerza a la niña, que aún tenía el papel en la mano.

"Estoy muy orgullosa de ti. Estuviste increíble."

La niña de tres años se encogió de hombros. "Quiero un curita."

Kelly metió el certificado en la bolsa y se sentó en el banco de aluminio, tirando de su hija hacia su regazo. Un curita era su remedio para todo, y no solo para los cortes y los moretones. El primer día de clases de natación, Jade se había puesto cuatro curitas en el estómago para quitarse el nerviosismo.

"¿Qué pasa, cariño?"

"No soy un bebé." Un pequeño mohín se formó en sus labios. Había un ligero temblor en su barbilla.

"Claro que no." Kelly envolvió la toalla con más fuerza alrededor de los hombros de la niña y le dio un abrazo de oso gruñendo. "Eres

una niña grande. Con talento. Y muy fuerte. De hecho, eres un hueso duro de roer."

"Tengo hambre."

"Yo también." Contenta por la distracción, Kelly bajó a Jade y la tomó de la mano mientras se dirigían a los vestuarios. El círculo de familias que rodeaba a los nadadores aún no se había disuelto. Los padres daban las gracias a los monitores. A Kelly no se le escapó la mirada herida que dirigió a su hija cuando pasaron junto al círculo. Incluso a su edad, Jade comprendía la diferencia que había entre su vida y la de los demás nadadores. Kelly sabía que se sentía un poco celosa por no tener una gran familia que la adorara y admirara cada uno de sus logros. Hoy era solo otro día diseñado para que se diera cuenta de lo pequeño que era realmente su club de fans.

"Hagamos algo divertido para comer", sugirió Kelly mientras acompañaba a Jade a las duchas.

"Vamos a por galletas y refrescos."

"¿Galletas y refresco?" Le hizo cosquillas a su hija, ayudándola a enjuagarse. "¿Qué tal una libra de azúcar?"

"¿Qué tal mil millones de M&M en un cucurucho de helado?" Jade soltó una carcajada y siguió pidiendo todos sus dulces y galletas favoritos y cualquier otra cosa extravagante que se le ocurriera a su joven mente.

Kelly se sintió aliviada al ver que el humor de su hija mejoraba y se apresuró a sacar a la niña del vestuario antes de que entraran el resto de los niños. Jade cooperó en todo momento. Era propio de ella estar tan en sintonía con los estados de ánimo de su madre.

Hicieron una concesión parando en la nueva heladería cerca de Errol y pidiendo un gofre belga con helado y todo tipo de coberturas. Una hora más tarde, al girar por la carretera de grava que llevaba a

la posada Tranquility Inn, Kelly miró por el retrovisor y sonrió a su hija dormida.

Pensaba enviar a Jade a un centro de preescolar al sur de Independence dos días a la semana a partir de otoño, aunque sabía que eso supondría muchas lágrimas y mal humor y llamadas de urgencia para pedir curitas. Habría Días del Padre, Días de los Abuelos, obras de teatro, eventos deportivos, reuniones de padres y profesores. Jade y ella tendrían que pasar por todo ello solas. Kelly tiró del volante para esquivar un gran bache en la carretera. Tendría que empezar a comprar curitas en paquetes económicos.

Suficiente para las dos.

Ian Campbell pasó la mirada de la pequeña bandeja de tarjetas de visita al plato de galletas de chocolate que había en una esquina del mostrador de recepción, y luego al rostro de la anciana que estudiaba la página del libro de reservas. Cabello ralo, blanco como el algodón, cortado muy corto y peinado. Las gafas de montura rosa hacían juego con el color del jogging de la mujer. No pasó por alto el bastón apoyado en la pared cerca de su silla.

"Lo siento, Sr. Campbell. Pero no tenemos ninguna reserva a su nombre."

Volvió a comprobar la placa con el nombre en el escritorio. "Señora Maitland, ¿verdad?"

" Señora. Maitland. Pero, por favor, llámeme Janice", dijo, nerviosa. "Tal vez su secretaria o quien haya hecho la reserva le dio la fecha equivocada..."

"Llamé yo mismo. Y hablé con un joven llamado Dan. Dan Davies. ¿Tiene un empleado con ese nombre?"

"Bueno, sí."

"¿Serías tan amable, Janice, de comprobar de nuevo tus reservas?"

Un profundo rubor asomó a las arrugadas mejillas. Ian se reclinó en la silla mientras ella pasaba un dedo fino por la lista de nombres garabateados en la página abierta del registro de reservas. Notas adhesivas amarillas sobresalían por todas partes de un libro que parecía más un libro de contabilidad que un calendario.

Una puerta a la izquierda del mostrador de reservas estaba abierta, e Ian pudo ver una oficina pequeña y desordenada. Justo al lado, un largo pasillo conducía a una puerta exterior que también estaba abierta, dejando entrar el aire fresco a través de una mosquitera. Las voces y la música dramática de una telenovela llegaban desde el final del pasillo, mezclándose con el sonido de un cuchillo al picar en una tabla de cortar. Se inclinó y tomó una de las galletas mientras echaba un vistazo a través de las puertas dobles abiertas a un porche grande, luminoso y cerrado con media docena de mesas. Una puerta daba a una terraza con vistas al lago.

Unos pasos detrás de él hicieron que Ian se girara en su silla. Sonrió a una joven de cara redonda que atravesaba el vestíbulo, cargada con un montón de sábanas. Con un gesto enérgico de la cabeza, rodeó el mostrador de recepción y salió al pasillo.

"Estupendas galletas. ¿Te importa si tomo otra?"

"Por supuesto. Por favor, sírvete." Janice le acercó el plato mientras pasaba una página del libro de reservas.

Ian tomó otra galleta y se removió en el asiento. Detrás de él se extendía el gran salón abierto. Las paredes eran blancas, lo que daba a la estancia una sensación de amplitud solo atenuada en parte por la gran chimenea de piedra que dominaba una de las paredes. Sobre la repisa, una cabeza de alce miraba al espacio, con

su enorme cornamenta extendiéndose más de un metro a cada lado. Debajo del alce se había montado un antiguo rifle de caza Winchester, y la decoración de esa pared se completaba con raquetas de nieve cruzadas y diversos objetos de los nativos americanos. En la repisa de la chimenea había una colección de calabazas pintadas y decoradas que parecían del suroeste. Las ventanas de la habitación estaban abiertas, dejando entrar el aire fresco de New Hampshire. Alrededor de la sala había cómodos sofás y sillas.

Los dedos de Janice se detuvieron en una línea después de pasar dos páginas más. El surco que se le hizo en la frente le indicó a Ian que no le interesaba lo que había encontrado.

Ian intentó recordar lo que había leído sobre Tranquility Inn en una guía de posadas de Nueva Inglaterra. La posada, situada en el norte de New Hampshire, era propiedad de Kelly Stone y estaba gestionada por ella. Con vistas al lago Tranquility, la guía decía que la posada hacía honor a su nombre, ofreciendo un alojamiento agradablemente sencillo, una experiencia campestre y una comida excelente. Aunque la posada carecía de televisión, Internet y teléfono en sus habitaciones, los huéspedes podían utilizar el teléfono de la oficina o el fax en caso de emergencia.

"¿Ha habido suerte?"

"Sí, encontré su reserva, Sr. Campbell. Desafortunadamente, la persona que anotó su información cometió un grave error."

"Dan Davies."

"Sí. Verás, es nuestro ayudante de verano. Y el día que llamó, creo que podría haber sido su primer día en el trabajo. Parece que tenía el libro de reservas abierto en la página equivocada. No le esperábamos hasta el último viernes de junio."

"Especifiqué las fechas en las que me interesaba quedarme aquí", respondió Ian, con un tono cortante.

"Estoy segura de que lo hizo, señor. Estoy segura de que el error fue de Dan y no suyo. De hecho, he encontrado otra reserva para ese mismo día, tomada por Dan, y me temo que esa pareja también puede llegar hoy." Deslizó un folleto hacia él. "Si me da un minuto, haré una llamada a este lugar por usted. El Peacock Inn es propiedad de un buen amigo nuestro. Seguro que podemos alojarlo allí. Es una posada encantadora y está a menos de media hora de aquí. Encontrará su alojamiento excepcional. De hecho, estaremos encantados de..."

"No me mudaré a otra posada, Sra. Maitland."

"Iba a decir que su estancia allí correrá de nuestra cuenta, por las molestias", dijo, totalmente turbada. "Le encantará..."

"Parece que nos cuesta entendernos. Hice una reserva y accedí a que cargara la primera noche de mi estancia a mi tarjeta de crédito por adelantado. Eso confirma mi reserva", dijo Ian en voz baja. "Espero tener una habitación aquí, en esta posada, en este lago. ¿Me explico?"

Janice tenía cara de haberse quemado en tercer grado. Ian notó que la mano de la mujer temblaba mientras revolvía papeles sin rumbo. "Debería llamar a mi marido. Quizá él pueda explicarnos mejor el problema al que nos enfrentamos. Solo hay cuatro habitaciones disponibles para esta semana. Tenemos una reserva para cada una de ellas."

"¿Han llegado los demás huéspedes?"

"No, pero los esperamos en cualquier momento."

"Creo que el término aplicable entonces es: por orden de llegada. Aquí estoy, Janice. Tú puedes hacer algún otro arreglo para uno de los otros huéspedes."

Obviamente, esta complicación la superaba. El crujido de los neumáticos en la grava del exterior indicaba la llegada de otro coche. Malhumorada, Janice tomó el folleto que había empujado hacia él y lo volvió a meter en su carpeta.

Una mujer con una niña dormida al hombro entró por la mosquitera del fondo del pasillo. Lo único que Ian pudo ver de ella fue el pelo castaño rizado recogido en una coleta y un rápido vistazo a su perfil. Al mirar por encima del hombro, Janice vio a la mujer y a la niña. La joven madre no se detuvo ni dijo nada y desapareció en la primera curva.

"Si espera aquí, Sr. Campbell, traeré a alguien para que intente explicarle mejor nuestra situación y hacer otros arreglos."

Ian pensó en la amenaza de Janice de ir a por su marido. Tuvo la imagen de un octogenario apuntándole a la cabeza con una escopeta antes de escoltarlo hasta su coche.

"Solo hablaré con la Sra. Stone."

"¿Perdón?"

"La Sra. Stone. Ella es la dueña y gerente de la posada, ¿no?"

"¿Cómo conoce a la Sra. Stone?"

"La conozco por su tarjeta. Esta de aquí", dijo, tomando una de las tarjetas de visita del escritorio y acercándosela a la mujer.

"La Sra. Stone acaba de llegar. Puede que tarde unos minutos en estar disponible para hablar con usted."

"Está bien. Echaré un vistazo mientras espero." Ian se puso de pie. Haciendo una pausa, señaló hacia las galletas. "¿Puedo?"

"Por supuesto. Para eso están aquí."

Ante la evidente consternación de la mujer mayor, tomó el plato entero y se dirigió al comedor del porche. Detrás de él, Ian oyó que Janice echaba la silla hacia atrás y entraba en el despacho,

quejándose en voz alta con alguien. Supuso que estaba llamando a la Sra. Stone.

Atravesó la puerta que daba a la terraza con vistas al lago.

Se dio la vuelta y contempló la posada. Vio que había tres plantas. Se habían hecho varios añadidos a la casa original. El edificio estaba decorado con tablas de madera de color amarillo pálido y contraventanas negras. Volviendo su atención a la terraza y a los terrenos que la rodeaban, vio un pequeño garaje o casa de carruajes separado del edificio principal. Con jardineras rebosantes de flores y un par de sillas de jardín en el césped delantero, era evidente que el lugar se utilizaba como residencia.

Más allá de la casa de carruajes, había dos casitas pequeñas y algo destartaladas junto a la orilla del agua. Ian se preguntó si alguna de ellas estaría disponible. En línea recta desde la posada, una pequeña playa de arena se extendía hasta un gran cobertizo para botes con un muelle desmontable. Había una balsa anclada no lejos del muelle.

Un joven, quizá universitario, trabajaba en un cartel cerca de unas pequeñas barcas y canoas. Ian se preguntó si sería Dan Davies.

Aún con el plato de galletas que había tomado del vestíbulo de la posada en la mano, Ian empezó a bajar los escalones, con la esperanza de convertir al chico en un aliado y conseguir que le enseñara el resto de los terrenos.

A Ian le llamó la atención el escalón inferior. Había tres cajas medianas apiladas, listas para ser llevadas adentro. Todas tenían las mismas marcas. La de arriba estaba abierta. Miró dentro. Había docenas de velas blancas apiladas ordenadamente en su interior.

"Supongo que siempre hay una primera vez para todo", dijo Kelly con buen humor mientras ojeaba el gran libro de contabilidad que Janice le había puesto delante de la cara. Estaban sentadas en el pequeño despacho detrás de la recepción. Apenas había metido a Jade en la cama cuando el interfono la llamó desde abajo. Estaban sentadas en el pequeño despacho detrás de la recepción, y Kelly ojeaba el gran libro de contabilidad que Janice le había puesto delante. "Piensa en lo mucho mejor que está esto comparado con el verano pasado. ¿Recuerdas cómo nos costaba llenar las habitaciones? Este es un buen problema, Janice."

"Está claro que no te das cuenta de la enormidad de la situación." Sin levantarse de la silla, la anciana extendió la mano con su bastón y empujó la puerta del despacho para cerrarla. "Le digo que no nos va a resultar fácil enviarlo a ninguna parte. El hombre es terco como una mula. No atiende a razones. Además, come como un caballo. Se llevó todo el plato de galletas que tengo en el mostrador de reservas."

"Viene un nuevo suministro. Cuando bajé, vi a Wilson sacando dos hojas más de galletas del horno." Kelly sacó un papel limpio y anotó los números de las habitaciones antes de volver a mirar el libro de registro. No podía culpar a Dan por equivocarse. Todo el sistema era de Janice y nadie más parecía ser capaz de entenderlo. En esta página en concreto, los garabatos apenas eran legibles y, con todas las anotaciones, tachones y notas adhesivas añadidas, era un milagro que la propia Janice pudiera encontrarle algún sentido.

Miró la nota de Dan. Dos reservas. Quizá pudieran hacer algo con ellas. La primera era para un solo huésped, Ian Campbell, con dirección en San Diego y sin preferencias en cuanto a la habitación o el baño privado o cualquier otra cosa. La otra era para una pareja, a nombre de Victor Desposito. De Filadelfia. Su petición especificaba

un baño privado, preferiblemente con bañera de patas de garra. Un tamaño queen o king, sin edredones ni almohadas de plumas. Habitación para no fumadores. Con vistas al lago. Sacudió la cabeza mientras leía la media docena de otros requisitos que incluían una lista de alergias alimentarias y terminaban con "no usar sábanas teñidas de azul".

"Creo que lidiar con el señor Campbell debería ser pan comido comparado con lo que nos espera con la pareja Desposito."

"Quizá el chico se espabiló e inscribió a esa pareja para la fecha correcta", dijo Janice, todavía exasperada. "Te lo juro, Kelly, no necesitamos a ese listillo. Comete un error tras otro."

"Ya sabes por qué está aquí. Además, Bill se está haciendo demasiado viejo para hacer todo el trabajo pesado."

"Siempre nos hemos llevado bien antes. Eso es todo lo que digo."

"Bien." Kelly volvió a mirar las notas. "Veamos. Desposito."

Dan había tomado las reservas una detrás de otra. Y había escrito la fecha de hoy en la esquina superior del bloque.

"No, mi conjetura es que vendrán esta tarde." Volvió a pasar la página a las notas de Janice. "No te preocupes. Podemos arreglarlo. Siempre está la habitación cinco."

"Aquarius está a medio pintar. Es un desastre, Kelly."

"Un detalle menor. Podemos limpiarlo y, siempre que nos disculpemos profusamente y pongamos a la persona adecuada, será un acierto. También está la habitación extra en el tercer piso."

"No lo hemos alquilado desde que Jade y tú os mudasteis ahí arriba. Ese es tu piso. Y siempre dijiste que no tendrías privacidad si poníamos a alguien ahí."

"Bueno, a ciento veinte dólares la noche, más lo que se gaste la persona en bebidas, me merece la pena ahora mismo."

"Kelly, esa habitación es demasiado pequeña. Los aleros son muy bajos. Apenas hay muebles. No tiene baño."

"Hay una cama y una cómoda. Podemos ponerla a punto en un momento. Y el huésped puede usar el baño del segundo piso." Kelly observó cómo Janice se esforzaba por hacer los ajustes en su cabeza.

En sus esfuerzos por superar el accidente de Greg —que había ocurrido tan poco después de la muerte de su padre y justo antes de que falleciera su madre— Kelly había intentado pasar todo el tiempo que podía con su hija. Sin embargo, al hacerlo, había dejado que Janice y Bill asumieran la mayor parte del trabajo de la posada. Cada vez se daba más cuenta de que no estaban preparados ni siquiera para manejar pequeñas complicaciones como esta.

"Vale, Janice, no nos preocupemos por lo que pasa con esas dos habitaciones. Dime quién más llega hoy."

Janice tiró a regañadientes del libro sobre su regazo. Kelly no iba a ser crítica, pero se alegraba de que el señor Campbell no hubiera permitido que lo trasladaran a otra posada a sus expensas. Habría sido un gasto ridículamente innecesario. Puede que Janice y Bill llevaran toda la vida ocupándose de Tranquility Inn, pero durante este último año Kelly se había dado cuenta de que había una conexión directa entre la falta de preocupación de la pareja por el negocio y los ingresos de la posada.

Kelly intentaba salir adelante, pero el negocio era difícil. Esta primavera, por primera vez, había permanecido abierto durante la temporada de barro, pero era raro que los fines de semana de esos dos meses estuviera ocupado al cincuenta por ciento. Y aunque los senderos alrededor del lago de siete acres eran perfectos, se dio cuenta de que no habían hecho lo suficiente para atraer a los esquiadores de fondo en invierno. En resumidas cuentas, las facturas

se acumulaban y el exceso de reservas era un regalo. Kelly sabía que tenía que meter a los huéspedes en las habitaciones que tenían, aunque eso supusiera una molestia para ella y para Jade con un huésped en el piso de arriba.

Janice se ajustó las gafas rosas en la nariz y miró sus notas. "Por cierto, nunca cargué la estancia de la primera noche contra la tarjeta de crédito del señor Campbell, ya que ni siquiera sabía que iba a venir. Así que técnicamente..."

"Déjalo, Janice. Le advertiré que no vuelva a robarte el plato de galletas", dijo alegremente, y entonces decidió tomar la iniciativa. "¿Cuántos grupos de huéspedes llegarán esta noche?"

"Cuatro. Eso sin contar el Depósito... o Depo... o como se llame esta otra pareja."

"Desposito", corrigió Kelly. "¿A quién tienes alojado en el número uno?"

"La habitación Sagitario." Revisó el libro. "Ese sería Burke. Ken Burke. Lo recuerdas, y a su novia. Ella se hace llamar Ash y modela en todos esos catálogos de lencería picante. Estuvieron aquí el fin de semana del Día de la Raza el otoño pasado. Llamó para hacer la reserva e insistió en la misma habitación."

Era imposible que alguien olvidara a Ash. Alta, morena y muy guapa, era difícil no verla. Kelly también recordó a Ken Burke. El fotógrafo. Había algo extrañamente familiar en él. No podía ubicarlo. Se preguntó si se habrían encontrado en Nueva York durante sus días de trabajo para el periódico o en alguno de los eventos que otros fotógrafos acudían a cubrir.

Sagitario. Kelly anotó los nombres en su ficha de papel. Tomó una tarjeta de índice que siempre tenía en un rincón de su escritorio. Era una lista cruzada de los números de las habitaciones con los signos del zodíaco que Janice siempre insistía en utilizar para

referirse a las habitaciones. Un caso más de los viejos hábitos que nunca mueren. Los Maitland llevaban vinculados a Tranquility Inn al menos veinte años. Cuando Frank y Rose Wilton, los padres de Kelly, la compraron nueve años atrás, la pareja se había quedado para ayudar después de la venta.

La decisión había sido buena para todos en aquel momento. E incluso ahora, a pesar de sus desacuerdos ocasionales, Kelly apreciaba a Janice y Bill y todo lo que habían hecho por ella. Eran personas muy especiales. Dio un gesto de ánimo a su vieja amiga para que continuara.

"Tengo una pareja de recién casados llamados Marisa y Dave Meadows alojados en la habitación Piscis. Esta es su primera vez con nosotros."

"Esa es la habitación dos, la más pequeña con cama de matrimonio."

"Y la bañera con patas." Janice movió los dedos por la lista. "Los Sterns y sus dos hijos también regresan. Estarán en la Suite Libra."

"No creo recordar a los Sterns."

"Una familia muy agradable. Solían venir y quedarse con nosotros todos los años cuando tus padres aún vivían, y sus hijos eran pequeños. Esos dos chicos deben ser ahora unos adolescentes fornidos."

Kelly estaba segura de que el señor Campbell debía de estar impacientándose. "¿Y la habitación cuatro?"

"Taurus. El anticuario que viene dos veces al año. Shawn Hobart."

"Tiene que usar el baño al final del pasillo. Cama individual."

"Sí."

"Es un poco bajito. ¿Verdad?" Kelly golpeó el bolígrafo contra la mesa.

"Ni se te ocurra moverlo. Es un animal de costumbres y un cliente fijo. Y es muy particular acerca de esa habitación. Creo que le gusta el precio. Por eso siempre vuelve aquí. Es mucho más importante mantener contento a alguien como él que a estos huéspedes ocasionales. Además, tienes reservas de una semana para todos estos huéspedes, y por lo que leo, estas dos nuevas personas solo se van a quedar el fin de semana. Creo que deberíamos buscarles otra posada."

No tenía sentido discutir con Janice. La mujer mayor había decidido dónde se iban a alojar los clientes que ella había reservado. Ian Campbell y los Despositos podían irse a dormir con Dan en la destartalada casita junto al lago.

"Me gustaría que Rita arreglara esas dos habitaciones. La habitación cinco, Aquarius. Y la del tercer piso. Quizá podría pedirle a Bill que la ayudara a colgar algunos cuadros en Aquarius. Y dejar las ventanas abiertas", sugirió Kelly. "Hablaré con el señor Campbell y le explicaré que lo único que podemos hacer por él sería la habitación del tercer piso. Espero que no sea muy alto."

"Seis pies. Tal vez seis tres. Realmente no creo que se sienta cómodo."

"Bueno, es lo mejor que podremos hacer por él. Y, por favor, avíseme cuando lleguen el Sr. y la Sra. Desposito. Podemos hacerles un gran descuento en la habitación y ofrecerles un almuerzo de cortesía o algo así." Se puso en pie. "Ah, y por favor, no olvide decirle a Wilson en la cocina sobre los huéspedes adicionales."

"No estará contento", refunfuñó Janice.

"Wilson nunca está contento, así que esto no debería suponer ninguna diferencia." Abrió la puerta del despacho. Kelly no sabía exactamente cuándo todos en la posada se habían vuelto tan malhumorados. Había demasiado pesimismo. Quizá Tranquility Inn y

la mayoría de la gente que trabajaba aquí llevaban demasiado tiempo.

Bueno, ya casi había llegado el verano. Kelly se dibujó una sonrisa en los labios y salió justo cuando Rita volvía de la cocina.

"Oh, ¡qué oportuno! Hemos tenido una confusión y va a haber un par de huéspedes extra. Janice te dirá lo que hay que hacer."

"Tienes que estar de broma", se quejó Rita, resoplando antes de que Kelly tuviera oportunidad de ofrecerle ayuda.

Kelly no dejó que la amargura le arruinara el humor. Salió por el porche a la terraza, adonde le habían dicho que se había dirigido el señor Campbell. Ocuparse de un nuevo huésped sería bastante agradable ahora mismo.

Capítulo Dos



IAN BAJÓ el ligero terraplén por una zona de hierba sin cortar hacia el lago. El suelo era blando bajo sus pies, la hierba húmeda y resbaladiza. Al acercarse a la orilla del agua, miró a lo lejos, sorprendido por la cortina de niebla blanca que descendía sobre la vista.

Miró hacia arriba. El cielo seguía despejado sobre la posada, el sol brillaba en lo alto.

"¿Se avecina tormenta?", preguntó al acercarse al cobertizo para botes.

El chico, de edad universitaria, no levantó la vista enseguida. Llevaba una camiseta azul marino con los brazos cortados y unos vaqueros muy gastados. Llevaba dos aros en cada oreja y un nudo celta tatuado en un musculoso bíceps. Parecía llevar el pelo corto, aunque Ian no podía estar seguro con la gorra de béisbol que llevaba hacia atrás. El joven levantó la mirada, escrutándolo.

"No", dijo. "Se pone así todas las tardes."

"Tú debes ser Dan."

El joven asintió. "¿Y usted es?"

"Ian Campbell. Tomaste mi reserva."

Se levantó y estiró la espalda. Eran más o menos de la misma altura. "Es un milagro. Algo hice bien."

"En realidad, ahora mismo se están peleando por encontrarme una habitación que supuestamente no tienen. La anciana detrás del mostrador me dijo que no me esperaba hasta dentro de dos semanas."

Dan maldijo en voz baja y sacudió la cabeza. "Hay que ser un maldito Einstein para entender su sistema de reservas. Tuve mucha suerte de que Kelly me alejara de él después del primer día detrás de ese escritorio." Hizo un gesto con la cabeza hacia el plato en la mano de Ian. "Entonces, ¿fue una ofrenda de paz por no encontrarte una habitación?"

"No, me encontrarán una habitación", dijo Ian, estirando el plato hacia Dan. "Las tomé como rehenes para asegurarme de que lo hicieran." Sin embargo, lo apartó de inmediato cuando el hombre más joven se sirvió tres de las galletas.

"Entonces, ¿qué te trae a Siberia?", preguntó Dan, metiéndose las galletas en la boca e inclinándose sobre el cartel que estaba sujetando a un poste.

"Debe de haber algún turista ocasional por aquí", respondió Ian. "¿Eres nativo?"

El chico se burló. "Media docena de alces y un tipo que talla animales con una motosierra son los únicos nativos que conozco. ¿Viajas con tu mujer y tus hijos?"

Ian se sentó en el casco de un velero volcado. "Sí, los tengo encerrados en el maletero de mi coche."

"Debe de haber bastante gente ahí dentro." Dan hizo un gesto con la cabeza hacia el coche de alquiler de Ian, visible en el estacionamiento junto a la posada.

"No se quejan mucho." Mordió otra galleta. "Janice me dijo que eres bastante nuevo en el trabajo. Entonces, ¿vives en el pueblo?"

"No. Justo ahí." Dan señaló una de las dos cabañas destartaladas más allá del cobertizo para botes. "Pero no voy a renunciar a mi habitación, si eso es lo que quieres decir. Sé que hice la reserva, pero olvidé cuánto tiempo dijiste que te quedarías."

Ian miró hacia el lago. La niebla se extendía por el agua en dirección a la posada. "El lugar es mucho más atractivo de lo que pensaba. Puede que me quede un par de semanas."

"¿No tienes trabajo?"

"Tengo muchos días de vacaciones."

"No hay mucho que hacer por aquí. A menos que te guste la música country y el helado. O ver a un tipo tallando animales con una motosierra."

"Quizá me dedique a la pesca." Ian oyó el chirrido de una ventana abriéndose detrás de él. Miró por encima del hombro. La misma mujer que había visto pasar por el vestíbulo empujaba para abrir una ventana del tercer piso. "¿El resto de la gente que trabaja en la posada también vive aquí?"

"¿Quieres decir aquí en la propiedad de la posada?"

"Sí."

Dan le dirigió una larga mirada apreciativa. "Haces muchas preguntas para ser un huésped. ¿Qué haces, reconociendo el lugar para Al Qaeda?"

"¿Con alguien como Janice ahí para descubrir nuestra célula durmiente? Ni hablar." Ian dio un falso escalofrío. "Ya me advirtió sobre su marido también. Suena bastante duro."

"Bill no es tan malo. Solo un viejo tranquilo. Le gusta su música. Y no el tipo de música que te esperas. Un día nos pusimos a hablar de diferentes grupos, y me dijo que una vez conoció a uno de los

Beatles. Pero entonces llegó Janice y se calló. Aún no he podido averiguar cuál."

"Fascinante."

"Sí, ¿verdad? La vida aquí en Siberia es una emoción por minuto." Dan tomó un martillo y golpeó el cartel. "Tengo que volver al trabajo. La jefa acaba de salir a la terraza. Creo que te está buscando."

"Gracias." Ian se puso en pie y fijó la mirada en la esbelta joven que estaba en el último escalón. Una camisa blanca de manga corta metida por dentro de un par de caquis. Sandalias planas. Pelo castaño rizado recogido en una coleta. Se acercó a ella y sus rasgos se hicieron patentes. Sin maquillaje. Solo unos grandes ojos verdes que dominaban un rostro pálido y una fina cicatriz en la frente.

KELLY NO SABÍA POR QUÉ, pero se le retorcía el estómago cuando el desconocido se acercaba. Sin embargo, comprendió la vacilación de Janice al querer encontrarle una habitación.

Hombros anchos, cintura estrecha, vestido con un polo negro y caquis. Alto e imponente, se movía con la suave potencia de un atleta. No podía imaginárselo como el tipo de hombre que pasa mucho tiempo detrás de un escritorio. Tampoco podía imaginárselo cabiendo cómodamente en la pequeña cama de la habitación del tercer piso que pensaba alquilarle.

A medida que se acercaba, se dio cuenta de que tenía un toque de canas en las sienes. Su ondulado pelo oscuro se enroscaba sobre el cuello de la camisa. Le hacía falta un corte de pelo. Le miró a la cara y vio una expresión de dureza. Una nariz rota sobre unos labios finos y una mandíbula cuadrada. Los ojos oscuros eran desafiantes,

y Kelly sintió la intensidad de la mirada desde el momento en que él se volvió y se fijó en ella.

Kelly luchó contra su inclinación a volver dentro y enfrentarse a él con la seguridad de un mostrador de recepción entre ellos. Se apartó de la barandilla y se enderezó. "¿Sr. Campbell?"

"Y sospecho que usted debe ser la Sra. Stone."

Se sintió aliviada cuando él se detuvo en el último escalón. Estaban a la altura de los ojos. "Todo el mundo me llama Kelly."

Extendió la mano y estrechó la suya con firmeza. "Qué curioso, el joven de ahí abajo se refirió a usted como la jefa."

Se sintió como un buzo al que le falta aire, y no disfrutó de la sensación. Recuperó su mano. "En primer lugar, tengo que disculparme por la confusión. Janice y yo lo hemos hablado. Estamos preparando una habitación para usted en el tercer piso. Me temo que el alojamiento no será del mismo calibre que el resto de las habitaciones aquí en Tranquility Inn, pero..."

"Me está metiendo en el armario de las escobas."

"No exactamente." Sonrió. "La habitación en la que lo vamos a alojar estaba alquilada a huéspedes antes de que mi hija y yo nos mudáramos a la posada. Es pequeña, pero creo que te resultará muy cómoda."

"¿Cuánto hace de eso?"

"¿Quiere decir, desde que alquilamos esta habitación?"

"Sí. ¿Cuánto tiempo lleva en la posada?"

"Bueno, han pasado un par de años, supongo", respondió vagamente.

Señaló con la cabeza hacia la casa de carruajes. "Hubiera pensado que ahí vivía. Un lugar muy bonito."

"Mis padres vivían allí. Pero a mi hija Jade y a mí nos resultó más fácil ocupar el tercer piso de la casa principal y trasladar allí a Janice

y Bill. Esos dos se están haciendo demasiado viejos para subir tantos escalones cada día."

"Es una empleadora muy considerada."

El tono más suave la sorprendió y Kelly se sonrojó. Se esforzó por explicarse. "Los Maitland son el corazón de la posada. Además, son como mi familia."

Se apoyó en la barandilla y tomó una de las dos últimas galletas que quedaban en el plato. Debió de verla observando sus acciones mientras extendía el plato hacia ella. Kelly negó con la cabeza.

"Ambos han fallecido." Se limpió las manos, de repente incómoda con la facilidad con que estaba allí de pie charlando con él. "Rita debería tener su habitación lista dentro de una hora, señor Campbell. Mientras tanto, puede sentarse aquí o dentro, o pasear, o lo que quiera. También hay un nuevo plato de galletas en el mostrador de recepción, y pondremos algunas bebidas en el salón en cuanto entre y me ponga a trabajar."

"Así que debería sentirme como en casa."

"Por supuesto." Ella dio medio paso atrás mientras él subía los escalones.

"¿Y alguien va a darme un tour por el lugar? ¿O debo meter la cabeza en todo?"

Se limpió las manos sudorosas en el asiento de los pantalones y miró esperanzada a Dan.

"Está bastante ocupado", dijo el huésped.

"Bueno, seguro que alguien te enseñará el lugar. Solo necesitaremos un poco de tiempo para organizarnos. Así que, si me perdona." Kelly se dio la vuelta y prácticamente corrió hacia la puerta. No podía entender el nerviosismo que este hombre creaba en ella.

Debe estar loca por alojarlo al lado de su propio apartamento.

LAUREN WELLS se quedó mirando la mancha verde de los árboles mientras la furgoneta avanzaba a toda velocidad por la autopista estatal. Le parecía que llevaba una eternidad en un autobús, y el aire acondicionado de este no había funcionado bien desde que subió a él en Concord.

Bueno, pensó, tenían que estar acercándose al pueblo de Independence.

Abrió su bolsa de viaje y sacó el horario y el mapa de Posadas, Hostales y Casas de Huéspedes de New Hampshire que había conseguido en la terminal de autobuses. Había una ficha sujeta al mapa con un clip. Se ajustó las gafas y echó un vistazo al horario. Los números eran demasiado pequeños, pero el conductor le había dicho que llegarían sobre las dos y diez. Intentando no empujar al joven que dormitaba en el asiento de al lado, dejó la bolsa en el suelo y abrió el mapa. No le daba muchos detalles sobre la zona, pero la posada parecía estar razonablemente cerca de Independence. Intentó calcular la distancia entre el pueblo y el lugar que había marcado.

"¿Vas a Independence?", preguntó el joven, sobresaltándola. Estaba mirando el mapa.

"Claro que sí."

"Yo también", dijo. "Mis cuatro amigos y yo nos vamos a Independence Village. O cerca de allí, al menos."

"Qué bien", respondió mirando por encima del hombro a la gente que tenían detrás. Parecían un grupo agradable, hablando tranquilamente entre ellos. Volvió a doblar el mapa. "¿Vienes de la universidad?"

"No exactamente, señora." Era un joven apuesto, bien afeitado, con pelo rubio corto y ojos azules brillantes. "Tienes razón en lo de la universidad, pero todos estamos aquí para trabajar en un campamento de verano para niños."

Lauren apartó la mirada. "¿Hay muchos campamentos por aquí?"

"Cuatro o cinco", respondió el joven. "Trabajamos en un campamento que enseña kayak y deportes al aire libre a niños discapacitados. Este es el segundo año que todos trabajamos allí."

"Oh", dijo, sintiéndose aliviada.

"Soy Caleb Smith."

"Encantada de conocerte, Caleb. Soy Lauren Wells." Se ajustó las gafas.

"Así que, Lauren, ¿de vuelta en casa por el verano?"

Ella lo miró y se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. Los dos se rieron. Lauren sabía que aparentaba sus setenta y siete años. Seguía gozando de una salud razonablemente buena, salvo por el deterioro de su vista, pero los años habían dejado huella en su piel arrugada y su pelo blanco como la nieve.

Lauren miró el mapa que tenía en la mano. La ficha sujeta a él estaba boca arriba, y la impresión de gran tamaño era fácilmente legible: Kelly Stone. Tranquility Inn. Independence, New Hampshire.

Guardó los papeles en el bolso, se sentó y volvió a mirar por la ventana.

"¿Te alojas en esa posada? ¿La de la tarjeta?"

Ella lo miró. Solo estaba siendo amable. "Sí, allá voy."

"¿Alguien te va a recoger?"

Lauren pensó en mentir, pero parecía un joven muy serio. Además, se bajaba del autobús en la misma parada. "En realidad, esperaba conseguir un taxi en la parada de autobús."

"Dudo que tengan uno. No hay mucho de nada en Independence. Tal vez podrías llamar a la posada para que te lleven. Algunos de estos lugares tienen camionetas de cortesía."

"Es una buena idea", dijo. "Llamaré cuando llegue."

"Que es ahora mismo", respondió, señalando por la ventana.

El autobús estaba entrando en una combinación de almacén de ramos generales y gasolinera. Justo al lado había un pequeño local de desayunos y almuerzos con un cartel que decía Alpine Chalet Family Restaurant, y entre los dos estacionamientos había una cabina de teléfono antigua.

Los cinco universitarios y Lauren eran los únicos que se bajaban aquí, y dejó que se amontonaran delante de ella. El conductor les abrió el compartimento de equipaje y sacaron mochilas y bolsas. Esperó a que cruzaran el estacionamiento en dirección a la tienda, donde había una furgoneta de transporte azul aparcada junto a la puerta. Mientras bajaba los escalones, se colgó la bolsa al hombro y observó a su compañero de viaje hablando con el conductor por la ventanilla. Los demás estaban apilando sus cosas en la furgoneta.

El autobús salió del estacionamiento y Lauren se dirigió hacia la cabina telefónica. El aire fresco le sentó bien después del ambiente cargado del autobús, y respiró el olor a pino. Justo cuando llegó al teléfono, la furgoneta se detuvo detrás de ella y se abrió la ventanilla delantera.

"Hola de nuevo", dijo Caleb. "Escucha, vamos en la misma dirección que tú. Podemos dejarte en Tranquility Inn."

Lauren se lo pensó un momento. "Odiaría hacerte desviar."

"No hay problema, señora. Estaremos encantados de llevarla."

Lauren miró el teléfono y luego la furgoneta. Finalmente, se decidió. "Bueno, Caleb, eres muy amable. Creo que aceptaré tu oferta."

"Estupendo." Saltó y abrió la puerta corredera de la furgoneta.

Vio que los otros cuatro se habían sentado en los dos asientos traseros, dejándole sitio a ella en el asiento de detrás del conductor. Cuando se acomodó, la puerta se cerró de golpe y el joven volvió a sentarse en el asiento delantero.

"Todo listo", dijo alegremente, pulsando la cerradura de la puerta.

Demasiado tarde, vio la pequeña luna creciente plateada que colgaba del retrovisor, pues la furgoneta ya estaba saliendo a la carretera estatal.

Capítulo Tres



Había senderos en el bosque. Senderos alrededor del lago. Senderos que te llevaban a otros senderos y a caminos forestales llenos de baches y a más senderos. Un tosco grabado en una señal de madera junto al estacionamiento mostraba el trazado de las rutas de senderismo y el lago. La propiedad de la posada cubría la mitad de la orilla, y los senderos parecían terminar abruptamente donde se situaba un campamento en el lado más alejado.

Caminando de vuelta hacia el edificio principal, Ian vio a una joven de cara redonda que debía de ser Rita mirándole por una ventana del segundo piso. Parecía estar siempre corriendo de un lado a otro y, obviamente, llevaba varios sombreros en la operación. Después de mover el coche a un lugar mejor del estacionamiento, Ian también vio a un tipo corpulento de aspecto de biker con la cabeza rapada que tiraba una bolsa de basura a un contenedor. El hombre llevaba una camiseta blanca y un delantal. Tatuajes ornamentados cubrían cada centímetro de sus brazos. Se limitó a gruñir en respuesta al saludo de Ian antes de desaparecer dentro de lo que debía de ser la cocina.

Ian entró en la posada y se sentó en una mesa junto a las ventanas del porche. Desde allí podía ver tanto la recepción como el

lago. El sol era cálido y agradable. Ian se levantó una vez, cuando el cocinero apareció con un recipiente lleno de botellas de agua y refrescos. El forzudo calvo ni siquiera miró a Ian y se retiró inmediatamente.

Unos minutos más tarde, un hombre mayor que, según decidió, podría ser Bill, el marido de Janice, apareció junto a una de las cabañas frente al lago, dando marcha atrás con una vieja camioneta hasta la puerta. Mirando por la ventana del porche, Ian lo vio utilizar una llave en un candado y desaparecer en el interior del edificio durante unos minutos. Cuando salió, llevaba otra caja del mismo tamaño que las que Ian había visto en los escalones cercanos a la puerta.

Más velas.

Tras volver a cerrar la puerta con candado, el anciano metió la caja en la parte trasera de la camioneta y miró hacia la posada. Al ver las cajas junto a la terraza, subió a la camioneta y condujo por la hierba blanda hasta la terraza. Ian lo observó mientras subía las tres cajas a la camioneta. Aún estaba en forma para ser un hombre mayor, pensó Ian, mientras la camioneta rodeaba hasta la entrada de la posada.

Dan no tardó en llegar arrastrando los pies desde la cabaña. Se había puesto unos pantalones cortos de color caqui y un polo blanco con el logotipo del lugar. Las palabras Tranquility Inn estaban rodeadas por una representación sencilla y estilizada de un lago, una montaña y una pequeña luna creciente encima. Dan entró y saludó a Ian con un rápido movimiento de cabeza mientras se dirigía a la cocina. El joven no llegó muy lejos cuando Ian oyó que Janice lo llamaba.

Ian se levantó y volvió a mirar por la ventana. La niebla seguía impidiendo ver la otra orilla del lago. Estaba pensando en dar un

paseo cuando sintió un tirón en una pernera del pantalón. Miró hacia abajo y vio una cara pequeña con enormes ojos verdes, todavía hinchados por la siesta. El pelo largo y rizado que se había escapado de la pinza que sujetaba el resto en una coleta sobresalía en todas direcciones.

"¿Sabes leer?"

Bajo un brazo llevaba media docena de libros que, en conjunto, pesaban probablemente tanto como la propia niña. Era pequeñita.

"¿Puedes tú?", preguntó.

"No, tonto. Solo tengo tres años y medio."

"Tienes edad suficiente para trabajar aquí. Debes tener edad para leer."

"Yo no trabajo aquí." Arrugó la nariz y le miró con nuevo interés. "Ohhh... tú debes ser el Monstruo de las Galletas."

Divertido, Ian se agachó sobre una rodilla hasta que estuvieron a la altura de los ojos y bajó la voz. "¿Quién te lo ha dicho?"

"Mi mamá", susurró, tomando la barbilla de Ian y girándola hacia el mostrador de recepción. Kelly estaba saludando a dos hombres que acababan de llegar. "Le dijo a Wilson en la cocina que hiciera más galletas porque tenemos al Monstruo de las Galletas alojado con nosotros."

"Hmm. Así que ya me descubrió", susurró Ian. "Pero pensé que el Monstruo de las Galletas era azul."

Se lo pensó un momento. "Tal vez guardes tu traje de piel en tus maletas."

Los libros le pesaban demasiado y, al ajustarlos, uno resbaló y cayó al suelo. Ian lo recogió. "Y te gustaría que te leyera, ¿es eso?"

"Podemos empezar por ese", dijo con firmeza. Señaló la puerta. "Me gustan las mecedoras de la terraza cuando hace sol."

Por un segundo, Ian trató de ponerse en el lugar de la joven madre, reflexionando sobre cómo se sentiría si una hija suya saliera con un completo desconocido. A él no le gustaría.

"¿Qué tal esas sillas en el salón, junto a la chimenea? Tengo que estar cerca de las galletas, ya sabes."

Se encogió de hombros y lo tomó del brazo ayudándole a levantarse. Nunca había sido padre y no estaba acostumbrado a estar rodeado de niños, pero esta sin duda ocupaba un lugar destacado en la escala de adorabilidad.

Ian observaba a Kelly mientras el momento de pánico la golpeaba. Sus ojos escudriñaron la zona, buscando a su hija, y entonces el alivio apareció en su rostro cuando los dos entraron en la sala de estar. Miró a Ian, a los libros, a Jade y luego de nuevo a Ian.

Señaló hacia el sofá de cuero donde Jade estaba dejando los libros. "Estoy a punto de ser puesto a prueba en mi capacidad de lectura."

"Eso no es realmente necesario, Sr. Campbell. Se supone que la niñera llegará en cualquier momento."

"No hay problema. Tal vez lleguemos a terminar uno de los libros."

"¿Seguro?", preguntó ella, con aire inseguro.

Asintió con la cabeza. "Así puedo mantener un ojo en ti y en Janice, y asegurarme de que no le den mi habitación a otra persona."

Uno de los huéspedes con los que había estado hablando, un hombre muy bajo, se acercó a Kelly tras una breve conferencia con su amigo.

"Vamos, Monstruo de las Galletas." Hubo un tirón en la mano de Ian, y volvió toda su atención a la cosa mandona a su lado.

"Tengo un nombre, ¿sabes?", le dijo, dejando que le guiara hasta el sofá. "Es Ian."

Se subió y palmeó el asiento de al lado. Cuando él se sentó, ella le tendió la mano. "Encantada de conocerte, Ian. Soy Jade."

Sus pequeños dedos desaparecieron dentro de su mano. Ella hablaba muy en serio, y él, de alguna manera, consiguió mantener la cara seria. Entonces se pusieron manos a la obra. Abrió el primer libro, un libro de números.

"No puedes pasar las páginas deprisa, como algunos, porque a mí también me gusta mirar las fotos."

"De acuerdo." Echó un vistazo a las primeras páginas. No había más de una docena de palabras en cada página. Esto le daría una amplia oportunidad para mantener un ojo en las cosas.

Janice se había sentado en el mostrador de recepción y, tras una rápida mirada en su dirección, se concentraba en algunos huéspedes que acababan de llegar. Sin duda, la mujer era toda una veterana en esto y desempeñaba el papel de anfitriona a la perfección. Saludó a la pareja, un chico y una hermosa mujer que le resultaban familiares, con el entusiasmo y la familiaridad de una mujer que da la bienvenida a su familia en casa. Por la conversación, Ian se dio cuenta de que había visto a la mujer en varias portadas de revistas.

Naturalmente, Kelly también fue presentada a los recién llegados, que al parecer eran huéspedes que regresaban. Pero era obvio que su función era ocuparse de los problemas, como los dos hombres y el propio Ian. Estaba de pie junto al porche con los dos hombres. Un tirón de la manga de Ian le devolvió a una página en la que aparecían ocho huevitos. Adornando el texto, le dio a Jade su versión de la mejor manera de desayunarlos. De alguna manera, la sandía, la mantequilla de cacahuete y el helado de pepinillo dulce entraron en la descripción.

Soltó una risita. "Eres gracioso", dijo, pasando inmediatamente las páginas de nuevo al principio. "Empezaremos otra vez. Y esta vez, cuéntalo a tu manera."

Era difícil de entender, pero la aprobación de la niña tuvo un efecto en él. Miró la parte superior de su cabeza y la maraña de rizos castaño claro. Aquella pequeña humana, tan abierta y sincera, realmente le caía bien. Así de sencillo.

"Hmm. Un cerdo. Un poco de tocino."

"¿En una hamburguesa?", preguntó.

Ian asintió. "Con mostaza y cátsup."

"Y malvaviscos."

"¿En una hamburguesa con queso?" Ian hizo una mueca.

Jade asintió con entusiasmo. "Y M&Ms azules de topping."

"¿Seguimos hablando del cerdo?"

"No, las vacas", sonrió, volviéndose hacia donde las fotos de dos vacas llenaban la página.

"Volver a la hamburguesa."

Ian sintió que Jade se ponía tensa a su lado.

"¿Qué pasa?"

"Está aquí", susurró Jade, acurrucándose más contra él.

"¿Quién está aquí?", preguntó mirando alrededor del salón. Una familia que se había registrado antes estaba de nuevo abajo. El hijo menor, con galletas en la mano, ya estaba asaltando la mesa de bocadillos. La pareja con la que Kelly había estado hablando antes estaba llevando a Dan al coche para recoger su equipaje. Ian vio el objeto de la evidente infelicidad de Jade. Una adolescente con una mochila roja colgada de un hombro acababa de entrar en la posada por el vestíbulo detrás del mostrador de recepción. "¿Ella?"

Jade asintió. "Esa es Cassy."

"¿Tu niñera?"

"No soy un bebé. No la necesito." Jade se medio escondió bajo su brazo, mirando con fiereza a través del vestíbulo.

La incomodidad de la niña sentó mal a Ian. Observó más detenidamente a la adolescente. A primera vista no era más que otro clon de estrella del pop. Tal vez dieciséis años. Pelo rubio de punta y la inevitable franja de piel que asomaba entre la camisa y los vaqueros de tiro bajo. Piercing en el ombligo. Tenía un rostro brillante y expresivo, y habló con inteligencia mientras se acercaba a Kelly.

"¿Qué es lo que no te gusta de ella?"

Obtuvo como respuesta un encogimiento de hombros.

"¿Qué hacen los dos cuando ella viene?", preguntó Ian, esperando que Jade se explayara.

De nuevo, se encogió de hombros.

"¿Es mala contigo?", preguntó seriamente.

La cabeza de la niña se agitaba de un lado a otro, haciendo bailar los tirabuzones. Los deditos se aferraron a su manga cuando Cassy miró en su dirección mientras seguía hablando con Kelly.

"¿Por qué no le dices a tu mamá que no te gusta?", le susurró mientras la niñera se acercaba, sintiéndose de pronto incómodo por la forma en que Jade se aferraba a él.

"Quiero leer más", dijo Jade, enterrando la cara contra su brazo. "Quiero quedarme aquí."

Era imposible que la chica no hubiera oído la queja. Sin pensarlo, Ian rodeó el hombro de Jade con el brazo, atrayéndola más protectoramente a su lado.

"He oído que alguien se ha echado una siestecita hoy. Hola, soy Cassy Harper", le dijo alegremente a Ian.

"Hola. Soy Ian Campbell."

Cassy bajó la mochila y se agachó ante ellos, dando palmaditas en la rodilla de Jade y tratando de atraerla. "Tu mamá me dijo que te preguntara por tu clase de natación de hoy. Está muy orgullosa de ti." Tomó a la niña y la separó de Ian para cargársela en brazos.

A Ian no le gustó el modo en que Jade se volvió flácida y complaciente en cuanto Cassy la tocó. De repente, toda su energía había desaparecido. Los libros quedaron olvidados en el sofá. La adolescente, tomando a la niña de la mano, se levantó.

Ian se levantó de inmediato. "¿Siguen las clases?"

"Sí, un par de semanas más", dijo Cassy, levantándola sobre la cadera y cargándose la mochila al hombro. Se dirigió hacia la puerta.

Ian las siguió. "¿Vienes aquí todos los días?"

"No, solo cuando hay mucho trabajo. Normalmente los viernes y los domingos. Ya sabes, check-in y check-out."

Ian tocó la mano de Jade. Estaba helada. "Entonces, ¿cuál es la rutina?"

"Vamos a dar un largo paseo. La traeré de vuelta a la hora de cenar. No importa lo abarrotado o concurrido que esté este lugar, Kelly insiste en cenar con este pequeño duende. Creo que te está buscando." Cassy hizo un gesto con la cabeza hacia la dueña de la posada. "Y tenemos que irnos."

La adolescente salió con la niña e Ian se quedó mirándolas. Jade no miró hacia atrás, sino que apoyó desganadamente la cabeza en el hombro de la niñera. Era una niña distinta de la que había estado sentada a su lado un minuto antes.

Kelly se acercó por detrás. "Creo que por fin tenemos lista su habitación, Sr. Campbell. Y si quiere, tengo tiempo para darle un pequeño tour."

"Tienes una hija muy linda." Se volvió hacia ella.

"Gracias."

"¿Cuánto tiempo hace que tienes a esta niñera?", preguntó en tono serio.

"Cassy ha estado cuidando de Jade por mí desde que me trasladé a New Hampshire. Es la única niñera que ha tenido mi hija. ¿Ocurre algo?", preguntó Kelly, con una nota de aprensión en el tono.

"No, supongo que no." Frunció el ceño. "Tal vez las cosas son diferentes en New Hampshire, pero ¿alguna vez hiciste una verificación de referencias? ¿Una comprobación de antecedentes policiales? ¿Pruebas de drogas o alcohol?"

Kelly le miró fijamente durante un momento y luego empezó a morderse el labio, obviamente intentando ocultar su diversión.

"Esto no es San Diego, Sr. Campbell. Vivimos en las afueras. La población total de Independence y Errol y sus alrededores es de algo menos de quinientos habitantes en un buen día... y eso contando los perros, los gatos y los turistas. Los ciervos superan en número a la gente de por aquí, y todo el mundo se conoce. Tenemos dos hombres que constituyen la policía, y en realidad son agentes estatales de conservación de la vida salvaje. Aunque los necesitara, no hay un verdadero departamento de policía en treinta millas a la redonda."

"Entonces, ¿eso significa que no lo hiciste?", preguntó, aún serio.

"No, no la conocía. Pero conozco a la madre de Cassy."

Ian asintió y no dijo nada más.

"Gracias por su preocupación, Sr. Campbell, pero trabajo muy duro para criar a mi hija en un entorno seguro, y aquí todos nos cuidamos los unos a los otros. Ahora, ¿qué tal si le muestro el lugar?"

Mientras lo guiaba por la planta principal, la dueña de la posada le dio su discurso habitual sobre el lugar, su historia y sus servicios.

"Aunque servimos tres comidas al día, somos muy flexibles para quienes deseen llevarse un almuerzo para una excursión por la naturaleza o un paseo turístico. Y si te gusta el vino, tenemos una de las mejores colecciones de..."

"¿Qué hay que ver por aquí?"

"¿Alrededor de Independence?" Arrugó la nariz de la misma manera que Ian había visto hacer a Jade. "Kilómetros de bosques y cientos de lagos. A una hora en coche también hay montañas. Si te interesa conducir hasta las White Mountains, podemos sacar algunos mapas."

"No, tienes exactamente lo que estoy buscando."

Kelly Stone tenía unos ojos muy expresivos, e Ian vio cómo se formaba la pregunta y se quedaba sin formular, antes de que ella lo condujera a la terraza. No había rastro de Bill ni de su camioneta. Dos chicos estaban lanzando un frisbee en la arena de la playa.

"Te vi hablando con Dan antes, así que probablemente te explicó lo del lago y las barcas y las normas de seguridad que les pedimos seguir a todos nuestros huéspedes."

"En realidad, nunca hablamos de nada de eso", dijo. "¿Hay niebla así todo el tiempo?"

Ella siguió la dirección de su mirada. "Janice siempre me dice que es malo para los negocios admitirlo, pero no soy demasiado buena guardando secretos. Sí, la mitad del lago está cubierta de niebla nueve de cada diez días." Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se apoyó en la barandilla. "Me han dicho que tiene una explicación lógica. La mayoría de los lagos de esta zona se alimentan de manantiales. Algunos son manantiales fríos, otros cálidos. El manantial que alimenta este es cálido. Si te metes a nadar, notarás la diferencia. Me dicen que esa es también la razón de la niebla."

A Ian le gustaban las cosas reales. Ya fueran obstáculos, muros o personas, le gustaban sólidas y tangibles. Nunca le importó la niebla. "¿Qué hay al otro lado del lago?"

"Un campamento de verano."

"¿De qué tipo?"

"El propietario lo alquila a diferentes grupos cada pocos años. Así que cambia. No tengo motivos para ir allí, pero me han dicho que el año pasado hubo un campamento para adolescentes de barrios marginales durante la mayor parte del verano."

Ian tenía otras preguntas sobre el campamento, pero Kelly le guió al interior. En el porche, ella señaló una mesa de buffet que estaba bien surtida con aperitivos durante todo el día. Ian seguía pensando en el exterior. No se dio cuenta de sus comentarios sobre que la cocina solo servía galletas hasta las once de la noche hasta que fue demasiado tarde para volver.

"¿Quieres que le pida a Dan que te suba el equipaje mientras te enseño el piso de arriba?"

"No, lo haré yo mismo más tarde."

"Por cierto, solo te tenemos reservado el fin de semana", comentó mientras subían las escaleras. "¿Tenemos eso bien?"

"¿Sería un problema si decidiera quedarme más tiempo?", preguntó Ian, seguro ahora de que se quedaría.

"Ningún problema. Por supuesto, aún no has visto tu habitación. Puede que cambies de opinión." Le lanzó una sonrisa pícara antes de detenerse en el segundo piso para mostrarle el baño completo que debía compartir con otros huéspedes.

Al llegar a lo alto de la escalera, el suelo era de madera vieja muy pulida y había una pequeña alcoba acondicionada como sala de estar. Frente a una ventana con vistas al lago, había varias sillas y una mesita con libros y una lámpara de lectura. Sobre la mesa había

un jarrón con flores frescas. Ian se detuvo y se asomó para contemplar las vistas. Dan estaba en el muelle, equipando a los dos chicos con una canoa. La niebla a lo lejos era impenetrable.

"La casa es vieja y las cerraduras no son demasiado fiables. Por eso tenemos aquí un cartelito que pedimos a nuestros huéspedes que utilicen cuando van al baño." Le mostró el cartel de pizarra pintado a mano que colgaba de un gancho junto a la puerta del baño.

Ian echó un vistazo a la pizarra. Aparte de la palabra Ocupado, estaba decorada con marcas astrológicas de lunas y estrellas y signos del zodíaco. "¿Quién es el artista?"

Kelly tocó el cartel. "La verdad es que no lo sé. Las pizarras han estado aquí desde siempre, desde que mis padres compraron la posada. Cada habitación tiene una placa única."

Ian miró por el pasillo y vio las placas que colgaban junto a cada puerta.

"Cada habitación lleva el nombre de un signo astrológico. A mí no se me da bien nada de eso. Supongo que no debería decírtelo, pero cuando estoy en la oficina, tengo que usar una pequeña chuleta para recordar qué número de habitación es Sagitario y cuál es Acuario. No puedo distinguirlos." Le hizo un gesto hacia el pasillo. "Tengo que disculparme, pero tendrás que subir por las escaleras de atrás desde esta planta. Solo hay un tramo de escaleras que va desde aquí hasta tu habitación."

En el otro extremo del pasillo, una variedad de deliciosos olores ascendían por una estrecha escalera desde la cocina. Abrió una puerta detrás de ellos, revelando unas escaleras que subían al tercer piso, más empinadas y aún más estrechas.

"En un tiempo, esta parte era solo un ático", explicó, abriendo camino. "Me han dicho que hace unos quince años, el último

propietario añadió las buhardillas y el cuarto de baño y lo convirtió en un apartamento."

Llegaron arriba, donde una de las buhardillas abría la pequeña sala de estar del rellano. Como el resto de la casa, el espacio estaba decorado con una alfombra trenzada, una mecedora y estanterías. A su izquierda, una puerta estaba abierta e Ian se asomó a lo que solo podía describir como una habitación de muñecas. El alero descendía abruptamente desde el pico de la casa, y la estrecha zona que iba desde la puerta hasta la ventana era el único lugar con suficiente altura para caminar. Las paredes eran de color rosa pálido. Una antigua cama individual con armazón de metal blanco ocupaba la mayor parte del espacio disponible. El cubrecama era una colcha de cuadros blancos y rosas. La alfombra era del mismo color que la colcha. Una mesilla blanca sostenía una lámpara con pantalla rosa. Encima de una cómoda blanca, cerca de los pies de la cama, había una hilera de ositos de peluche. Ian observó que incluso ellos llevaban camisas y overoles rosas.

"¿Es esta la habitación de Jade?"

"Jade odia el rosa." Se aclaró la voz, pero no sirvió de nada. Las palabras salieron como un graznido. "Esto es tuyo."

Volvió a mirar dentro, intentando imaginar cómo podría caber en aquel lugar, por no hablar de dormir en él. Rosa.

"Si no eres claustrofóbico, la cama te resultará muy cómoda. Y tu habitación vendrá con el desayuno incluido. ¿He mencionado que Tranquility Inn es famosa por sus excelentes comidas?"

Kelly retrocedió un par de pasos para dejarle espacio. Tocó la silla que había en lo alto de la escalera y vio cómo se balanceaba un par de veces. Se preguntó si podría dormir en ella. Al otro lado de la escalera, había otra puerta que Kelly estaba bloqueando.

Ella siguió la dirección de su mirada. "Esto lleva al apartamento donde vivimos Jade y yo. Las dos somos muy tranquilas. No habrá ruido a primera hora de la mañana."

Tiró del lóbulo de una oreja.

Se apartó de la puerta. "Estaríamos encantados de que decidieras quedarte con nosotros, pero por supuesto entendería que prefirieras que te buscáramos otra posada con mejor alojamiento."

Se fijó en la placa de pizarra que colgaba junto a la puerta de su apartamento. Volvió a mirar la placa junto a su propia puerta. La suya era Cáncer. La de ella era la Luna.

A diferencia de Kelly, Ian sabía bastante sobre el zodíaco y la astrología, y no le costaba recordar los signos y sus propiedades. El símbolo de la Luna era una media luna. La parte visible simbolizaba la mente consciente; el lado oscuro, el inconsciente. La Luna era un signo femenino y se relacionaba adecuadamente con el agua. Tal vez aún más apropiado, pensó con ironía, era que la Luna regía en Cáncer, una casa nocturna.

Se volvió hacia ella. "Tomaré la habitación."

Capítulo Cuatro



"Oye, Blade. ¿Estás aquí?"

Dan entró en la cocina, pero el cocinero no aparecía por ninguna parte. No importa, pensó. Sabía lo que tenía que hacer.

Levantó la vista hacia el televisor colocado en una estantería y sacudió la cabeza. Wilson Blade era un adicto a las telenovelas. Dan estaba bastante seguro de que el tipo no encajaba en ningún grupo demográfico que normalmente viera telenovelas, pero eso daba igual. El cocinero, que en apariencia era probablemente una de las personas más aterradoras que Dan había visto nunca, conocía todos los personajes, todas las tramas y todas las historias de al menos media docena de series. Le había oído hablar de ellas con Rita. Esta era nueva para Dan. Era una telenovela en francés de Quebec.

Dan levantó la mano y cambió el canal a la emisora de Montpelier, que era lo más parecido a una emisora local que había aquí. El noticiero de primera hora ya estaba a la mitad, pero sabía que pronto darían el pronóstico del tiempo, así que lo dejó ahí y se puso a trabajar.

La cocina estaba, como de costumbre, inmaculada. Un par de salsas hervían a fuego lento en el enorme y viejo fogón, y él podía oler un asado en el horno. Wilson —que le había dicho a Dan

cuando empezó que le llamara Blade, sin importar cómo le llamaran los demás— era un trabajador limpio. También era un cocinero muy bueno. Pero cuando Dan, en su primer día, le había preguntado en broma si había aprendido a cocinar en la cárcel, Blade casi le había arrancado la cabeza. Era evidente que Wilson Blade no era una persona con la que se pudiera jugar.

Rebuscando en los cajones del refrigerador, Dan encontró la bolsa de camotes que debía pelar y cortar. La levantó hasta el fregadero, arrastró un taburete y tomó un cuchillo afilado del cajón.

Acababa de terminar su segundo camote cuando el meteorólogo empezó a hablarle a la presentadora de un festival en la India que estaba llegando a su clímax:

"...celebrando un acontecimiento astrológico en el que Júpiter se encuentra a mitad de camino en su viaje alrededor del Sol. El viaje de ida y vuelta dura algo más de veintidós años, y dentro de cuatro días el planeta entra en Acuario en el zodíaco cuando el Sol entra en Aries. Ahora —presta mucha atención, Mónica— cuando el Sol, que representa el intelecto racional, encuentra esta relación específica con Júpiter, que resulta ser el maestro espiritual, guía a la Luna, que representa la mente humana, resultando así en la inmortalidad del ser."

"Vaya", bromeó la presentadora. "Será mejor que limpie mi casa."

"En serio", continuó el meteorólogo. "Aquí, en el norte de Nueva Inglaterra, durante los próximos días, podremos disfrutar de la Luna más grande que veremos este año, pero eso siempre significa que ocurrirán cosas raras."

"¿Saldrán los chiflados en masa, Jay?"

"Bueno, aún estabas en primaria cuando ocurrió, pero la última vez que estos planetas se alinearon así, una secta en Nuevo México

se suicidó en masa, dejando solo..."

El televisor se apagó y Dan levantó la vista, sobresaltado y haciéndose un corte en la mano. "¡Mierda!"

La sangre empezó a gotear en el fregadero y tomó una toalla. Al girarse, vio a Wilson Blade mirándolo con el control remoto en la mano.

"¿Cuál es tu problema?", preguntó Dan.

"Este es mi maldito televisor."

"Sí, ¿y?" Frunció el ceño mirando al cocinero. "No estabas por aquí, así que..."

"Es mío. No vuelvas a tocarlo. Jamás." Blade se acercó a él amenazadoramente. "¿Quedó claro?"

"Como quieras. No te pongas así."

Blade volvió a cambiar el canal a la telenovela canadiense y se dirigió al otro extremo de la cocina.

"Voy a por una venda al despacho", dijo Dan, dirigiéndose a la puerta.

Blade resopló y Dan salió. El sonido de la telenovela lo siguió por el pasillo.

"Qué raro", murmuró en voz baja. "Quién hubiera dicho que el tipo hablaba francés."

JADE PESABA DEMASIADO COMO para cargarla todo el camino y Cassy la dejó en el suelo nada más salir de la posada. En cuanto entraron en el sendero que atravesaba el bosque, la energía de la niña se disparó. La adolescente la persiguió por una larga colina mientras le gritaba que no se desviara del camino, que no tropezara con las rocas, que tuviera cuidado con la hiedra venenosa y una docena de cosas más. En cuanto la niñera alcanzó a Jade y la agarró con

fuerza, la energía desapareció y la chica empezó a flojear, arrastrándose como un ancla.

"A mamá le encantan." Jade se inclinó para recoger otra flor de un parche de jacintos de uva.

"Vamos. Ya tienes un puñado en cada mano."

"Una más", suplicó Jade. "Estas son las más bonitas."

"Vamos", la instó la niñera. Cambió de táctica. "Si caminamos tan despacio, seguro que nos comen los osos."

"Mi mamá dice que los osos no te hacen daño si no tienen crías que proteger."

"Por favor, Jade", suplicó la niñera. "Es importante que sigamos."

"¿Por qué?" La niña dejó caer un ramo y salió corriendo por el camino hacia una lila que aún estaba en flor. "Son tan bonitas y huelen tan bien. Tenemos que tomar algunas para mi mami. ¿Me ayudas?"

La adolescente miró fijamente a su protegida, con una mano en la cadera. "Si lo hago, ¿caminarás más rápido y te quedarás conmigo?"

"Lo prometo."

Siguiendo a la niña hasta el arbusto, alargó la mano para arrancar un racimo de las fragantes flores cuando oyó el ruido de un motor a lo lejos.

"Ya llegó", dijo, volviéndose hacia el sonido.

Su trato olvidado, Cassy se agachó y levantó a la niña sobre su cadera, y luego echó a correr por el sendero.

"Las flores de mamá", graznó Jade con voz suave mientras se aferraba con fuerza al ramo que le quedaba.

Cassy no prestó atención a la queja de la niña. Apenas sentía el peso de Jade. Llegó a la cresta de una colina con una sonrisa. Un

momento después llegaron a un lugar donde una carretera forestal desierta cruzaba el camino.

El viejo Jeep que bajaba por el estrecho carril no tenía capota ni puertas, y el conductor la saludó con un gesto entusiasta al entrar en el sendero. Derrapó hasta detenerse.

"¡Caleb!", lo llamó Cassy. "¿Cuándo volviste?"

"A primera hora de la tarde."

"Te cortaste el pelo." Admiró el corto cabello rubio.

"Sí." Se pasó una mano por el pelo y los ojos azules se centraron en la niña del brazo de Cassy. "¿Cómo está?"

Jade se aferraba con fuerza a la camisa de la niñera. Cassy se fijó en las flores aplastadas que la niña aún sostenía en el otro puño. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de la adolescente y se negaba a levantar la vista. Cassy subió al asiento del copiloto y acomodó a Jade en su regazo. "Es algo nuevo en ella. Se muestra tímida con la gente."

"Pero somos viejos amigos." Caleb se acercó para tocar la mano de la niña, pero Jade la retiró bruscamente.

"Quiero irme a casa", susurró y empezó a llorar.

El joven dirigió una mirada preocupada a Cassy. La adolescente abrazó a Jade. "Se pondrá mejor cuando lleguemos."

"Eso espero", dijo Caleb. "El Padre Ty está muy ansioso por verla. Quiere presentársela a la gente nueva."

Ian cerró la puerta de su habitación y empujó una silla de respaldo recto —el único mueble de la habitación que no estaba pintado de rosa o blanco— contra ella, atascando el respaldo bajo el pomo. Puso la maleta sobre la cama.

La cena empezaría a las seis. Cócteles y aperitivos en el vestíbulo a las cinco. Esa era su oportunidad de presentarse a los demás huéspedes, quizá de hacer una o dos preguntas. Abrió la maleta y sacó su pistola y un cargador. Cargó el arma, la comprobó, la descargó y la dejó sobre el edredón. Ian sacó un sobre de papel manila lleno de papeles y lo dejó junto al arma. Toda la ropa de la maleta fue a parar a la cómoda. Haciendo una pausa, comprobó su teléfono móvil. No había señal.

Mientras se cambiaba por una camisa limpia, Ian vio una pequeña fotografía. La tomó y miró el rostro sonriente de la joven.

"Pronto", susurró, metiendo la foto en su bolsa de afeitar. La pistola y el sobre volvieron a la maleta. Hizo girar los diales de la cerradura de combinación y la probó antes de deslizar la maleta bajo la cama.

Ian miró el reloj. Ya eran las cinco y media. Hora de ponerse en marcha.

Los tentadores aromas salían de la cocina y se extendían por el pasillo. Ninguno de los huéspedes había bajado aún a probar los deliciosos aperitivos de Wilson. Bill se había colocado detrás de una barra rodante cerca de la chimenea y estaba sacando brillo a los vasos. Janice estaba sentada en el mostrador de recepción y hablaba con alguien por teléfono. La brisa de la tarde era suave y agradable, y todas las ventanas seguían abiertas.

Kelly miró ansiosa hacia la puerta del porche. Aún no había rastro de Jade y Cassy. No llegaban tarde, se dijo a sí misma. Entró en el comedor del porche. Rita estaba terminando de poner las mesas.

"Has estado de un lado para otro todo el día. Te ayudaré a servir las mesas esta noche", se ofreció Kelly.

"Lo que tú digas", dijo Rita con su rudeza habitual. Levantó la pizarra que actualizaban cada noche con los platos de la cena.

"Déjame hacerlo a mí." Kelly tomó la pizarra de la mano de Rita. "¿Por qué no vas a comer? ¿Sentarte unos minutos antes de que empiece la locura?"

La única reacción de la mujer fue encogerse de hombros antes de salir hacia la cocina.

Aunque solo tenía treinta y pocos años, Rita era otra veterana de la posada. Llevaba trabajando allí desde los dieciocho años, nada más salir del instituto.

Desde aproximadamente la primera semana que Kelly estuvo aquí, se dio cuenta de que tratar con Rita era difícil. El mal humor de la mujer y su actitud conflictiva eran un poco difíciles de soportar a veces. Sin embargo, Kelly no tardó en darse cuenta de que era una mujer muy trabajadora. Sin familia conocida, Rita pasaba cada minuto en la posada cuando la necesitaban. Y por aquí era difícil encontrar ayuda.

A lo largo de dos años, las dos mujeres habían aprendido a tratarse. O al menos Kelly lo había hecho. Le decía a Rita lo que había que hacer y se quitaba de en medio.

Los ojos de Kelly siguieron el rastro a lo largo de la costa, esperando ver a Jade y Cassy. Nadie. Los nervios de su estómago se apretaron con fuerza. Todo era culpa de Ian Campbell. Ni siquiera estaría pensando en esto si no fuera porque él le había metido todas esas ideas en la cabeza.

Tomó la tiza y la pizarra y se dirigió a la cocina. Se había ofrecido a hacer el trabajo para Rita, pero no sabía el menú exacto para la cena.

La pareja de Filadelfia había aparecido. Estaban junto al carrito del bar y charlaban con Bill. Los tres sonrieron a Kelly cuando atravesó el salón. Ian Campbell también bajaba las escaleras. Su mirada se cruzó con la de Kelly y luego echó un vistazo al sofá y a los libros de Jade, apilados en una mesa auxiliar. Una punzada de preocupación la recorrió de nuevo al darse cuenta de que no era la única que se preguntaba por el paradero de su hija.

Ya vendrán, se dijo a sí misma.

Al pasar junto al mostrador, Kelly le susurró a Janice: "Sé amable con todos ellos."

La anciana sonrió. Ya tenía su cara de anfitriona.

Kelly entró en el despacho y llamó al interfono de su apartamento de arriba. Cabía la posibilidad de que Cassy hubiera traído a Jade sin que Kelly las viera y hubieran subido directamente. No hubo respuesta.

En la cocina, Dan estaba cenando y Rita estaba distraída, mirando la televisión. Se alegró de que estuvieran allí. Si había una persona que molestaba a Kelly, era el cocinero de la posada, que estaba junto a los fogones. Se había planteado una docena de veces despedir a Wilson Blade, pero era un gran activo para la posada. Era sin duda uno de los mejores cocineros de la zona, y sus platos atraían a un buen número de comensales adicionales en cuanto empezaba la temporada de verano. De hecho, le había visto rechazar dos veces ofertas de los Balsams para cocinar para ellos. Además, nunca le dio una razón concreta para despedirlo. Como tantas otras cosas por aquí, Wilson Blade era algo que no podía cambiar fácilmente. Aun así, le molestaba.

"Necesito copiar el menú de la cena", dijo.

Wilson hizo una pausa al remover una salsa y su mirada se calentó al mirarla. A Kelly se le erizó el vello de la nuca. No era la

primera vez, ni siquiera la centésima, que la hacía sentir incómoda.

Siempre la estaba observando. Se cernía sobre ella y le daba escalofríos. Lo extraño era que no la miraba como un obrero de la construcción mira a una mujer en la calle. No le miraba los pechos ni el trasero. Era difícil de definir. Era algo en sus ojos. Actuaba como un perro guardián. Ella no lo necesitaba, no se lo había pedido y nunca alentó su comportamiento de ninguna manera. Desde el momento en que lo conoció, Wilson la miraba como si fuera un preciado trozo de carne.

Todo era demasiado extraño. Había muchas noches en las que ella pensaba que él se había ido a casa, y miraba por la ventana de su apartamento y lo veía de pie afuera, fumando bajo los árboles. A veces se asomaba a su ventana. En algunas ocasiones, cuando había llevado a Jade a una feria local o a una venta de garaje, se había cruzado con él. Parecía estar en todas partes. Si las actividades de la zona no fueran tan limitadas, podría considerarlo un acosador, pero no llegaba a ese punto.

Aun así, Kelly nunca permitía que Jade fuera sola a la cocina y nunca se ponía en una situación en la que estuviera a solas con él. Nunca había hecho un avance inapropiado ni había dicho o hecho nada abiertamente fuera de lugar, o eso habría sido el fin de su empleo. Pero aun así, se le erizaba la piel.

"Blade, ¿no escribiste las cosas en ese papel para que Rita las copiara?", dijo Dan, acudiendo en su ayuda.

"Ya está cambiado", gruñó Wilson, arrugando el papel antes de tirarlo a la papelera.

Kelly no se habría sentido tan incómoda con el comportamiento de Wilson si hubiera sido coherente. Si fuera un poco agradable con los demás, si hubiera siquiera un rastro de civismo en su conducta con sus compañeros de trabajo o con cualquier otra persona, ella se

habría sentido algo mejor con su comportamiento extrañamente protector. Además, el pasado de Wilson Blade era un misterio. Nadie sabía nada de él. Ni Janice ni Bill admitían haberlo contratado, aunque ya estaba aquí cuando los padres de Kelly compraron la posada. Los Maitland también se apresuraban a nombrar cien razones por las que Kelly debía mantenerlo cada vez que sentían que se estaba enfadando con él.

Lo curioso era que había intentado exactamente lo que Ian Campbell había sugerido con Cassy. El agente de conservación del parque con el que había hablado sobre la verificación de antecedentes la había mirado como si tuviera dos cabezas cuando se lo mencionó. No era algo que le pidieran hacer habitualmente, pero tomó la información que ella le dio e hizo una llamada a la comisaría de Colebrook y al cuartel de la policía estatal en Twin Mountain. Wilson Blade era un ex biker que había tenido muchos roces con la ley en sus años mozos. Nunca había ido a la cárcel, pero sí había sido arrestado varias veces por alcohol y drogas antes de encontrar a Jesús y recuperar la sobriedad. Desde entonces había sido un ciudadano modelo, en lo que al Estado de New Hampshire se refería. No parecía que tuviera nada de qué preocuparse, le habían dicho los policías.

Bueno, tal vez no desde donde estaban parados, pensó.

"¿Qué debo poner en la pizarra?", volvió a preguntar Kelly, tratando de no mostrar su inquietud mientras Wilson seguía escrutándola en silencio.

Le dijo cuáles eran los tres platos principales.

"¿Y cuál es la sopa?"

"Crema de brócoli."

Se equivocó al escribir brócoli y la mano de él estaba allí, borrando la palabra por ella. Se le puso la piel de gallina y se apartó

de él.

"Pareces tener frío", dijo. "Deberías subir y ponerte un suéter."

"Puedo cuidarme sola, Wilson. ¿Algún aperitivo?"

"No es buena idea poner a ese extraño en el tercer piso. Está demasiado cerca de ti y de Jade."

Estaba a punto de recordarle que no era su trabajo preocuparse por dónde se colocaban los huéspedes cuando oyó abrirse y cerrarse la mosquitera. Se sintió aliviada al ver que Cassy traía a Jade.

"Se quedó dormida", susurró la adolescente en cuanto la vio. "La llevaré arriba."

Kelly miró la cara de su hija, sus manos sucias y sus zapatos llenos de barro.

"No, yo la llevo."

Apartó a su hija del hombro de Cassy y la tomó en brazos.

"¿Se encontraba bien?", preguntó, tocando la frente de Jade. No tenía fiebre.

"Sí. Ha estado corriendo como una loca desde que nos fuimos. Se agotó y quería que la cargaran hace unos veinte minutos." Cassy sacó una hoja que se había enredado en el pelo de Jade. "No me había dado cuenta de que habíamos llegado tan lejos. Fue una caminata llevarla en brazos."

"Jade se está haciendo demasiado grande para eso."

La adolescente se encogió de hombros. "Es una campeona, en su mayor parte."

Kelly hizo un gesto hacia la cocina. "¿Por qué no comes algo y hago que Bill o Dan te lleven a casa?"

"Está bien. Mi mamá vendrá a buscarme." Acarició el pelo de Jade una vez más. "Entonces, ¿me necesitas mañana, o debo volver el domingo?"

"El domingo. Pero te llamaré si te necesito antes", le dijo a la adolescente, mientras Dan se ofrecía a terminar de escribir el menú por ella.

Kelly utilizó las escaleras traseras para llevar a Jade a su apartamento. Estaba haciendo trabajar a su hija más de lo debido. Las clases de natación eran mucho, y encima dejar que Cassy la llevara a dar un largo paseo era demasiado. Además, Jade no había comido nada nutritivo. Y ahora, la niña de tres años estaba dormida y también se perdería la cena.

Kelly conocía bien el susurro de la culpa, y ahora podía oírlo. Cada vez que Jade se ponía enferma o se caía y se hacía un moretón, cada vez que su hija lloraba, no importaba el motivo, la voz estaba en su oído. Lo intentaba, pero no sabía si estaba siendo una buena madre o no. Nunca había tenido a nadie que le sirviera de modelo, al menos cuando tenía la edad de Jade.

En lo alto de la escalera, vio la mesita que habían colocado junto a la puerta de su apartamento. Los libros de Jade estaban apilados sobre ella. Junto a ellos, había dos galletas de chispas de chocolate sobre una servilleta.

Kelly sonrió al abrir la puerta. No sabía nada de Ian Campbell. A pesar del tipo de negocio al que se dedicaba, siempre desconfiaba de los extraños. Ella y Jade eran lentas para confiar. Más lentas para aceptar. Pero había algo diferente en Ian Campbell.

Capítulo Cinco



Victor Desposito tenía presencia. Al menos, tanta presencia como puede tener un hombre de 1,65 m. Su compañero Brian, más corpulento y quince centímetros más alto, era mucho más reservado.

Un simple saludo a Victor había sido suficiente estímulo para lanzarle a una historia completa sobre él y su amigo. En pocos minutos, Ian supo que ambos hombres eran de Filadelfia. Victor se dedicaba al negocio de las antigüedades. Brian era un artista que trabajaba como carpintero en sus ratos libres. Las mejores manos de Filadelfia, según Victor. Ian decidió tomarse su palabra. Brian también trabajaba a tiempo parcial en la tienda de antigüedades que Victor gestionaba para una distribuidora llamada Ellie Littlefield. Los dos estaban allí para una importante subasta a la que Ellie no podía ir en persona.

Esto era más de lo que Ian necesitaba saber sobre los dos hombres. Echó un vistazo por el vestíbulo, con la esperanza de conocer más sobre algunos de los otros huéspedes. Pero con sus bebidas en la mano, Vic y Brian estaban justo a su lado cuando se presentó a Marisa y Dave Meadows, una joven pareja que estaba allí en luna de miel.

Agradables y algo tímidos, los dos tenían un aspecto saludable. Ian notó la mirada recelosa del marido hacia la pareja gay. Antes de que Ian pudiera decir nada más allá de las presentaciones iniciales, Victor estaba hablando.

"¡Mira qué estructura ósea tiene esta chica!", exclamó, poniéndose al lado de Marisa. Ella le sacaba uno o dos centímetros, por lo menos. "¿Son Amish?"

La mujer y el marido se quedaron sin saber qué responder un momento antes de que Dave contestara. "No."

"¿Por qué pensarías eso?", preguntó Marisa.

Victor agitó una mano, hablándole directamente. "Tu piel, nena. Preciosa. Sin imperfecciones, sin líneas de expresión y sin manchas que digan que estás usando algún sistema de cuatro pasos para mantener tu piel con aspecto retro. Ahora, esa..." Hizo un gesto hacia la mujer muy alta que estaba siendo escoltada al comedor por un hombre más bajo que llevaba una bolsa de fotografía sobre el hombro. "Esa es Ash. Es modelo. Y él es su muñeco Ken personal. Quiero decir, su fotógrafo."

Ian sonrió, no solo a Victor sino también a la joven pareja, que escuchaba con los ojos muy abiertos todo lo que decía.

"Lleva dos semanas usando este exfoliante antioxidante de aminoácidos. Hasta me dijo la marca." Le dio un codazo a Marisa. "Nena, aunque pudiera permitírmelo, nunca le haría eso a mi piel."

Le hizo un gesto a Marisa para que le tocara el dorso de la mano. Ella obedeció, ante el evidente horror de su marido.

"Suave como la seda, ¿verdad? Estrictamente loción hidratante baja en grasa, una marca de farmacia. La compro por unos veinte dólares el tubo."

"Bueno, parece que todo el mundo está sentado para cenar", dijo Dave, tomando a su mujer del brazo. "Y mira, nos han puesto una

mesa para dos junto a la ventana."

"Qué suerte tienen." Victor dijo mientras se alejaban. Miró a la gente que pasaba en busca de su próxima víctima.

Ian se volvió hacia Brian y señaló con la cabeza a la modelo y su novio, que acababan de sentarse en el comedor del porche. "Ella tiene 'buzz off' estampado por todas partes. Entonces, ¿cómo Victor aquí tuvo la oportunidad de hablar con ella?"

"Charla de chicas", respondió Victor. "Nos encontramos en el pasillo de arriba. Le gustó mi cinturón."

Levantó la cadera para que Ian pudiera ver la decoración de plata de los nativos americanos y las piedras preciosas de color turquesa. Ian trató de mostrar la debida admiración.

"Le dije lo mucho que me gustaban los anuncios que estaba haciendo", continuó el hombre más bajo. "Pero le dije que tenía que dejar de usar el delineador de labios oscuro. La plenitud natural de sus labios con ese color rojo zorro que Bliss ha sacado esta temporada complementaría mucho, mucho mejor su tez morena."

"Por supuesto", dijo Ian, sacudiendo la cabeza. "¿Por qué no pensé en ese enfoque?"

"Es un don."

"¿Y no te sacó los ojos?"

"¡Para nada!" Victor sonrió. "Los dos viven en Manhattan. Ella acaba de terminar un gran rodaje en Florida. Ella y su muñeco Ken se están tomando un par de semanas de descanso antes del próximo trabajo. ¿Algo más que quieras que averigüe por ti, cariño?"

"No. Gracias." Ian bebió un poco de su cerveza y estudió a Victor con nuevo interés. Obviamente fuerte y muy ágil. Era atractivo, con un aire refinado. Urbano y muy astuto.

"¡Oh, Dios mío!", dijo Victor, señalando hacia el porche. Ken había sacado una cámara de su bandolera. Tomó media docena de

fotos de Ash, que parecía increíblemente aburrida, en rápida sucesión. Moviéndose por la sala, consiguió fotografiar a todos los presentes en el comedor.

"Hay gente que no puede dejar el trabajo en casa", dijo Brian sacudiendo la cabeza.

La familia de cuatro miembros pasó ante ellos camino del comedor. Ian ya sabía que se apellidaban Stern y que los chicos eran Craig y Ryan, de catorce y doce años. Aún no conocía al Sr. Stern, pero su esposa, Rachel Stern, tenía un color y una constitución muy parecidos a los de Kelly. Los ojos diferenciaban a las dos mujeres. Los ojos de Kelly eran más hermosos que cualquier cosa que Ian hubiera visto en años.

"Hablando de trabajo, ¿he mencionado a mi jefa, Ellie Littlefield?", preguntó Vic, moviéndose entre Ian y Brian y saludando con la cabeza a los padres a su paso.

"Mencionaste su nombre", respondió Ian.

"¿Te dije que está casada con un galán?"

"No." Mirando hacia el comedor, Ian observó un breve intercambio entre la señora Stern y la modelo. Sus sillas estaban una detrás de la otra, pero había algo en la forma en que las dos mujeres hablaban, o actuaban, que dio a Ian la impresión de que podrían conocerse.

"Su nombre es Nate Murtaugh", anunció Victor. "¿Lo conoces?"

"¿Quién?"

"Nate Murtaugh, el marido de Ellie."

"No, ¿debería?" preguntó Ian.

"Era agente del FBI."

Ian le lanzó una mirada curiosa a Victor antes de negar con la cabeza.

Brian intervino. "No le hagas caso. A Vic le va eso de los 'grados de separación'. Cree que todo el mundo está emparentado o se conoce o conoce a alguien que conoce a otro."

"Lo sé a ciencia cierta", dijo Victor. "Mi madre estuvo en el Vaticano el año pasado y tuvo una audiencia con el Papa. Piénsalo. ¿Con qué jefe de Estado no se ha reunido? Con ninguno. ¿Y qué gran estrella del pop no se ha reunido con un jefe de Estado? Solo estoy a esa distancia de Madonna. Y eso solo pasando por mi madre. Piensa en Ellie y Nate y la gente que conocen."

"Tiene razón", le dijo Ian a Brian, pero el otro puso los ojos en blanco.

Todos los demás estaban sentados en el comedor. La mirada de Ian pasó de un par de mesas vacías a un huésped sentado solo en el extremo más alejado de la sala.

"Fue un placer hablar con ustedes", dijo, alejándose.

Ian había visto llegar al hombre. En sus cincuenta años, viajando solo, no se había parado a pedir una bebida antes de entrar en el comedor. No encajaba con los demás huéspedes.

"¿Te importa si me siento contigo?", preguntó.

El hombre miró significativamente las dos mesas vacías a ambos lados de él, antes de mirar a Ian. "Supongo que no."

"Fabuloso. Me encantan las citas dobles", dijo Victor con entusiasmo, tomando la silla a la derecha de Ian y haciendo un gesto a Brian para que se sentara frente a él.

El anciano pareció quedarse sin palabras durante unos segundos ante la intrusión, pero Victor se ocupó de ello rápidamente.

"Soy Victor Desposito. Este es mi amigo, Brian Moore. Y este es Ian Campbell. Sin relación con nosotros."

"Shawn Hobart", dijo el hombre bruscamente, desplegando la servilleta sobre su regazo con exagerada parsimonia.

"¿Tu primera vez en la posada?", preguntó Vic.

"No, soy un huésped habitual aquí."

"Fantástico." Vic agitó su bebida mezclada. "¿Y a qué te dedicas, Shawn?"

"Estoy en antigüedades."

"¡No me digas!", dijo Vic emocionado. "¿Tienes una tienda?"

Ian se recostó en su silla y observó cómo el hombre mayor se aclaraba la garganta.

"Sí, tengo una."

"Debemos estar aquí por la misma subasta", comentó Brian a Ian, moviendo los platos, cubiertos y vasos delante de él para hacer sitio a su botella de cerveza. "Esa venta de bienes de la que Vic hablaba antes."

"¿Cuándo es?", preguntó Ian.

"Mañana por la mañana", respondió Vic. "La vista previa es a las siete en punto. El primer artículo sale a las nueve."

Ian observó cómo Shawn empezaba a sudar. El anciano bebió un largo trago de agua antes de mirar ansioso por encima del hombro hacia donde Rita explicaba el menú de la cena a los Stern.

"Si eres un habitual de aquí, debes ser todo un experto en encontrar el camino por estas carreteras secundarias. Somos de Filadelfia. ¿Qué tal si Brian y yo te seguimos mañana por la mañana a la venta?"

"No voy a ir", dijo bruscamente el hombre.

La cara de sorpresa de Vic fue todo menos contenida. "Conozco a distribuidores que vienen desde Richmond y Washington para esto. El anuncio ha salido en todos los periódicos especializados desde Maine hasta Virginia. Y estamos... ¿a una hora de distancia? ¿Y tú no vas?"

"No, no voy."

Victor se le quedó mirando un momento. "Ah, ya entiendo. Tienes tus contactos. Ya tuviste una vista previa privada del material", dijo, pareciendo satisfecho con la explicación. Shawn no dijo nada. "¿Qué tal si nos das indicaciones para llegar al lugar? Se supone que está justo al otro lado de la frontera, en Vermont."

Todos los ojos de la mesa se volvieron hacia Shawn Hobart. El hombre mayor se quedó mirando el vaso de agua vacío que tenía delante. Para variar, Vic se quedó callado.

"Pregunta en recepción. Allí te ayudarán", dijo finalmente. Cerró la boca y su mirada hacia abajo desalentó cualquier otra pregunta.

Victor y Brian intercambiaron una mirada y se hizo un silencio incómodo en la mesa. Ian observó cómo Kelly se apresuraba a entrar en el comedor. Se había puesto unos pantalones de vestir negros y una camisa blanca abotonada con las mangas remangadas. Llevaba el pelo recogido sobre la cabeza. El cambio de peinado hacía que sus ojos verdes fueran grandes y llamativos. Tenía un aire elegante e inteligente. Rita y ella intercambiaron unas palabras.

"Entonces, Ian", dijo Vic finalmente, obviamente incapaz de permanecer callado por mucho tiempo.

Ian recibió una mirada comprensiva desde el otro lado de la mesa. Bebió de su cerveza. "Sí, Victor."

"Brian y yo nunca tuvimos la oportunidad de preguntar. ¿Qué te trae a ti desde San Diego a Tranquility Inn, aquí en el más profundo y oscuro New Hampshire?"

"Vacaciones." Lo dijo con calma. "Un poco de D & R."

"¿Por qué aquí? ¿Por qué no en algún sitio con más...?" Vic giró la palma de la mano hacia arriba y buscó la palabra adecuada. "¿Más dinamismo? Sabes, tienes un aspecto muy atractivo, en plan hombre duro de Marlboro. ¿Por qué no vas a la playa o a algún club con

chicas en bikini y tíos en tanga desfilando por ahí? Ya sabes, algún sitio donde puedas hacer dos cosas a la vez."

"Pensé que D & R eran dos cosas. Descanso y recreación."

"Vic prefiere S & R", intervino Brian con una risita. "Ya sabes, sexo y recreación."

"Buena charla", dijo Vic en voz baja, mirando alrededor de la sala. "Hay familias jóvenes por aquí, ya sabes." Volvió una sonrisa de cien vatios a Ian. "Entonces, ¿por qué no un poco de S & R?"

"Demasiado lío. Un lugar como este es exactamente lo que recetó el doctor."

Vic captó la palabra enseguida. "Realmente quieres decir doctor, ¿verdad, cariño? Esto no son unas vacaciones."

"Estoy de baja médica."

Victor se recostó en su silla y lo miró de arriba abajo. "Debe ser un médico de la cabeza, entonces, porque te ves muy bien."

"Es por el estrés. Estaba dejando que mi trabajo me afectara", dijo, viendo a Kelly cruzar la sala.

"¿A qué te dedicas?", preguntó Brian.

Ian le devolvió la sonrisa a Kelly cuando llegó a su mesa. "Soy policía".

NO DEBERÍA HABER IMPORTADO a qué se dedicaba Ian Campbell, pero Kelly había estado distraída durante toda la cena. Era un agente de policía de algún tipo. Y no les estaba contando a los tres hombres de su mesa lo que hacía, sino a ella.

El mismo nudo que Kelly había sentido formarse en el estómago la primera vez que lo conoció había vuelto. Había algo familiar en él que no podía explicar. Hablaba duro y sus acciones no le daban

ninguna pista sobre lo que pensaba de ella o por qué estaba realmente aquí. Aun así, no se puso nerviosa. No tenía ganas de huir. En todo caso, tenía curiosidad por saber más de él.

"No hay mucho más que hacer aquí, si quieres subir", dijo Rita.

"Ha sido un día muy largo para ti. ¿Estás segura?", preguntó Kelly a la otra mujer.

"Estoy segura. Hoy no traje coche. Wilson me lleva a casa. Ni siquiera está listo para irse."

Kelly habría jurado que, en los dos años que llevaban aquí, no había visto a Rita y Wilson dirigirse más de una docena de palabras. Sin embargo, era habitual que compartieran viaje desde el pueblo.

"Hoy estuviste genial. Te lo agradezco."

Rita asintió y se dio la vuelta.

En el salón, Kelly se alegró de ver a algunos de los huéspedes sentados hablando. Janice estaba al teléfono.

"No, lo siento. No, no tenemos a nadie con ese nombre alojado con nosotros", respondió a la persona que llamaba. "No, lo siento mucho. Se ha equivocado de número."

"¿A quién buscaban?", preguntó Kelly cuando la mujer mayor colgó.

"Nos habían confundido con algún lugar cerca de North Conway." Señaló el intercomunicador que Kelly dejaba encendido cuando Jade dormía sola arriba. "No he oído ni pío de ella. Debe de estar agotada."

"Dímelo a mí. Pero no comió ni cenó. Me siento fatal."

"Se las arreglará. Los niños son duros", dijo Janice. "¿Cómo estuvo la cena?"

"Bien. Todos parecían contentos con su comida." Desde este ángulo, Kelly podía ver a Ian Campbell sentado en uno de los sillones de cuero junto a la chimenea. Estaba escuchando algo que

decía el más bajo de los dos hombres de Filadelfia. El cuarto comensal, el señor Hobart, se había retirado en cuanto Kelly se llevó los postres. "Sé que solo son tres personas más, pero el comedor parecía mucho más animado teniendo huéspedes extra esta noche. Tal vez si consigo que Dan termine de pintar la habitación cinco..."

"Aquarius."

"Bien, Aquarius. Si lo pintan en cuanto se vaya el grupo Desposito, podríamos empezar a alquilarlo la semana que viene. Además, no me importaría en absoluto que alguien se quedara en la habitación del tercer piso. Siempre y cuando les advirtamos sobre el tamaño y el color."

"Te estás adelantando a los acontecimientos", dijo Janice con una sonrisa, cerrando los libros y guardándolos. "Pasemos primero el fin de semana, luego podemos hablar de ello."

No tenía sentido discutir con Janice sobre esas cosas. En realidad, no tenía sentido discutir con ella sobre nada que supusiera un cambio. Por experiencia, Kelly sabía que tenía que empezar ella misma y decírselo después a la mujer mayor. Caray, lo único que tenía que hacer era poner a Dan en recepción una tarde y tendría más reservas de las que podían atender.

Kelly miró una vez más alrededor de la sala de estar. Parecía que Ian se estaba preparando para irse.

"Tengo que subir a ver a Jade. Volveré abajo más tarde y cerraré."

"No hace falta", le dijo Janice. "Dan ha desaparecido en alguna parte, pero sé que volverá. Bill fue a nuestra casa a ver uno de sus partidos de béisbol, pero también volverá. Entre los dos se ocuparán de todo. ¿Por qué no duermes bien esta noche?"

Kelly no se comprometió de ninguna manera a retirarse por esa noche, pero le dio las buenas noches a Janice y subió.

En el segundo piso, todo estaba tranquilo. Kelly vio la luz encendida bajo la puerta de la habitación donde se alojaban los Stern, pero no se oían voces. Eran cerca de las nueve y se preguntó si habrían salido o si habrían metido a sus dos hijos en la cama antes de tiempo.

Hizo una rápida comprobación del baño compartido de la planta y se aseguró de que había suficientes toallas y otros suministros para los huéspedes. Volvió por el pasillo y subió a su propia planta. Tardó unos segundos en acostumbrarse a ver las dos puertas cerradas: la de la habitación de huéspedes y la de su apartamento. Había estado mimada al tener todo el piso para ella sola y, aunque nunca utilizaba esa habitación, disfrutaba de la brisa cruzada que solía recibir en los meses más cálidos con todo abierto.

La única reforma que Kelly había hecho en la casa desde su regreso había sido en el apartamento donde ahora vivían ella y Jade. Había derribado todas las paredes y también el techo, abriendo el espacio bajo el tejado. Añadió un par de claraboyas para que entrara más luz. Ahora, a excepción de una pequeña cocineta y un pequeño cuarto de baño con ducha, todo el apartamento era diáfano.

Le gustaba que la sala de estar y el dormitorio que compartía con Jade fueran un solo espacio. La disposición le permitía vigilar y estar con su hija, hicieran lo que hicieran. Eran solo ellas dos, y Kelly odiaba estar separada de ella. Eran la única familia que les quedaba a las dos.

El aire del apartamento era fresco. Primero miró a Jade. Estaba acurrucada con su vieja manta amarilla, profundamente dormida. Kelly se sentó en el borde de la cama y tocó los sedosos rizos oscuros. Acarició las mejillas de su hija. La pequeña nariz respingona se arrugó un par de veces y la niña se acurrucó más bajo la manta.

Sin almuerzo de verdad, sin cena, sin baño, sin mimos en la cama, sin lectura de ningún cuento antes de dormirse. La culpa se deslizó de nuevo. La mirada de Kelly se desvió hacia la mesita que separaba las dos camas individuales. El rostro de Greg le sonrió; su expresión era tranquilizadora. Confiaba en ella. Siempre había confiado en las habilidades de Kelly. Siempre le había hecho sentir que estaba haciendo lo correcto.

"Hoy habrías estado muy orgulloso de ella", murmuró Kelly. "Tu hija fue una campeona, por dentro y por fuera."

Kelly tocó el borde del marco de la foto. Dios, lo echaba de menos. Había pasado tanto tiempo. Sentía como si ella y Jade hubieran estado solas para siempre.

En todas las estanterías, mesas y paredes se veían docenas de fotografías enmarcadas de todas las formas y tamaños. Un par de fotos en blanco y negro de gran tamaño de Jade paseando por el bosque se habían fijado al techo inclinado. Kelly se levantó de la cama y se dirigió a la pared del fondo, donde había colocado y colgado tantas fotos.

Greg. Sus padres. Greg y Kelly en su boda. Su madre, Rose, tan orgullosa sosteniendo a Jade en el hospital cuando solo tenía un día de vida. Greg y Kelly durante el crucero, haciéndose su propia foto. Miró las docenas de fotos que había puesto para ella y Jade. Incluso cuando todos estaban vivos, su círculo familiar era muy reducido. Quería que Jade los conociera. Kelly quería que su hija conociera cada rostro cariñoso.

Una brisa fresca hizo que Kelly se estremeciera. Cerró una de las ventanas y estaba a punto de cerrar otra cuando vio a Ian Campbell bajando los escalones desde la terraza.

Capítulo Seis



Ian se paró a la sombra de un arce alto en la zona cubierta de hierba y miró hacia el lago. La noche era húmeda y fresca, y se puso su suéter negro de algodón. A través de la niebla que se arremolinaba sobre su cabeza, la luna era un disco blanco y frío que colgaba en el cielo. Parecía más un decorado que algo real. Tenía los zapatos mojados por el rocío y el olor de la tierra le llenaba de pensamientos sobre su pasado.

El lejano aullido de un coyote le sobresaltó. Era un sonido familiar para Ian, pero no esperaba oírlo aquí. Pensó por un momento que podría haberlo imaginado, pero un aullido de respuesta atravesó la oscuridad desde algún lugar al otro lado del lago. Miró en esa dirección. Los bosques eran negros e ininterrumpidos, una vasta zona por la que se podía caminar durante días sin ver a ningún ser humano. Era un lugar donde uno podía morir y nunca ser encontrado.

En el otro extremo del lago, la niebla no era tan espesa como por la tarde. Las luces del campamento estaban encendidas. Parpadeaban cuando la niebla se disipaba y luego volvía a cerrarse, tentándole. El cielo sobre el campamento era más brillante donde la luz se dispersaba en la niebla, dando al lugar un resplandor blanco y

cambiante, como un halo apagado y sin fijar. El aullido del coyote volvió a cortar la noche. Estaba más cerca que antes.

Miró hacia la casa cuando se abrió la puerta del porche y salió la pareja de recién casados, Marisa y Dave Meadows. Se detuvieron junto a la barandilla, hablando en voz baja. De pie entre las oscuras sombras del árbol, Ian sabía que no podían verle, a pesar de la luz de la luna. Parecían estar en desacuerdo sobre algo. Finalmente, los dos bajaron los escalones y se dirigieron hacia el lago.

Ian se apartó un poco más cuando pasaron a su lado. No iban de la mano ni mostraban el afecto que cabría esperar de dos recién casados. Cuando pasaron, Dave sacó una linterna del bolsillo y la encendió. La hierba que tenían delante brilló bajo el haz de luz. Se la entregó. Cuando llegaron al lago, ella tomó dos remos del soporte mientras él daba la vuelta a una de las canoas y la arrastraba hacia la orilla. El sonido hueco de la canoa deslizándose por la hierba quedó amortiguado. Un momento después, ella ocupó su lugar en la proa y apagó la linterna mientras su marido los empujaba hacia la orilla.

Ian frunció el ceño y observó cómo se alejaba la canoa, desapareciendo en la penumbra. Parecía que remaban hacia el campamento.

Permaneció allí unos minutos, escuchando los sonidos de la noche. Un par de búhos habían empezado a llamar de un lado a otro, y cada ululato erizaba el vello de la nuca de Ian. Un mosquito se posó en su mejilla y se lo quitó de encima. Pensó en tomar una canoa, pero decidió que no sería buena idea que le sorprendieran allí.

Por lo que pudo ver en el estacionamiento del otro extremo de la posada, varios de los coches de los huéspedes habían desaparecido.

Se veía el maltrecho camión de alquiler de Victor y Brian. Fueron los últimos en llegar al salón cuando Ian se marchó.

La casa de carruajes donde vivían Janice y Bill estaba iluminada, aunque no había señales de actividad. Las dos casitas junto al agua estaban a oscuras. Tras echar un vistazo a la posada, Ian pasó por delante de aquella en la que vivía Dan. Al llegar a la segunda casa, miró por una ventana, pero no vio nada. Tiró del candado de la puerta.

"¿Puedo ayudarle en algo, Sr. Campbell?"

Ian reconoció la voz de Kelly. Su mano soltó el candado. Al darse la vuelta, Ian la vio de pie a unos tres metros de distancia. Llevaba un suéter blanco. A la luz de la luna, parecía casi etérea.

"Ian. Por favor, llámame Ian", dijo antes de señalar la cabaña por encima del hombro. "Me preguntaba si guardabas algún kayak allí."

"No hay kayaks. Canoas es todo lo que tenemos. Y un par de peces que nadie saca. Nunca hay viento suficiente para navegar con ellos." Miró el lago. "¿Fue mi imaginación o alguien sacó una de las canoas?"

"Los recién casados", contestó Ian, acercándose y poniéndose a su lado. "Al menos podrías haberles dado una habitación y un baño privados."

Ella lo miró de reojo y no contestó. Ian vio la sonrisa que se dibujaba en la comisura de sus labios. Un momento después, miró hacia la posada por encima del hombro.

"¿Te quedas un momento?", dijo, señalando un par de sillas Adirondack.

Su mirada se dirigió esta vez al tercer piso de la casa.

"Sabes, no creo que la pareja Meadows llevara chalecos salvavidas. Deberías quedarte aquí unos minutos, al menos, por si vuelcan el bote y necesitan ayuda."

"Dan me dijo que también sacaron un bote esta tarde. Creo que probablemente les explicó todo el galimatías de la seguridad."

"Quédate de todos modos."

Tras dudar un momento, se sentó en el borde de una de las sillas. "Solo un par de minutos."

Ian también se sentó. Ella miró por encima del agua hacia las luces que venían del campamento. Sus ojos brillaban a la luz de la luna. Tenía las mejillas altas y esculpidas, la boca ancha y los labios carnosos. Con algo de maquillaje, supuso que incluso Victor la consideraría una mujer muy hermosa. Pero ella no hacía nada para realzar o llamar la atención sobre sus rasgos. Tampoco hacía nada para ocultar sus defectos. Se quedó mirando la fina cicatriz de su frente, visible incluso con esta luz.

"Tienes un lugar precioso. Cada estación debe de ser diferente", dijo antes de que ella pudiera hacer preguntas.

"Creo que la posada es más bonita en un fresco día de otoño, cuando el cielo es de un azul intenso y las hojas de los árboles tienen cien tonos diferentes de rojo y amarillo. El agua del lago refleja los colores como un espejo. Tengo que decir que el otoño es la mejor época para estar aquí."

"Debes reservar mucho durante esas semanas."

"Lo hacemos. De hecho, suele ser la única época del año en la que todas nuestras habitaciones están llenas." Se echó hacia atrás y se relajó un poco. "La forma en que nos llenamos este fin de semana es muy poco común. Por supuesto, tengo que agradecérselo a Dan."

"Dice que es nuevo este verano", comentó Ian. "No como el resto de la gente que trabaja aquí."

"Así es. Menos mal." Se rió y luego bajó la voz. "No debería haber dicho eso. Fue algo horrible."

"No, no lo era." Sonrió. "Heredaste todo el grupo, ¿no?"

Se encogió de hombros. "Por aquí es difícil encontrar gente que trabaje. Los pocos residentes de todo el año que tenemos se van a los grandes complejos turísticos, que pagan mejor. Tuve suerte de tener algún tipo de equipo."

"Dan me dio la idea de que no es de por aquí."

"No. Es de Tarrytown, Nueva York. Va a la universidad en Boston. Será de tercer año el que viene, creo."

"¿Cómo lo atrajiste hasta aquí?", preguntó Ian.

"No tuve que hacer nada. Me llamó su madre. Sally y yo trabajamos juntas en un periódico de Nueva York hace unos años. Hemos estado más o menos en contacto desde que me fui." Kelly juntó las rodillas contra el pecho. "Sally quería que Dan se fuera de Boston durante el verano. Sus notas no eran tan buenas como ella hubiera querido. Se juntaba con la gente equivocada, supongo."

"Así que te pidió que le hicieras un favor."

"Me estaba haciendo un favor. Y se lo dije. A pesar de sus quejas, creo que incluso Dan está contento con los arreglos. Está ganando un dinero decente, y no hay nada por aquí en qué gastarlo. Lo está guardando todo."

"¿Cómo se ha tomado la vieja guardia al nuevo chico de la ciudad?"

"Tienes una forma curiosa de decir las cosas." Sonrió. "Lo acogieron. Un par de errores aquí y allá. Algunas quejas. Pero en general, estoy feliz de tenerlo aquí."

Ambos se volvieron para mirar cuando un par de faros y el crujido de la grava anunciaron la llegada de un coche. Una furgoneta con un remolque abierto apareció en el estacionamiento y sus luces cortaron hacia el lago antes de que el conductor diera la vuelta y

aparcara fuera de su campo de visión, junto a la puerta principal de la posada. Dos puertas se abrieron y se cerraron de golpe.

"¿Más huéspedes inesperados?", preguntó Ian.

"Espero que no." Se quedó mirando la posada.

En ese momento, se abrió la puerta del salón y salieron dos jóvenes, que bajaron las escaleras y cruzaron el césped en dirección a las casitas.

"Creo que sé de qué va esto. Es curioso, pensé..." Dejó que sus palabras se detuvieran y se levantó de la silla. "Hola. ¿Me buscaban?"

Los dos se acercaron directamente a ellos e Ian se colocó detrás de Kelly.

"Señorita Stone. Nos dijeron que estaba por aquí afuera."

Era alto y pulcro. Un chico guapo, por lo que Ian podía ver. En edad universitaria. Le dio la mano y lanzó una rápida mirada a Ian. El otro tenía el mismo tamaño y aspecto, pero no dijo nada. Estaba mirando las casitas.

"Pensé que vendrían del campamento durante el día para llevarse las cajas."

"Nos estábamos preparando. Así que, si está bien..."

Ian intervino y le tocó el brazo. "Si me disculpas, tengo que sacar mi maletín del coche antes de volver. Buenas noches, Kelly."

Ian estaba bastante seguro de haber notado una pizca de arrepentimiento en la mirada que le dirigió, pero ella asintió y volvió a hablar con los dos hombres.

Se acercó al estacionamiento. Al doblar la esquina, vio que se dirigían hacia una de las casitas.

Ian anotó la matrícula y se fijó en la pequeña plantilla en la puerta del conductor. BDMMDB. Sacó una linterna del bolsillo y la encendió hacia las ventanillas. Su mirada se fijó por un momento en

el medallón de la media luna que colgaba del espejo retrovisor. Siguió observando el interior. Habían quitado los asientos de la parte trasera de la furgoneta. Al pasar la luz por el espacio vacío, a Ian le llamó la atención un pequeño trozo de papel blanco doblado que habían metido bajo el riel del asiento del conductor. No había nada más en la furgoneta.

Tan silenciosamente como pudo, abrió la puerta del pasajero y subió. Alargó la mano, sacó el papel de debajo del asiento y se lo guardó en el bolsillo. También echó un rápido vistazo a la hoja de registro de la guantera. La furgoneta estaba registrada a nombre de Joshua Sharpe. La dirección era un apartado de correos en Independence, New Hampshire.

Ian salió, cerró la puerta de un empujón y cruzó el estacionamiento hasta su coche. Abrió el maletero, lo cerró de golpe y regresó a la posada.

No había nadie en el vestíbulo e Ian subió las escaleras hasta su habitación, en el tercer piso. Cerró la puerta y miró por la ventana antes de encender la luz. Kelly y los dos jóvenes caminaban de vuelta hacia la posada. Cuando desaparecieron de su vista, Ian encendió la luz y se sentó en la cama. Desplegando el papel de la furgoneta, vio que era un recibo de tarjeta de crédito para un viaje en autobús.

El nombre en el resguardo era Lauren Wells.

TARDARON un rato en sacar todas las cajas de la cabaña, cargándolas en la furgoneta y el remolque, y eran casi las once cuando Kelly los vio alejarse de la posada. Aún no había rastro de Dan.

Echó un rápido vistazo al interior de la cabaña, que ahora estaba completamente vacía. Diez meses al año se alquilaba como almacén para el campamento de enfrente. Era un acuerdo hecho años atrás, antes de que Kelly se mudara a New Hampshire. Una cosa más que Kelly había heredado. Aun así, se preguntó si habría alguna posibilidad de hacer algunas reformas en la cabaña y tenerla lista para alquilarla durante el verano. El tejado parecía sólido, pero las paredes carecían de paneles de yeso y el suelo cedía un poco al caminar. La única tubería era un fregadero sin agua corriente y la electricidad consistía en una bombilla desnuda que colgaba de un cable que Thomas Edison probablemente había desechado. La cabaña tenía posibilidades, pero sería demasiado trabajo y demasiado cara para este año, decidió.

La cabaña en la que se alojaba Dan también servía para guardar algunas cosas: tiendas de campaña y cajas de viejo material deportivo. No estaba en mejor estado que esta. Aunque pudiera encontrar un sitio para Dan, tampoco había muchas posibilidades de utilizar esa cabaña.

Estaba demasiado tensa para subir a la cama e intentar dormir, pero de todos modos se dirigió a la posada. Cuando Kelly entró, Janice ya se había ido. Todas las luces estaban apagadas excepto la de la recepción, que dejaban encendida todas las noches. La cocina estaba a oscuras y el coche de Wilson no estaba.

Kelly comprobó el monitor/interfono. Todo estaba tranquilo en su apartamento. Encendió las luces de su despacho y sacó los libros de contabilidad y las facturas que por fin había arrancado de las garras de los Maitland. Encendió la laptop.

Había sido una lucha tomar el control. Al mudarse a Tranquility Inn, Kelly había esperado perderse en el trabajo y en la crianza de su hija. Bill y Janice no estaban dispuestos a renunciar a la gestión

de la posada. Sabía que los Maitland esperaban que adoptara el mismo enfoque de no intervención que habían adoptado sus padres.

Poco a poco, intentaba asumir el control de la posada. Hacerse cargo de los libros había sido el comienzo. Utilizar la computadora y las hojas de cálculo para cuadrar sus ingresos y gastos había garantizado que el trabajo fuera únicamente de Kelly. Ni Bill ni Janice estaban interesados en saber nada de eso.

Kelly tomó el correo del día de la bandeja de entrada y lo hojeó. Como siempre, solo había lo esencial. Janice solía estar trabajando en la recepción cuando el cartero entraba para su charla diaria y su taza de café. Mientras hablaban, Janice clasificaba el correo basura.

Varios sobres resbalaron de su regazo y cayeron al suelo cuando Kelly se acercó para abrir el archivo de la hoja de cálculo en la laptop. Se inclinó bajo el escritorio para recogerlos... y se detuvo.

Podía percibir claramente el olor acre del papel quemado. Tiró el correo sobre la mesa, echó la silla hacia atrás y sacó la papelera metálica de debajo de la mesa. A veces los huéspedes utilizaban el teléfono de la oficina. Y a pesar del cartel y de los amables recordatorios, a veces la gente ignoraba el cartel de prohibido fumar y encendía una cerilla cuando estaba en la oficina. El olor no procedía del humo de los cigarrillos.

Kelly vio los papeles carbonizados en la cesta parcialmente llena. Revolvió el contenido para asegurarse de que no quedaba ninguna posibilidad de incendio en ellos. Parte de un sobre llamó su atención. La dirección del remitente se había quemado en su mayor parte, pero lo tomó y echó un vistazo a la parte que quedaba. Su nombre estaba escrito a mano con tinta azul. Debajo estaba el nombre de la posada, pero el resto de la dirección estaba arrancada.

Kelly se quedó sentada, mirando el trozo de sobre y devanándose los sesos. Estaba segura de que no había visto la carta antes, y eso

la preocupaba. Podría haber sido una carta personal de alguien que conocía. ¿Por qué Janice u otra persona destruiría la carta antes de que Kelly la viera? No quedaba nada dentro de esta parte del sobre. Miró en la papelera y observó más de cerca los trozos de papel carbonizados. La esquina de un trozo de papel le llamó la atención. El mismo color de tinta. La misma letra. Podía ver parte de la fecha, pero solo quedaba el año.

Sacudió la cabeza. Rebuscó en la papelera y encontró otra pequeña sección, y luego otra. Las colocó sobre el escritorio como si fuera un puzzle. Obviamente, la carta había sido rasgada primero y luego quemados los trozos... eso era lo que podía ver. Además, la letra temblorosa parecía pertenecer a una persona mayor, o a alguien con problemas para controlar la mano. Estaba a punto de tirar toda la papelera sobre el escritorio y examinarla con más detenimiento, cuando la sensación de ser observada la detuvo. Kelly levantó la cabeza.

El chico estaba de pie un par de pasos más allá de la puerta, mirándola fijamente en el despacho. Ella respiró aliviada.

"Hola", dijo en tono amistoso. Kelly solo podía imaginarse lo loca que debía de parecerle a un niño viendo lo que había estado haciendo.

No contestó. Como en trance, siguió mirando fijamente.

Kelly volvió a colocar la papelera bajo el escritorio. Despreocupadamente, recogió los pocos trozos de papel que había rescatado y los cubrió con el correo del día, empujándolos hacia una esquina del escritorio.

"¿Puedo ayudarte en algo?", preguntó con voz amable, levantándose.

El chico no se movió, no dijo nada... solo se quedó mirando.

Kelly recordó que el niño se llamaba Ryan. Tenía doce años. El menor de los Stern. Diferentes posibilidades vinieron a su mente. Tal vez era sonámbulo. Lo descartó. El niño llevaba su ropa normal. ¿Hacía eso alguna diferencia? Kelly se dijo a sí misma que no sabía lo suficiente sobre esas cosas. Quizá los sonámbulos también se vestían cuando dormían. No tenía ni idea. Dio la vuelta a la mesa y salió del despacho.

"Ryan, ¿verdad?", preguntó en voz baja.

Asintió con la cabeza.

"¿Buscas algo de comer, Ryan? Puedo traer cosas de la cocina si tienes hambre."

El chico negó con la cabeza. Kelly se sintió aliviada de que al menos se comunicaran. Sin embargo, la forma en que seguía mirándola era inquietante. Tenía una especie de sonrisa en la cara, pero su mirada estaba tan concentrada en ella. Tan... impresionado. Como si ella fuera Nomar Garciaparra, Derek Jeter y Jim Carrey juntos. Así de cerca, parecía prácticamente pasmado.

"¿Tu mamá o tu papá te mandaron a hacer algo?", preguntó.

Volvió a negar con la cabeza, pero la sonrisita de admiración seguía ahí.

"Hay algunos libros en la estantería junto a la chimenea, si buscas algo para leer. Y hay al menos media docena de juegos de mesa en el armario, por si quieres subir alguno a jugar con tu hermano."

Sacudió la cabeza y continuó allí de pie, observándola.

Kelly debería haberse sentido incómoda. La situación era, cuando menos, incómoda. Pero la inocente fascinación del niño, como si estuviera mirando algo o a alguien especial por primera vez, la confundía más que cualquier otra cosa. Tenía que haberla visto esa tarde cuando habían llegado y luego otra vez durante la cena.

"¡Ryan! Me preguntaba dónde habías desaparecido." La señora Stern bajó los últimos escalones y cruzó a toda prisa el vestíbulo.

"Lo encontré aquí de pie", dijo Kelly sonriendo al joven. "Intentaba interesarle por algo de comer, o quizá llevarle un libro o un juego de mesa arriba."

"Es muy amable de su parte. Volvimos del pueblo no hace mucho, y los chicos subieron corriendo delante de nosotros. Supuse que ambos estarían en su habitación, pero a este siempre le gusta deambular." La mujer puso ambas manos sobre los hombros de su hijo y lo giró hacia la escalera.

Kelly se preguntó de qué pueblo habrían vuelto los Stern a esas horas de la noche. El pueblo de Independence subía las aceras a las cinco y media de la tarde.

"¿Tiene todo lo que necesita, Sra. Stern?", preguntó en su lugar. "¿Son cómodas sus habitaciones?"

"Perfecto." Rachel Stern empujó a su hijo hacia la escalera. "Los veremos por la mañana."

Observó cómo madre e hijo subían las escaleras. La mirada del niño se clavó de nuevo en Kelly cuando hicieron el giro en el rellano a mitad de camino. Volvía a tener la misma mirada peculiar.

"Siempre me vendría bien comer algo más."

Kelly se sobresaltó. Se dio la vuelta y se llevó una mano al corazón. En el oscuro pasillo, Ian Campbell apoyaba un hombro contra la pared. Debía de haber bajado por las escaleras de su habitación.

"No me asustes así. Casi me da un infarto."

"Lo siento. No era mi intención." Se enderezó de la pared. "¿Eres un ex ídolo adolescente o algo así?"

"No la última vez que lo comprobé."

"No hay algo que hayas estado ocultando al resto de nosotros, ¿verdad?"

"Supongo que también viste la expresión de su cara." Kelly dijo, contenta de que no hubiera sido su imaginación. "Creo que el hermano mayor de Ryan debe estar jugando con él. Debe tener al pobre chico todo confundido, mezclándome con Ash, nuestra supermodelo residente." Encendió la luz del pasillo. "No me mirará dos veces mañana por la mañana, cuando sepa la verdad."

"No sé nada de eso", dijo, dándole un lento repaso. "Si me preguntas, eres mucho mejor para mirar... a cualquier hora del día."

Kelly se puso nerviosa por un momento, pero fue capaz de encontrar su voz. "No hace falta inventarse cumplidos por aquí. Te daré de comer de todos modos."

"En ese caso, ¿puedo pedirte otro favor también?", preguntó con una sonrisa que le hacía parecer mucho más joven y muy guapo. "¿Puedo usar tu teléfono?"

"Por supuesto", consiguió decir ella, pensando que había sido una suerte que él no hubiera recurrido a su encanto cuando estaban resolviendo la situación de las habitaciones. Le habría tocado la mejor habitación de la casa, sin importar los demás huéspedes. "Puedes usar el teléfono de la oficina. Es más privado."

"Gracias. Solo será un minuto."

No quería escuchar a escondidas su llamada, así que se apresuró a entrar en la cocina y encendió las luces. Estaba reluciente. Todas las ollas y sartenes estaban guardadas, los platos apilados en los armarios. El suelo estaba fregado. Ese era el ritual de Wilson cada noche antes de irse. Por eso, Kelly se sentía rara incluso al entrar en la cocina después de que el cocinero se hubiera ido, pensando que probablemente buscaba marcas de roces y huellas dactilares cuando llegaba por la mañana.

Luchando contra sus recelos, abrió la puerta del refrigerador y miró dentro. No tenía ni idea de qué le apetecía a Ian. Tampoco tenía ni idea de por qué se sentía tan nerviosa.

Las cosas no solían ir así en Tranquility Inn. Los huéspedes iban y venían. Mientras estaban aquí, comían. Hacían senderismo, nadaban y navegaban en barca por el lago. Comían un poco más y se iban a la cama. A la mañana siguiente, todo volvía a empezar.

Normalmente, la única conversación entre Kelly y los huéspedes era una charla educada. Un poco de cháchara sobre el tiempo, el lago o las montañas. Un poco de dar y recibir cumplidos. Pero nada realmente personal. Nada de reunirse junto al lago o para tomar un tentempié a última hora de la noche. Kelly cerró la puerta del refrigerador y se acercó al tablón de corcho donde estaba pegada la nota de Wilson con la lista de trabajos para Rita y Dan. Ojeó la hoja en busca de alguna pista sobre el menú de la cena de mañana.

"Gracias por el uso del teléfono", dijo, sobresaltándola de nuevo.

Se apartó de la nota. "No sabía qué te apetecía. Hay todo tipo de embutidos en el refrigerador, pero creo que nos has dejado sin galletas de chocolate. Y hay..."

"Esto servirá." Tomó una manzana del frutero y la lanzó al aire. "En realidad, es la compañía lo que buscaba, más que la comida."

Kelly apoyó la espalda en el fregadero y lo miró con curiosidad. "Así que otro trasnochador. Quizá debería haberle pedido al chico de los Stern que se quedara abajo. Los dos podrían haber jugado a uno de esos juegos de mesa."

Se sentó en uno de los taburetes altos. "Déjame decirlo bien esta vez. Tu compañía es lo que esperaba." Dio un mordisco a la manzana.

Sus palabras la desconcertaron. Hacía demasiado tiempo que nadie se le insinuaba. Y lo gracioso era que ella estaba tan fuera de

práctica que ni siquiera estaba segura de si él lo estaba.

"¿Por qué?", preguntó Kelly finalmente.

"Porque tengo curiosidad." Dejó la manzana. "Cuando hice la reserva y vine aquí, esperaba que gente como Janice y su marido llevaran un lugar como este. Incluso podría haber esperado que Rita, o su extrañamente anal-retentivo chef motociclista, y ciertamente un universitario como Dan trabajara aquí durante el verano. Pero lo que no entiendo es a Jade y a ti, fotógrafa del Times. ¿Qué haces aquí?"

Kelly se sonrojó. Su despacho, se dijo a sí misma. Así fue como él se enteró de su antigua carrera. Como regalo de despedida, algunos de sus compañeros de trabajo habían enmarcado e inscrito una foto premiada que ella había hecho. La vanidad hizo que Kelly la colgara en el pequeño despacho. Era un pequeño recordatorio de que, al menos durante un breve periodo de tiempo, había visto mundo.

"No quería criar a mi hija en la ciudad", dijo, metiendo las manos entre el asiento y el fregadero.

"¿Qué pasa con los suburbios?"

"Nada, pero mis padres estuvieron aquí."

"Me has dado la impresión de que tus padres han fallecido."

"Lo están... ahora. Pero cuando empecé a planear la mudanza, mi madre aún vivía." Kelly se enderezó del fregadero. De repente sintió frío. "Aquel fue un año duro. Ese mismo año se me murieron tres personas a las que quería mucho."

"¿El padre de Jade?", preguntó.

"Era el segundo", dijo con voz ronca.

"Si no te importa que pregunte, ¿cómo murió?"

"Un accidente de coche." Ella lo miró. "Sabes, no soy muy buena cuando se trata de ser buena compañía. No hay mucho interesante sobre mi pasado."

"Seguro que hay muchas cosas interesantes sobre ti", dijo levantándose del taburete. "Este lugar es demasiado estéril. Es como un quirófano."

"Lo que explica por qué me siento como si me estuvieran diseccionando", dijo frotándose las palmas sudorosas en los pantalones.

"No quería hacerte sentir así."

"Está bien. De todos modos, se está haciendo tarde."

"¿Tienes unos minutos para dar un paseo, o simplemente para sentarte en la terraza? Prometo portarme bien y no hacer tantas preguntas."

Extrañamente, Kelly quiso hacerlo, pero miró el reloj que colgaba de la pared. "Es medianoche. Tengo que madrugar."

"¿Te paseas y cierras?"

"Suelo dar una vuelta y comprobar las cosas", admitió Kelly. "Apago las luces, cierro las puertas con llave, si las tienen. Pero no nos preocupamos demasiado por la seguridad. No hay sistemas de alarma sofisticados. Estamos tan adentrados en el bosque que cualquier tipo de delito sería probablemente un trabajo desde dentro."

"¿Y ha habido alguna vez un trabajo desde dentro?"

"Estaba bromeando." Arrugó la nariz. "Esto debe ser un riesgo profesional de tu trabajo. ¿Un policía siempre es un policía? ¿Incluso de vacaciones?"

"Escuchaste a escondidas nuestra conversación de la cena."

"Creo que te aseguraste de decirlo cuando era imposible que yo no lo oyera", le desafió, tomando una manzana del frutero mientras se dirigía a la puerta.

"Supongo que sí." Tiró su manzana a medio comer al bote de basura y la siguió.

"¿Por qué?", preguntó, apagando las luces de la cocina.

"Hombre soltero de unos cuarenta años, viajando solo. Quería darte alguna razón para no estar nerviosa por mí."

Kelly cerró la puerta trasera. "¿Pensaste que confiaría en un policía?"

"Supuse que tendría que arriesgarme." La rodeó y giró el pestillo de la puerta. "Pero no lo has oído todo. Hubo un pequeño detalle sobre mi baja médica por estrés."

"¿Presionada para poner más multas?", bromeó.

"No. No les gustó que esposara a tantas mujeres sabelotodo."

"En ese caso", dijo Kelly, "espero que te confiscaran el equipo antes de enviarte por aquí." Cuando llegaron a su despacho, se detuvo y apagó la luz del interior.

"Me las arreglé para pasar de contrabando algunas piezas vitales."

Cerró la puerta de un tirón y se dio la vuelta, solo para toparse con el pecho de Ian. Inmediatamente dio un paso atrás, nerviosa por lo cerca que estaban en el estrecho pasillo que había fuera de su despacho.

"Todavía tengo que comprobar la puerta principal... y la puerta de la terraza... y..." Su boca inteligente había comenzado esto, pero ahora su mente era una papilla. Sentía un hormigueo en lugares que llevaban demasiado tiempo dormidos. La reacción de su cuerpo era demasiado embarazosa.

"Después de ti", dijo, retrocediendo, pero sin dejarle demasiado espacio para maniobrar.

Al deslizarse junto a él, su cuerpo rozó el de él, haciendo que sus sentidos se dispararan. Las luces del comedor del porche estaban apagadas, pero Kelly se dio cuenta de que habían dejado algunos cojines en las sillas de la terraza.

"Esto es más de lo que esperabas. Puede que tenga que ponerte a trabajar." Se dirigió a la puerta que daba al exterior.

"Estoy aquí para servir. Haz conmigo lo que quieras."

Kelly esperó hasta que estuvo en la terraza. "¿Estás coqueteando conmigo, Sr. Campbell?"

"¿Sería algo malo?"

"No lo sé." Tomó un cojín, sin mirarlo. "Puedo decirte ahora mismo que no tengo citas. No tengo aventuras. Tampoco me hago especialmente amiga de los huéspedes de la posada, por razones... bueno, como esta." Tenía los brazos llenos. Ella se enderezó y él estaba allí de nuevo, frente a ella...

"Supongo que te estoy tirando los tejos", dijo Ian. Estirándose sobre los cojines de sus brazos, le besó los labios.

Estaba demasiado sorprendida para moverse, decir algo o incluso devolverle el beso. En ese momento, solo podía pensar en lo bueno que era sentirse así. Ser besada. Ser deseada. Los cojines se deslizaron fuera de sus brazos y cayeron sobre la terraza. Ella arrancó su boca y retrocedió, mirándolo sorprendida. Luego se agachó para recogerlos. Ian se agachó al mismo tiempo y chocaron sus cabezas.

Ambos levantaron la vista, frotándose la frente.

"Yo solía ser un poco más digna que esto", dijo Kelly, incapaz de evitar que la risa saliera a borbotones.

"Yo también estoy un poco falto de práctica", dijo con una risita, recogiendo los cojines que ella había dejado caer y metiéndolos bajo un brazo.

Miró su mano izquierda, intentando recordar si llevaba un anillo. Esperaba que no.

"Sin esposa", dijo, leyendo su mirada. "Sin hijos. Ni novias... ni novios", añadió con una sonrisa. "Pensé que debía mencionarlo

después de la conversación que tuve con Vic y Brian esta noche."

"Victor es todo un personaje." Kelly levantó la tapa del contenedor de almacenamiento. Los apiló todos dentro.

La atención de Ian se desvió hacia el lago. Un momento después, Kelly se dio cuenta de lo que le había distraído al oír el golpe de un remo contra el lateral de una canoa.

"Creo que nuestros recién casados han vuelto", dijo justo cuando el barco abandonó la línea de árboles y se hizo visible a la luz de la luna.

"Debería haber hecho recuento de los coches y las embarcaciones. Podría haberme olvidado totalmente de ellos. No me imagino que les hubiera gustado pasar la noche en la terraza."

"Hay cosas peores que besarse bajo una luna así", dijo en voz baja. "Pero esos dos no me parecen tan románticos."

Kelly estuvo de acuerdo, pero se guardó su comentario. De pie junto a él, observó cómo Dave y Marisa Meadows salían de la canoa y sacaban la barca del agua. Los remos iban a su sitio. La eficiencia con la que trabajaban juntos era práctica... y nada romántica. No había bromas, ni risas, ni abrazos. Al verlos caminar hacia la casa, Kelly se dio cuenta de que no iban tomados de la mano. Pero entonces, la pareja podría haberlos visto en la terraza.

"Bonita noche, ¿verdad?", preguntó Ian casualmente a los dos, mientras se acercaban.

La mujer dio un respingo, y un susurro pasó entre ellos.

El marido respondió. "Sí, es una gran noche."

"¿Qué tal el agua?", presionó Ian, deslizando casualmente un brazo alrededor de la cintura de Kelly.

Ella no entendía qué creía que estaba haciendo, pero no se apartó.

"¿El agua?", respondió Marisa mientras subían los escalones del porche.

"Sí, estábamos pensando en ir a nadar."

Le habría dado un fuerte codazo si no fuera por la peculiar mirada que se cruzó entre los Meadows. Kelly no podía describirla. Era casi una mirada de desaprobación, como si estuvieran juzgando. ¿Qué les importaba a ellos?, se preguntó. Se inclinó más hacia Ian y el brazo de este la rodeó con fuerza.

"Definitivamente hace demasiado frío para eso", comentó Dave Meadows, acompañando a su mujer hacia la puerta. "Por cierto, ¿a qué hora empiezan a servir el desayuno?"

"A las siete", contestó Kelly secamente. "Buenas noches."

La pareja desapareció en el interior y Kelly deseó tener una pizca de la terquedad de Jade. Ian habría conseguido un beso que realmente les habría dado a los Meadows algo sobre qué opinar. Por desgracia, era una cobarde.

Ella se apartó de mala gana y le envió una mirada de disculpa. "Estoy lista para retirarme por esta noche."

"Estaré encantado de dejarlo para otro día", le dijo amablemente, abriéndole la puerta.

Kelly entró antes que él. "¿Y qué es exactamente lo que vas a dejar para otro día?"

No le dio oportunidad de contestar. En cuanto estuvo dentro, oyó la voz de Jade en el interfono. Estaba asustada y la llamaba.

"Ve tú", dijo Ian. "Yo cierro esto y compruebo la puerta principal."

Kelly corrió hacia los escalones, ansiosa por alcanzar a su hija. Para ser sincera, también estaba un poco agradecida a Jade por haberla sacado de lo que fuera en lo que se estaba metiendo con Ian Campbell.

Capítulo Siete



A MEDIANOCHE, todas las luces del recinto se apagaron excepto una única bombilla que iluminaba una zona abierta en el centro del campamento que se extendía desde la orilla del lago. Debajo de la anticuada luz, se había construido una plataforma cubierta elevada, llamada el Pabellón, con maderas en bruto y tablones. En el centro había una sola silla y una pequeña mesa. Bajo los tablones, a un lado de la plataforma, había unos equipos de audio conectados por cables a unos grandes altavoces. Todo el equipo electrónico se había cubierto con láminas de plástico. Delante de la plataforma se había cavado una fosa para hacer hogueras, en la que ardían brasas humeantes de colores rojizos y anaranjados. Los bancos de troncos partidos, dispuestos como en un anfiteatro, se extendían en filas concéntricas en forma de media luna desde el foso y el Pabellón.

Alrededor del Pabellón, largas cabañas de madera para los asistentes se extendían de dos en dos como rayos de sol. Comenzaban a la derecha, a menos de treinta yardas del lago, justo más allá de los estantes vacíos construidos para almacenar docenas de canoas, y continuaban en un gran arco a dos tercios del centro. Allí se había construido un grupo de otros edificios de troncos, incluido un comedor y un salón recreativo muy grandes, varias

cabañas para administradores y consejeros, y una enfermería. Había letrinas y duchas intercaladas entre las cabañas de los campistas.

A excepción de algún crepitar o chispazo ocasional del fuego moribundo, el campamento estaba en absoluto silencio. El lugar estaba ordenado y limpio, a pesar de que habían llegado más de cien personas durante todo el día. Familias, pequeños grupos e individuos habían sido transportados desde el estacionamiento de la autopista estatal, donde habían dejado sus vehículos. Aparte de las brasas encendidas en la fosa, la única señal de presencia era una gran pancarta blanca colgada del techo del Pabellón, detrás de la silla y la mesa. En ella, en letras rojas, "BDM~MDB" estaban dispuestas como una imagen especular. Los que estaban en el campamento sabían lo que significaban las letras.

"Butler Divinity Mission~Ministerio de la Sangre Divina."

Bajo las letras se representaban tres gotas rojas que caían en una copa desde la punta de una luna creciente dorada.

Los haces de luz de las linternas atravesaban la oscuridad junto a las cabañas. Dos jóvenes que llevaban gruesos cinturones y pistoleras hacían sus rondas de seguridad. Alumbrando cada rincón oscuro, subían y bajaban entre las cabañas, comprobando las duchas a su paso. Con un gesto a su compañero, uno de ellos se adentró en el bosque hacia el sendero que delimitaba el perímetro del campamento. En media hora, volverían a hacer la misma ronda, una y otra vez, hasta que llegara el momento.

El agotamiento se había apoderado de Lauren Wells horas antes, y ella iba perdiendo y recuperando el conocimiento. Le sorprendió que no la hubieran matado ya. Tal vez pensaron que moriría por sí sola y

les ahorraría problemas. De una cosa estaba segura: nadie volvería a verla ni a oír hablar de ella.

Había sabido lo que se avecinaba en cuanto vio la luna creciente en la furgoneta. No había escapatoria. Había volcado su bolso en el suelo, a sus pies, con la esperanza de encontrar algo que pudiera utilizar como arma, pero no tenía nada. Mientras reubicaba los objetos, empujó un recibo bajo un asiento, pero no le serviría de mucho. También podría haber metido un mensaje en una botella. Poco después, uno de los rufianes se había puesto a su lado y la habían dominado mientras el conductor sacaba la furgoneta de la carretera. Si hubiera tenido quince años menos, pensó, les habría dado mucha más guerra.

Tras quitarle las gafas, le vendaron las manos, los pies y la boca con cinta adhesiva resistente y la cubrieron con un saco de dormir en el suelo. Luego condujeron durante bastante tiempo. Lo supo en cuanto salieron de la carretera principal. Las sacudidas la dejaron magullada y dolorida, y cuando la sacaron de la furgoneta y la llevaron a una cabaña, apenas podía mantener la cabeza erguida.

La cabaña estaba completamente a oscuras y la litera en la que la habían acostado olía a humedad y a viejo. No sabía qué hora era. Tenía mucha sed, le dolía la cabeza y su vejiga estaba a punto de estallar.

Cuando una puerta se abrió chirriando en otra habitación, no estaba segura de si estaba despierta o soñando. Intentando concentrarse en el sonido, Lauren se vio casi cegada por la luz que inundó la habitación cuando entraron varias personas.

Luchó, pero no pudo sentarse en la litera. No sentía nada en los brazos ni en los pies. Intentó respirar por la nariz y emitió un sonido ahogado mientras miraba asustada al grupo.

"Esta no es forma de recibir a una invitada de honor", dijo suavemente el hombre que estaba en el centro. "Quita la cinta que la ata."

La voz era una que había oído antes. Intentó concentrarse en él. Le cortaron las cintas de las muñecas y los pies. La que le quitaron de la boca la dejó jadeando.

"Bienvenida, Lauren." La voz era tranquila. Unos dedos fuertes le tocaron la frente y se posaron sobre su cabeza. El calor que se filtró a través de la mano del hombre le produjo una sacudida familiar.

Lauren levantó la vista e intentó enfocar el rostro que se había separado de los demás. La luz de la habitación le hacía parecer pálido. Tenía el pelo ralo por encima. Los ojos estaban hinchados y tenían bolsas oscuras debajo. Pero la mirada azul era la misma.

"¿Ty?", preguntó inquieta. "¿Hermano Ty?"

"Ahora soy el Padre Ty, Lauren", dijo suavemente. "Y sí, has vuelto a nosotros otra vez."

"¿Nosotros?", susurró, parpadeando al hombre, tratando de distinguir entre el sueño y la realidad.

Era el único nombre por el que conocía al hombre. Era uno de los ministros de Michael Butler, uno de los principales lugartenientes de la organización, cuando ella fue a la Butler Divinity Mission hacía veintidós años. Había sido él quien la recibió en la oficina de Albuquerque cuando llegó por primera vez a Nuevo México. La había llevado personalmente al complejo del desierto.

Lauren Wells había ido a llevarse a su hija y a su nieto de vuelta a Indiana. Debbie había ido allí con la idea de que la misión del reverendo Butler era un lugar seguro para fugitivos y mujeres y niños maltratados, para personas que no tenían a nadie que las protegiera y cuidara de ellas. Todo el mundo lo creía así. A los dieciséis años y embarazada de seis meses, la hija de Lauren había

huido de casa y de su padre maltratador. A Lauren le costó divorciarse del padre de Debbie y casi dos años de búsqueda constante antes de encontrar a su hija y a su nieto en la Butler Mission. Sin embargo, una vez allí, pronto se dio cuenta de que marcharse no era una opción.

"Sí, has vuelto con nosotros. Con tus hermanos y hermanas."

"No quedamos nosotras después de que el reverendo Butler terminara", dijo Lauren con amargura, el recuerdo de su última hora en la misión aún vívido en su mente.

Había robado un juego de llaves de uno de los coches. Todos sabían que algo horrible iba a ocurrir esa noche. Lo habían estado ensayando durante días. Pero Debbie no quería irse con ella, así que Lauren se había llevado a su nieto. El niño había acudido a ella con los brazos abiertos. Luego, cuando otra joven madre se dio cuenta de lo que Lauren estaba haciendo, empujó a su hija a los brazos de Lauren. Era Sydney, de menos de un año. William tenía entonces catorce años y era flaco como una rata famélica. El estado de Nuevo México le había metido allí solo tres semanas antes, y no le gustaba cómo pintaban las cosas. Se decía que era el fin del mundo, pero él no se lo creía. Estaba en la camioneta y esperando antes de que Lauren llegara. La última había sido Kelly, con sus grandes ojos verdes. Parecía tan delicada como un ángel. Se había quedado de pie junto al coche y con voz diminuta le había susurrado.

Por favor, llévame. No me dejes.

Lauren miró acusadoramente al autodenominado Padre Ty, que obviamente había asumido el manto de su predecesor. "Los únicos que quedamos después de aquella masacre fuimos los niños inocentes que escapamos hace veintidós años. Pero alguien mató a Sydney. Y luego mataron a William. No fueron accidentes... lo sé. Fueron ustedes. ¡Tú y tu gente!"

Se sentó junto a ella en el catre. Su sonrisa era falsa y fría. "Estás cansada. Histérica. Has olvidado que nuestra misión no consiste en quitar vidas, sino en dirigirlas a un nivel superior, a uno eterno."

No negaba su acusación. Ella se apartó de él en el catre. "Suenas tan loco como el reverendo Butler antes de morir."

"Lauren, nunca has podido superar la culpa que sientes por haberle robado a tu nieto el don de la paz eterna. Le arrebataste la oportunidad de la felicidad eterna. Es muy triste que tuviera que morir a tus manos en aquel accidente de coche." Sus dedos se posaron en su hombro, pero ella apartó la mano. "Debbie, sin embargo, ha seguido adelante. Y ahora está esperando que tú y el resto de nosotros nos unamos a ella."

"Estás diciendo tonterías."

"Le prometo la oportunidad de hacer las paces con su hija. Ella está dispuesta a perdonar y olvidar. Este es el momento de nuestro Khumba Luxor. Este es el momento en que Dios ha alineado Saturno y el Sol y la Luna. El gobierno está empeñado en destruirnos, pero esta es la apertura del camino para nosotros, los verdaderos creyentes. Este es nuestro momento de seguir a los que nos precedieron. Por eso están aquí."

"Estoy aquí porque tu gente me engañó y me secuestró en la parada del autobús. He venido a New Hampshire para avisar a Kelly de que Sydney y William están muertos, y soy demasiado mayor para creer en las coincidencias." Se encogió y se apartó del catre cuando él intentó tocarla. Sus piernas apenas la sostenían y tropezó, golpeándose el hombro contra la pared.

"Sydney y William tuvieron una oportunidad", respondió. "Una vez fueron hijos de la Misión, como el resto de los que estamos aquí, como todos los que llegan este fin de semana. Podrían haberse

unido a nosotros. Pero nos dieron la espalda. Se aliaron con nuestros enemigos. Amenazaron con desenmascararnos, así que tuvieron que atenerse a las consecuencias."

"Eres un hipócrita. Si creías en todas estas tonterías, deberías haberte suicidado con el resto. Pero no, huiste." Le señaló con el dedo. "Eres un cobarde... y un ladrón. Nadie encontró nunca ni la mitad de los fondos que la Misión había estado recaudando. ¿No crees que todo el mundo sabe que te llevaste ese dinero?"

Se levantó bruscamente. La escalofriante sonrisa seguía pintada en su rostro. "Lauren, Debbie no es la única que te perdona. Nosotros también perdonamos. Todos nosotros." Hizo un movimiento de barrido hacia el puñado de personas que estaban detrás de él.

Lauren no los miró. No confiaba en Tyler Somers lo suficiente como para apartar los ojos de él ni un momento.

"Eres un héroe para todos nosotros. Eres la razón por la que hemos sido bendecidos con una segunda oportunidad de inmortalidad. Eres la causa de que hayamos vuelto a la superficie desde el subsuelo. Por fin podremos unirnos a los que se nos adelantaron con nuestro profeta Miguel."

"No puedes culparme a mí. No matarás a más gente y dirás que fue por mi culpa", dijo Lauren secamente. "No tuve nada que ver con ustedes entonces. Y no tendré nada que ver con ustedes ahora."

"Pero tú tienes todo que ver con nosotros", argumentó Ty. "Como un profeta llevando el Arca de la Alianza. Como el Bautista, señalando el camino hacia Él. Como Serapis Bey, manteniendo abierta la puerta al Paraíso. Has cumplido la tarea divina que Dios te encomendó."

"Eso es mentira."

"Es la verdad, hermana", dijo enérgicamente el líder de la secta. "Nos has entregado a nuestro nuevo mesías. Después de veintidós años, el universo vuelve a estar alineado. El camino está abierto. Y solo tú nos has dado al Elegido que nos conducirá a nuestro destino."

Lauren temblaba violentamente, intentando comprender lo que decía el hombre. Después de todos estos años, seguía sin poder perdonarse no haber hecho más, no haber actuado antes. Todos los niños que habían estado en aquel complejo. Todos aquellos jóvenes. Muertos. Se apartó y sacudió la cabeza.

"No. Te equivocas. Simplemente me llevé a una niña. Ella no es parte de esto."

"Qué niña era", dijo solemnemente. "En qué mujer se ha convertido."

"Ella no estará de acuerdo con ninguna de tus locuras."

"Ven con nosotros, Lauren." Ty caminó hacia ella. "Eres vieja y estás al final de tus días. Ven y descansa en los brazos de tu hija. Ven y encuentra la dicha de la inmortalidad."

"No." Tenía que advertir a Kelly. Tenía que llegar a ella antes de que esa gente lo hiciera.

Apartando sus manos extendidas, Lauren intentó correr entre la gente que había junto a la puerta.

"Como quieras", le oyó decir.

Por el rabillo del ojo vio cómo el brazo de uno de los ministros se elevaba como un rayo mientras empujaba a los que le cerraban el paso. No sintió ningún dolor cuando el golpe impactó en su cráneo, pero se sorprendió cuando el mundo estalló en un brillante destello de rojos y amarillos, antes de que todo a su alrededor se volviera negro.

Capítulo Ocho



Los primeros rayos del alba apenas habían iluminado el cielo oriental cuando Ian oyó el crujido del suelo de madera justo al otro lado de la puerta de su habitación. Se despertó de inmediato, con la mente despejada.

Había dejado la ventana abierta, y una brisa fresca hizo un silbido bajo al encontrar su camino bajo su puerta cerrada. Su mirada se fijó en el picaporte mientras deslizaba la mano bajo la almohada. Sus dedos se deslizaron con práctica familiaridad alrededor de la empuñadura de su pistola.

Anoche, no se había molestado en volver a probar la cerradura. Tampoco había intentado atascar la silla de madera contra la puerta.

Se oyó otro crujido. El tiempo pareció detenerse. Sus sentidos se agudizaron. La brisa olía a lilas y pinos.

Una docena de pensamientos pasaron por su mente, pero la mirada intercambiada entre Dave y Marisa Meadows fue la que se le quedó grabada. La tarima volvió a chirriar y él sacó la pistola de debajo de la almohada, deslizándola bajo la manta para que apuntara a la puerta. El picaporte giró e Ian quitó el seguro.

La puerta empezó a abrirse. El dedo de Ian se tensó sobre el gatillo. Contuvo la respiración mientras la brisa entraba con más

fuerza, haciendo que las cortinas de la habitación se agitaran suavemente.

La puerta se abrió y un pequeño rostro apareció en el borde.

El alivio llegó como un cubo de agua fría. Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. Todo su cuerpo se relajó y accionó el seguro mientras volvía a meter la pistola bajo la almohada.

"¿El Monstruo de las Galletas?" Jade susurró desde la puerta.

Era el nombre más bonito que le habían puesto en muchos años. Pero no llevaba camisa y dormía en calzoncillos. Si no decía nada, tal vez ella pensaría que estaba dormido y volvería con Kelly. Eso sería lo mejor para todos.

"Ian", susurró en un tono más insistente.

"Sí, Jade", respondió él, dándose por vencido y levantando la cabeza de la almohada.

"¿Estás dormido?", volvió a susurrar con su voz más tranquila.

Miró el pequeño reloj que había junto a la cama. "¿Por qué iba a estar durmiendo a las cinco y veinticinco un sábado por la mañana?"

"Estás despierto", decidió por él, empujando inmediatamente la puerta y entrando.

Se fijó en la pila de libros que llevaba bajo el brazo y casi se asustó cuando, sin que ella se lo pidiera, empezó a subirse a la cama.

"Espera. Me voy a levantar." Buscó sus pantalones por la cama.

"Pero yo quiero acurrucarme y leer en la cama", dijo con un quejidito muy mono.

"No, eso no sería cómodo." Encontró y tomó un par de pantalones cortos que había sacado y los arrastró bajo la sábana. Apresuradamente, se los puso. "Leeremos en la silla del pasillo."

"Pero tengo frío", argumentó, frotando un pie descalzo sobre el otro.

"Tomaremos una manta." Saltando de la cama, enderezó las sábanas y el edredón sobre la almohada. De ninguna manera iba a mover su pistola mientras una niña con ojos de águila lo observaba.

"Tienes las piernas muy peludas", observó Jade en tono grave, señalándoselas.

"Gracias." Tomó una camiseta del cajón de arriba y se la puso.

"Puedes usar la maquinilla de afeitar de mi mamá para afeitarte las piernas, si quieres", le ofreció, paseándose por la habitación y observando todo lo que hacía con evidente fascinación. "Pero probablemente deberías preguntar primero. Ahora no puedo tocar esas cosas. Pero dijo que cuando sea mayor, podré. Claro que primero tengo que tener mucho pelo en las piernas, como tú."

Ian se preguntó si todos los niños de tres años y medio eran tan habladores a las cinco de la mañana.

"Al pasillo", le ordenó, dándole la vuelta e iniciándola suavemente hacia la puerta cuando ella sintió curiosidad por su bolsa de afeitar y las demás pertenencias que había dejado sobre la cómoda.

"Tengo frío", susurró de nuevo antes de salir de la habitación.

Se detuvo, cerró la ventana y luego tiró de la puerta de su dormitorio para cerrarla tras ellos. En la sala de estar, al final de la escalera, había una ventana parcialmente abierta. También la cerró.

"¿Mejor?"

Sacudió la cabeza de un lado a otro y dejó caer los libros sobre la mesa. Ian la vio correr por la puerta abierta del otro lado del pasillo. Por las claraboyas y las ventanas entraba suficiente luz matutina como para que él tuviera una buena vista de todo el apartamento. El espacio abierto, las paredes blancas, los grandes cuadros que las decoraban. Al fondo, vio un par de camas individuales. Adivinó que el cuerpo con la sábana retorcida alrededor tenía que ser el de Kelly.

Jade tomó algo que parecía una pequeña manta de la otra cama y volvió de puntillas.

"Tiene mucho sueño porque anoche estuve mucho tiempo despierta", le explicó Jade en un tono muy maduro cuando estuvo de vuelta en el pasillo.

"Algunos consideran que ahora también es de noche."

"Yo no la desperté. Esta vez te desperté a ti", dijo en tono lógico. Señaló la mecedora. "Siéntate."

"Sí, señora." Se sentó.

"No soy una señora, tonto." Ella también empezó a subirse a la silla.

"¿Qué haces?", preguntó él, esperando que ella se sentara en la silla contigua a la suya.

"Ponerme cómoda." Se subió a su regazo, acurrucada contra su pecho, e intentó extender la manta sobre sí misma. "Ayúdame."

Como un siervo obediente, la envolvió con la manta amarilla.

"El libro, por favor." Extendió una mano regia hacia la mesa.

Ian tomó el de arriba. "¿Servirá este?"

"Perfecto", dijo ella con un cómodo suspiro, apoyándose en él y esperando a que empezara.

Era perfecta, pensó Ian. Esta actividad era perfecta. Los momentos que Kelly y él habían pasado juntos a solas la noche anterior —incluso su incómodo beso— habían sido perfectos. Bueno, casi perfectos.

Ian nunca había conocido al marido de Kelly. No tenía ni idea de qué clase de marido había sido para Kelly ni de qué clase de padre podría haber sido para Jade si aún viviera. Pero aún así sintió pena por el hombre por haberse perdido esto.

Su mejilla rozó los sedosos rizos de Jade. Cuando ella levantó la vista hacia él, Ian abrió el libro y empezó a leer.

La pesadilla era la misma que había tenido tantas veces. El lugar era uno que había visitado cientos de veces en sus sueños. Como siempre, Kelly no podía salir de ella.

Estaba de vuelta en la Misión. Era solo una niña. El Padre Mike la estaba esperando. Tenía que ir a verlo. Ella no quería ir, pero tenía que ir.

El sol afuera era blanco brillante y caliente. Sintió el empujón y estaba dentro. El estrecho pasillo que conducía a sus aposentos era oscuro y fresco. No un fresco agradable, sino rancio y húmedo. Se sintió mareada, como siempre.

Kelly intentó recordar qué había hecho mal esta vez. Siempre estaba metida en líos. Siempre la castigaban por ser mala. Pero no podía recordar lo que había hecho esta vez.

Entrecerró los ojos al entrar en la oscura habitación. Contuvo la respiración, odiando el olor familiar. Parecía un sótano. Le pareció ver cosas arrastrándose por los rincones oscuros.

"Entra, hija mía", la llamó con su voz suave de telaraña. Cada vez que Kelly la oía, un escalofrío la recorría, erizándole el vello de la nuca.

No quería dar ni un paso adelante ni atrás. Sabía que las cosas que se arrastraban se habían retorcido detrás de ella, cortándole la huida. Tampoco quería acudir a la voz. Miró hacia abajo. Estaba tan oscuro que no podía ver sus pies.

"Acércate, niña."

Una cerilla rayó y se encendió. La llama tocó la mecha y una vela chisporroteó y se encendió.

Ella no estaba en los aposentos del Padre. Vio la pila bautismal. En ella burbujeaba un líquido del color de la sangre. Otra vela se

encendió. Vio que le tendían una copa llena de sangre. Kelly sacudió la cabeza, pero tenía los pies clavados en el suelo. No podía irse. Se quedó mirando la mano mientras se acercaba. Dedos largos y finos. Blancos y arrugados a la luz de las velas. Era la mano del Padre.

"¿De qué tienes miedo, Kelly?", le preguntó. Su voz la atrajo, la retuvo en sus sedosas hebras. "Sé una buena chica y únete a mí. Únete a nosotros."

A su alrededor se encendieron más velas. Cada vez más, hasta llenar la capilla. La sala cobró vida con ondulantes ondas de diminutas llamas blancas.

Kelly miró a las filas de personas que estaban detrás de los líderes. Conocía las caras. Los otros niños con los que compartía habitación. Las personas que trabajaban en la oficina de la Misión. Los hombres y mujeres que vivían en edificios separados. Eran viejos, jóvenes y estaban embarazados. Todos sostenían sus velas, con los ojos fijos.

Volvió a mirar al Padre. La mujer estaba de pie justo junto a su hombro. La hermana Jill Frost, tan guapa. Era la mujer que Kelly sabía que era su madre.

"Eres uno de los nuestros", dijo Jill con su voz cantarina. Sus ojos verdes brillaban por encima del resplandor de la vela.

"Ven con nosotros, Kelly." La mano extendida del Padre levantó la copa hacia ella. "Toma esto."

Todos sostenían una copa.

Kelly sabía lo que iba a pasar. Todos iban a morir. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Abrió la boca para advertirles, para decirles la verdad. Su corazón latía muy fuerte. No, se dio cuenta de que eran sus corazones los que latían. El sonido ahogaba su voz.

"Kelly."

Con todas sus fuerzas, apartó la mano. Aturdida, la vio retirarse. Siguió el movimiento con la mirada, desconfiando de su victoria.

La mano del Padre se dirigió lenta y deliberadamente hacia alguien sentado a su lado. Kelly lo vio sonreír mientras la copa presionaba los labios de la persona.

Miró la cara. Era Jade.

Sus ojos se abrieron de golpe. La claraboya. Los techos blancos. Los cuadros de la pared. Kelly parpadeó un par de veces para asegurarse de que realmente estaba despierta. La almohada estaba húmeda. Aún tenía lágrimas en las mejillas. Sus respiraciones eran cortas y rápidas, como si hubiera estado corriendo.

La pesadilla de siempre... pero distinta esta vez. El malestar que siempre sentía al despertar de ella era cien veces peor hoy. Nunca antes había formado parte de la pesadilla Jade. Un terror helado la invadió cuando se dio vuelta y miró la cama de su hija.

Jade no estaba.

La realidad y el sueño chocaron en el doloroso segundo siguiente, desgarrándola como una motosierra. Kelly apartó las sábanas y se colocó junto a la cama en un instante, con los ojos recorriendo la habitación presa del pánico. No había ninguna luz encendida en el apartamento. El reloj de cabecera marcaba las cinco y cuarenta y cinco. Demasiado temprano para estar levantada. La puerta de su apartamento estaba abierta. Jade no iría a ninguna parte a menos que hubiera despertado a Kelly.

"Jade", llamó mientras corría hacia la puerta abierta.

Los dos pares de ojos se levantaron a la vez de las páginas del libro cuando ella se detuvo. Los dos la miraron fijamente, mostrando

preocupación en sus rostros. Kelly retrocedió un paso y se agarró a la jamba de la puerta para estabilizar sus rodillas, que de repente se habían vuelto de goma. La sensación de alivio casi la mareó, pero luchó contra el impulso de tomar a su hija en brazos.

"Buenos días, mamá", dijo Jade alegremente.

Les sonrió débilmente, desconfiando de su voz. También tuvo que parpadear para asegurarse de que estaba despierta y de que sus ojos no la engañaban. Los dos presentaban un retrato de contrastes. Jade, un pequeño bulto de manta amarilla, arropada contra el pecho del hombre. La expresión de felicidad pura en el rostro de su hija era algo que Kelly rara vez veía. E Ian Campbell, sin afeitar, con el pelo de punta en todas direcciones, sujetaba a Jade como si fuera el paquete más preciado del mundo. Kelly luchó sin éxito contra el temblor de su barbilla y las lágrimas que brotaban de sus ojos.

"¿Estás bien?", preguntó.

Kelly asintió. "Lo siento. Me acabo de despertar. No sabía dónde estaba."

"Uh oh, es hora de un curita", le susurró Jade a Ian antes de apartar los libros y la manta y bajarse de su regazo. Pasó corriendo junto a Kelly y desapareció en el interior del apartamento.

"No tengo mucha experiencia en estas cosas", dijo, poniendo los libros en la mesita junto a la mecedora. "Pero apareció en la puerta de mi habitación, dispuesta a que le leyera. Si no me hubiera levantado de la cama y venido aquí rápidamente, creo que se habría subido conmigo y no le habría dado importancia. Sentarse en la mecedora era el único compromiso que había aceptado."

Se sonrojó. Kelly comprendió su preocupación por lo que pudiera parecerle a otra persona.

"Aún no he comprobado sus antecedentes, Sr. Campbell." Hizo una pausa y se apoyó en la puerta. "Pero por alguna razón, mi hija parece confiar en usted."

"Creo que hemos superado la confianza", dijo en voz más baja. "Ella dijo que le gusto."

"Sí, porque eres un pusilánime. ¿A qué hora te despertó?"

No le dio tiempo a contestar, porque Jade salió corriendo con una gran caja de curitas.

"¿Dónde te duele, mami?"

Kelly se agachó ante su hija y miró su rostro serio y sus brillantes ojos verdes.

"Ya nada duele, mi amor", dijo, dándole a Jade un abrazo de oso.

Al cabo de un momento, la niña se soltó. "Entonces deberíamos ponerte una, para que no vuelva", dijo con autoridad, sacando de la caja una con un estampado floreado.

"¿Ves? No tengo cortes ni moretones." Kelly mostró las manos y los dedos.

"No dolerá mucho." Con marcada determinación, abrió el curita, despegó las tiras del reverso y se la puso a su madre en la frente, cubriendo la vieja cicatriz.

Kelly no pudo evitar sonreír al tocar la obra de Jade.

"Ves. Te dije que se sentiría mejor." Se volvió hacia Ian. "¿Quieres una?"

"No, estoy muy bien", dijo, tratando de no mostrar su diversión. Miró a Kelly. "¿Cuántas de estas cosas gastas cada semana?"

Se levantó de un empujón. "He perdido la cuenta. Las compro en cajas."

Cuando su mirada se volvió tierna, Kelly se dio cuenta de lo que había dicho y de cómo se lo había tomado, y algo se derritió en ella.

"Tengo hambre." El anuncio de Jade y el tirón de su brazo atrajeron de nuevo la atención de Kelly hacia su hija. "Voy a hacer tostadas."

Sin esperar respuesta, la niña desapareció en el interior del apartamento.

Ian se puso en pie y se estiró. Parecía llenar la pequeña sala de estar. Había algo muy íntimo en verlo antes de ducharse y afeitarse, vestido con unos viejos pantalones cortos y una camiseta. Parecía lo suficientemente grande y cálido como para tentar a Kelly a querer acurrucarse con él. Miró sus musculosas piernas desnudas y sintió un cosquilleo que le recorría el vientre.

"¿Te levantas tan temprano todas las mañanas?"

Kelly supo que la había pillado mirándolo por la expresión divertida de su cara, y sintió que le ardía la cara. Ahora la estaba mirando a ella.

"Un poco más tarde, por lo general. Seis... seis y media." La voz de Kelly no parecía ser la suya. Se había quedado ronca de repente. Cruzó los brazos sobre el pecho, consciente inmediatamente de lo finos que eran los pantalones y la camisa de seda del pijama. No tuvo que mirar hacia abajo para saber que las puntas de sus pechos debían de estar asomando. Y la cara y el pelo. Era demasiado vergonzoso pensar en lo asustadiza que debía de estar.

"Tuve una noche inquieta", logró finalmente terminar sus pensamientos.

"Ven y toma una tostada", gritó Jade, volviendo a la puerta y haciendo un gesto a Ian.

Se pasó una mano por la barbilla sin afeitar. "Tengo que ducharme y afeitarme. Te veré abajo para desayunar."

"He dicho tostadas, no desayuno", le dijo ella, como si él debiera saber que hay una gran diferencia.

"Wilson no sirve el desayuno hasta las siete. Jade y yo tenemos una cocineta", explicó Kelly. "Sirve para un tazón de cereales y tostadas cuando quiera un tentempié nocturno o mañanero. Eres bienvenido a unirte a nosotras, a menos que quieras volver a la cama. Lo siento, ni siquiera me disculpé porque Jade te despertara."

Sus ojos pasaron de Kelly a Jade. Al ver la sonrisa que se dibujaba en sus labios, Kelly bajó la mirada. Su hija estaba imitando su postura. Todo, hasta cruzar los brazos y frotar un pie sobre el otro.

"Solo un tonto rechazaría una oferta de tostadas de dos hermosas mujeres", dijo, mirando de nuevo a Kelly. "Dame diez minutos. Me gustaría limpiarme un poco."

Tenía en la punta de la lengua ofrecerle el uso del cuarto de baño, pero Kelly se detuvo a tiempo. Tenía que usarlo ella. Y luego estaban todas sus cosas personales abarrotando todas las estanterías.

"Ven cuando estés listo", dijo.

Los dos esperaron hasta que desapareció en su habitación, luego se dieron la vuelta y entraron corriendo en el apartamento.

"Me gusta, mamá. Me gusta mucho", dijo Jade entusiasmada, saltando detrás de su madre mientras Kelly recogía ropa de las sillas y juguetes del suelo. "A lo mejor me lleva en uno de los barcos. Tú también puedes venir. Y he visto unas flores preciosas. Quizá me lleve a pasear y podamos traerte algunas."

"No podemos planificar el fin de semana del señor Campbell por él, cariño", dijo Kelly, tratando de no dejar que sus propias emociones la abrumaran. Siempre había sabido que Jade echaba de menos no tener padre, pero nunca se había dado cuenta de lo rápido que podía encariñarse con alguien como Ian. "Va a volver a por unas tostadas. Vayamos paso a paso."

"¿Qué significa eso?"

"Significa..." Tocó la nariz respingona y arrugada de Jade. "Que deberías ir al baño y lavarte la cara y cepillarte los dientes y cambiarte el pijama y dejarme terminar de hacer estas camas."

"Eso no es lo que significa."

La niña era demasiado lista. "Vale, significa que solo debemos planear que Ian coma tostadas con nosotros esta mañana. Eso es todo."

"Pero le gusto", dijo Jade con un pequeño temblor de la barbilla.

"Sé que le gustas, mi amor." Kelly se arrodilló ante su hija y se aferró a sus hombros, mirándola a los ojos. "Y yo te quiero. Pero a veces los adultos tienen cosas que hacer: trabajos y lugares a los que ir y otros amigos a los que ver. Así que creo que no deberíamos presionar al señor Campbell para que renuncie a otras cosas que podría haber planeado para este fin de semana. ¿Tiene sentido?"

"Sí. Estás diciendo que Ian no es mi compañero de juegos", dijo Jade algo abatida.

Kelly asintió. "Pero aún podría ser nuestro amigo. Y se está aseando y viene esperando tostadas, y tú y yo seguimos así."

El brinco había desaparecido de los pasos de Jade cuando por fin se dirigió al baño. Sin embargo, no había pedido un curita, así que Kelly pensó que la niña sería capaz de soportar la decepción.

Ambas carecían de compañía y amigos. En cierto modo, vivían como marginadas sociales. Kelly sabía exactamente cómo se sentía Jade. Su vida en el rincón más apartado de New Hampshire, por mucho que hubiera sido ideal al principio, ya no funcionaba demasiado bien. El comentario de Ian la noche anterior, cuando le preguntó por qué no había optado por una existencia más suburbana, tenía mucho sentido. Kelly lo sabía. Llevaba tiempo pensando en ello. Había empezado como un germen de idea el

invierno pasado. No había nada que atara a Kelly y a Jade a este lugar o a la posada. Y, francamente, las clases de natación y hacerse cargo de algunos libros de contabilidad no bastaban para entusiasmar ni a la hija ni a la madre. A medida que avanzaba el verano, la idea de mudarse, de vender la posada por lo que pudiera conseguir y darles a Jade y a sí misma un nuevo comienzo, en algún lugar con gente, otros niños y trabajos, resultaba cada vez más atractiva.

De pie en medio del apartamento y observando cómo su hija se dirigía al cuarto de baño, Kelly supo que había llegado el momento. No sabía cómo darles la noticia a Janice y Bill. Tranquility Inn era su hogar y no había garantía de que otro propietario quisiera que el mismo personal se quedara.

Bueno, decidió, ese era un problema al que todos se enfrentarían llegado el momento. Jade era la primera prioridad de Kelly, después de todo. No los Maitland. Y había que hacer algo.

Capítulo Nueve

A MENOS de cien yardas de la carretera estatal, Dan hizo señas a la vieja camioneta de Bill para que se detuviera.

"¿Quieres que te lleve?", preguntó el marido de Janice.

Dan abrió la chirriante puerta. Dejó caer la mochila al suelo antes de subirse al asiento de vinilo agrietado y descolorido de la vieja camioneta. Miró al conductor. Bill rondaba los ochenta años, era calvo y vestía los mismos pantalones caqui manchados de pintura que siempre llevaba cuando trabajaba. Su camisa azul tenía el cuello deshilachado, pero estaba limpia. Hacía un par de días que no se afeitaba. Las gafas que Bill debería haber llevado estaban dobladas en el bolsillo de la camisa. Era un viejo tranquilo y trabajador, y a Dan le caía bien.

Se acomodó y miró a su alrededor buscando el cinturón de seguridad. No había ninguno.

"Es un poco pronto para que salgas por ahí, diría yo." Bill le hizo un gesto con la cabeza. "¿O es un poco tarde para estar entrando?"

"Eres un viejo bastardo entrometido."

"Oye, esta nariz ha metido a este viejo bastardo en un montón de problemas interesantes a lo largo de los años."

"¿Sí? ¿Y en qué lío te has metido esta mañana?"

"Bueno, tuve que llevarme las últimas cosas", contestó Bill. "Teníamos unas cuantas cajas en la casa de carruajes que no se recogieron anoche."

"¿Se quejaron de que llegaras tan temprano?"

"Saben que soy madrugador. Además, así es mejor. Menos ojos mirando lo que viene. No les da motivos para excitarse demasiado."

Dan asintió, mirando por la ventanilla. Cuando llegaron a la cima de una colina, pudo ver la niebla que se levantaba del lago. No había visto ningún coche en la carretera que conducía al campamento. Pero aún era demasiado pronto.

"¿Algo nuevo e inesperado por allí?" La camioneta golpeó un bache en la grava, y Dan sintió que se le aflojaban los dientes traseros.

"Lo siento. Debería haber salido esta primavera y rellenado algunos de estos hoyos." Su rostro canoso frunció el ceño. "No es que importe ahora, supongo."

"No, supongo que no", murmuró Dan.

Después de un momento, Bill continuó. "De todos modos, todo está tranquilo por allí esta mañana. Ayer llegó mucha gente y anoche hubo una reunión del círculo interno. Hoy ha llegado más gente. Debería estar lleno antes de que acabe el fin de semana."

"¿Sigue siendo el lunes?"

"Hasta donde yo sé. Pero las cosas podrían cambiar en cualquier momento, supongo."

"¿Tienes un número?"

"He oído ciento cincuenta."

Dan miró de reojo al hombre mayor. "Eso es mucho."

"Dímelo a mí."

El joven se esforzó por concentrarse en la carretera, los árboles y el lago, ahora visible. "No sabrías que hay tantos por aquí desde

este extremo del lago."

"Esa niebla es como una cortina sobre el agua, ¿no?"

"Claro que sí", dijo Dan, carraspeando una inesperada opresión que sentía en la garganta.

Al doblar otra curva, la posada estaba a la vista. Bill maniobró la camioneta hasta el estacionamiento. El coche de Blade ya estaba allí. Dan se quedó mirando los demás coches del estacionamiento. La camioneta de Desposito era la única que ya se había ido.

"Entonces, ¿vas a volver allí más tarde?", le preguntó al hombre mayor.

"Creo que sí. Tendré que ver qué tiene Janice en la lista de cosas por hacer."

"De acuerdo." Dan asintió, tomó su bolso y se acercó al pomo de la puerta.

"Eres bienvenido de venir, jovencito."

Miró a Bill, que le observaba atentamente. "Avísame si crees que debo hacerlo", dijo, bajándose.

El crujido de neumáticos sobre la grava atrajo a Ian hacia la ventana. Reconoció la camioneta de Maitland. Aún no le habían presentado oficialmente al hombre mayor, y esta mañana —antes de que bajaran los demás huéspedes— era probablemente el mejor momento para hacerlo. Bill Maitland no era la razón por la que estaba aquí. Ian deslizó su maleta cerrada bajo la cama, colgó su toalla mojada en un gancho detrás de la puerta y se dirigió al apartamento al otro lado del rellano.

Jade debía de estar esperando en la puerta, porque la abrió en el momento en que los nudillos de Ian hicieron contacto con la

madera.

"Mamá está en la ducha. A veces tarda un poco. Pero ha hecho café. Y me ha dicho que no puedo tocarlo porque está muy caliente. Pero tú ya eres mayor, así que no pasa nada." Jade abrió la puerta de par en par. "Te traeré una taza."

Mientras se alejaba corriendo, Ian miró a esta personita de grandes palabras y no pudo evitar divertirse de nuevo. Debía de haberse bañado o duchado, porque tenía el pelo mojado y peinado hacia la espalda. También se había puesto unos vaqueros y una camiseta blanca. Se detuvo y corrió hacia él.

"Oh, ya puedes pasar", le dijo, tomándolo de la mano y haciéndole entrar.

Entró en la vivienda y observó con gran interés la combinación de dormitorio y salón. Las buhardillas y las claraboyas eran un bonito añadido, y las paredes blancas y el techo catedralicio hacían que el lugar pareciera prácticamente espacioso. Lo que captó de inmediato el interés de Ian fue el par de retratos de gran tamaño de Jade. Eran claramente obras de arte. Eran algunas de las escenas naturales más impresionantes que jamás había visto capturadas en una fotografía. Y eran simplemente de Jade paseando y jugando en el bosque.

"Soy yo", le anunció ella, aún tomándolo de la mano.

"Ya lo veo. ¿Tu mamá tomó esas fotos?"

"¡Uh huh! Y este es el baño", dijo Jade, cambiando de tema como si no hubiera nada especial en esas fotos. Señaló la puerta de la derecha. Ian oía el agua de la ducha.

"Y aquí es donde hacemos las tostadas", dijo, tirando de él hacia la alta encimera que servía de separador y mesa entre la cocineta y el resto del apartamento. En un extremo, había una tostadora enchufada a la pared.

"Mamá ya te ha puesto la taza. ¿Ves?"

La percoladora había terminado de llenar la cafetera.

Ian asintió. "Gracias."

Junto a la tostadora, Kelly había puesto un plato de mantequilla y tres botes de mermelada. Jade se subió a una de las sillas altas del mostrador y alcanzó la tostadora, pulsando el botón.

"¿No deberíamos esperar a que salga tu madre?", preguntó, ansioso ante la posibilidad de que Jade pudiera resbalarse de la silla, meterse un dedo en algo, o hacerse daño de alguna manera.

"Dijo que podía empezar mi tostada cuando llegaras."

Ian se acomodó en la silla de al lado, donde podía alcanzarla, por si acaso. Vio un intercomunicador/monitor en la pared. Se acercó y puso el interruptor solo en intercomunicador.

El agua de la ducha dejó de correr y Kelly salió de allí en unos minutos. Jade le habló de las tres mermeladas, que eran sus favoritas. La tostada apareció y él sacó los trozos antes de que ella se quemara. Los depositó en un plato delante de ella, rodeó la encimera y sirvió dos tazas de café.

Luego se sentó y contempló asombrado cómo Jade se ponía manos a la obra. Un poco de mantequilla sobre la tostada, gruesas capas de los tres tipos de mermelada, que no sólo caían sobre el pan, sino también sobre sus dedos, su cara y su camisa. No parecía que hubiera terminado todavía. Después de todo, era una niña.

Kelly salió del baño, trayendo consigo el olor a limpio del jabón y el champú. "¡Oh! Ya estás aquí."

Durante unos segundos, Ian solo pudo mirar. Descalza y vestida, como su hija, con unos vaqueros viejos y una camiseta blanca, parecía un millón de dólares. No llevaba sujetador, no se había molestado en maquillarse y el pelo mojado le colgaba suelto de los hombros. Para él, parecía fresca y hermosa como un amanecer en el

desierto. Ian la recorrió con la mirada, fijándose un poco en la forma de la camiseta. Pensándolo mejor, decidió que estaba muy sexy.

"Siento que no estemos muy entretenidos aquí arriba", dijo, sentándose junto a Jade en el mostrador. "Te pedimos que vengas sin pensar que podrías querer leche o azúcar para tu café. Yo suelo tomar el mío solo, pero puedo bajar corriendo."

"Solo está bien para mí." Empujó la taza de Kelly hacia la suya y tomó un sorbo. "Buen café."

Los ojos de Ian se fijaron en la *pièce de résistance* de Jade. La tostada era una masa pegajosa de mermelada chorreante, apretada entre los diminutos dedos. La niña le tendió su obra maestra culinaria.

"¿Quieres un bocado?"

"Muy tentador, pero no gracias. Es todo tuyo, nena." Ian miró a Kelly. "¿Alguien es golosa?"

"Son purés de fruta. No tienen mucho azúcar." Se levantó, mojó media docena de toallitas de papel y las puso cerca de Jade. "Pero mi chica es definitivamente una adicta al azúcar."

"Y tú me llamaste pusilánime."

"Ese es su único defecto", le susurró a Ian con una voz que Jade pudo oír. La niña, sin embargo, estaba en su propio mundo. Se zambulló en la tostada y pareció saborear cada bocado, aunque se manchara la cara con la mayor parte.

"¿Puedo poner un par de rebanadas para ti?", preguntó Kelly.

"De ninguna manera. No con este monstruo gelatinoso a mi lado. Demasiado peligroso." Ian puso cara de susto cuando Jade enseñó los dientes y volvió a morder la tostada. "Esperaba que me dieras un tour de cincuenta centavos por tu trabajo. Tienes cosas increíbles aquí." Hizo un gesto con la cabeza hacia las fotos de Jade.

Un suave tono rojizo subió hasta sus mejillas. Tal y como él esperaba, no estaba acostumbrada a recibir cumplidos. Taza en mano, rodeó el mostrador.

"Esas dos fotos fueron algo improvisado. Es muy divertido verla hacer cosas. Está tan interesada en todo."

Las fotos estaban colgadas una al lado de la otra. El paspartú blanco y los marcos plateados realzaban perfectamente las fotos en blanco y negro. "¿Cuándo las hiciste?"

"El otoño pasado." Dio un sorbo a su café. "Estaba tan enojada conmigo misma por tener solo película en blanco y negro en la cámara. Las hojas eran de mil colores diferentes. Y el suéter rojo de Jade la convertía en la pieza central de un ramo de flores. De todos modos, hice las fotos."

"Lo que las hace tan fascinantes", comentó, "es que representan perfectamente a una niña jugando. Forma parte de la naturaleza. Ni siquiera sabe que estás ahí."

"Tengo una foto parecida de Jade en el bosque de hace dos veranos. Era solo una niña pequeñita. Me gustaría enmarcarla como estas y colgarla junto a ellas. Y tal vez podría añadir una cada año a medida que crezca."

Estaba planeando el futuro. A Ian le gustaba eso.

"¿Y estas fotos?" Se dirigió hacia la pared que contenía docenas de fotos enmarcadas.

"Fotos familiares."

"¿Ese es el padre de Jade?" Señaló una foto de Kelly con un joven apuesto que le rodeaba el hombro con el brazo. La pareja parecía despreocupada, feliz. No había nubes que oscurecieran el cielo de fondo ni las verdes montañas.

Ella asintió. "Ese es Greg."

"¿Cómo se conocieron?"

"Él era reportero. Yo era fotógrafa de prensa. Teníamos un encargo juntos y saltó la chispa. Nos casamos ese mismo año."

"¿Y cuánto tiempo estuvieron casados antes de que él... bueno, antes de que él...?"

"¿Muriera?", preguntó en voz baja, mirando hacia Jade. Estaba muy ocupada con otra tostada. Kelly bebió un sorbo de café, obviamente ordenando sus ideas.

"Algo más de dos años", dijo finalmente. "Nunca tuvo la oportunidad de ver a Jade. Estaba embarazada de seis meses cuando murió."

El rostro de Kelly volvió a desaparecer tras la protectora taza de café. Sin pensarlo, Ian se acercó y rozó el dorso de su mano con la de ella.

"Parece que viajaban mucho", comentó, volviendo a centrar su atención en las fotos. Había al menos media docena de Greg Stone en distintos lugares del mundo.

"Viajamos algo por diversión. Pero la mayoría son de Greg en diferentes misiones. Todas las fotos que tengo de él están enmarcadas y aquí fuera. Creo que es importante que Jade sepa quién fue su padre."

"¿Sigues en contacto con su familia?"

"Era australiano, nacido y criado allí. Planeábamos mudarnos definitivamente a Sydney justo después de que naciera Jade. Él ya tenía un buen trabajo esperándole. Incluso habíamos empezado a deshacernos de muchas de nuestras cosas. Conocer a su familia y estar cerca de ellos fueron las razones de la mudanza."

"¿Y todos lo sabían?", preguntó Ian.

"Mis padres eran expertos en mudanzas. Los dos eran académicos jubilados. Ninguno de los dos había solicitado nunca la titularidad en sus treinta y cuarenta años de docencia. No creían en

eso. Pensaban que un cambio de aires cada cinco o seis años era algo saludable. Mi padre Frank estaba a favor. Decía que así tendrían un lugar que visitar cada año. Sabía que, a pesar de sus dudas iniciales, a mi madre Rose también le acabaría gustando."

Kelly tomó un sorbo de café, obviamente trabajando para mantener sus emociones bajo control.

"Cuando mi padre murió, a los pocos meses de empezar el proceso de planificación, algo cambió en mi madre. Se convirtió en una mujer diferente. Incluso respecto a la mudanza, su actitud cambió por completo. Se volvió... no sé, casi empeñada en que nos mudáramos. De hecho, incluso insinuó que podría seguirnos y vivir allí ella misma. Pero luego también murió."

Se quedaron en silencio un momento e Ian volvió a hablar. "Así que te mudaste un par de veces de niña", preguntó, mirando la fotografía de una pareja mayor que él sabía que eran Frank y Rose Wilton.

"Solo un par de veces, antes de irme a la universidad." Ambas manos envolvieron la taza de café. "Fui adoptada."

"¿De verdad? ¿Cuántos años tenías?"

"Tenía doce años."

"¿Doce? Eso es bastante mayor para una adopción. Tuviste suerte."

"Eran personas muy especiales."

"Seguro que sí", dijo en voz baja. "¿Alguna comunicación con tu antigua familia?"

Sacudió la cabeza. "Ya no quedan." Se volvió hacia Jade, que parecía haber terminado de comer y se afanaba dibujando patrones con un dedo bañado en arándanos sobre la encimera. "Supongo que estamos listos para el equipo de limpieza."

Ian observó cómo Kelly se dirigía a la cocina y volvió a centrar su atención en las fotos. Había trozos de su vida que habían sido felices. La prueba de ello era evidente en esta exposición. Pero todos los que había tenido estaban muertos. La única conexión familiar que le quedaba a Kelly era su hija.

Contempló el simulacro de lucha libre entre madre e hija mientras Kelly lavaba la cara de la niña. La risa de Jade resonó en el apartamento. La sonrisa de Kelly brotaba de su corazón. Él ya sabía que ella haría cualquier cosa —llegaría hasta el fin del mundo— para proteger a su hija. Lo horrible era que había otros que también tenían que saberlo.

El interfono de la pared zumbó. Kelly, ocupada en ponerle a Jade una camisa limpia, tardó en contestar. Al tercer zumbido insistente, se puso a ello.

"Por fin", la voz de la anciana crepitó de alivio.

"Buenos días, Janice", llamó Kelly, ganando la batalla y sosteniendo la camisa manchada en el aire como señal de su victoria. Jade siguió saltando, fingiendo que quería recuperarla.

"¿Por qué apagaste el monitor de la habitación? Estaba preocupada por ti. No sabía lo que estaba pasando."

Kelly miró el interruptor de la caja, miró a Ian y volvió a mirar la caja. "¿Me necesitas abajo?", preguntó finalmente.

"Sí. Te necesito aquí abajo enseguida. Rita está fuera de sí con el trabajo extra causado por los huéspedes adicionales. Tiene mucho más en su plato hoy. Bueno, ya conoces la rutina."

Ian miró el reloj. Eran poco más de las siete.

"Voy para allá", le dijo Kelly, apagando el interfono y sin responder al siguiente zumbido. Miró a Ian. "Te prometo que el desayuno de abajo será mucho más impresionante que lo que te ofrecimos aquí."

"Este me ha gustado", dijo, mirando de nuevo la cara de Jade y luego la de Kelly antes de llevar su taza al fregadero.

Sacó una goma elástica y se recogió el pelo en una coleta. Pasó un poco más de tiempo con el pelo de Jade, trenzándolo suelto por la espalda. Ian utilizó las toallitas húmedas que quedaban en la encimera y limpió el resto del trabajo de Jade.

"No tienes que hacer eso", dijo Kelly con una sonrisa y se volvió hacia su hija. "Toma tus libros, amor, y algunos juegos."

Jade se acercó a una estantería rebosante de sus cosas y empezó a revisarlas. Se tomó su tiempo y miró cada libro que sacaba de la estantería antes de elegir. Kelly intentaba empujarla cuando se oyó otro zumbido de abajo.

"¿Por qué no bajas?", sugirió Ian, asintiendo hacia el intercomunicador. "Mejor que recibir otra bronca. Puedo bajar con ella, si te sientes cómoda con eso."

"¿No te importa?"

"Será un placer."

Capítulo Diez



Desconcertada, Kelly se paró en la puerta del comedor del porche. Todo parecía estar bajo control. Podía ver la calva cabeza de Shawn Hobart en una mesa junto a la ventana, y Marisa y Dave Meadows estaban sentados un par de mesas más allá. El café recién hecho y la olla de agua caliente humeaban en los calentadores, y las demás mesas estaban listas para los huéspedes.

Rita llegó de la cocina con una bandeja de platos. Kelly le abrió el portabandeja y se ocupó de doblar las servilletas para el almuerzo. Sin embargo, al mirar a su alrededor, Kelly no veía qué más había que hacer.

"¿Necesitas ayuda con el desayuno?", le preguntó Kelly a Rita.

"¿Parece que necesito ayuda?", espetó la joven. "Ya no hay nada que hacer."

"En ese caso, ya sabes dónde encontrarme si necesitas que te eche una mano con cualquier cosa", dijo Kelly amablemente. No iba a empezar el día de mal humor.

Janice volvía a la recepción desde la cocina, con una taza de té en una mano y su bastón en la otra. A diferencia de Rita y su actitud agria, la mujer mayor sonrió al ver a Kelly.

"Hace un día absolutamente glorioso fuera. Deberíamos pedirle a Dan que abra todas las ventanas de abajo. Creo que incluso podría hacer suficiente calor hoy para que pudiéramos servir el almuerzo en la terraza."

"Me parece estupendo." Kelly abrió la puerta y encendió la luz de su despacho. "Acabo de ver a Rita. Se ofendió cuando le ofrecí ayuda cuando ya estaba todo encarrilado."

"Qué curioso", respondió Janice, mirando hacia el comedor del porche.

"Mucho. ¿Seguro que era ella la que me buscaba?" Al bajar las escaleras, se encendió una alarma en su cabeza que se vio reforzada por la respuesta de Rita. Si las sospechas de Kelly eran ciertas, entonces definitivamente quería aclarar las cosas. Que Ian Campbell se alojara en el tercer piso no significaba que Janice tuviera que hacer de carabina.

"Ya la conoces, malhumorada que es. No tenía ni un pie en la puerta y ya se estaba quejando." Janice dejó el té, apoyó el bastón contra la pared y se tomó su tiempo para sentarse. "Sabía que te levantarías temprano, de todos modos. Por cierto, ¿dónde está Jade?"

Kelly se salvó de contestar cuando sonó el teléfono de la posada.

"Yo atiendo." Tomó el teléfono de la mesa y saludó como la posadera que era.

"¿Es este el Tranquility Inn en Independence, New Hampshire?" La voz al otro lado tenía algunos hilos de temperamento, incluso de histeria, entretejidos en ella. "Si lo es, será mejor que no cuelgue."

"Sí, acabo de decir que lo es", respondió Kelly, tratando de seguir siendo amable. "Y no voy a colgar. ¿Qué puedo hacer por usted?"

En la recepción, Janice saludaba a la familia Stern que entraba a desayunar. El hijo menor, Ryan, estaba a la sombra de su hermano

mayor. Su mirada atónita era la misma que Kelly había visto la noche anterior. Le saludó con la mano, tratando de ignorar el escalofrío que le recorría la espalda.

"Anoche llamé dos veces, pero no conseguí nada. La mujer que contestó no me ayudó en absoluto." La voz era la de una mujer más joven, y estaba claramente temblando de emoción. "Ahora escúchame. He hablado con la compañía de autobuses. He llamado a mi primo de Nueva York. Lo único que no he hecho aún es llamar a la policía. Pero esa es la próxima llamada que voy a hacer."

"Retrocedamos. ¿Estás intentando localizar a alguien en esta posada?" Kelly tomó un bolígrafo y un bloc de papel, y empujó la puerta de la oficina hasta dejarla entreabierta, sin querer molestar a los otros huéspedes con lo que fuera que estuviera pasando aquí.

"¿No acabo de decir que sí?"

"¿Qué tal si empezamos desde el principio? No fui yo quien te habló anoche, pero me gustaría ayudarte si puedo."

"¿Quién es usted?", preguntó la voz en tono desconfiado.

"Soy Kelly Stone. Soy la dueña y posadera aquí."

Hubo una ligera pausa. La mujer al teléfono repitió el nombre de Kelly a otra persona que estaba en la habitación con la persona que llamaba. Siguió una conversación apagada durante un momento antes de que volviera a ponerse al teléfono.

"Mi tía venía a Independence a verte", dijo finalmente la mujer.

"¿Perdón?", preguntó Kelly, cada vez más confundida. "¿Alguien venía a verme?"

"Sí. Mi tía. Lauren Wells. Lleva más de un mes intentando ponerse en contacto contigo. Pero nunca estabas disponible para contestar sus llamadas. Nunca devolviste ninguna."

Kelly se sentó en la silla más cercana. "¿Dijiste Lauren Wells?"

"No sabemos la conexión exacta, pero dijo que te conocía." La mujer siguió hablando, pero la mente de Kelly ya había retrocedido en el tiempo.

Lauren parecía un ángel de la guarda, enviado a la Misión. Era como las abuelas con las que soñabas... las que ninguno de los niños tenía. Había venido a llevarse a su hija y a su nieto, y eso también la hacía especial, porque nadie tenía familia que viniera a llevárselos.

A los adultos de la Butler Mission les había molestado mucho que Lauren se quedara allí. Ella no era uno de ellos, y el Padre y sus ministros no lograban comunicarse con ella. Era como si estuviera sorda a sus palabras.

Y Kelly también recordaba a Debbie, la hija de Lauren. La recordaba como una joven bonita que tenía privilegios que la mayoría de las otras mujeres no tenían. El Padre le permitía seguirlo adonde fuera, como uno de los ministros.

Poco después de salir de la ciudad, Debbie trasladó a su hijo pequeño al centro infantil que había junto a la capilla, igual que Kelly había sido separada de su propia madre años antes. Eso fue cuando aún estaban en Albuquerque. Todos los niños fueron separados de sus madres una vez que se mudaron al desierto. El Padre lo había dicho.

Lauren pasaba casi todo el tiempo en el centro infantil. Como no tenía coche, los ministros del Padre nunca parecían preocuparse por ella. Nunca le dijo directamente al Padre que no creía en él, pero Kelly lo sabía. Lauren se convirtió en la conexión con el mundo exterior que ella quería. Era el hada madrina sobre la que había leído en el libro prohibido que uno de los otros niños tenía escondido. Al final, fue el ángel salvador de unos pocos afortunados.

No, Kelly nunca había olvidado a Lauren Wells.

"¿Sigues ahí?", preguntó la mujer desde el otro extremo.

"Sí. Sí, estoy aquí. ¿Decías que Lauren venía a Tranquility Inn?"

"Incluso había hecho una reserva allí para el viernes y el sábado por la noche, anoche y esta noche. Se iba el domingo y tomaba el autobús de vuelta a Nueva York, donde debía recogerla otra de sus sobrinas."

"¿Y cómo llegó hasta aquí?"

"En autobús", dijo la mujer, con la voz quebrada por la preocupación. "Ya he llamado a la compañía de autobuses. Dicen que, por lo que saben, se bajó en la parada de Independence. No pueden decirme nada más. La persona que trabaja para usted y que atendió el teléfono anoche me despachó sin más."

"Lamento cómo te trataron."

"Por favor, solo dime que ya está allí y me estoy poniendo nerviosa por nada."

Nada le habría gustado más a Kelly que hacer precisamente eso. "Me temo que no está aquí. Pero podría haber una serie de explicaciones lógicas para ello. Tuvimos exceso de reservas para el fin de semana. La reserva de Lauren debe haberse extraviado. Te prometo que lo comprobaré con toda nuestra gente en cuanto cuelgue el teléfono. Puede que se presentara y no tuviéramos habitación, así que la alojamos en otra posada local. Lo hacemos de vez en cuando..."

"Mi tía tiene setenta y siete años. No ve muy bien. Siempre que viaja sola llama a uno de nosotros. No iba a ir a ningún otro sitio."

Kelly miró el reloj de pared. No eran ni las siete y media. "Ahora mismo no tengo ninguna respuesta para usted, pero por favor, déjeme consultarlo con mi gente. Mientras tanto, tal vez ella llame. En cuanto hable con mi personal, podré darle una respuesta más definitiva."

"¿Me llamarás esta mañana?"

"Sí. Por supuesto. Te prometo que te llamaré tan pronto como pueda. Dame tu nombre y tu número." Kelly anotó la información. "Por cierto, ¿sabes por qué Lauren estaba tan ansiosa por localizarme?"

Hubo una pausa muy larga al otro lado antes de que la sobrina hablara por fin. "Realmente no puedo decirlo."

La mujer se estaba conteniendo. Algo estaba pasando. Las dudas de la sobrina, las llamadas de las que Kelly nunca se enteró, el inesperado viaje de Lauren a New Hampshire y por qué se había perdido otra reserva martilleaban el cerebro de Kelly. Terminó la llamada y su mirada se desvió hacia la esquina de su escritorio, donde anoche había recogido los trozos de la carta quemada de la papelera.

Ya no estaban. El escritorio había sido limpiado. Miró hacia abajo. La papelera también estaba vacía.

Lo único que Jade decidió bajar fueron tres rompecabezas de cien piezas, cuatro libros ilustrados de gran tamaño y un juego de Candyland. Cuando Ian le dijo a Jade que había oído hablar a menudo del juego pero que nunca había jugado, ella le aseguró que sería capaz de enseñárselo.

La carga era ligera pero voluminosa, e Ian se sintió aliviado cuando la niña le permitió llevarlo todo. Aun así, la bajada fue lenta. Tenían que detenerse cada pocos pasos para que Jade señalara el pequeño agujero en la escalera donde vivían los bichos, y el lugar del techo donde habían encontrado un murciélago durmiendo el otoño pasado, y qué escalón era su favorito para saltar, y para una

discusión continua sobre qué silla de la casa era la más cómoda para acurrucarse y leer.

Incluso insistió en llevar a Ian a la silla específica del segundo piso, en la pequeña alcoba al final de la escalera principal.

"¿Y has probado todas las demás sillas?"

"Por supuesto", respondió ella. "¿Por qué?"

"Creo que esa", dijo señalando una silla de estilo Shaker con respaldo de escalera, "o esta", añadió meciendo una silla de tamaño infantil, "son más cómodas que esa."

"¡Ni hablar!", dijo, decidida. "El invierno pasado, mi mamá y yo probamos todas. Esta fue la que más nos gustó." Se subió y se recostó, demostrando lo cómoda que era la silla tapizada.

Sacudió la cabeza. "No lo sé."

"Sí, lo es." Levantó la barbilla con terquedad y luego la dejó caer, repentinamente pensativa. "Por cierto, ¿tienes cosas que hacer... o trabajos y sitios a los que ir... o amigos a los que ver hoy?"

Se rió. "Tu mamá dijo eso, ¿no?"

Asintió rápidamente con la cabeza antes de arrodillarse en la silla. Se dio la vuelta y miró por la ventana hacia el lago. Ian siguió la dirección de su mirada. La niebla había vuelto.

"Pensaba quedarme por aquí hoy", dijo. "Ya sabes, tomar un buen desayuno, tal vez sentarme en la terraza con un buen libro. Solo relajarme."

"¿Puedo relajarme contigo?", preguntó en tono suplicante, mirándolo por encima del hombro.

La vulnerabilidad de su mirada, como si el mundo entero dependiera de la respuesta que le diera, le sorprendió.

"Claro que puedes", dijo tirándole suavemente de la coleta.

Su sonrisa inmediata fue la mejor recompensa que podía imaginar. Bajó de la silla. "Tenemos que decírselo a mamá

enseguida, para que no le pida a Cassy que venga."

"¿Cuál es el problema con Cassy?"

"Nada."

"¿Adónde te llevó ayer?"

"A dar un paseo." La voz se volvió pequeña de nuevo. La vacilación de Jade volvió al instante.

La miró durante un segundo. "¿Viste a alguien cuando estabas de paseo?"

Ella asintió lentamente. Los cordones de una de las zapatillas de Jade se habían desatado e Ian se agachó y empezó a atarlos.

"¿Quién?", preguntó.

"Se supone que no debo decirlo."

A Ian se le pusieron los pelos de punta, pero mantuvo la calma. No quería asustarla de ninguna manera. "Puedes decírmelo."

Primero miró por el pasillo antes de susurrar su respuesta. "Las amigas de ella."

"De verdad", dijo Ian en el mismo tono tranquilo. "¿Cuántos eran?"

"Muchos."

"¿Hablaron contigo?"

Ella asintió.

"¿Te hicieron daño o te tocaron de alguna forma que te hiciera sentir rara?", preguntó Ian, esperando que Kelly le hubiera explicado esto a Jade antes.

La niña sacudió la cabeza, pero su expresión siguió siendo extremadamente sombría.

"¿No te gustaron?"

Un rápido movimiento de cabeza. "No quiero volver allí con ella", susurró, al borde de las lágrimas. "No me gusta ese campamento."

"¿Estuviste en el campamento al otro lado del lago?"

Jade asintió. "Él tampoco me cae bien."

"¿Quién?"

"¿No es una escena preciosa?" La voz de la mujer era grave e interesada. Estaba de pie en la puerta de la habitación frente a la alcoba.

Ian contuvo su enojo por la interrupción. Tomando a Jade de la mano, se levantó. La niña escondió inmediatamente la cara contra su pierna.

"¡Qué niña tan adorable! El vínculo padre-hija es de lo más precioso. ¿Cuántos años tiene?"

Le sorprendió que hubiera visto algo más que el reflejo de sí misma en el espejo de la pared. Era la misma mujer que la noche anterior, durante la cena, había mirado a todos por encima del hombro como si fueran campesinos.

"Tiene casi cuatro años y no es mi hija, sino la hija de una amiga."

La modelo se detuvo ante ellos. Zapatillas, pantalones cortos elásticos y un sujetador deportivo que llevaba a modo de top. Mucho maquillaje para salir a correr, pensó. Parecía recién salida de uno de los anuncios que había visto de ella en una docena de revistas.

"Soy Ash", dijo, levantando la vista de Jade y dirigiendo su mirada ahumada a Ian.

"¿En serio? ¿Ash qué?"

"Solo Ash."

"Oh, qué original."

La modelo era alta. Casi estaban frente a frente. Estuvo tentado de preguntarle cuál era su nombre verdadero. Podía entender el sentido de utilizar un nombre falso en la pantalla o en la portada de una revista, pero en la vida real sonaba tan postizo. Decidió ser cortés y le dio un breve apretón de manos.

"Soy Ian Campbell. Esta pequeña es Jade. Es la hija de la posadera, Kelly Stone."

Otra oleada de timidez se había apoderado de Jade y se negó a reconocer a la mujer. A Ian le pareció bien.

"¿Vas a bajar?", preguntó. Era evidente que no iba a dar un paso sin ellos.

Ian pensó en decirle que se largara. Esperaba tener otro par de minutos en privado con Jade para saber más sobre el viaje al campamento. El tirón que la niña le dio en el brazo, empujándole hacia la escalera, le dijo que ya estaba lista para bajar.

"Supongo que sí."

"¿Te importa si te acompaño a desayunar?"

Miró su ropa de ejercicio. "No querrás correr con el estómago lleno."

Hizo un gesto con la mano hacia la puerta de la habitación de huéspedes que había dejado momentos antes y bajó la voz. "En realidad no pensaba salir a correr. Pero Ken no para de decirme que estoy engordando demasiado. Así que tengo que ponerme estas cosas y salir al amanecer para hacerle creer que hago ejercicio. Ahora dime, ¿ves un gramo de grasa en este cuerpo?"

Ian ignoró su invitación implícita.

"¿Este Ken es tu novio?", preguntó, dirigiendo en cambio su atención a Jade. La niña seguía tensa e incómoda. Se preguntó si sus preguntas anteriores o la llegada de Ash eran la causa de ello. Recogió los libros, los rompecabezas y el juego.

Se encogió de hombros aburrida. "Llevamos un tiempo saliendo juntos, pero él es más del tipo fotógrafo, mánager y pesado. No es nada divertido." Bajaron los primeros escalones. "Entonces... ¿estás aquí arriba solo?"

Ian reconoció la señal de "estoy interesada". No lo estaba. Estaba lejos de impresionarse con ella.

"Sí y no", respondió cuando llegaron al salón. "Estoy aquí visitando a unos amigos."

"¿De verdad? ¿A quiénes?"

"A Kelly y a Jade." Miró a la niña y vio un brillo de aprobación en sus ojos verdes. "Y tenemos programado un día estupendo. Así que... disfruta del desayuno."

Fue un rechazo en toda regla, pero ella era demasiado densa o demasiado testaruda o demasiado poco familiarizada con el rechazo como para darse cuenta. Se quedó unos segundos mirándolo con una peculiar sonrisa en los labios. Ash no estaba acostumbrada a que los hombres le dieran la espalda.

"¿No vas a desayunar?", preguntó finalmente.

"Ahora no. Quizá un poco más tarde. Que lo disfrutes."

Con una educada inclinación de cabeza, dejó que Jade tirara de él hacia la sala de estar, donde depositaron sus rompecabezas y libros en una mesa auxiliar.

"Entonces, ¿sigue ahí de pie?", preguntó, sin querer darse la vuelta y mirar él mismo.

"Creo que está enojada", susurró Jade, con una expresión de picardía en el rostro. "Acaba de salir pisando fuerte por la puerta principal."

Ian miró por encima del hombro y vio que la puerta se cerraba detrás de la mujer.

"Creo que mamá también está enojada", advirtió Jade en voz baja.

La mirada de Ian se desvió hacia el despacho. La puerta estaba entreabierta. Dentro, podía ver a Janice y Dan sentados en sillas frente al escritorio, mientras Kelly se paseaba de un lado a otro en el

pequeño espacio al otro lado del escritorio. Hablaba sin parar. No cabía duda. Estaba furiosa.

Ian no tenía ni idea de qué iba todo aquello. Pero si había llegado el momento de poner a la vieja dragona Janice en su sitio, estaba totalmente de acuerdo.

Shawn Hobart, el antipático anticuario que se estaba perdiendo la mayor subasta inmobiliaria de la costa este —si había que creer a los chicos de Filadelfia—, salía del comedor. Estaba en la puerta del porche intercambiando unas palabras en privado con Rita. Ian sintió que Jade se acercaba a su lado. Sus deditos subieron y desaparecieron dentro de su mano. Bajó la mirada para ver qué le molestaba a la niña. Miraba directamente a Rita y a Hobart.

El supuesto anticuario terminó lo que estaba diciendo y entró en el salón. Al verlos, le devolvió a Ian un gesto hosco con la cabeza. La mirada del hombre se dirigió inmediatamente a Jade. La niña prácticamente se metió en la piel de Ian en su intento de esconderse.

Al diablo con los formalismos, decidió Ian, alzando a Jade en brazos. Ella le rodeó el cuello con las manos y escondió la cara contra su garganta. Estaba temblando.

Esto era demasiado. Ninguna niña debería estar tan nerviosa en su propia casa. Ian empezó a enojarse, pero Hobart cruzó el salón sin detenerse y salió por la puerta principal.

"Se ha ido", susurró Ian.

Jade tardó unos segundos en armarse de valor y levantar la cabeza de su hombro. Estaba pálida y seguía temblando. Sus ojos verdes recorrieron el comedor, el salón y la sala de estar.

"¿Qué fue eso?", preguntó Ian suavemente.

Estaba callada. Su agarre alrededor de su cuello seguía siendo fuerte.

"Vamos, Jade", insistió, mirándola a la cara. "No tienes que tener miedo de nada, cariño. Soy un Monstruo de las Galletas bastante duro. Puedo aplastar a todos los tipos que te dan miedo con una mano."

Jade lo miró como si lo viera por primera vez. Miró hacia abajo, a la altura a la que él la sujetaba. Su expresión era muy seria cuando por fin levantó la vista. "Son muchos."

Puso cara de furia. "Puedo con todos ellos."

Tras echar otro vistazo a la habitación, se inclinó más hacia él y le susurró al oído. "Él también estaba allí. Ese hombre estaba en el campamento."

Capítulo Once



Janice la miraba como si viera a Kelly por primera vez, o como si contemplara a un monstruo que hubiera surgido repentinamente de la tierra. La expresión de Dan era inexpresiva e ilegible. Kelly no estaba segura de haberles llegado a ninguno de los dos.

Quería que uno de ellos asumiera la responsabilidad, que dijera que había metido la pata. Pero lo que era más importante, quería que una de esas dos personas recordara a Lauren Wells. Janice revisó el libro de reservas de principio a fin y no había nada que indicara que la mujer desaparecida hubiera llamado siquiera.

Al verlos a los dos juntos en la oficina, Kelly tuvo otro pensamiento. No le extrañaría que uno de los dos estropeara el registro solo para meter al otro en un lío.

Había habido un concurso de egos entre los dos desde el momento en que Kelly había contratado a Dan para el verano. No parecían llevarse bien. Janice había dejado claro más de una vez que le parecía una pérdida de dinero tener a un universitario en Tranquility Inn. Dan afirmaba que la mujer mayor se desvivía por ponerle las cosas difíciles y le ponía pegas a todo lo que hacía. Y trabajar detrás del mostrador solo le había proporcionado un

pequeño incidente. Había encontrado motivos para quejarse de todo lo que él hacía o dejaba de hacer.

Bueno, Kelly ya estaba harta, y les soltó los dos cañonazos, aunque tenía la sensación de que Janice tenía más culpa que Dan. El joven tenía la piel mucho más gruesa, y no era del todo inocente de todos modos. Era solo el comienzo de su temporada de verano. No iba a pasar los próximos tres meses así. Algo tenía que cambiar.

"Entonces, ¿qué quieres que hagamos?", dijo Dan finalmente, sonando aburrido. "¿Besarnos y reconciliarnos?"

Janice apartó su silla de él para demostrarle que le repugnaba la sola idea.

"Esto no es la escuela primaria. No me importa especialmente que sigan odiándose a muerte", dijo Kelly acaloradamente. "Pero este es un lugar de negocios. Espero profesionalismo. Espero cortesía. Pero lo más importante, espero precisión y responsabilidad en lo que hacemos. Este asunto... este lío con la reserva de Lauren Wells, es más serio de lo que ninguno de los dos sabe."

"Incluso si ella tenía una reserva con nosotros, hablando hipotéticamente, y fue nuestro error por overbooking..." Janice envió una mirada significativa a Dan. "Esta mujer nunca se presentó en la posada. Realmente no es nuestro problema, Kelly."

"Janice, una mujer de setenta y siete años ha desaparecido", dijo Kelly enojada. "Podrías haber sido tú."

Poner los ojos en blanco fue una respuesta típica de Janice, y encendió más el temperamento de Kelly.

"No estoy bromeando", espetó. "Estamos hablando del bienestar de una persona real. Y agravamos el problema a cada paso."

"No veo cómo..."

"¿Qué hay de estos mensajes perdidos? La sobrina de esta mujer me dijo que Lauren me había dejado varios mensajes. Nunca recibí

ninguno."

"No soy la única que contesta al teléfono por aquí", dijo Janice, mirando por encima del borde de sus monturas rosas. "¿Dijeron cuándo llamó? Podría haber sido fuera de temporada. Rita contesta al teléfono siempre que no estamos muy ocupados. Incluso Wilson contesta en la cocina cuando no hay nadie abajo. O Bill. Podría haber atendido la llamada, y ya sabes cómo es para anotar cualquier cosa."

"Anoche estaba aquí mismo cuando le diste largas a la sobrina de la mujer por teléfono", dijo Kelly tensa. "Ni siquiera intentaste ayudarla."

"Creí que se habían equivocado de número", dijo a la defensiva, con la voz temblorosa. "Cometí un error. Después de trabajar catorce horas en ese mostrador, cualquiera puede estar un poco cansado y de mal humor. Siento haber sido un poco brusca. Siento que tu amiga haya desaparecido. Pero aparecerá. Así que creo que te estás preocupando por nada."

No había dos opciones. Kelly ya no confiaba en Janice, ni en nada de lo que decía o hacía. Se recordó a sí misma que esto se veía venir desde hacía tiempo. Pero viejas lealtades la habían hecho ignorarlo. Respiró hondo. No haría nada precipitado. Pero tenía que hacer planes. La posada saldría a la venta ese verano. Tenía que salir de aquí antes de volverse loca.

Dan se echó hacia un lado el ala de su gorra de béisbol. "Me gusta quedarme aquí y escucharlas charlar. Pero los chicos de los Stern me avisaron ayer de que saldrían después del desayuno para volver a sacar un par de barcas."

Kelly asintió resignada. Él no era el problema, y ambos lo sabían. Se apartó y dejó que el joven saliera del despacho. Janice se agarró a la empuñadura del bastón y se levantó.

"Janice", dijo cuando se quedaron solas. "¿Sabes si alguien estuvo aquí esta mañana? ¿Limpiando tal vez?"

La mujer mayor miró al escritorio y luego de nuevo a Kelly.

"Por supuesto. Bill hizo su ronda y vació todos los cubos de basura de abajo. ¿Por qué?"

No tenía sentido seguir con esto, se dijo Kelly. No obtendría una respuesta directa a ninguna de sus preguntas.

"Necesito que cambien algunas cosas de aquí enseguida", le dijo a Janice antes de que la mujer siguiera su camino. "Llamadas. Hay un bloc rosado en tu escritorio. Cualquier llamada para mí, o para cualquiera de los huéspedes, quiero que quede anotada en uno de esos papeles."

Janice asintió, sin que pareciera molestarle la petición.

"Y el correo", continuó Kelly. "A partir de ahora, nadie revisa el correo antes que yo."

"No hay problema", dijo Janice en tono dolido mientras se dirigía a la puerta. "Solo intentaba ayudar."

Ian vio a Dan salir primero de la oficina. El universitario le guiñó un ojo a Jade y saludó a Ian con la cabeza antes de girar por el pasillo trasero y salir de la posada. Janice y Kelly estaban cerca de la puerta abierta, y la mujer mayor parecía ansiosa por marcharse.

"Creo que deberíamos hacer que tu mamá se tome un pequeño descanso para desayunar", le dijo a Jade, dejándola de nuevo en el suelo. "¿Por qué no vas a buscarla en cuanto Janice salga del despacho?" Le dio un suave apretón en el hombro a la niña. "Y no aceptes un no por respuesta."

Asintió con entusiasmo y corrió hacia el despacho. El menor de los Stern salía del comedor delante de su familia.

"Espéranos en la puerta, Ryan", llamó su madre, intercambiando unas palabras con su marido y su hijo mayor.

El chico miraba hacia el despacho de Kelly mientras pasaba. Ian vio venir la colisión, pero no hubo tiempo de advertir a ninguno de los dos. Los dos niños chocaron entre sí. Jade, que era menos de la mitad del tamaño de Ryan, aterrizó de lleno sobre su trasero. El libro que Ryan llevaba bajo un brazo cayó al suelo, y un par de papeles y lo que parecía ser una foto en blanco y negro se desparramaron por las páginas.

Ian, que iba a ayudar a Jade a levantarse, vio cómo la niña se abalanzaba sobre la fotografía. El chico se la arrancó inmediatamente de la mano y la volvió a meter entre las páginas de su libro.

"Eso es mío", gritó Jade, claramente molesta.

Ryan se levantó y dio un paso atrás.

"¡Mía!" Jade gritó más fuerte, al borde de las lágrimas.

Se puso en pie de un salto y miró ferozmente a Ryan.

"Dámelo", exigió.

Ian vio que los padres de Ryan se habían reunido con su hijo. Estaba medio escondido detrás del padre. El hermano mayor estaba desapareciendo por los escalones traseros.

Jade tiró de la mano de Ian. "La foto de mi mamá", gritó. "La quiero de vuelta."

Ian miró a Rob y Rachel Stern. Ella tenía una mano en el hombro de su hijo en gesto protector. El padre se puso delante de ellos en una postura más combativa. Ian lo miró, sintiendo cómo afloraban sus propios instintos de pelea y esforzándose por controlarlos. Sabía

que podría reducir a Stern en un momento, pero no quería exacerbar la situación.

"¿Te importaría dejarle ver esa foto un momento?", dijo Ian en tono razonable al chico. "Ella pensó que era una foto de su mamá. Si pudieras dejarla verla de nuevo, se daría cuenta de que cometió un error."

Ryan no dijo nada, pero se encogió aún más detrás de su padre.

"Será mejor que mire por dónde va", dijo Rob Stern, señalando con un dedo acusador a Jade. "La pequeña... acaba de chocar con él."

"Relájate, amigo", dijo Ian con menos paciencia, enderezándose a su altura completa. "Esto no fue un accidente de tráfico. Y estos dos parecen haber sobrevivido perfectamente. Solo quiere echar un segundo vistazo a la foto de quienquiera que fuera que tu hijo tenía metida en su libro."

"¿Está todo bien aquí?", preguntó Kelly suavemente, interponiéndose entre los dos hombres.

"Mami, tiene tu foto en ese libro."

Jade corrió hacia su madre y levantó los brazos. Kelly la levantó.

"Es mi mami", anunció en voz alta a Ryan. "Mía."

"¡Vaya! Despacio, niños", dijo Rachel Stern en tono maternal, dirigiéndose a Kelly. "Hemos tenido un pequeño choque aquí y una confusión sobre... no sé qué. Pero ya ha pasado."

"De acuerdo", dijo Kelly, mirando a los dos hombres.

Stern dio un paso atrás y se volvió hacia su hijo. "¿Estás bien, Ryan?"

"Claro que sí", contestó la Sra. Stern. "Bueno, nuestro hijo mayor se muere por ir en canoa. Prometimos ir esta mañana."

Con una inclinación de cabeza hacia Kelly, adelantó a su familia hacia la puerta que daba al lago.

Ian no dijo nada, pero los observó irse, dándose cuenta de que el libro que Ryan llevaba no aparecía por ninguna parte.

Los dos coches grises sin matrícula se detuvieron donde el camino de entrada al campamento giraba hacia el pequeño estacionamiento sin asfaltar. Los agentes estatales de cada coche miraron hacia el ordenado campamento antes de bajarse del vehículo. Mientras los dos agentes del segundo coche permanecían junto a su vehículo y observaban el centro del campamento, Ramathorn y Farva se pusieron sus sombreros de ala ancha y empezaron a bajar por el sendero hacia el lago.

A su izquierda, Ramathorn observó el conjunto de largas cabañas que formaban un semicírculo alrededor del centro del campamento. A su derecha, el edificio más grande, que sin duda era el comedor, se alzaba sobre una pequeña colina que dominaba el centro. Más allá, completando el arco de edificios que terminaba en el lago, vio un grupo de cabañas y dos edificios claramente marcados como la cabaña de administración y la enfermería. Frente a él, mientras él y su compañero bajaban por la ligera pendiente hacia el lago, filas y filas de bancos rodeaban un escenario cubierto.

Personas que parecían turistas normales, separadas en grupos de niños y adultos, observaban a los agentes estatales desde zonas abiertas frente a las cabañas. Aunque ahora todos los ojos estaban puestos en ellos, era evidente que los grupos más jóvenes habían estado trabajando en diversos proyectos de manualidades. Los niños mayores y los adultos estaban supervisando, y otros grupos de adultos estaban sentados en círculos en sillas de camping.

No había nadie en la pequeña playa de arena ni en el agua. Una ligera niebla se levantaba del lago, pero Ramathorn podía ver el sol brillando en el agua más allá. Todo parecía bastante normal, y a medida que pasaban, cada grupo era dirigido suavemente de vuelta a sus tareas por su líder.

"Buenos días", dijo Ramathorn cuando se acercaron a un pequeño grupo. Farva asintió, de pie detrás de él y sin decir nada.

Uno de los hombres —blanco, de unos cincuenta años, ojos castaños, pelo negro rizado, un metro ochenta de estatura y unos ciento diez kilos— se adelantó y extendió su mano carnosa. Era un apretón poderoso. "Soy Joshua Sharpe, agente. ¿Qué podemos hacer por la Policía Estatal de New Hampshire?"

"Bueno, estamos de patrulla rutinaria. Nos gusta visitar los campamentos de verano de nuestra zona siempre que podemos, para asegurarnos de que todo va bien y para hacerles saber que estamos aquí si nos necesitan. ¿Es usted el director del campamento?"

"De hecho, lo soy."

"Me resulta familiar. ¿Vive por aquí?"

"Toda mi vida", dijo Sharpe. "Mi familia lleva cinco generaciones en esta zona. Soy dueño de la propiedad en la que se levanta este campamento."

"Me lo imaginaba." Ramathorn miró al grupo que estaba detrás de él. "¿Qué clase de campamento tienen aquí? Creo recordar que solo había niños aquí el verano pasado."

"Así es", respondió Sharpe. "Pero resulta que también soy diácono de una iglesia que ha decidido hacerse cargo del campamento durante el verano. Pretendemos traer a diferentes grupos de nuestra congregación durante una semana cada vez.

Estos son algunos de los ministros de la iglesia." El director se volvió y presentó a cada uno de los hombres y mujeres.

"Bueno, siempre es bueno tener gente de iglesia en la zona. Mucho más fácil para nosotros que los supremacistas blancos y las bandas de motociclistas que a veces nos encontramos."

Ramathorn señaló con la cabeza la pancarta que colgaba en la parte trasera del Pabellón.

"¿Cómo se llama su iglesia, Sr. Sharpe, si no le importa que le pregunte? No es un logo que haya visto antes."

"Somos una pequeña pero creciente iglesia llamada Ministerio de la Divina Sangre. Somos una especie de secta cristiana carismática, podría decirse."

"¿Entonces van a tener reuniones bíblicas por la noche?"

Joshua Sharpe miró a los agentes con preocupación. "Sí, así será. No debería haber ningún problema con eso. ¿Verdad?"

"En absoluto." Ramathorn observó el alivio que se reflejaba en sus rostros. "Solo pensaba que esta es una gran semana para empezar. El tiempo parece bueno hasta el final de la semana, al menos."

Uno de los ministros más jóvenes, un chico rubio de aspecto atlético al que habían presentado como Caleb Smith, se adelantó. "Esperamos que la temperatura suba un poco. Los niños están deseando nadar durante el día."

"Al grupo le gustaría hacer algún uso del lago", añadió Sharpe.

"Me he dado cuenta de que no tienen ninguna barca", comentó el agente estatal, señalando los estantes vacíos de las canoas.

"Deberían llegar en uno o dos días", dijo el joven. "Los proveedores llevan un poco de retraso en hacernos llegar las canoas y los kayaks."

"Bueno, eso debería alegrar a todos", dijo Ramathorn. "¿Le importa si echamos un vistazo al campamento?"

"En absoluto." Sharpe hizo un gesto. "Estaré encantado de enseñárselo."

Encabezando la marcha, el director del campamento llevó a los agentes por el recinto. Todo estaba limpio y ordenado. La enfermería estaba atendida por una enfermera bastante ruda, que los hizo pasar sin ninguna ceremonia.

En conjunto, el campamento parecía cualquier otro campamento de verano. Cuando salieron de la oficina del director, donde Joshua Sharpe recogió una tarjeta de visita para los agentes, Ramathorn observó cómo Caleb organizaba a un grupo de niños en un partido de *kickball*.

"Gracias, Sr. Sharpe", dijo Ramathorn, sacando una tarjeta del bolsillo de su camisa. "Aquí tiene el número del cuartel de Twin Mountain. Si necesita algo, si tiene algún problema, no dude en llamar. Generalmente tenemos un patrullero por esta zona."

"Gracias. Estaremos bien, pero le agradezco que haya venido."

"Solo por curiosidad, ¿van a tener algún orador especial para dirigirse al grupo? Me encanta un buen sermón de fuego y azufre de vez en cuando."

Joshua Sharpe lo miró fijamente un momento y luego sonrió. "Tenemos una serie de buenos ministros que nos guiarán en la oración, aunque ninguno que usted conozca. Los miércoles serán las noches de conferencias. Así que, si gusta venir, nos encantaría tenerle."

Cuando Ramathorn empezó a darse la vuelta, su mirada se posó en un grupo de cabañas a las que no se habían acercado. "¿Para qué se usan?"

El director del campamento miró los edificios. "¿Esas? Son las cabañas de los consejeros. Los ministros que dirigen este grupo en particular viven en ellas. No hay mucho de interés allí, diría yo."

"Bueno, gracias de nuevo por su hospitalidad y la invitación. Que tengan un buen día."

Cuando los dos agentes regresaron a sus coches, Ramathorn sintió que todo el campamento los miraba. Saludó a un grupo de niños, hizo un gesto con la cabeza a sus agentes de respaldo y todos subieron a sus vehículos. En un minuto estaban atravesando el bosque de vuelta a la carretera principal.

"¿Vio algo?", le preguntó a su compañero.

"Nada", dijo Farva, alcanzando la radio. "Aún no hay rastro de él."

Capítulo Doce



A PESAR de que el sol estaba lo suficientemente alto en el cielo como para hacer un día agradable, Kelly obligó a Jade a ponerse una sudadera. Luego, las tres tomaron sus bandejas de desayuno y salieron al exterior.

Comer en la terraza no serviría. Quería ir a otro sitio, lejos de las miradas indiscretas de la posada. Caminando por la hierba, Kelly las guió hasta una mesa de picnic encajada entre el borde del bosque y la playa. Protegida del viento, también estaba aislada de la posada por una arboleda. Este había sido un lugar favorito para ella y Jade en los meses de verano, y Kelly guardaba una caja de madera cerrada con todo tipo de juguetes de arena para su hija junto a la mesa de picnic.

Encantada de estar fuera, Jade estaba mucho más interesada en jugar que en comer. Aun así, Kelly consiguió ganar otra batalla, logrando que su hija se comiera un tazón de cereales antes de salir corriendo a jugar en la arena.

Ian se sentó junto a ella en el banco, ambos frente al lago. Jade jugaba en la arena no muy lejos de ellos. Ni Ian ni Kelly estaban muy interesados en la comida que habían sacado. Un profundo surco le cruzaba la frente. Ella no creía que hubiera superado del todo la

riña con Rob Stern. Y ella tampoco había superado su charla con Janice.

"¿Cuánto sabes de lo que está pasando allí?", preguntó, señalando en dirección al campamento del otro lado del lago.

"No he oído hablar mucho de ello este año, salvo que ya se ha abierto para la temporada. Estabas conmigo cuando apareció la furgoneta anoche y esa gente quería recoger sus cosas."

"¿Has estado allí alguna vez?"

"El primer verano que Jade y yo regresamos, me equivoqué de carretera y acabé en ese campamento", respondió Kelly. "Había unos cien chicos adolescentes alojados allí. Pero no creo que el mismo grupo alquile el campamento todos los años. ¿Por qué lo preguntas?"

"Cassy llevó a Jade allí ayer."

La preocupación anudó el estómago de Kelly. "¿Cómo lo sabes?"

"Ella me lo dijo", dijo, mirando a la niña. "También me dijo que había mucha gente allí que no le gustaba."

"¿Qué más dijo?", preguntó, obligándose a mantener la calma. "¿Qué hicieron ella y Cassy allí?"

Ian negó con la cabeza. "No lo sé. Creo que estaba asustada más que nada."

"No le gustan los extraños", dijo Kelly, que ya sabía que lo primero que haría cuando volvieran a casa sería llamar a la niñera. "La he visto rehuir a los otros huéspedes."

"Cassy debería habérmelo contado. Ahora no me sorprende que Jade estuviera tan cansada anoche."

"También hay algo más." Dio un trago a su café. "Creo que algunos de tus huéspedes de la posada este fin de semana podrían formar parte de lo que sea que esté pasando allí."

"Eso ya ha pasado antes", dijo, mirando de nuevo a su hija. "Janice me dijo que con frecuencia nos han alojado padres nerviosos cuyos hijos eran campistas."

"¿Sabías que tus huéspedes de este fin de semana están conectados con el campamento?"

"No, pero yo no preguntaría de todos modos. Quiero decir, la gente podría tener cualquier número de razones para quedarse aquí..." Ella chocó su taza contra la de él. "Mírate... ¿qué haría un policía de San Diego solo en el Tranquility Inn?"

El amago de una sonrisa suavizó sus intensos ojos negros. "¿Cómo sabes que soy un pez gordo?"

"No lo sé." Estudió su rostro. La frente alta e inteligente. Las líneas de la edad alrededor de sus ojos oscuros. Las largas pestañas. La sólida mandíbula cuadrada. Los labios firmes que había probado tan brevemente la noche anterior. "Jade y yo podemos decir que eres especial. Ahora me has despertado la curiosidad. ¿Qué estás haciendo aquí?"

Kelly no estaba preparada cuando sus labios cerraron los pocos centímetros que los separaban y sellaron los suyos con un beso. A diferencia de la noche anterior, su respuesta fue rápida, su reacción apasionada. Hacía demasiado tiempo que nadie la tocaba así; parecía que hacía siglos que no se sentía deseada por un hombre. Volcó toda su soledad en devolverle el beso. La fuerte mano de Ian se deslizó a su alrededor, acariciándole la espalda. La estrechó contra su costado. Profundizó el beso hasta que su mente se vació de todo menos de él. Su cuerpo se amoldó suavemente al de él. Ella ardía por dentro y por fuera cuando él puso fin al beso.

Siguió abrazándola, mirándola a los ojos de una forma que hizo que su corazón se encogiera con un extraño dolor. Había algo entre ellos. Algo más. Ella no lo entendía. Él no lo decía. Pero estaba ahí,

justo debajo de la superficie. Estaban conectados de alguna manera. Ella lo sabía.

"¿Ian?", susurró.

Le quitó la mano de la cara y miró a Jade. Tenía ambos pies —zapatos y calcetines— enterrados en la arena. Aparentemente ajena a lo que había ocurrido a sus espaldas, la niña cerraba los ojos y lanzaba arena al aire, donde le llovía sobre la cabeza.

"Te va a entrar arena en los ojos, cariño."

"No, no me va a entrar, mami."

Cien preguntas asaltaban la mente de Kelly. Había tantas cosas que quería saber sobre él. Pero no se atrevía a preguntárselo. Su pasado era un misterio para ella, como el de ella para él. Y entendía mejor que nadie lo de mantener ciertas partes del pasado enterradas.

Jugueteó con su comida. Dio un par de mordiscos. Kelly intentó quitárselo de la cabeza. Seguían sentados uno junto al otro, con las piernas, los brazos y los hombros en contacto. Había una carga sexual de alto voltaje entre ellos, y ella podía sentir su impacto desde el interior.

Jade miró por encima del hombro y sonrió a Kelly. Eso la ayudó a concentrarse. Se deslizó unos centímetros por el banco. Sin importar lo que sintiera ahora, Ian había llegado ayer y se iría de sus vidas mañana o pasado mañana.

Pero la mujer que le había dado a Kelly una segunda oportunidad en la vida estaba desaparecida y tal vez en problemas. Antes de salir, Kelly había vuelto a llamar a la sobrina de Lauren. Había compartido su propia frustración por no poder encontrar nada todavía. Había animado a la sobrina a llamar a la policía y a cualquier otra persona en la que pudiera pensar. Sería mejor que

todos estuvieran buscando, incluso si resultaba que Lauren había acabado de alguna manera en una de las otras posadas de la zona.

"¿Puedo hacerte una pregunta de procedimiento?", preguntó Kelly, apartando el plato y envolviendo la mano alrededor del vaso de jugo frío que había sacado con ella.

"Adelante."

"Me encontré en medio de una situación extraña esta mañana cuando bajé las escaleras. Recibí una llamada de un familiar de uno de nuestros huéspedes. En realidad, de un posible huésped que no apareció por aquí y que ni siquiera esperábamos."

"Parece que hay un problema con los huéspedes inesperados."

"Por eso les estaba llamando la atención a mis empleados." Kelly continuó explicándole todo lo que se había dicho en la llamada telefónica. También le habló de la negativa de Janice y Dan a admitir que habían tenido algo que ver con la situación.

"¿Y esta mujer, Lauren Wells, es amiga tuya?"

"Sí, definitivamente fue una amiga para mí." Kelly asintió, esforzándose por no dejar que sus emociones la abrumaran. Por lo que ella sabía, Lauren estaba bien. Necesitaba la ayuda de Ian. Por lo menos, sugerencias sobre qué hacer a continuación. "Hace más de veinte años que no la veo ni sé nada de ella, pero estoy segura de que tiene que ser la misma persona. La Lauren que conocí tendría ahora más de setenta años, y es la única persona con ese nombre que he conocido."

"¿Había alguna razón por la que alguien de la posada no transmitiera ningún mensaje de la mujer?"

Kelly negó con la cabeza. "Ninguno de ellos sabría siquiera quién es... o qué conexión tiene conmigo."

"¿Qué relación tenía contigo?", preguntó.

Kelly miró a su hija en la arena de la playa. Su pasado no era algo que explicara a la gente. Había sobrevivido al suicidio de una secta. Una de cuatro. Aparte de los trabajadores sociales que la habían acogido y de Frank y Rose Wilton, que se habían convertido en sus padres adoptivos, nadie más lo sabía. Kelly ni siquiera le había dicho la verdad a Greg, su marido. Por lo que él sabía, fue acogida por el sistema a una edad temprana. El capítulo de su vida hasta los doce años estaba cerrado y no pensaba volver a abrirlo.

"Una vieja amiga de la familia", dijo Kelly finalmente. "Perdimos el contacto con los años."

"¿Y la sobrina de la mujer estaba segura de que no sabía por qué Lauren intentaba contactarte o por qué venía aquí?"

"Si sabía algo, no lo decía", admitió Kelly, que tampoco se sentía del todo cómoda con aquella conversación.

"¿Tienes un número de Lauren Wells? ¿Una forma de contactar con ella?"

"¿Por qué?"

"Porque tal vez todo esto es un montaje. ¿Quién sabe? Tal vez esta sobrina ni siquiera existe."

"Me cuesta imaginar que alguien se tome tantas molestias. ¿Y qué esperarían ganar con ello? Parecía muy disgustada", argumentó Kelly.

"Suponiendo que haya un problema. ¿Cuáles son los pasos a seguir? ¿Qué debe hacer la familia de Lauren? ¿Qué puedo hacer yo?"

"Deberían llamar a todos y cada uno de los que Lauren conoce. Amigos. Familiares. A todo el mundo. Aún es pronto para denunciar una desaparición. Sin algún indicio de juego sucio, dudo que la policía estatal haga algo al respecto. Pero una llamada no haría daño. Por lo menos estarán pendientes de ella. Además, su sobrina

podría llamar a la compañía de tarjetas de crédito que utilice y averiguar dónde y cuándo hizo los últimos cargos en la tarjeta. Lo mismo aplica para su tarjeta de cajero automático. Pero, de nuevo, a menos que la sobrina sea cofirmante de la cuenta, puede que le den largas."

"¿Hay algo que pueda hacer desde aquí?"

"Si Lauren Wells de hecho se bajó del autobús en Independence, entonces necesitaba una forma de llegar del punto A al punto B. ¿Hay algún servicio de taxi o algún tipo de transporte local por aquí?"

"No lo creo. Quiero decir, ¿quién lo necesitaría?"

"¿Hay alguna tienda cerca de la parada de autobús en Independence?"

"Hay una pequeña tienda y una especie de cafetería."

"Tal vez la vieron bajarse."

"Los llamaré a los dos."

"Además, su familia puede presionar a la compañía de autobuses para que les diga si hubo otras personas que se bajaron del autobús en Independence. Conseguir nombres y direcciones es una posibilidad remota, pero es posible que se hiciera amiga de alguien en el autobús que la llevara."

Kelly se frotó un dolor en la sien. "Probablemente no estaría tan nerviosa si ella tuviera veinte años. Entonces pensaría que tal vez se fue con algún tipo a pasar un fin de semana loco."

"Quizá se fue a un retiro espiritual el fin de semana", dijo con calma. Miró hacia el lago. "¿Ese campamento de ahí es el único de su clase por aquí?"

"Ni siquiera sé quién está allí este año. No tengo ni idea de si son adultos, niños o adolescentes."

Ian volvió a mirar a Jade. Ahora estaba tumbada y dibujaba patrones en la arena con los dedos.

"Lo que dijo Jade me hace pensar que hay algunos adultos allí. Y si suponemos que ayer llegó gente, es posible que algunos de ellos hayan estado en el mismo autobús que Lauren." Hizo un gesto con la taza hacia la niebla que había al fondo del lago. "Puede que haya alguien por allí que la haya visto... o mejor aún, puede que encuentres a Lauren sana y salva."

Kelly miró al otro lado del agua. Había conocido a Joshua Sharpe unas cuantas veces, pero nunca había intentado establecer ningún tipo de relación con el propietario ni con el personal del campamento de verano. Aun así, todos los inviernos dejaba que su vecino guardara cosas en su casa para que estuvieran seguros. No había razón para que no intentaran ayudarla.

"Creo que iré a verlos. No estaría mal hacer algunas preguntas."

"Si quieres, puedo ir por ti."

Puso su mano sobre la de él. "¿De verdad harías eso por mí?"

"Por supuesto", respondió suavemente. "Y no sería solo para ti."

"La última vez que estuvimos aquí, me di una patada por no sacar unas cuantas fotos de Ash con el lago y la niebla como telón de fondo."

"No es una gran pérdida", murmuró Ian para sí. No le hacía ninguna gracia que los cuatro terminaran yendo juntos al campamento, y tampoco le importaba que el fotógrafo lo supiera.

Kelly había sugerido que Bill Maitland llevara a Ian, ya que el hombre mayor ya había estado en el campamento un par de veces ese fin de semana y había conocido a algunas de las nuevas

personas de allí. A Ian le pareció bien. Había estado buscando una oportunidad para conocer y hablar con Bill, de todos modos.

Mientras se subían al todoterreno de Kelly, Ash y Ken Burke aparecieron a grandes zancadas por la zona de estacionamiento. Al parecer, Bill sabía que llevarían pasajeros adicionales, lo que resultó ser la razón por la que se llevaban el coche de Kelly.

Tras unas rápidas presentaciones, Ash tomó asiento detrás de Bill e Ian se sentó adelante. Ian se dio cuenta de que ella había vuelto a su modo de princesa de hielo. Pero su atuendo y la forma en que le tocó la palma de la mano al estrechársela pretendían claramente enviar un mensaje diferente. Llevaba un body negro de encaje, sin mangas, con escote en pico que le llegaba hasta la cintura, y una falda negra transparente que le cubría las piernas en lugar de dejárselas al descubierto. A Ian le preocupaba que a Bill le diera un infarto antes de que llegaran.

"Me encanta el aspecto de esa niebla", continuó Ken, aparentemente imperturbable ante la actitud de Ian. "Veinte años mirando a través de un objetivo y nunca he visto nada igual. Desde luego, es una oportunidad que no voy a volver a dejar pasar."

"¿Así que llevas mucho tiempo haciendo esto?", preguntó Ian. Calculó que la edad del tipo bajito y musculoso rondaba los cuarenta, lo que le hacía unos veinte años mayor que Ash.

"Claro que sí. Siempre he tenido buen ojo para la belleza."

"¿O es para el primer plano?", preguntó Ian, girándose en su asiento y mirando a Burke.

"Así que has visto mi trabajo."

"La verdad es que no. Pero viendo todas esas lentes, me lo imagino."

"Bueno, para mí ahí es donde está la verdadera belleza. Cuanto más de cerca miras, más emerge la belleza de un sujeto", respondió

Burke, encontrándose con la mirada de Ash. "Como hombre, debes apreciar eso."

"Como policía, tengo un poco de dificultad con eso", comentó Ian. "En mi oficio, cuanto más de cerca se mira, más emerge la culpabilidad de un sujeto. Pero concederé que uno o dos buenos primeros planos de la escena de un crimen son más eficaces ante un tribunal que casi cualquier testimonio."

"Así que oí bien. Eres policía", dijo Ken.

Ian le clavó una mirada directa. "¿Oíste bien de quién?"

El rostro del hombre se quedó en blanco. No sabía si había admitido algo que no debía.

"Shawn Hobart me lo contó", dijo Ash, inclinándose hacia delante y apoyando el brazo en el respaldo del asiento de Bill. Desde su posición ventajosa, Ian podría haber visto todo lo que valía la pena hasta el ombligo. "Cenaste con él anoche."

"¿Y tú y Shawn son viejos amigos?", preguntó él, enarcando una ceja pero sin mirar por el camino que ella quería que recorriera.

"Nos vimos por primera vez esta mañana, cuando salí a correr", dijo, mirando por la ventana delantera y moviendo el brazo de forma que tiraba de la tela de encaje hacia atrás. Asomó el borde oscuro de su pezón.

Bill, tratando de ver bien por el retrovisor, no sorteó un bache y el coche dio una sacudida, haciendo rebotar a todos en sus asientos. Ash, que no llevaba cinturón de seguridad, casi cae al suelo.

"Lo siento", refunfuñó el anciano, volviendo a centrar su atención en el camino de grava.

"Shawn Hobart no me pareció un tipo atlético", insistió Ian. "No puedo imaginar cómo conseguiste que hiciera uno o dos kilómetros en franelas grises y zapatos de barco."

Un profundo rubor oscureció sus mejillas. "No me extraña que estés estresado en tu trabajo. No puedes mantener una simple conversación sin ponerte ofensivo."

Con un resoplido, se sentó en su asiento mientras Bill giraba hacia un camino de tierra.

Ian estaba en racha y no iba a rendirse ahora. Miró a Bill. "Entonces, ¿quiénes son los que han tomado el campamento este año?"

"Es el dueño del campamento en persona, Josh Sharpe."

"¿Sabes algo de él?"

"Es un muchacho joven", dijo Bill, mirando a Ian. "Bueno, quizá unos años mayor que tú. Su familia era de por aquí. Por lo que he oído, no trabaja, solo vive de lo que le dejaron sus padres."

"¿Mucho dinero?"

"No lo sé exactamente." Bill lanzó una mirada por el retrovisor a los dos del asiento trasero. "Dinero antiguo, de todos modos. De hecho, en una época el lago y todo lo que lo rodeaba era suyo."

"Mira, Ken", interrumpió Ash, señalando una sección del lago que aparecía a la vista. "Quizá deberíamos parar aquí y hacer algunas fotos."

"No en mi tiempo", dijo Ian brevemente. Volvió a centrar su atención en Bill, que de repente parecía divertido por la forma en que se estaban llevando. "¿Así que la familia Sharpe era dueña de la posada antes de que los padres de Kelly la compraran?"

"Josh Sharpe la convirtió, la renovó y la puso en marcha."

"¿En serio?"

Bill asintió. "Solía trabajar para él. Janice y yo. Llevábamos la posada para él."

Ian no estaba seguro de si Kelly sabía esto o no. "¿Por qué vendió?"

El anciano se encogió de hombros. "Creo que era demasiado problema para él. No le interesaba dirigirla. Así que puso el lugar a la venta, y se vendió. Así de fácil."

Ian vio cómo Ken sacaba su cámara de una de las bolsas y empezaba a hacer fotos del perfil de Ash mientras el coche rodaba por el camino.

"¿Qué pasa con todo eso de la astrología?", preguntó Ian. La cámara dejó de hacer clic un momento. "¿Cómo es que todas las habitaciones tienen placas y nombres del zodiaco?"

"Nos alojamos en la habitación Sagitario. Es el signo zodiacal de mi cumpleaños", dijo Ash, inclinándose de nuevo hacia delante. Obviamente, había olvidado que él había herido sus sentimientos antes.

"Mitad humano, mitad bestia", respondió Ian. "Pero cuidado con las flechas."

"Yo, en tu lugar, tendría mucho cuidado con las flechas", dijo sentándose y cruzándose de brazos.

Ian se volvió de nuevo hacia Bill. "¿Y qué pasa con lo de la astrología?"

El anciano dejó escapar un largo suspiro. "Bueno, todo empezó con la señora Sharpe, la madre de Joshua. Le apasionaban esas cosas. Hace años, cuando la posada solo se utilizaba como casa de verano, incluso tenía aquí un planetario y una sala de cálculo." Mantuvo ambas manos en el volante al tomar una curva. "Mi Janice lo retomó donde lo dejó la vieja. Ella realmente puede entrar en profundidad, si hablas con ella. Bueno, si le gustas."

"Sabe lo que hace", afirmó Burke. "Le dices tu cumpleaños, exactamente cuándo y dónde naciste, y ella puede exponer toda la historia de tu vida."

Esto era lo último que Ian necesitaba ahora mismo, que alguien le contara la historia de su vida.

Bill giró por otro camino de grava, que los llevó casi inmediatamente a un estacionamiento sin asfaltar. Solo había un par de coches.

La mirada de Ian se desvió del solar hacia las cabañas. Una mujer de pelo blanco salía de la cabaña más cercana e Ian intentó recordar todo lo que sabía sobre Lauren Wells. Le había preguntado a Kelly si tenía una foto. Ella había pensado que podría tener una antigua, pero no logró dar con ella esa mañana.

"Entonces, Bill, ¿vas a conseguir a alguien que nos dé un tour de cincuenta centavos por este lugar?", preguntó Ken, sacando su equipo del coche.

Ian no oyó la respuesta. Su atención se centró únicamente en las filas y filas de bancos que rodeaban la parte delantera de un escenario cubierto. De las vigas había colgado una especie de pancarta enrollada.

Se le heló la sangre cuando vio una gran pila bautismal bajo la pancarta.

"Le dije a Rita que avisara a todos en el desayuno. Esta noche solo serviré la cena hasta las ocho", le dijo Wilson a Kelly. Estaban en el pasillo trasero y él le impedía el paso hacia las escaleras. "La cocina cerrará por completo a las nueve."

"No pasa nada", le dijo Kelly al cocinero, tratando de mantener a una Jade contoneándose bajo un brazo y a su laptop metida bajo el otro.

"¿Necesitas ayuda?"

"No, gracias, estoy bien. Tengo que llevarla arriba, o esta arena estará por todas partes."

Jade tenía arena en las orejas, en la nariz y en el pelo. Nada más llegar a su apartamento, Kelly le quitó la ropa a su hija y la metió directamente en la ducha.

Sentada en el baño, Kelly abrió su laptop. Quería buscar la dirección de Lauren y una foto. Sabía que las tenía en un archivo que había guardado. Pero la pregunta de Ian sobre cómo estaban conectadas las dos la había desconcertado.

Los recuerdos de Kelly de su infancia, de sus primeros doce años de vida, eran oníricos y surrealistas. Lo que más recordaba eran los frecuentes traslados de un lugar a otro con un grupo de personas que nunca parecían tener casas privadas ni patios traseros ni columpios para sus hijos. No había padres que fueran a trabajar ni madres que te acompañaran a la parada del autobús escolar. Cuando era muy pequeña, la escuela consistía en clases en pequeños grupos con niños que entraban y salían constantemente. No había hermanos ni hermanas de verdad.

Cuando se hizo mayor y tuvo que ir a la escuela pública, era muy diferente. Para ella no había partidos de fútbol ni clases de natación. Ni vacaciones. Ni ropa ni zapatos propios. Nada de tener algo que decir sobre lo que se ponía. Nada que la hiciera sentirse como las otras chicas a las que miraba con envidia en los pasillos del colegio. O sobre las que leía en los libros. O de las que oían hablar los chicos nuevos del campamento.

Si Kelly tuvo alguna vez una vida fuera de la Butler Mission, no la recordaba. Su primer recuerdo era de cuando tenía unos tres años y estaba enferma con fiebre y dolor de garganta. Por aquel entonces, el grupo vivía en un conjunto de ranchos en un lugar desolado cerca de una gran ciudad. La trasladaron de su litera con los demás niños

a una habitación especial donde había otros niños enfermos. Aún recordaba cuando se despertaba en mitad de la noche y oía que alguien se sentaba a su lado en la cama. La mujer era joven y guapa y tenía unos grandes ojos verdes del mismo tono que los suyos.

Jill Frost era su madre, y permaneció junto a la cama de su hija toda aquella noche. Durante los días siguientes, a Kelly le fue permitido seguir a su madre a todas partes. En cuanto desaparecieron el dolor de garganta y la fiebre, volvieron a separarlas. Kelly volvió a la cabaña de los niños, y Jill a la parte del rancho donde vivían y trabajaban las mujeres.

Kelly lo había intentado todo para estar más cerca de su madre. Las lágrimas y las rabietas no surtieron efecto, y ni siquiera una enfermedad recurrente hizo que la madre volviera al lado de la niña. Podía ver a Jill de lejos, a veces, e incluso hablar con ella brevemente de pasada. Pero hasta ahí llegaba la relación entre madre e hija.

Con el paso de los años, Kelly y otros niños aprendieron las razones por las que vivían como ella, tan diferentes del resto del mundo. Les decían una y otra vez que eran los Elegidos. Su misión era servir y ayudar a los demás. Recorrían el mismo camino que el Señor. No eran familias separadas, sino una sola familia. Por eso tenía que haber sacrificios, abnegación, pobreza, mudanzas frecuentes. Tenían que trabajar duro, estudiar duro, rezar duro. Era su deber difundir la sabiduría de su líder, el Padre Mike, a los demás niños que se unían a su grupo. Era responsabilidad de los que eran como Kelly orientar a los jóvenes, enseñar a los recién llegados y denunciar cualquier desobediencia. Eran Su rebaño, y su vocación era vivir y hacer lo que el Padre Mike les indicaba.

Incluso a una edad temprana, Kelly se dio cuenta de que no había sido su elección vivir allí, así que se rebeló. La mayoría de las

veces soñaba con que alguien llegaba a la Butler Mission, la buscaba, quería sacarla de allí. Su verdadero padre, tal vez, o sus abuelos. Desde que sabía leer, le fascinaban las guías telefónicas. Eran un objeto protegido, un bien precioso que se guardaba bajo llave en la oficina de la Butler Mission. Sabía que allí había nombres de personas, direcciones y números de teléfono. Personas que se llamaban igual que ella. Quizá fueran parientes suyos. Si los llamaba, tal vez vendrían a buscarla.

Robó la guía telefónica varias veces a lo largo de los años, pero siempre la pillaban. Nunca llamó a nadie. Nunca vino nadie a buscarla.

A veces, muy rara vez, alguien abandonaba la Misión. Pero cuando eso ocurría, siempre había lágrimas y resentimientos. Cuando se iban, el Padre Mike reunía a todos, rezaba, lloraba y se enfurecía, y al final invocaba la ira de Dios sobre sus despiadados enemigos. Los que se marchaban eran condenados para siempre, y cualquiera que intentara comunicarse con los desertores sufriría el dolor de la eternidad en un eterno lago de fuego.

Kelly obedecía lo que él decía porque, cuando pronunciaba esas palabras, siempre la miraba a los ojos, a su alma aterrorizada.

Michael Butler no era un hombre violento. Que ella supiera, nunca le había levantado la mano a ella ni a ninguno de los otros niños. Pero había algo en la forma en que la miraba, como si estuviera viendo a otra persona dentro de ella. Era perturbador. Cuando estaban los dos solos, él hablaba con esa otra persona y Kelly se quedaba paralizada en el suelo. Aún podía pensar, argumentar contra lo que le decían, pero todo sería inútil una vez que la llamaran ante él. Para cuando él terminaba con ella, ella no sentía nada más que la voluntad del Padre.

Así había sido cuando todos habían hecho los ensayos en las semanas previas a esa última noche. Para los de la Misión, el Khumba Luxor sería el gran momento. La alineación de los planetas abriría el camino al cielo. Los santos mantenían abierta la puerta para que ascendieran por ella. Era una celebración del momento más alto en la tierra para los Elegidos. Era el Rapto.

Para Kelly, sin embargo, era el fin. Aun así, no tenía voluntad ni fuerzas para luchar contra el Padre, ni medios para huir de él.

Kelly miró a Jade. La niña alineaba alegremente media docena de muñecos contra la pared de la ducha. Les hablaba en voz baja, perfectamente contenta con el agua caliente que la bañaba.

Y entonces Lauren Wells la había salvado. Al sacarla del campamento aquella última noche, Lauren le había devuelto la vida a Kelly.

Cinco de ellos habían abandonado la Misión aquella noche. Solo cuatro habían sobrevivido a la fuga. Kelly no creía que Lauren hubiera sabido realmente con certeza la tragedia que iba a tener lugar aquella noche en la Misión. Ella misma se había preguntado muchas veces a lo largo de los años cuántos lo sabían realmente.

A raíz de aquello, la policía y los medios de comunicación fueron brutales. Los trabajadores sociales habían conseguido bastante bien que las identidades y los rostros de los niños supervivientes no aparecieran en las pantallas de televisión ni en las portadas de los periódicos. En eso, Lauren Wells también había sido su defensora. A pesar de su dolor por la pérdida de su hija y su nieto, Lauren se había enfrentado a todos. Se había enfrentado a los lobos mientras los otros tres eran trasladados tranquilamente a refugios seguros dentro del sistema.

Era la última vez que Kelly había estado en contacto con alguno de ellos.

Jade la saludó desde detrás del cristal y Kelly le devolvió el saludo. "¿Lista para salir?"

"Cinco minutos más." La niña apretó diez dedos contra el cristal.

Kelly asintió a su hija antes de mirar la pantalla de su laptop. La tecnología era una verdadera bendición. Su computadora era su dominio privado. Nadie más que ella accedía a esa laptop. Como resultado, no tenía necesidad de cajas de viejos recortes de periódico. Ni fotos descoloridas por ahí. Kelly guardaba todo lo que tenía sobre la Butler Mission y los demás supervivientes bajo llave en los archivos de su computadora.

Mientras trabajaba en el Times, había tenido acceso a mucho material, y había aprovechado los recursos. Todos los artículos, obituarios, fotografías y estudios académicos relacionados con la Butler Mission estaban copiados en su computadora. Todos los archivos gubernamentales y policiales que se habían hecho públicos estaban aquí. Y eso no era todo. Los resultados de su propia investigación también estaban aquí. Había llegado a averiguar los nuevos apellidos de los demás supervivientes. Hasta hacía unos seis años, sabía en qué parte del país vivían, a qué se dedicaban, cómo eran.

Pero ahí se había detenido. Greg había entrado en su vida, y ella había tomado un camino diferente.

Kelly abrió los archivos antiguos. Recorrió la lista de los más de cien artículos que se habían escrito sobre el suicidio de la Butler Mission a lo largo de los años. Buscó los primeros artículos sobre el accidente de coche y el suicidio de la Misión. Años atrás, recordó haber visto una foto de Lauren en uno de ellos.

Al mirar los títulos parciales de los primeros artículos, le llamó la atención uno. Luego otro.

Agente halla a su esposa entre las víctimas...

El agente estatal Campbell testifica en la audiencia sobre el culto de la Misión...

Campbell abandona la Fuerza...

Abrió el primero de los archivos de artículos. Era uno de los artículos de interés personal que se publicaban junto con las noticias directas sobre el suicidio.

> *El agente estatal Ian Campbell, uno de los dos primeros en llegar al lugar del suicidio colectivo de la Butler Mission, encontró a su mujer, con la que llevaba menos de un mes, entre los muertos. Anne Campbell, trabajadora social del Departamento de Servicios para la Infancia y la Familia de Nuevo México, estaba visitando...*

El corazón de Kelly latía tan fuerte que podía sentirlo retumbar en sus oídos. Se sentía mal del estómago. Miró la foto del hombre, vestido con su uniforme, subiendo los escalones. Amplió la imagen en el rostro del joven sombrío.

Ian.

Capítulo Trece



Joshua Sharpe, claramente apurado por ir a Errol, solo había podido dedicar a Ian unos minutos de su tiempo. Hablando rápidamente, explicó que el campamento funcionaba como un retiro ese verano, principalmente para su propia iglesia en Boston. Tenía la intención de dirigirlo él mismo, permitiendo solo a unas pocas organizaciones religiosas diferentes que lo utilizaran con el mismo fin, cada una tomando una semana aquí o allá más adelante en el verano.

Antes de irse, Sharpe llamó a uno de los monitores del campamento, Caleb Smith, para que ayudara a Ian en lo que pudiera necesitar. Ian lo recordaba como el joven que había venido a la posada a vaciar la cabaña la noche anterior.

Después de que Sharpe se marchara, Caleb empezó a mostrarle el lugar a Ian, pero su actitud alegre decayó un poco cuando Ian empezó a hacer preguntas.

"¿Cuándo llegaste?"

"Llegué ayer."

"¿En coche?", preguntó, mirando los pocos coches que había en el pequeño estacionamiento.

"No, mis amigos y yo vinimos en autobús. ¿Por qué?"

"¿A Independence?"

"Así es."

"No habrás visto a alguna anciana bajarse del autobús contigo."

Caleb se lo pensó un momento y negó con la cabeza. "No, no lo creo."

"¿Puedes pensarlo bien? Es muy importante para su familia."

"No", dijo Caleb con más seguridad. "No recuerdo que nadie se bajara con nosotros en Independence. Pero éramos cinco y no prestábamos mucha atención."

"¿Crees que alguno de los otros recordará haberla visto?"

"Escucha, estoy seguro de que nadie se bajó con nosotros."

"Bien", dijo Ian, al oír el cambio de tono. "¿Cuántas personas vienen esta semana?"

"Unos ciento cincuenta o así, según he oído."

"¿Esa es toda la congregación?", preguntó Ian.

"La verdad es que no lo sé."

Ian volvió a mirar el estacionamiento casi vacío. "¿Dónde están todos sus coches?"

"Transportamos a todos desde un estacionamiento de cercanías en la carretera estatal."

"Buena idea. ¿Así es como llegaste aquí desde la ciudad?"

"Sí. La furgoneta nos recogió", dijo Caleb guardándose el portapapeles bajo un brazo.

"¿Tienes una lista de inscripción? ¿Algo con los nombres de las personas que esperas esta semana?"

La pregunta de Ian desconcertó a Caleb por un segundo. Tras tantear el terreno y rascarse la cara con el borde del portapapeles, se volvió hacia un hombre mayor que pasaba por allí y repitió la pregunta.

"Sí, hay una lista completa, pero Josh la tendría." El hombre siguió caminando.

Cualquiera que pudiera haber sido de ayuda parecía estar siempre de paso. La única persona encargada de ayudarle era absolutamente inútil.

"¿La gente se aloja en la posada y pasa aquí los días?", preguntó, volviendo a centrar su atención en Caleb.

"Me imagino que sí. Algunos no son verdaderos campistas, si sabes lo que quiero decir."

"¿Sabes si alguien lo hará esta semana?"

"La verdad es que no lo sé. La lista de Josh lo tendría", dijo Caleb disculpándose. "Todavía estamos tratando de organizarnos para el verano."

"Me gustaría hablar con tus amigos que venían en el autobús", dijo Ian, centrándose de nuevo en la desaparición de Lauren. "¿Sería eso un problema?"

Caleb miró brevemente las mesas en las que había actividades infantiles. "No habría problema, pero están todos en medio de cosas. Hay que mantener a los niños ocupados, ya sabes. Si tienes una foto o algo de tu amiga, puedo enseñársela cuando estén en la hora de comer."

"No tengo una conmigo ahora, pero conseguiré una."

Una mujer asomó la cabeza por la puerta de la enfermería y llamó a Caleb. Él la saludó.

"Puedo preguntar a mis amigos. Si alguno de ellos recuerda algo, podrías pasar por la posada al final del día y mirar la foto. Ya sabes, a ver si es la misma persona."

"No. Volveré", respondió Ian. "Y no quiero retrasarte. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Me asomaré por el campamento antes de irme."

"Está bien. Ella... esperará." Caleb señaló hacia la primera fila de cabañas. "Tengo tiempo para mostrarles el lugar."

Ian echó un vistazo a la orilla del lago. Ash estaba estirada encima de un banco de picnic y su novio hacía clic con la cámara. Ya habían atraído a una pequeña multitud. Junto al coche de Kelly, Bill estaba apoyado en el vehículo con los brazos cruzados sobre el pecho y hablando con el mismo consejero al que Caleb había preguntado por la lista de inscripción.

Ian intentó pensar por qué Cassy había traído ayer a Jade. "¿Es tu primer año trabajando aquí arriba?"

"No", respondió Caleb. "También estuve aquí el año pasado, pero solo un mes del verano."

"¿Y el resto de tu tripulación?"

"Algunos vuelven del año pasado. Es un trabajo demasiado bueno para dejarlo pasar."

Tal vez había una explicación para la acción de la niñera después de todo. Mientras seguía a Caleb hacia la primera cabaña, Ian miró hacia el escenario. "¿Qué hay en la pancarta?"

"Un saludo de bienvenida para las familias", respondió Caleb, abriéndole la puerta.

"¿Y la pila bautismal?"

"Solo eso." El joven sonrió. "Tenemos gente nueva que nunca ha sido bautizada."

Ian sabía que las cosas no siempre eran tan sencillas, pero lo dejó pasar y pasó junto a Caleb hacia el interior de la cabaña.

UNA CAMIONETA de color rojo brillante entró a toda velocidad en el estacionamiento y el agente especial Ed Dershowitz, de la oficina del FBI en Boston, se pasó el teléfono a la otra oreja. Se volvió y observó cómo el vehículo se detenía en una de las plazas de

estacionamiento de la tienda. Su SAC se encontraba en Concord, coordinando las últimas fases de la operación.

"Escucha, Ed. Hablé con O'Hara en la oficina del Fiscal General hace una hora. No podemos conseguir la orden para entrar hasta que sepamos con seguridad que está allí."

"Están armados, maldita sea", dijo Ed al teléfono. "Armas automáticas, rifles de asalto, chalecos antibalas, explosivos, de todo. Los he visto. Lo guardaban todo en las dos casitas de la posada. Puede que simplemente esté enviando a los fieles a su recompensa, o puede que no. Podría haber más aquí, y esas armas son razón suficiente para que entremos."

"Ed, no me estás escuchando. O'Hara no presentará la orden hasta que sepamos que Tyler Somers está allí."

"Podríamos estar tratando con un secuestro, también. La anciana, Lauren Wells, se dirigía hacia aquí. Ahora está desaparecida."

"Ya lo sabemos. Tuvimos un par de llamadas al respecto. Los lugareños están pendientes de ella."

"Puede que aún esté viva. Si entramos ahora, podemos sacarla."

"Nadie la ha visto. No sabemos si está allí, como tampoco sabemos si Somers está allí."

"¡Jesucristo!"

"Escúchame. Tú no eres el Agente Especial a Cargo aquí, yo lo soy. Tenemos un objetivo que vamos a cumplir."

"Pero podemos sacarla con vida si nos movemos ahora."

"Podemos sacar a más de ciento cincuenta personas con vida si esperamos hasta el lunes por la mañana", espetó el SAC. "Nuestras fuentes dicen que es cuando aparecerá."

Ed sujetó el teléfono junto a la pierna, tratando de recuperar la calma. Cuando se lo acercó al oído, su comandante seguía hablando.

"...llevamos persiguiendo a este bastardo baboso más de veinte años. Si no atrapamos a Tyler Somers esta vez, todos los locos de América pensarán que puede hacer esta mierda cada vez que haya luna llena. Esta es la primera vez que sabemos con certeza que está dando la cara."

Ed sacudió la cabeza y miró en la parte trasera del camión de Bill. Los comestibles que había recogido para Wilson estaban alineados en una docena de bolsas marrones.

"¿Conseguiste algo más sobre Campbell?"

"Sí." Ed oyó los papeles crujir a través del cable. "Está por su cuenta. Completamente. El mes pasado le ofrecieron un ascenso en el cuerpo de San Diego, pero dijo que no. Simplemente se lo echó en cara y se marchó, tomando una excedencia personal. Si crees que es un elemento descontrolado, podemos sacarlo de ahí."

"Todavía no. Está bien tenerlo cerca, siempre que no estorbe." Ed extendió el brazo por el lateral del camión y tocó el bote de cinco galones de helado de la primera bolsa. Se estaba ablandando. "Tengo que volver. Tengo que ponerme en el papel de Dan y volver al trabajo."

"Planeamos movernos al amanecer del lunes. Nos encontraremos en el punto kilométrico de la carretera estatal."

"Bien."

"Y Ed... Dan, avísanos si lo ves antes. Puedo tener esa orden en una hora."

Ken y Ash no habían terminado su sesión de fotos, así que Bill se ofreció a llevar a Ian de vuelta a la posada y luego volver a por los otros dos.

En el viaje de vuelta, Ian encontró al anciano muy agradable, dispuesto a responder a cualquier pregunta y a ofrecer consejos, solicitados o no. Le sorprendió que los dos se llevaran tan bien.

Cuando volvieron a la posada, Ian fue a buscar a Kelly.

"¿Puedo ayudarle en algo?", dijo Janice, apareciendo de la nada detrás de él en cuanto asomó la cabeza al interior del despacho vacío.

"No, necesito hablar con Kelly."

"Está muy ocupada esta mañana", dijo Janice con acritud. "Si tiene alguna pregunta sobre el menú de hoy, empezaremos a servir el almuerzo dentro de quince minutos. El menú ya está en la pizarra. Además, la cena será temprano esta noche."

"Busco a Kelly", repitió, mirando más allá de las gafas rosas y el pelo blanco hacia la terraza. La pareja Meadows estaba allí, sentada en un par de sillas Adirondack. Junto al lago, pudo ver a los chicos Stern empujando una canoa en el agua.

"Si hay algún problema con la habitación, puede decírmelo."

"Ningún problema. Gracias por su ayuda", dijo lo más amablemente que pudo antes de dirigirse a las escaleras. No estaba en el despacho, no parecía estar en la terraza ni junto al lago, y Bill tenía su coche, así que tenía que estar aquí. Esperaba que estuviera en su apartamento con Jade.

Ian deseaba tener mejores noticias para ella sobre Lauren. Aun así, necesitaba hablar con ella sobre algunas cosas que había notado en el campamento. No había nadie en el segundo piso. Tomó la escalera trasera de dos en dos y se sorprendió al encontrar a Kelly sentada en la mecedora del rellano de arriba, esperándole.

Tenía la cara algo enrojecida. Los ojos enrojecidos, y decidió que había estado llorando. El enérgico balanceo de las palas de la silla sobre el suelo de madera decía mucho de sus nervios.

"¿Qué pasa?", preguntó Ian, buscando inmediatamente a Jade. Echó un vistazo a través de la puerta abierta del apartamento y vio a la niña sentada en el suelo entre las dos camas, profundamente enfrascada en un gigantesco rompecabezas de suelo. Su mirada se dirigió de nuevo a Kelly, y sintió que se le retorcían las tripas cuando una lágrima rodó por su mejilla. "¿Qué está pasando?"

"¿Tienes algo que decirme?", preguntó en voz baja.

Ian la miró con cara de dolor mientras la silla seguía balanceándose. Ella se frotaba las manos arriba y abajo por los brazos como si no pudiera entrar en calor. Miró a su alrededor y vio la laptop abierta en el suelo junto a sus pies.

"El internet es algo maravilloso", dijo finalmente.

"No es el internet. He guardado archivos", dijo. Él podía oír la nota de mal genio en su voz. "Y he estado buscando algunas cosas."

"Como yo."

"Como tú."

Se pasó una mano por el pelo, frustrado. "Kelly, yo..."

"¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere de nosotros, detective Campbell?", preguntó amargamente.

"No quiero nada de ti", respondió él, igualando su tono. "Estoy aquí para protegerte."

"¿Protegerme? ¿De quién nos proteges? ¿De ti mismo?"

"¿Qué se supone que significa eso?"

Se puso en pie tan deprisa que la silla siguió balanceándose enloquecida por sí sola. "No tuve nada que ver con lo que pasó en la Misión. Tenía doce años. No sabía que todos ellos se suicidarían."

"No te culpo."

"No sé por qué tu esposa se quedó esa noche. Siento que lo hiciera. Siento que sufrieras, que tuvieras que ser tú quien entrara allí y la encontrara, y encontrara al resto. Todo fue tan injusto. La

vida es injusta. Pero yo era una niña. No era culpa mía. No podía detenerlos aunque me hubiera quedado. Solo tenía que irme, y esa era mi oportunidad. No podía soportarlo más. Le rogué a Lauren que me llevara. Tenía miedo. Tenía tanto miedo."

Ian acortó la distancia que los separaba y la atrajo hacia sí. Ella lloraba suavemente, temblando incontrolablemente. Apretó la cara de Kelly contra su pecho y la abrazó con fuerza. Le acarició la espalda y le dio un beso en el pelo. Entendía lo que era la culpa. La culpa de haber sobrevivido a seres queridos. Había vivido con ella durante los últimos veintidós años. Esa Misión estaba en su territorio. Había dejado que su propia mujer entrara allí. La había dejado morir. Ni siquiera lo había visto venir.

"¿Mamá está bien?"

Su propia visión se nubló. Vio a Jade de pie en la puerta del apartamento, con un pie descalzo rozando el otro. Unos ojos verdes los miraban con gran preocupación. Ian asintió, incapaz de confiar en su voz. Kelly se zafó de sus brazos. Se volvió hacia su hija y se agachó ante ella.

"Estoy bien, cariño." Su voz aún temblaba. "¿Por qué no vas a terminar tu rompecabezas? Estaré aquí si me necesitas."

"¿Necesitas una curita?", preguntó la niña, tocando las lágrimas que seguían cayendo por las mejillas de Kelly.

Ella negó con la cabeza. "Ahora no. Pero ¿por qué no me guardas una para más tarde?"

"¿Me dirás cuándo es más tarde?", preguntó Jade, acariciando el pelo de su madre.

Kelly la abrazó con fuerza antes de soltarla. "Seguro que lo haré."

Jade miró a Ian mientras retrocedía hacia la puerta. "También tengo curitas para chicos, si quieres una."

"Gracias." Se aclaró la voz, sonriendo. "Tomaré una más tarde, también."

El interfono del apartamento zumbó. Siguiendo a Jade, Kelly contestó. Era Janice.

"Nos vendría bien tu ayuda sirviendo el almuerzo, Kelly."

Por la cabeza de Ian pasaron pensamientos de estrangular a la anciana.

"Tendrás que arreglártelas sin mí", dijo Kelly tajantemente. "Y Janice, no me importa lo que pase, por favor, ocúpate de ello." Apagó la unidad por completo y se volvió hacia Ian. "Tenemos que hablar."

No podría estar más de acuerdo.

"Espera aquí." Ella bajó las escaleras. Él la oyó cerrar la puerta de abajo. Volvió a subir unos segundos después. "No quiero más interrupciones."

"Podemos hablar en mi habitación", dijo, señalando la puerta cerrada. "Hay algunas cosas allí que necesito mostrarte."

Se secó la cara con el dorso de una mano y asintió, siguiéndole por la sala de estar. Se detuvo al llegar a la puerta.

Ian sacó su maleta de debajo de la cama. Ella miraba hacia su propio apartamento y hacia Jade. Sentado en la cama, abrió la maleta. Podía sentir sus ojos clavados en él. Sabía que ella vería el arma cuando abriera la maleta para sacar la gruesa carpeta manila. Era inevitable.

Cuando levantó la vista, ella estaba mirando fijamente la pistola, con la preocupación reflejada en el rostro.

"Soy un oficial de la ley. Llevo una pistola. Cuando no la llevo, guardo la pistola descargada y bajo llave."

Cruzó los brazos. Se apoyó en la jamba de la puerta. Ian cerró la maleta, la guardó y volvió a sentarse en la cama. Abrió la carpeta

que tenía sobre el regazo.

"¿Por qué no vienes y te sientas?"

"¿Por qué no me dijiste quién eras cuando viniste?", preguntó.

"Te lo dije", dijo. "Usé mi propio nombre, mi propia dirección. Incluso me aseguré de que supieras a qué me dedicaba. Si algo de eso te resultaba familiar, por mí no había problema." Dio una palmada en la cama de al lado.

Ella no se movió de la puerta. "Nunca me impulsó a buscar respuestas. No indagué en lo sucedido. Aparte de recopilar un montón de información y guardarla en mi computadora, en algún momento decidí que prefería olvidar. ¿Es algo que deberías saber?"

"Sí, lo es", dijo él con seriedad.

Sus pasos eran vacilantes, pero se acercó y se sentó en el borde de la cama, a un palmo de él. Metió las manos entre los muslos, observando todo lo que él hacía. Ian abrió la carpeta, sacó una esquela del periódico de San Diego y se la entregó. Ella se quedó mirándola un par de segundos, y él supo en qué momento estableció la conexión.

"William Bridger". William. Es él. Se fue del campamento conmigo. ¿Está muerto?", preguntó, palideciendo y mirando a Ian antes de volver a centrar su atención en la esquela del periódico.

Ian le hizo un resumen. "Treinta y seis años. Dirigía un pequeño centro que ofrecía servicio de guardería para niños con necesidades especiales. Muy querido y respetado. Popular entre los niños y sus familias. Sin mujer ni hijos propios".

"Esto no dice cómo murió".

Le entregó una segunda hoja con una copia de un artículo sobre un incendio mortal en una guardería.

"Afirman que fue un incendio accidental en el centro", dijo. "Una colilla cayó en una papelera. Ocurrió una noche del pasado abril. Era

el único que estaba allí, pero por alguna razón no pudo salir a tiempo".

"¿Fue un accidente?"

"¿Quieres el informe policial o mi opinión?"

Volvió a mirar el papel. "San Diego. ¿No debería ser lo mismo?"

"No en este caso", dijo, sacando una reseña del accidente de otro periódico. "Era fumador. Pero supuestamente lo había dejado las Navidades pasadas. Nadie más fumaba en el edificio. Ni siquiera el conserje. Además, había algo mal con la cerradura de la oficina en la que estaba. Parece que se quedó atascado allí".

"¿Lo que me acaba de decir no es suficiente para pedir una investigación por homicidio?"

"Investigaron, pero no había pruebas contundentes para sospechar de juego sucio. Le caía bien a todo el mundo. Era un tipo muy realista, aparentemente. No tenía ninguna relación romántica con nadie en ese momento. No había sospechosos. Nadie a quien señalar". Ian volvió a hurgar en su expediente.

"¿Tienes algo más?" preguntó Kelly, temblando ligeramente.

Le entregó otra esquela. Ésta era del *Chicago Tribune*. Ella lo miró, sabiendo ya lo que sería.

"Sydney Gerhart". Dios mío. Sydney. Es el bebé que Lauren se llevó con nosotros". Kelly miró la foto en blanco y negro de la joven que acompañaba a la esquela.

"Veintitrés años. Estudiante de posgrado en Northwestern. Compartía apartamento en la octava planta de un rascacielos con otras dos chicas". Sacó una copia de algo que parecía la página de resumen de un informe policial del accidente. "Se cayó del balcón de su apartamento a media tarde".

"¿Un accidente?"

"Todo el asunto sigue bajo investigación. Pero no hay testigos oculares, ni sospechosos, ni pruebas de que forzaran la entrada al apartamento. Su novio fue interrogado, pero estaba en clase en ese momento y no hay nada que lo vincule a su muerte."

"¿Ninguna de sus compañeras estaba en casa?"

Ian negó con la cabeza. "La investigación sigue abierta solo por la posibilidad de suicidio. Pero es una posibilidad remota porque no había ninguna nota, y parecía una joven bien adaptada."

La barbilla de Kelly temblaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando levantó la vista hacia él. "Tomamos caminos separados. Ninguno de nosotros se conocía. Pero, en cierto modo, eran como mi familia. Y ahora los dos están muertos. ¿Qué está pasando? ¿Están estas dos muertes relacionadas?"

Ian esperaba que estuviera preparada para lo que iba a descargar sobre ella.

"No podía entrar aquí y contarte o enseñarte estas cosas. Me habrías echado, sin creerte nada". Le tomó la mano cuando ella intentó recoger una pila de papeles. "Creo que las muertes de William y Sydney están directamente relacionadas con lo que ocurrió en la Misión Butler hace veintidós años".

Su mano se retiró inmediatamente, como si se hubiera quemado. Por reflejo, buscó a Jade a través de las puertas abiertas.

"Todos murieron", susurró, volviendo finalmente la vista hacia él. "El padre Mi... el reverendo Butler murió".

"Sólo murieron los que estaban en la Misión aquella noche", dijo Ian, obligándose a no volver a ver en su mente lo que presenció tantos años atrás. tomó un montón de papeles y hojeó las primeras páginas hasta encontrar lo que buscaba. "Tyler Somers. Es una foto del Departamento de Tráfico. Data de antes de que dejara la Misión. ¿Te acuerdas de él?"

Kelly se inclinó lo suficiente para mirar. "Hermano Ty. Era muy cercano al padre Mike. Trabajaba mucho en la oficina. Era la persona de contacto. En cierto modo, era nuestro contacto con el mundo exterior. Respondía a todas las preguntas de las familias de la gente que estaba en la Misión. Se fue el mismo mes en que ocurrió todo. No sé adónde fue".

"Michael Butler estaba demasiado enfrascado en su rutina del fin del mundo como para molestarse en presentar cargos. Pero lo que apareció tras el suicidio de la secta fue que Somers prácticamente había vaciado las cuentas bancarias en su huida."

"No creo que hubiera mucho que llevarse, de todos modos. Éramos bastante pobres".

Sacudió la cabeza. "Las familias que vivían *allí pensaban* que eran pobres. Michael Butler tenía una lista de correo de más de doscientas mil personas a las que enviaba una carta y un sobre de contribución dos veces al año. Apelaba a la generosidad de la gente para que le ayudara a atender a las jóvenes madres y niños fugados y maltratados que aparecían todos los días en su puerta sin tener adónde ir. Tenía un paquete bastante convincente, y consiguió enganchar incluso a algunos grandes contribuyentes".

"¿Cuánto se llevó Ty Somers?"

Sacudió la cabeza. "No lo sé, pero estoy seguro de que los agentes del FBI que le han perseguido durante todos estos años podrán decírtelo".

"Así que no estás trabajando para otra persona. ¿No estás actuando en nombre de alguna agencia gubernamental? ¿Has hecho toda esta investigación por tu cuenta?"

Dile solo la verdad, se recordó Ian. Había atravesado todo el país para encontrarla y parecía que había llegado a tiempo. No quería

perder esta segunda oportunidad de averiguar qué había pasado. De averiguar por qué.

"No podía dejarlo ir", empezó. "Perdí a mi mujer hace veintidós años. A raíz de aquello, perdí la fe en mi propio juicio. Lo peor de todo es que perdí la oportunidad de hacer las preguntas que me estaban volviendo loco. Preguntas sobre la secta, sobre Butler. Sobre Anne. Necesitaba saber si la muerte de Anne fue un suicidio o un asesinato. Pero no pude encontrar ninguna respuesta".

Respiró hondo y continuó. "Haberme mudado de Nuevo México a California debería haberme ayudado. Ya no vivía en medio de todos los recuerdos. Pero me di cuenta de que seguía sin poder olvidarlos. Así que empecé a hacer un seguimiento de las cosas. Como un hobby. Empecé a coleccionar todo lo nuevo y lo viejo sobre la Butler Divinity Mission".

"Yo hice lo mismo, pero fue por poco tiempo" le dijo Kelly. "Así era como tenía copias de artículos sobre ti en mi portátil. Dejé de coleccionarlos cuando me casé, y luego, después de que naciera Jade, no pude alejarme lo suficiente".

"Es una gran niña. Has hecho un gran trabajo criándola".

La expresión de Kelly se suavizó. "Ella es muy especial. Lo que me ha hecho aquí..." Se tocó el corazón. "Ella me ha hecho sentir más de lo que nunca he sentido por otro ser humano. El amor que siento por ella es más del que he sentido nunca por mi marido, o por mis padres adoptivos". Miró los papeles que había sobre la cama. "Pero últimamente tengo mucho miedo. He pasado noches en vela, preocupada por si pasaba algo y no podía protegerla. Y ahora me enseñas todo esto".

"Siento que haya tenido que ser así".

Ella asintió. "Entonces, ¿está Tyler Somers involucrado de alguna manera con las muertes de Sydney y William?"

Ian hojeó el paquete hasta que encontró lo que buscaba. "Tras el suicidio de la Misión, Somers pasó a la clandestinidad durante un tiempo, cambiando de identidad varias veces. Empezó otras Misiones propias en Colorado y más tarde en Texas con diferentes nombres. Ambas fracasaron. No tenía el carisma de Butler. No se unieron suficientes personas a sus cultos. Tampoco pudo desarrollar la red de financiación que tenía Butler. El resultado final, aparentemente, fue que nunca pudo establecer un grupo central de personas que creyeran que tenía una línea directa con Dios... como su maestro decía haber procesado."

Mostró a Kelly folletos que habían salido en una de las campañas de recaudación de fondos de Somers. "Mientras tanto, a medida que estas otras sectas iban y venían, añadía toda una lista de cargos criminales a su expediente".

"¿Qué cargos?"

"Posesión y transporte de armas de fuego ilegales, fuga interestatal, chantaje, fraude postal, imprudencia temeraria a menores, extorsión, evasión fiscal... y se le busca para interrogarle en relación con la desaparición de una docena de mujeres y niños. Lleva más de diez años en la lista de los más buscados del FBI".

Le tomó el paquete y lo hojeó página por página, incluidos los bocetos y las fotografías del FBI y la lista de identidades que Somers había utilizado a lo largo de los años.

"Hace unos cinco años, oí el rumor de que estaba enfermo de algún tipo de cáncer", dijo Ian, recogiendo otro paquete de papeles de la cama. "Creo que también pudo ser por entonces cuando Somers se dio cuenta de que tenía una gallina de los huevos de oro y no la estaba aprovechando". Michael Butler murió hace veintidós años, pero algunos de sus generosos colaboradores siguieron viviendo. Había gente que trabajaba en la oficina de Albuquerque y

un puñado de personas cuyas familias les habían sacado de la Misión antes del final. De todos modos, parece que muchas de estas personas elevaron su creencia en Butler, convirtiéndolo de clérigo en el "Profeta Miguel". Al parecer, se mantuvieron en contacto entre sí de forma discreta, formando una especie de red silenciosa para mantener viva la fe y seguir apoyando lo que creían que eran las causas de Butler."

Ian mostró a Kelly impresiones de una página web. En la parte superior aparecían las letras *"BDM~MDB".* Debajo de las letras había un logotipo que representaba una luna creciente dorada con tres gotas rojas que caían en una copa desde una punta de la luna creciente.

"Misión de la Divinidad Butler. Ministerio de la Sangre Divina", susurró.

Ian asintió. "El sitio web se creó una década después del suicidio. Ningún motor de búsqueda te dirigía a ella. Tenían una pantalla de seguridad de bajo nivel antes de que pudieras acceder a ella. Pero era fácil superarla. Básicamente, el boca a boca es cómo una persona encuentra el sitio".

"Y aquí estaba yo, pensando que todo había desaparecido".

Kelly se estremeció al hojear las páginas. Nada identificaba específicamente ninguna conexión con la secta original o con el reverendo Butler, pero si formabas parte de ella, la reconocías. Y la página de "Verdades" contenía la filosofía que le habían inculcado en cuando era niña. Incluso había sermones que aludían a "El Profeta", sin duda una referencia a Butler.

"¿Cómo lo encontraste?", preguntó.

"Mi mujer Anne debía de estar en una lista de correo original. Recibí un aviso por correo cuando se creó el sitio web".

Le devolvió las páginas. "¿Así que Somers se reincorporó al grupo?"

"No solo se unió a ella, sino que se hizo cargo y encabezó los esfuerzos para revivirla", explicó Ian, mostrando a Kelly los montones de propaganda que habían salido desde que Ty se había hecho cargo. "Él era, después de todo, un miembro del círculo íntimo original de Butler. Por lo que esta gente sabía, era el brazo de confianza del profeta, y había estado vagando por el desierto, preparándose para dirigirlos en nombre del reverendo Butler"

"¿Pero qué hay de robar a esta misma gente? Algunos de ellos debían saberlo".

"Somers afirmó que su partida de la Misión fue planeada por el Profeta mismo. Para proveer a aquellos que habían sido alejados de su justa recompensa, Butler lo envió personalmente a continuar. Para ser su voz. Para reunir a los creyentes sobrevivientes para la segunda venida. Tengo que suponer que, con los años, Somers había aprendido a reunir suficientes pruebas astrológicas y bíblicas para presentar un caso bastante convincente."

Kelly lo miró, con la rabia mezclada con la frustración. "¿Cómo puede creerle esta gente? Es un sinvergüenza. Todo lo que dice es mentira. ¿No les bastó con ver lo que les pasó a los que siguieron a Butler? Los dos son lo mismo".

"No si crees en lo que dicen que pueden hacer".

Kelly no dijo nada. Ella sabía cómo se puede controlar la mente de las personas.

"Butler estaba loco", continuó Ian. "Pero Somers está *armado* y loco. Eso lo hace más peligroso. Pero hay algo más. En toda la propaganda que ha estado sacando este año, sigue refiriéndose a un nuevo Mesías. Un Elegido al que Butler también echó".

"Está hablando de sí mismo", dijo tensa.

"No, Somers es la mano derecha del Profeta. El que los llevaría a todos a la eternidad es alguien de la propia sangre divina de Butler. Se ha estado refiriendo a un niño que le fue arrebatado el día del suicidio. El hijo del Profeta al que llaman Luna-K".

Capítulo Catorce



Negación.

Kelly sintió el impulso de apagar su pensamiento incluso cuando Ian pronunció las palabras.

La hija del Profeta.

Se levantó bruscamente y se dirigió hacia la puerta. Antes de que pudiera atravesarla, la culpa y el dolor que jamás había sentido descendieron sobre ella de golpe. Sus pies se congelaron en el suelo. Sus manos se apoyaron a ambos lados de la puerta, deteniendo el movimiento de su cuerpo.

"No", le dijo entrecortadamente por encima del hombro. "No, no soy yo."

"Pensé que podría haber sido William o Sydney. Pero antes de que pudiera llegar a cualquiera de ellos, estaban muertos." Él estaba de pie detrás de ella. "Eres la única que queda."

"No puede ser." Sacudió la cabeza, incapaz de contener las lágrimas. "Yo no soy como él. Yo no creía en él. Lo odiaba. No me echó. Yo hui. Fue decisión mía."

Poniendo una mano alrededor de su cintura, Ian la apartó del umbral y la apretó contra la pared de su habitación. Incluso en

medio de su pánico, ella se dio cuenta de que él estaba pensando en Jade. No quería que viera a su madre así.

Kelly cerró los ojos. Todos esos sueños. En todos ellos Kelly veía al Padre tendiéndole la mano, ofreciéndole la copa. Su madre siempre estaba cerca de él. Pero no eran sueños. Ella estaba viendo lo que él esperaba que hiciera.

"No", le dijo a Ian, sacudiendo la cabeza. "No dejaré que me haga esto. No dejaré que me utilice para matar a gente inocente. Si soy el vástago de ese demonio, me mataré primero antes de permitir que nadie me siga al mismo final al que él llevó a toda esa gente inocente. Eso no va a pasar. No lo permitiré."

"*No eres* descendiente de ningún demonio", dijo Ian con suavidad, levantándole la cara hasta que ella lo vio a través de un borrón de lágrimas. Le secó las lágrimas con el pulgar. "Butler era solo un hombre, y ninguno de nosotros es responsable de los pecados de nuestro padre. Eres una madre cariñosa y atenta con una hija maravillosa. Afirme lo que afirme Somers, nada de eso cambia el tipo de persona en que te has convertido. Pasaste doce años en esa Misión, pero has vivido veintidós años lejos de ella."

Kelly se agarró a su muñeca, desesperada por recordar algo que la exculpara de ser hija de Butler. Como una soga alrededor del cuello, la idea de que era su descendiente la ahogaba. Pero no había nada que recordara que indicara otra cosa. Cuanto más se obligaba a recordar, más incriminatorios eran los momentos que rememoraba. La mujer que conocía como su madre siempre estuvo cerca del Padre Mike. Kelly tenía que ir a ver al líder de la secta más que cualquiera de los otros niños. Él estaba mucho más interesado en lo que ella hacía, en adónde iba, en lo que estudiaba que cualquiera de los otros.

"Estás aquí. Me has encontrado. ¿Significa esto que ellos pueden hacer lo mismo?", preguntó Kelly.

"Sospecho que lo saben desde hace mucho tiempo. Creo que saben dónde estás, qué haces y quién te rodea."

Apoyada contra la pared, Kelly se abrazó con fuerza. No podía dejarse llevar por el pánico. Tenía que pensar. "Lauren. Lauren Wells. ¿Es por esto que estaba tratando de ponerse en contacto conmigo?"

"Tiene sentido, ¿no?", respondió Ian. "Hablé con ella un par de veces por teléfono durante los primeros días, cuando empezaba a buscar respuestas sobre Anne, sobre si formaba parte de la secta o no. Lauren era amable, abierta y servicial. Era muy consciente de todas las secuelas que seguían produciéndose tras el suicidio de la Misión. Creo que le costó mucho más que a cualquiera de ustedes tres olvidar lo cerca que había estado de salvar a más gente. Así que no me extrañaría que les hubiera seguido la pista a los tres. Si lo estaba, entonces podría haber sabido que algo les pasó a William y Sydney."

"Y desde entonces, ha estado intentando decírmelo." Kelly negó con la cabeza. "¿Hablaste con alguien en el campamento? ¿Había alguien en el autobús? ¿La vieron?"

"Hablé con uno de los chicos que vino anoche a recoger las cosas que había en la casita. Él y algunos de sus amigos iban en ese autobús, pero dijo que no la había visto. Mentía." Ian metió la mano en el bolsillo. "Encontré esto."

Antes de que pudiera sacar el papelito doblado, se oyeron gritos a través de la ventana abierta de la sala de estar. Al oír los gritos de auxilio, Kelly e Ian se apresuraron a mirar fuera. Había cuatro personas en la orilla del lago. A unos cincuenta metros en el agua, una canoa había volcado y había dos personas en el agua. Por los gritos, parecía que eran los chicos Stern.

"¿Qué profundidad tiene el agua?", preguntó Ian enseguida.

"Mucha. Baja muy rápido. No parece que lleven chalecos salvavidas. ¿Dónde está Dan?", preguntó Kelly, reconociendo a la gente de la orilla como Bill y Janice y los padres de los chicos. El padre estaba entrando en el agua, pero uno de los chicos se sumergió.

"Voy yo", dijo Ian, empezando a bajar las escaleras. "No dejes sola a Jade. Tampoco confíes en nadie para vigilarla."

Su hija ya estaba a su lado. Kelly tomó a la niña en brazos y siguió a Ian hacia abajo.

Cuando Dan metió el viejo camión en el estacionamiento, vio a Ian Campbell corriendo hacia el agua. Vio la barca volcada y los brazos agitados.

"Seguro que te has tomado tu puto tiempo en recoger estas cosas", dijo Blade, saliendo por la puerta trasera. No prestó atención a lo que pasaba en el lago. "¿A qué esperas? Trae las bolsas."

"Luego", llamó Dan por encima del hombro, corriendo hacia el agua.

Rachel Stern solo servía para gritar muy fuerte y no había metido ni un dedo en el agua. Su marido no estaba mucho mejor. Avanzaba a paso de tortuga hacia sus hijos. Ian Campbell ya estaba cerca de la barca. Dan lo vio sumergirse cuando la cabeza del hijo menor desapareció bajo la superficie. Dan corrió hacia el agua, acortando la distancia rápidamente con fuertes brazadas. Ian y el niño salieron a la superficie por delante de él.

"Está bien", dijo Ian, sujetando al chico por la parte posterior de la camiseta. Ryan Stern tosía el agua que había tragado, pero no se

agitaba ni intentaba agarrar a su rescatador. "Estamos bien." El mayor de los Stern parecía mantenerse a flote con facilidad.

Cuando Dan llegó a la barca, Ian tiraba de Ryan hacia la orilla. El chico tenía la cara roja de toser, pero Dan pensó que sobreviviría sin problemas.

"Agarra al otro", dijo Ian, pasando a nado.

"Ya voy."

Un par de brazadas y Dan estaba junto a la barca, donde Craig Stern se agarraba ahora a la proa de la canoa.

"¿Puedes nadar hasta la orilla?"

"Sí", respondió el mayor de los Stern. Estaba temblando, y Dan supuso que no era por la temperatura del agua, que era bastante soportable. Parecía asustado.

"Entonces empieza a nadar." Agarrándose a la línea de proa de la barca, Dan empezó a acercarse a la orilla tirando de la canoa detrás de él. "¿Y dónde demonios está tu chaleco salvavidas? ¿No les he dicho que no se sale en barca sin llevarlos puestos?"

Craig asintió y empezó a nadar hacia la orilla. Ian ya vadeaba hacia la playa. El padre de los chicos estaba de pie con Ryan en el agua poco profunda.

Un público les esperaba en la orilla. Marisa y Dave Meadows observaban junto a unas sillas. El fotógrafo y la modelo también estaban en el césped. Dan se dio cuenta de que la atención de todos se centraba en un solo lugar.

Kelly estaba metida hasta las rodillas en el agua. Tomó la mano de Ian mientras se acercaba y le susurró algo. Él le respondió y la rodeó con el brazo mientras salían del lago.

Nadie parecía estar demasiado preocupado por los dos chicos que podrían haberse ahogado. Todo el mundo miraba a Ian y Kelly.

IAN NO ERA UN SOCORRISTA, pero era lo bastante listo como para reconocer cuando alguien intentaba tomarle el pelo. Especialmente cuando ese alguien era un niño de doce años.

Al salir del agua, Kelly le dio las gracias por ir a por los niños, e Ian le contó la verdad. El chico estaba fingiendo. Todo era un montaje. Ryan sabía nadar muy bien. Sintió que sus músculos se tensaban incluso cuando le dijo lo que pensaba. Luego se aferró a ella, porque no quería que explotara contra nadie en aquella playa.

Por suerte, Jade fue la primera persona que corrió hacia ellos.

"Yo también quiero ir a nadar. Quiero ir a nadar con Ian", protestó, dando saltitos con los pies descalzos en la misma orilla del agua.

"Ahora no", dijo Kelly, marchando hacia los Sterns, que salían del agua y a los que Janice entregaba toallas.

"Hace demasiado frío." Ian fingió un estremecimiento y tomó a la niña de la mano. "Además, tu mami está dispuesta a destrozar a un par de niños y a sus padres por no seguir las normas."

"Buen trabajo ahí fuera", dijo Dan, uniéndose a él junto al banco.

"¿Dónde estabas?"

"En la ciudad. Recogiendo comida para la cocina. No quiero que ningún náufrago pase hambre esta noche." Se pasó una toalla por la cabeza. "Pero esto no fue mi culpa. Kelly me dijo que no habrá guardavidas de turno hasta dentro de una semana, cuando haga suficiente calor para que la gente vaya a nadar. Por supuesto, ¿quién sabía lo de esos dos?"

Los chicos estaban envueltos en sus toallas. Mostrando una resistencia milagrosa, Ryan parecía haber superado por completo su

experiencia cercana a la muerte. Estaba de pie junto a su hermano y miraba con devoción a Kelly.

"En realidad", dijo Ian, "creo que lo habrían hecho muy bien por sí solos si tú y yo no hubiéramos saltado."

"¿Tú también lo crees?", respondió Dan, enviándole una mirada cómplice. "Yo digo que la próxima vez les dejemos tomar un galón o dos antes de decidirnos a entrar tras ellos. Mira cómo miran a Kelly. Cualquiera diría que están intentando llamar su atención."

"No es una buena manera", respondió Ian, frunciendo el ceño.

"No es una buena manera, en absoluto", añadió Jade con su vocecita, imitando su ceño fruncido.

Miró hacia abajo y vio a la niña de pie entre él y Dan, con los pies separados y una toalla gigante colgada del hombro, igual que ellos dos. Ian seguía sonriendo cuando levantó la vista. Dan también parecía divertido con Jade.

"¿Qué tan buena amistad tienen tu madre y Kelly?"

"Lo suficientemente buena como para que me contratara aquí para el verano."

Kelly seguía hablando con Rob y Rachel Stern. Janice había desaparecido dentro de la casa. La pareja Meadows estaba arrancando hacia la posada. Ash fingía ignorar a su novio mientras éste le hacía algunas fotos con el cobertizo para botes, junto con Kelly y la familia Stern, al fondo.

Ian miró a la niña que tenía a sus pies. "¿Crees que son lo suficientemente buenas amigas como para que Kelly y Jade puedan ir a visitarla unos días?"

Dan le miró. "No sabía que Kelly pensaba ir a ninguna parte. ¿Por qué querría hacerlo?"

"Responde a la pregunta."

"Supongo que no habría ningún problema. No, estoy seguro de que no le importaría. Pero le gusta avisar con veinticuatro horas de antelación. Incluso yo tengo que concederle eso." Se tiró de una oreja. "Sigo pensando que tal vez tiene un novio que vive con ella, y tiene que echarlo antes de que yo llegue a casa."

Los Stern emprendían el regreso a la posada y Rachel Stern era todo disculpas mientras la familia se alejaba de Kelly.

"Guárdate ese tema para ti por ahora, ¿quieres?", le dijo a Dan.

El otro hombre asintió, e Ian y Jade se dirigieron hacia donde estaba Kelly, con las manos aún en las caderas. Miraba con cierta perplejidad a la familia que se marchaba.

"¿Por qué, Ian? ¿Por qué han montado esto?", preguntó.

"Quizá tú y yo pasábamos demasiado tiempo solos", le dijo Ian. "De hecho, ahora mismo me pregunto quién estará arriba en mi habitación, revisando las cosas que dejé por toda mi cama."

"Tienes que cambiarte", dijo, balanceando bruscamente a Jade sobre su cadera y abriéndole paso.

"Quiero jugar en la arena", se quejó Jade, señalando hacia el agua.

"Más tarde, cariño. Podemos jugar más tarde."

La ropa de Ian seguía empapada. Dejó los zapatos y los calcetines empapados en el banco y siguió a Kelly.

Se había preparado un bufé para el almuerzo y los recién casados se estaban sirviendo los platos. Kelly pasó por el mostrador de recepción y se dirigía al vestíbulo cuando Janice llegó tras ellas.

"Estuvo cerca. Espera", dijo la anciana.

"Sea lo que sea, tiene que esperar, Janice."

"Necesito decirte algo."

"Más tarde. Estoy mojada. El Sr. Campbell está empapado. Tenemos que cambiarnos primero." Comenzó a subir los escalones.

"Me acordé de la reserva", llamó Janice tras ella. "Lauren Wells. Sé dónde está."

Esto hizo que ambos se detuvieran en seco. Kelly retrocedió. "¿Dónde está?"

"Supongo que mi memoria ya no es lo que era. Intentó hacer una reserva hace bastante tiempo. Pero ya estábamos ocupados, así que la puse en una lista de espera. Llamó más tarde y su nombre fue retirado de la lista. Por eso no lo tengo anotado en ningún sitio."

"Su sobrina dijo que seguía viniendo a Independence. Se bajó del autobús en el pueblo. Si no venía aquí, ¿a dónde iba?"

"Al campamento de Josh Sharpe", dijo Janice. "Cuando llamó para cancelar su reserva, allí es donde me dijo que iba. Se quedaba al otro lado del lago."

"Estuve allí esta mañana", interrumpió Ian. "Caleb Smith, que parece estar dirigiendo gran parte del espectáculo allí y que también estaba en el mismo autobús que Lauren Wells, negó haber visto a ninguna mujer mayor."

"Bueno, no puedo evitarlo", dijo Janice. "La Sra. Wells estuvo ayer en ese autobús. Una furgoneta del campamento la recogió."

"¿Cómo sabes todo esto?", preguntó Kelly.

"La Sra. Wells llamó hace un par de minutos desde la oficina del campamento. Estabas hablando con los Sterns fuera, así que no quise interrumpirte. Dijo, sin embargo, que las cabañas eran un poco demasiado rústicas para ella, así que se preguntaba si teníamos alguna habitación donde pudiéramos alojarla."

"Espero que hayas dicho que sí", dijo Kelly emocionada. "Jade y yo nos alojaremos en la casa de carruajes contigo y Bill y le daremos nuestro apartamento."

"No era necesario", respondió Janice. "Le expliqué lo de la habitación en la que se alojan el señor Desposito y su amigo, y

cómo está solo a medio pintar. Tienen previsto marcharse mañana a las diez, así que me ofrecí a dejársela lista al mediodía. Le encantó el arreglo."

La desaparición de Lauren Wells estaba demasiado bien empaquetada y explicada. Ian intentó ver los ojos detrás de los marcos rosas. Esperaba que Janice diera alguna señal, por pequeña que fuera, de que se estaba inventando toda la historia. Pero no había nada que indicara que estaba mintiendo. Aun así, él sabía que tenía que estar mintiendo descaradamente.

"Tal vez podría llevar a Kelly allí para verla", sugirió, sabiendo muy bien que no iba a llevar a Kelly y a Jade cerca de ese campamento.

"No veo por qué no, Sr. Campbell. Ella dijo que lo vio a usted y a la otra pareja en el campamento esta mañana. Pero ella no sabía que usted la estaba buscando."

"¿Le has dicho que su sobrina se está volviendo loca buscándola?", preguntó Kelly. "¿Que probablemente ya ha llamado a la policía estatal?"

"Sí, así es. Y dijo que la llamaría esta tarde." Janice agitó una mano reconfortante. "Estoy segura de que todo saldrá bien."

Kelly se relajó visiblemente y se adelantó a Ian subiendo las escaleras. "Así que está bien. Dios mío, qué alivio."

Ian no creía que Kelly estuviera preparada para oír lo que pasaba exactamente por su cabeza. Al menos, no en ese momento. Y no iba a decírselo cuando sabía a ciencia cierta que esas paredes tenían oídos.

Capítulo Quince



DETENIÉNDOLA JUNTO a la puerta que daba al tercer piso, Ian se adelantó y subió las escaleras. Kelly vio la tensión en su expresión sombría. Cerró y atrancó la vieja puerta al pie de la escalera y lo siguió hasta el rellano.

"¿Había alguien aquí?", preguntó.

"No lo creo", dijo mientras señalaba su laptop. La tapa estaba cerrada. Kelly recordaba haber dejado la computadora abierta en el suelo, junto a la mecedora. Cuando ella abrió la boca para decir algo, él se puso un dedo en los labios y le hizo un gesto para que le siguiera. Ella lo hizo.

Dentro de su apartamento, señaló el interfono de la pared. Ella se acercó y miró. El monitor de la habitación se había encendido. Kelly recordó haber apagado el aparato cuando Ian y ella habían estado hablando antes. Sintió que la ira aumentaba en su interior. Se acercó para apagarlo, pero la mano de Ian se cerró en torno a la suya. Sacudió la cabeza, le indicó que esperara donde estaba y salió a la sala de estar del vestíbulo.

"Kelly, ¿puedo usar tu ducha?", llamó en tono normal. "¿O vas a hacerme bajar?"

"Puedes usar ésta", respondió.

"Puedes jugar con mis juguetes en la ducha si quieres", exclamó Jade, soltándose del brazo de Kelly y corriendo hacia su baúl de juguetes para sacar sus favoritos.

"¿Muñecas Barbie?", preguntó.

"No tienen cabeza, siguiendo una gran tradición", respondió. "Las figuras de acción masculinas están en mucho mejor estado. Jade solo las mutila quitándoles los brazos o las piernas."

Cerró la puerta del apartamento y probó la cerradura. Kelly la había cambiado el año pasado, así que sabía que estaba en mucho mejor estado que la de su habitación. Lo observó colocando una de las sillas de la cocina contra la puerta. También cerró el pestillo en alto.

"Bien, puedes quedarte con cinco." Jade corrió hacia él entusiasmada, llevando dos puñados de muñecos. "A este no le gusta que le echen jabón en los ojos, así que ten cuidado. Y este se asusta cuando abres el agua por primera vez, así que dale un abrazo. Estos otros tres están bien. Pero ten cuidado, esta es una abusona."

"¿Qué le ha pasado en la cabeza?", preguntó, sosteniendo la muñeca desnuda con el brazo extendido.

"La mandó a cortar el pelo", dijo Jade con una sonrisa, sin perder detalle.

Kelly se alegró de que aquellos dos pudieran reírse. La tensión de no saber qué estaba pasando le producía dolores punzantes desde la nuca hasta las sienes. Intentó ignorarlo y se volvió hacia su hija. "¿Qué tal si construimos con bloques y vemos una de las cintas de Sing-Along?"

"De acuerdo. Y Ian puede verlo conmigo cuando termine de ducharse", anunció antes de salir corriendo a buscar su cinta favorita.

"Te quiero ahí dentro conmigo", susurró al oído de Kelly, haciendo un gesto hacia la ducha antes de que pudiera ir a ayudar a Jade.

Fue totalmente inesperado, pero sintió que la recorría un escalofrío que no tenía nada que ver con el miedo y sí con los labios de él rozándole la oreja y su aliento haciéndole cosquillas en la piel del cuello. Consiguió asentir y fue primero a ayudar a Jade.

Cuando regresó a la puerta del baño, oía el agua de la ducha. Se detuvo, sin saber si debía entrar o no. Al mismo tiempo, no quería llamar a la puerta, por miedo a que alguien que estuviera escuchando abajo supiera que estaba allí con él. Kelly se dio cuenta de lo ridículo que era el decoro a la luz de todo lo que estaba ocurriendo en ese momento. Dio un ligero golpecito en la puerta y entró.

Se había quitado la camisa. Los ojos de Kelly bajaron involuntariamente del pecho ancho y musculoso a su vientre plano y a donde Ian ya se había desabrochado el cinturón y el botón de sus caquis mojados.

"Si hubieras tardado más, me habría tirado."

Kelly sacudió la cabeza y se obligó a concentrarse en su cara. Su cuarto de baño era demasiado pequeño para los dos. Aparte de una ventana en lo alto de la pared, no había ninguna otra ventilación. Agradeció que solo abriera el grifo del agua fría. Incluso así, un vaho frío flotaba en el aire y brillaba sobre su piel desnuda.

"Creo que deberías hacer una maleta, meter a Jade en tu coche y conducir tan lejos como puedas de aquí."

Su declaración tuvo un efecto aleccionador inmediato. Kelly le miró a la cara. "¿Qué es lo que no me has dicho?"

"Ty Somers está planeando su Rapto... o momento de la verdad... o lo que sea para este lunes."

"¿Pasado mañana?"

Asintió con la cabeza.

"¿Por qué? ¿Qué te hace pensar eso? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Ya tiene a estas personas juntas? ¿Dónde está?"

"Está todo explicado en la página web. Más o menos", respondió Ian. "Tiene que ver con el tiempo que tarda Júpiter en dar la vuelta al Sol. Pero es más astrológico que científico. Han pasado algo más de veintidós años desde la última alineación similar entre la Luna, el Sol y Júpiter. Los hindúes tienen una gran celebración del evento que llaman Khumba Mela o algo así, y culmina este lunes. En cualquier caso, la idea es que cuando los tres cuerpos celestes se alinean, el portal de la inmortalidad se abre para los fieles. Somers lo llama Khumba Luxor y lo relaciona tanto con las Escrituras como con algún mítico sacerdote egipcio. Se supone que es el mismo secreto que le transmitió el reverendo Butler antes de despedirle. El suicidio ocurrió en la noche de la última alineación."

"Eso es mentira. Butler no estaba metido en cosas de astrología. Él estaba en sus propias interpretaciones de las Escrituras, es cierto. Pero lo que pasó fue porque se volvió loco."

"Eras demasiado joven para verlo, pero al parecer era un gran creyente en todo eso", le dijo Ian. "Leí sus diarios y sus sermones. Estaba ahí, pero siempre transmitió que la astrología formaba parte de las Escrituras. No iba a perder a sus seguidores fundamentalistas."

No había sitio para ir a ninguna parte, ni para que ella caminara. Ian abrió un poco la puerta del baño y miró a Jade. Kelly podía oírla cantar con el video.

"¿Dónde se reúnen?", preguntó, sintiendo náuseas. Ya sabía la respuesta.

Volvió a cerrar la puerta. "Supongo que en el campamento al otro lado del lago."

Como un viento de marzo, el frío pavor le atravesó el cuerpo, helándola hasta la médula. Se apoyó en el lavabo y se abrazó el estómago, mareada.

Ian estaba de pie junto a la puerta, con sus poderosos brazos cruzados sobre el pecho. "Has encontrado todo esto por tu cuenta."

"Más o menos."

"¿También lo saben las autoridades?", preguntó esperanzada. "Me dijiste que Somers está en la lista de los más buscados del FBI. ¿Por qué no les llamamos y les contamos lo que está pasando? Que le detengan ya."

"Ellos también saben lo que pasa. Creo que lo están llevando a su manera, sea cual sea."

"¿Cómo lo saben?"

"Les llamé anoche, después de encontrar esto." Se metió la mano en el bolsillo y sacó un comprobante de tarjeta empapado. "Estaba en la furgoneta que vino a recoger las cosas que estaban guardadas en tu casita." El agua había disuelto la mayor parte de la escritura, pero Kelly aún podía distinguir el nombre "Wells". "Esto tenía el nombre de 'Lauren Wells'. Sabiendo lo de las muertes de Sydney y William, temí que fuera la tercera víctima. Así que llamé a un amigo que tengo en el FBI, alguien que sé que estuvo trabajando en el suicidio de la Butler Mission, hace tiempo. Le di la información. No se comprometió ni en un sentido ni en otro, pero me hizo creer que están al tanto."

"Lauren fue allí por su propia voluntad. Tal vez la han convencido de alguna manera."

"Después de lo que pasó, ¿crees que es posible?"

Kelly frunció el ceño y negó con la cabeza.

"Te dijeron que Lauren estaba allí", le recordó Ian. "La verdad está por ver sobre eso."

"¿Janice?" Se frotó el dolor en las sienes. "¿Y Bill?"

Kelly recordó la fascinación de la anciana por la astrología. Incluso los nombres de las habitaciones. Siempre había insistido en colocar a la gente en las habitaciones "apropiadas" si podía. Todo eso había estado delante de sus narices, pero Kelly no lo había visto. Y eso de volver a encender el interfono y todas las interrupciones para que bajaran.

"¿También forman parte de la nueva secta de la Misión?", preguntó. "Han sido parte de mi vida durante mucho tiempo."

"Casi diez años. Lo sé." Le puso una mano en el hombro. "Ojalá tuviera todas las respuestas, pero no las tengo. Todavía no. Pero mi inclinación es decir que deberías sospechar que todos los que te rodean son posibles miembros de una secta. Por eso creo que es importante que tomes a Jade y salgas."

"¿Hasta dónde podría llegar? ¿Dónde podría esconderme?", preguntó. "Si se han esforzado tanto incluso para involucrar a gente que yo consideraba como de mi familia, ¿no crees que vendrán a por mí o intentarán detenerme?"

"Sigo pensando que tienes muchas más posibilidades de huir que de quedarte y enfrentarte a ellos." Le tomó la barbilla, le levantó la cara y la miró sombríamente a los ojos. "Jade te hace más vulnerable de lo que crees."

Kelly sabía que tenía razón. Todos los que trabajaban en la posada, cualquier persona que la hubiera conocido o hablado con ella sabía lo que sentía por su hija.

"¿Vendrías con nosotros?"

Apretó la mandíbula y ella vio en sus ojos el dolor de una década. "Te ayudaré. Te encontraré un lugar donde quedarte.

Incluso te conseguiré escolta policial cuando llegue el momento de irte. Pero yo no puedo ir."

Kelly sabía lo que era. Ella sabía que él todavía estaba tratando de enterrar a sus muertos.

"Anne murió hace veintidós años", dijo en voz baja.

"Ya lo sé." Se dio la vuelta y cerró la ducha. Se pasó una mano frustrada por el cuello. "Pero tengo que hacerlo, Kelly. Tengo que entender por qué lo hizo."

"Creo que una vez que supere su queja sobre dónde va a poner todas estas cosas, Ellie va a estar muy contenta con las piezas que conseguimos", dijo Victor, levantando la vista del catálogo de la subasta cubierto con las notas de su jefa, así como las suyas propias. "Vaya, mira cómo se mueve ese bebé."

Brian aminoró un poco la marcha cuando un deportivo se les cruzó en una zona de no adelantamiento.

"Bonito coche", comentó.

El camino desde Guildhall, donde se había celebrado la subasta, los había llevado a las montañas, a lo largo del límite septentrional del White Mountain National Forest. Subiendo desde el valle del río Connecticut, entre New Hampshire y Vermont, habían viajado por una carretera de montaña que ofrecía unas vistas espectaculares, dejando a ambos boquiabiertos ante la visión del sol reflejándose en los picos más altos. Con el cielo azul brillante como telón de fondo, las montañas parecían una postal. Desde allí, la carretera que tomaron llevaba hacia el norte, serpenteando a lo largo del río Androscoggin. En Errol, giraron hacia Independence.

"¿Te das cuenta de que pujamos con éxito por doce de las quince piezas en las que Ellie estaba muy interesada?" Victor hizo una pausa para contar los artículos en el catálogo. "Así como... seis, siete, ocho, nueve de las piezas de quizás-si-el-precio-es-correcto que quería."

"Me gusta el par de Francis Trumble Windsors."

"Mañana por la mañana, solo tenemos que ir a Rumford a recoger esa cómoda Goddard-Townsend y el reloj alto Peter Stretch", dijo Victor. "Espero que tengamos suficiente espacio allí."

"Tenemos sitio."

"Es bonito aquí, pero odio dejar la ciudad."

"No me importaría volver", dijo Brian.

Victor miró por la ventanilla mientras viajaban en silencio. Su mente volvió a la subasta. "Ese sifonier de Benjamin Randolph la hará feliz. Incluso podría quedárselo."

"Muestra una hermosa mano de obra", dijo Brian.

Victor asintió. "Siempre me sorprende que piezas de mobiliario — como ese sifonier y el reloj alto— puedan ser construidas por un artesano de Filadelfia hace más de doscientos años y luego acabar en algún lugar como el norte de Nueva Inglaterra."

"Aquí nos toca", dijo Brian, señalando con la cabeza el cartel de la posada que había más adelante.

Cuando salieron de la autopista para tomar una carretera secundaria de grava, Brian esquivó un bache.

"¿Qué es todo esto?", dijo Victor, mirando hacia delante.

El sol estaba detrás de ellos, reflejando rayos dorados en un Cadillac nuevo que estaba parado al borde de la carretera. Todavía estaban a una milla de la posada y Shawn Hobart bajó del coche cuando el camión apareció a la vista.

"No te detengas, Brian", dijo Victor. "Es un tipo desagradable."

"Por mí está bien. Lo rodearé."

"No, tienes que parar. ¿Y si necesita ayuda?"

"Parece que no tenemos muchas opciones", dijo Brian. Hobart se plantó delante de ellos y les hacía señas para que se detuvieran.

"Bueno, eso es bastante descarado."

"Me pregunto a qué se dedicará realmente", reflexionó Brian mientras aminoraban la marcha.

"Sea lo que sea, al menos sabemos que no es un anticuario", replicó Victor. "Nadie en esa subasta ha oído hablar de él."

Cuando el camión se detuvo, Hobart se acercó al lado del conductor. Brian bajó la ventanilla.

"Gracias por parar."

"No hay problema", dijo Brian. "¿Necesitas ayuda?"

"De hecho, sí."

Victor miró con el ceño fruncido al supuesto comerciante. "Bueno, nos gustaría ayudar, señor Hobart, pero Brian es carpintero, no mecánico. Y hemos tenido un día completo en la subasta. Así que por qué no te subes y te llevamos a la posada. Puedes conseguir ayuda allí."

"Solo necesito ayuda para colocar el gato."

"¿Se te pinchó una llanta?", preguntó Brian.

"Las llantas me parecen bien", dijo Victor.

"La llanta delantera del otro lado. Está completamente desinflada", contestó Hobart. "Estos coches nuevos tienen lugares específicos para poner el gato."

Victor tiró de la manija de la puerta y salió, murmurando para sí: "Puedo decirte exactamente dónde puedes poner el gato."

Cuando bajó de un salto, Brian y Hobart se acercaron por el otro lado del camión.

"¿Miraste el manual?", preguntó Victor.

"De hecho, estaba haciendo eso cuando ustedes llegaron por el camino."

Hobart siguió a Victor y Brian por la parte delantera del coche. Los dos miraron la llanta con sorpresa. No estaba pinchada.

"¿Cuál es la gran idea?", dijo Victor, dándose la vuelta.

La pistola plateada que Shawn Hobart tenía en la mano fue una sorpresa aún mayor que la llanta. Detrás de él, dos hombres más jóvenes con rifles de asalto salieron del bosque, y Victor sintió que le invadía una sensación de terror. Hobart dio un paso adelante y levantó la boca del arma hasta que Victor miró por el cañón.

"Te dije que no pararas", le dijo a Brian.

Ian cumpliría cuarenta y seis años al final del verano. "Abuelo" le llamaban los novatos que el departamento contrataba estos días y sacaba a la calle como policías. Era cinco años mayor que el capitán de su unidad de detectives. No le importaba. Era lo que tenía que hacer.

Si creías las patrañas de los mandamases del departamento, era demasiado valioso para seguir trabajando en la calle. Lo querían detrás de un escritorio, dirigiendo operaciones especiales, sirviendo de enlace entre las unidades de estupefacientes, antivicio y homicidios, así que le habían vuelto a ofrecer un ascenso. Lo iban a trasladar a la dirección. Pero Ian no quería el dinero extra. No le interesaba una pensión de jubilación mejor ni más vacaciones. No le interesaba ningún trabajo de papeleo. Lo único que le interesaba era que le pusieran en primera línea, en la calle, donde su sangre bombeara y su mente estuviera despejada de todo menos del sospechoso al que estaba a punto de detener.

Esa era su forma de pensar antes de conocer el placer de pintar con los dedos con Jade. Ahora pensaba que tal vez estaba hecho para el arte.

"Ahora tienes que hacer el verde", le indicó la niña, señalando las pinturas que Kelly había vertido en platos de plástico con forma de platillo. Ian comprendió ahora el acierto de Kelly al sacarlo todo en una vieja y maltrecha bandeja de cocina y colocarlo en uno de los bancos de picnic. El banco que había elegido era uno más viejo que habían trasladado al borde de la zona de estacionamiento. Estaba en un lugar resguardado del viento, pero aún así recibía los últimos rayos de sol. También había arrastrado el extremo de la manguera, dejándolo junto a ellos.

Ya ha hecho esto antes, pensó Ian, mirando la pintura verde.

Los tres habían cenado temprano. Los huéspedes que habían vuelto a la posada estaban siendo atendidos ahora. Kelly había dejado esta noche el servicio de comedor a Rita y se había encerrado en su despacho para hacer algunas llamadas. Ian pensó que había conseguido convencerla de que tenía que abandonar la posada, al menos durante unos días. Solo tenía que mantenerse fuera de peligro hasta que el lunes quedara atrás.

Kelly le había dicho que se pondría en contacto con unos amigos con los que había mantenido el contacto en Nueva York. Uno de ellos era la madre de Dan. El universitario era el único en todo este lugar en quien ella confiaba. Era el único que ella misma había contratado. Ella había prometido estar lista para salir mañana por la mañana. E Ian se aseguraría de que saliera de aquí sana y salva. Antes de que empezara la locura.

"Verde, Ian", dijo Jade, incitándole. La gran cartulina en la que estaban trabajando ya era una obra maestra de color. Ian se miró las manos. Una era amarilla. La otra goteaba azul.

"Voy a hacer mi propio verde." Se frotó las manos y le mostró los resultados.

"Eso no sirve. Usa esta", le dijo Jade mientras mojaba el dedo en la pintura y se lo ponía delante de la nariz. "¿Ves? Este verde."

Ella sostenía el dedo demasiado cerca de su cara para que él pudiera enfocarlo, e Ian no pasó por alto la mirada pícara que se dibujó en su rostro. Tenía pintura en el pelo, en la cara y en toda la ropa. Aparte de sus manos, hasta ahora, se las había arreglado para mantenerse limpio. Le tomó la mano justo antes de que ella tuviera ocasión de untársela en la cara.

"Un pulso con una niña de tres años", regañó Kelly, cruzando la zona de estacionamiento.

"Tiene casi cuatro años", argumentó Ian.

"Bueno, está bien, entonces."

"Mírala. La pequeña diablilla es un verdadero desastre." Él retrocedió cuando Jade trató de poner su otra mano en su camisa. "¿Cuántas veces al día tienes que cambiarle la ropa?"

"Este será su tercer cambio hoy. Es un día bastante bueno."

"¡Verde!", gritó Jade, sin dejar de forcejear con él mientras se quejaba a su madre. "Enséñaselo, mami."

Kelly mojó la punta del dedo en la pintura y lo levantó. "¿Este?"

"Sí", dijo Jade entusiasmada.

Ian soltó a la niña, pero no pudo agarrar a Kelly antes de que ella le manchara la barbilla con la pintura.

"Ya está." La agarró por la cintura, pero al igual que su hija parecía tener seis manos de más. La pintura volaba hacia él desde todas direcciones.

Se levantó del banco, alejando a Kelly de su fuente de munición. Jade, sin embargo, era una excelente tiradora y no se lo pensó dos

veces a la hora de tomar la bandeja de pinturas y lanzarla contra los dos adultos.

Utilizar a Kelly como escudo humano funcionó. El azul, el amarillo y el rojo la golpearon en la parte trasera de los pantalones y la camiseta, y cuando Ian la giró en sus brazos, el platillo verde también conectó, dejándole una diana en el pecho.

"No me lo puedo creer." Con los brazos extendidos a los lados, miró el desastre de colores en que se había convertido.

Ian la soltó y dio un paso atrás. Jade, que estaba a solo tres pasos, empezó a reírse. "Hemos pintado a mamá."

"Pequeña duendecilla de la pintura", gruñó Kelly, persiguiendo a su hija un par de pasos. Jade chilló de alegría y rodeó la mesa. Se giró hacia Ian. "¿Cómo has podido dejar que me haga esto? Mírame."

Estaba más relajada de lo que Ian la había visto desde que llegó a la posada. Además, estaba monísima cubierta de pintura.

"Oye, estábamos pasando un rato tranquilo y civilizado juntos. Tú empezaste el problema."

"¿Yo empecé el problema?" Dio un paso amenazador hacia él.

Ian no retrocedió. Se quedó mirando la pintura verde de la parte delantera de su camiseta. Durante unos segundos de locura imaginó lo interesante que sería quitarse aquella ropa y untar el resto de aquella pintura sobre su cuerpo desnudo.

"Creo que es justo que tú también recibas algo de esto", dijo Kelly, acercándose. "¿Qué te parece, Ian? ¿Solo un pequeño abrazo?"

No tuvo que pedírselo dos veces. Le tendió la mano, le agarró un puñado de la camisa y tiró de ella hacia sí con tanta fuerza que cayó en sus brazos. Le besó los labios antes de que pudiera quejarse. Tenía las manos en la espalda, en el trasero, en el cuello y en el

pelo, y notaba la pintura en los dedos. Un suave gemido se escapó de su garganta y ella se puso de puntillas y lo rodeó con los brazos, respondiendo al beso con tanta pasión que él perdió todo interés en saber dónde estaban y quién era su público.

"Yo también."

La voz de Jade los separó bruscamente. Kelly enrojeció de vergüenza. Ian tomó a Jade en brazos. "Nada de 'yo también'", le dijo a la niña. "Tú empezaste todo esto, monita."

"¿Y? Yo también quiero un abrazo." Sin esperarlo, le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó fuerte.

A Ian se le hizo un nudo en la garganta. Apretó la cabeza de la niña contra su hombro. Su mirada y la de Kelly se cruzaron. Ella levantó la mano y le tocó la mejilla antes de abrazarlo también, con Jade entre los dos.

"¿Hiciste la llamada?", le preguntó en voz baja.

Ella asintió. "Estamos listos." Le dio un beso en los labios.

Un coche que bajaba por el camino de grava hizo que Kelly se apartara y mirara hacia atrás. Ian reconoció al conductor. Se enfadó cuando Shawn Hobart los vio e inmediatamente se acercó a su mesa de picnic, levantando polvo al derrapar hasta detenerse.

Cuando Jade vio quién conducía, intentó arrastrarse más alto sobre el pecho de Ian. Él le entregó la niña a Kelly y se puso delante de ellos.

"Te estás buscando problemas, viniendo tan cerca", le dijo Ian al salir del coche. Hobart se colgó un pequeño bolso de cuero de un hombro.

"Sí, bueno, vigilaré que no haya salpicaduras de pintura en este acabado."

"No prometemos nada."

Hobart asintió a Kelly. "Espero no llegar tarde a cenar. Su recepcionista me avisó esta mañana del cambio de horario para la cena."

"Se está quedando corto, pero no dejaremos que se muera de hambre, Sr. Hobart", dijo Kelly amablemente. "Estoy segura de que Wilson puede reunir algo para usted en la cocina."

Dando la espalda al hombre, empezó a limpiar el desastre que habían hecho. El atardecer se acercaba rápidamente. Las sombras se alargaban y el aire se volvía más fresco.

"¿Cómo van las cosas al otro lado del camino?", preguntó Ian, inspeccionando abiertamente el barro de las llantas y los guardabarros del coche de Hobart.

"¿Al otro lado del camino?"

"En el campamento." Ian hizo un gesto con la cabeza. "Me detuve allí esta mañana. Un montaje impresionante. Tuve la oportunidad de charlar con Joshua Sharpe, y luego Caleb me mostró los alrededores. Parece que está apareciendo mucha gente. Y es bueno que tengan una lista. Tiene sentido saber quién se supone que debe estar allí, y quién no. ¿Cuál es tu función? ¿Eres uno de los ministros o solo un miembro de la congregación?"

El color subió al cuello del hombre. Movió su bolsa de un hombro al otro.

"Solo estoy aquí como parte de nuestro retiro de la iglesia", dijo finalmente con voz ronca.

"¿Un miembro de la congregación, entonces?"

"Podría decirse que sí."

"Me invitaron a algunos de los sermones", mintió Ian. "Pero olvidé preguntar los nombres de algunos de los oradores invitados."

"No sé nada de eso." Hobart hizo una gran producción de cerrar el coche. "Tengo que ir a cenar."

"¿Cuándo vas a volver?"

La expresión del anciano se ensombreció de fastidio. Miró a Kelly. "No sabía que tenía que informar a otros huéspedes."

"Solo iba a pedirte que me recogieras un programa de las actividades y los ponentes", dijo Ian. "Pero no querría dejarte fuera."

"Veré si puedo conseguirte un horario para mañana", refunfuñó Hobart mientras pasaba junto a ellos y se dirigía hacia la posada.

Capítulo Dieciséis



KELLY NO PODÍA LLEVAR una maleta o cualquier tipo de bolsa de transporte que pudiera llamar la atención sobre lo que Jade y ella planeaban hacer. Miró a su alrededor, a una habitación llena de recuerdos, sabiendo que tenía que dejarlo todo atrás. Al menos por ahora. Las pocas fotografías que se atrevió a meter en el bolso las seleccionaría cuando su hija se durmiera.

La sugerencia de Ian era que la madre y la hija salieran de la posada mañana por la mañana y se subieran a su coche, fingiendo que iban a hacer alguna tarea rutinaria: ir a la iglesia o visitar a uno de los amigos de Jade o algo así. No querían levantar sospechas, en absoluto. Kelly no quería decirle lo amargada y temerosa que se había vuelto con respecto a la religión, después de su temprana educación. No se atrevía a decirle que Jade no tenía amigos. Y no se atrevía a admitirle el enorme efecto que su presencia estaba teniendo en sus vidas.

"¿Ian también va a arroparme esta noche?", preguntó Jade desde su cama.

"Tenía cosas que hacer, pero le vi darte un abrazo antes de bajar." Enrolló la vieja manta amarilla y la puso junto a Jade en la cama.

"Lo sé." La niña suspiró dramáticamente, acurrucándose con su manta favorita.

Kelly apartó un mechón de pelo húmedo de la cara de Jade. Le había costado mucho trabajo lavarle el pelo a Jade y quitarle toda la pintura de la cara y las manos. Por fin las dos estaban perfectamente limpias. Y las dos se enfrentaban a sentimientos inesperados por el mismo hombre.

"¿Te quedarás aquí arriba, mamá?", preguntó Jade con vocecita cuando Kelly apagó la luz de la mesilla.

"Sí, cariño. Estaré justo detrás de la puerta, leyendo algo de adultos."

"Te quiero", susurró, cerrando los ojos.

"Yo también te quiero", susurró Kelly, rozando con un beso la frente de su hija.

Tuvo que levantarse del borde de la cama, tuvo que alejarse de puntillas, antes de que brotaran las lágrimas. Ahora mismo era una planta rodadora emocional, y no se sabía en qué dirección la arrastraría la brisa esa noche.

Antes, en el piso de abajo, se había esforzado por ser civilizada con Janice, pero apenas lo había conseguido. Cuando los huéspedes estaban terminando de cenar, le dijo a la mujer mayor que ella se iba temprano y que las demás podían encargarse de cerrar por la noche. Kelly no lo había dicho, pero se le pasó por la cabeza que, de todos modos, ellas tenían el control.

Kelly no estaba segura de cuándo había empezado este lío. No estaba segura de cuántos años su vida había sido una mentira. Siempre había pensado que había escapado de la Misión, pero ahora se preguntaba hasta qué punto los hilos de la vil red de Michael Butler recorrían su vida. ¿Podría ser que todos, todos los capítulos de su vida, hubieran formado parte de ella de alguna manera?

No iba a quedarse aquí para averiguarlo. No con Jade en peligro. Ella sabía de lo que esta gente era capaz. La trasladaría al otro lado del país, si fuera necesario. Fuera del país, incluso.

Kelly se dirigió a la sala de estar.

Hoy había podido conectar con Sally Davies, la madre de Dan. Después de decirle que ella y su hija iban a estar en Nueva York tres o cuatro días, Kelly no había necesitado otra razón para venir. Sally había insistido en que se quedaran con ella.

Si no sabían que estaba huyendo, entonces no vendrían a por ella, razonó Kelly, entrando en la habitación de Ian y tomando la carpeta con toda la información de su cómoda. Su preocupación no era cómo llegar de aquí a allí sana y salva, sino cómo lidiar con Ian quedándose atrás.

Kelly volvió a la sala de estar del rellano y se sentó, abriendo las carpetas que tenía sobre el regazo. Los obituarios estaban encima. Era evidente que el nuevo ejército de creyentes del hermano (o más bien del padre) Ty podía cometer asesinatos, y a ella le aterrorizaba la idea de que Ian pudiera resultar herido, incluso muerto. Al menos tenía la tranquilidad de saber que Ian era policía. Estaba entrenado y capacitado, y sabía mejor que nadie a lo que se enfrentaba.

Las viejas ataduras eran difíciles de romper, pensó Kelly, hojeando el resto de la información del grueso archivo. Hacia el final de la pila, encontró una copia de un artículo que no había visto antes. Estaba fechado un año después del suicidio de la Butler Mission. Miró la foto de la mujer en la primera página. Anne Campbell. Kelly la recordaba porque era una persona ajena a todo aquello. Era joven, hermosa, llena de vida. Apartó la mirada de la foto y leyó el titular.

La trabajadora social era miembro de una secta.

Kelly repasó el artículo. La investigación que siguió al suicidio colectivo había concluido que la presencia de Anne Campbell en el complejo de la Misión aquella noche fue voluntaria, y que la trabajadora social de veintidós años era miembro de la secta religiosa y había participado voluntariamente en el suicidio.

Kelly dejó escapar un suspiro frustrado. Entendía por qué Ian tenía que quedarse. Sabía por qué tenía que descubrir la verdad.

IAN TENÍA los calcetines húmedos y los zapatos empapados. Dejó caer una funda de almohada que contenía otra ropa en el banco de picnic, recogió las prendas mojadas y las metió en la improvisada bolsa de la ropa sucia mientras estudiaba subrepticiamente la cabaña más cercana.

Aquí se alojaba Dan, y era la primera vez que veía la puerta entreabierta. Miró hacia la casa. La luz del día se desvanecía rápidamente y las sombras de los árboles cubrían la zona a su alrededor. Hacía unos minutos, cuando bajaba por la escalera trasera, había oído a Dan y Wilson discutiendo en la cocina. El cocinero había regañado al chico por no haber fregado el suelo bajo una de las mesas de preparación de la comida, y Dan había respondido con unas cuantas palabras al ser llamado de nuevo a la cocina para repetir un trabajo perfectamente satisfactorio.

Ian se acercó a la puerta de la cabaña y entró. Se había dejado encendida una luz de la mesilla de noche y tenía una visión clara de todo el lugar. La primera impresión que le causó fue lo limpio que estaba el lugar. No había ropa tirada en ninguna silla ni en el suelo. No había restos de comida sobre la mesa. Ni latas de cerveza apiladas decorativamente en los alféizares de las ventanas. Ni

montones de revistas con portadas de deportistas, músicos o modelos pechugonas. Desde luego, el tipo no encajaba en el perfil de lo que Ian creía que eran la mayoría de los universitarios de hoy en día. Definitivamente, la vivienda de Dan no se correspondía con la imagen que Ian tenía en la cabeza.

Pudo ver un bolso de gran tamaño y una maleta negra metidos debajo de la cama. Observó una mochila que habían dejado sobre la cama. En una cómoda a su lado, le llamaron la atención la cartera y el reloj del chico y algo de cambio.

Ian abrió la cartera. El carné de conducir de Dan en Nueva York —foto y dirección— coincidía con quién decía ser. Ian tomó el reloj y echó un vistazo al reverso.

Felicitaciones, Ed.

Con amor, mamá y papá

Ian oyó los pasos fuera y giró el reloj en su mano.

"¿Qué haces aquí?", preguntó Dan, claramente molesto, mientras entraba en la cabaña.

"Admirando tu reloj", dijo Ian, tendiéndoselo al más joven. Dan se lo puso rápidamente. "¿Regalo de graduación del instituto?"

"Sí, algo así. ¿Qué quieres?" Se guardó la cartera en el bolsillo y echó un vistazo a la habitación antes de tomar un cortavientos que colgaba de una percha en la pared.

"Estoy buscando una lavadora", respondió Ian, señalando la funda de almohada llena de ropa que tenía a sus pies. "Definitivamente subestimé la cantidad de ropa que necesitaba cuando hice la maleta."

"Hay una lavadora y una secadora en el sótano de la posada", dijo Dan, tomando su mochila y guiando a Ian hacia la puerta. "La puerta al otro lado del pasillo de la cocina. No tiene pérdida."

Fuera, Ian se quedó parado mientras Dan cerraba con llave la puerta de su cabaña.

"¿Cita caliente?"

"¿Cómo lo has adivinado?" El joven le dirigió una larga mirada antes de salir corriendo en la oscuridad en dirección al estacionamiento.

Ian se quedó donde estaba durante un minuto o dos. Ningún coche salía de la zona de estacionamiento. Sabía que Dan no tenía sus propias ruedas aquí arriba, y se preguntó si el chico viajaría a pie. Y adónde.

Las luces del comedor estaban apagadas. Al volver a la posada, Ian se dio cuenta de que el camión de alquiler de Victor Desposito aún no había vuelto. El coche de Wilson Blade ya se había ido.

Nadie había cerrado la puerta. Ian asomó la cabeza a la cocina, donde las luces estaban apagadas. La puerta de enfrente, que supuso que conducía al sótano, estaba entreabierta. Ian la abrió más y vio una luz encendida debajo, donde alguien estaba moviendo cajas o algo así. Alargó la mano y soltó la correa de su pistola.

"Hola", llamó. "¿Hay alguien aquí abajo?"

El ruido cesó. Bajó unos escalones y se agachó cuando tuvo una buena vista. El húmedo olor del sótano y un inconfundible olor a ratón se filtraron en sus fosas nasales mientras inspeccionaba la zona. Lavadora. Secadora. Estanterías sobre ellas llenas de detergentes y cosas. Un fregadero de pizarra en un extremo. En el centro de una alcoba contigua había una caldera gigante y un par de enormes calentadores de agua. Una gran mesa, probablemente utilizada para doblar la ropa, estaba en el centro del espacio, y una luz fluorescente zumbaba y parpadeaba cada dos segundos.

La verdadera antigüedad de esta parte de la casa se reflejaba en las gruesas vigas de madera toscamente labradas. Eran oscuras y

antiguas y estaban cubiertas de telarañas. Ian recorrió el sótano. Cuando se asomó a la alcoba que había detrás de la caldera, le cayeron telarañas sobre la cara. Cuando se las quitó de encima y retrocedió, un ratón marrón salió corriendo de debajo de uno de los calentadores de agua y corrió a lo largo de la pared, desapareciendo en una grieta en la base de los cimientos de piedra.

No había nadie a la vista, pero había una puerta en un extremo del sótano que parecía conducir a otra sección. Estaba ligeramente abierta, e Ian pudo ver una luz encendida en una habitación más allá. Dejando caer la bolsa que llevaba sobre la mesa, Ian se dirigió hacia la puerta. Un candado nuevo colgaba abierto de un viejo pestillo.

La luz de la habitación se apagó en cuanto llegó a la puerta. Instintivamente, Ian se apartó. No estaba dispuesto a convertirse en un blanco fácil.

Un segundo después, Rita salió cargada con una gran bolsa de basura de plástico negro. A través de un desgarrón de la bolsa, Ian divisó una tela de color rojo carmesí.

"Me pareció oír a alguien aquí abajo", dijo Ian con buen humor. "¿Necesitas una mano con eso?"

Ella dejó atrás la bolsa y cerró la puerta con el pie. "¿Qué haces aquí abajo?", dijo bruscamente, cerrando el pestillo y asegurando el candado.

"Dan me dijo que aquí es donde está la lavandería."

"Déjalo. Alguien lo hará por ti más tarde."

"No, ahora mismo no tengo nada mejor que hacer." Miró por encima del hombro a las máquinas. "Me parecen bastante estándar. Creo que puedo manejarlo."

"Como quieras", dijo, arrastrando la bolsa hacia las escaleras.

"¿Seguro que no necesitas que te eche una mano para subirla?"

"No", dijo secamente, levantando la carga y empezando a subir las escaleras.

"¿Vas al campamento?"

Su pregunta la hizo perder un paso. Tropezó, pero se detuvo. Perdió el agarre de la bolsa y tuvo que aprisionarla contra la escalera con las piernas. Al hacerlo, el nudo de la parte superior cedió, dejando al descubierto la ropa que llevaba dentro. Roja. Todo era rojo.

Rita maldijo en voz baja y volvió a cerrar la bolsa. Ian se dio cuenta de que ella no tenía intención de reconocer o responder a su pregunta.

"He visto que el coche de Wilson no está. ¿Tienes quien te lleve esta noche?"

"Estoy bien", dijo enfáticamente. Sin decir nada más, subió corriendo las escaleras con su carga.

Ian siguió el sonido de los pasos de Rita por el piso de arriba. Ella no salió por la puerta trasera, sino que caminó por el pasillo trasero hasta las inmediaciones del mostrador de recepción. Un minuto después, varias personas se dirigieron hacia la entrada principal. Oyó pasos que bajaban los escalones de la entrada y luego el sonido de las puertas de un coche que se abrían y cerraban. Ian supuso que el motor que se encendió en el estacionamiento era el del monovolumen de Stern. Esperó hasta que el coche se alejó.

No había nada en esta habitación que le interesara. Con sus paredes de piedra gris y su suelo de hormigón pintado, el espacio se había organizado para que encajara con la mentira que le habían contado a Kelly durante toda su vida.

Ian sacó su linterna. El candado de la puerta era bueno, así que sacó una navaja del bolsillo y arrancó los dos clavos que sujetaban el

pestillo a la puerta. Los apartó, abrió la puerta y dirigió el haz de luz hacia la sección separada del sótano.

De un rincón lejano salía un zumbido. La habitación parecía ser un almacén de algún tipo. Entró y accionó el interruptor de la luz.

La habitación estaba llena de cajas. Sillas, escritorios y camas se apilaban ordenadamente contra las paredes, cerca de más estanterías metálicas llenas de cajas. Todo parecía estar etiquetado. Ian cerró la puerta tras de sí y miró una pila de cajas a su izquierda.

Se quedó mirando las etiquetas durante un largo rato. En todas ponía Nuevo México. Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Volvió a mirar las cosas allí guardadas.

Todo estaba limpio. No se veía ninguna capa de polvo en nada. Incluso el olor de la habitación era diferente, y miró hacia el rincón más alejado. El zumbido procedía de un deshumidificador.

Ian tomó una silla que había junto a una mesa. Tanto en la silla como en la mesa había una etiqueta. Nuevo México. Estudio. Butler. Miró la etiqueta de una lámpara de lectura. La misma información.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Todo procedía de la Misión Butler en Nuevo México. Todo lo que pertenecía al autoproclamado profeta —desde el escueto mobiliario de los edificios hasta los libros del propio apartamento de Butler— se había subastado para pagar los gastos de entierro de las víctimas cuyas familias no habían acudido a reclamar sus cuerpos. Ian recordaba que se había celebrado la subasta. No se había atrevido a ir, pero sabía que había un buen número de personas que acudieron a pujar por la propiedad. Entonces le había parecido macabro, pero no tenía ni idea.

Todo estaba aquí.

Ian abrió la tapa de una caja que había junto a sus pies. Estaba llena de libros. Encima había un inventario suelto. Ojeó los títulos.

Todos tenían algo que ver con la religión. Las Escrituras Apocalípticas, el misticismo hindú, los escritos de Saint Germain, la Atlántida y el antiguo Egipto, los Rollos del Mar Muerto. La lista continuaba. Parte de la biblioteca personal de Butler. Dejó caer la hoja de nuevo en la caja y se acercó a la pared. Unas estanterías metálicas albergaban cajas más pequeñas. Las fechas eran más concretas y todo estaba ordenado cronológicamente.

Ian abrió la caja con fecha de febrero.

En ella encontró una serie de fotografías en blanco y negro. Se quedó mirando las imágenes, sintiendo que se le retorcían las tripas al ver las caras sonrientes. Grupos de personas trabajaban juntas, trasladando camas y muebles a un edificio. Sentados juntos durante las comidas. De pie en una misa. Butler hablando a una multitud embelesada.

Abrió otra caja. Y luego otra. Todas fotos similares. Era un registro fotográfico de la Butler Divinity Mission. Estas fotos no habían estado en la Misión el día del suicidio.

Ian avanzó por las estanterías y sacó una de las cajas con fecha más temprana. Butler parecía tan joven en estas fotos. Debían de ser fotos de los primeros días de la Misión, cuando aún estaban en Albuquerque. Volvió a colocar la caja en la estantería y sacó otra, hojeando las fotos. Estaba a punto de volver a poner la tapa cuando una de las fotos llamó su atención. Ian sacó la foto y miró la cara de la mujer que estaba sentada junto a Butler en la imagen. Parecía estar haciendo una entrevista.

Rose Wilton. La madre adoptiva de Kelly.

Ian volvió a buscar dentro de la caja, escarbando más hondo. Encontró más fotos de ella, todas con Butler. Diferentes días, diferentes atuendos. Miró la fecha de la caja. Estas fueron tomadas

antes de que Kelly naciera. Ella nunca habría sabido de la vieja conexión.

Kelly nunca había escapado de la Misión. Nunca había estado a salvo.

Ian sintió que las paredes del sótano empezaban a cerrarse sobre él, pero luchó contra esa sensación. Tenía que verlo todo. No, pensó, tenía que ver los últimos días.

Bajando por las filas de cajas, miró la fecha de cada una hasta que encontró la que buscaba. Era otro tipo de caja. La bajó de la estantería y rompió la cinta de precinto. En ella no había fotografías sueltas ni abarquilladas, sino un único álbum de fotos.

Le temblaban las manos al abrir la primera página. Pasó las páginas. Cada una contenía una única fotografía montada bajo una lámina de plástico. Tenía el pecho apretado y apenas podía respirar, pero miró cada fotografía. Estaban todos reunidos en la capilla. Todos escuchaban a Butler, con los rostros iluminados por la emoción. Varias fotos de la pila. Las copas. El reparto de velas.

Ian cerró el álbum y lo llevó hasta la silla que antaño había pertenecido a un monstruo. Se sentó y volvió a abrir el álbum.

A mitad de camino, llegó a una imagen de Butler sosteniendo una copa. Se quedó mirando la cara del hombre, tratando de discernir allí algo que explicara lo que estaba a punto de ocurrir. Nada. Pasó la página.

Cada página siguiente era un registro de los que se acercaban a recibir su copa de manos de su líder espiritual. El fotógrafo había tomado las fotos para captar a los creyentes de tres en tres. Uno tomaba la copa mientras los otros dos esperaban pacientemente.

Ian sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. Intentó no concentrarse en los niños perdidos, en la confianza que se traslucía

en muchos de los rostros. Pasó las páginas cada vez más rápido. Buscaba una cosa, una persona.

Y entonces la encontró. Encontró a Anne —sonriente, segura, hermosa— tomando la copa de veneno de la propia mano de Michael Butler.

Capítulo Diecisiete



Dan yacía inmóvil en la arboleda junto al estacionamiento, tratando de ignorar el frío húmedo que se le filtraba desde el suelo. Llevaba más de una hora tumbado y tenía las articulaciones agarrotadas. Podía oler el aroma terroso del pino y la tierra, y escuchó las voces de los miembros del grupo mientras abandonaban el comedor en masa y regresaban a las cabañas. El sol ya se había ido cuando empezaron a filtrarse hacia los bancos y el escenario, y pudo ver por sus siluetas que muchos llevaban túnicas o las llevaban sobre los brazos.

El tiempo transcurría en interminables tictacs de su reloj, pero cuando sintió que había oscurecido lo suficiente, Dan se dirigió hacia la parte trasera del comedor. El sonido de la gente reunida en los bancos frente al escenario cubierto le llegó mientras cruzaba hacia el edificio. Apoyando la espalda contra la pared, Dan se esforzó por oír, pero no podía saber si aún había alguien en el comedor o en la cocina.

No llevaba ni un minuto entre las sombras cuando se encendió una luz en una ventana situada encima de él, proyectando un largo rectángulo amarillo sobre el carril de tierra. Al oír una voz que se acercaba a la parte trasera del edificio, se acercó rápidamente al

contenedor y se escondió detrás de él justo cuando se abrió la puerta que tenía encima.

"Harán falta dos de ustedes para bajar la cuba grande, ¿saben?" La voz sonó como si procediera de un joven que estaba en la puerta, y la respuesta desde dentro fue amortiguada. "Dense prisa. La pila tiene que estar llena antes de que empiece el servicio."

La puerta se cerró con un golpe y un par de zapatillas bajaron los escalones de madera. Los músculos de Dan se tensaron cuando el joven se acercó al contenedor. La tapa se abrió con un chirrido y varios envases de plástico vacíos fueron arrojados dentro, resonando el sonido hueco. La tapa se cerró de golpe, pero el hombre no se apartó de inmediato.

Dan se preguntó si le habrían descubierto. Contuvo la respiración mientras pasaban los segundos. Su mente consideró las posibles situaciones y sus propias respuestas. Bastante limitadas, en conjunto. A su espalda, sintió la vibración de una puerta que se cerraba en algún lugar del comedor.

Entonces, cuando el sonido de un teclado llegó a través de los altavoces, oyó que el joven se alejaba. Dan respiró hondo y salió de su escondite. Al asomarse por la esquina del edificio, pudo ver las brillantes candilejas que iluminaban el escenario, dos de ellas enfocadas en la pancarta que colgaba al fondo. Su campo de visión del escenario estaba obstruido desde aquí.

Sobre el lago, la luna empezaba a salir, pero estaba envuelta en una extraña niebla de aspecto antinatural que se aferraba a la orilla del lago.

Alguien habló por un micrófono y pidió a todos que se sentaran como se les había indicado. El tecladista se puso a tocar y los acordes de una canción gospel llenaron el ambiente. Los fieles se pusieron a cantar de inmediato.

Manteniéndose agachado, Dan corrió entre las sombras hasta llegar a una cabaña detrás de la oficina del administrador. Unos ministros vestidos con túnicas rojas y fajas blancas estaban de pie junto a la puerta de la oficina del campamento. Mientras los observaba, surgió una figura solitaria, vestida de blanco. El séquito se formó en torno a su líder, pero Dan reconoció inmediatamente al "Padre" Ty Somers.

"Bingo", respiró.

Mientras la escolta avanzaba hacia el escenario, Dan se acercó. Desde allí, tenía una visión clara de la parte delantera del escenario y de gran parte de la congregación que se balanceaba y cantaba. Todos vestían túnicas idénticas de color rojo sangre.

El escenario estaba iluminado como un estudio fotográfico, con luces y pantallas. Justo delante del escenario, media docena de miembros del círculo íntimo de la secta ocupaban sus puestos, de cara a la asamblea, dispuestos a dirigir a la congregación en la oración y el canto. Joshua Sharpe estaba de pie en el extremo más alejado. En el centro del escenario, en una gran silla envuelta en una reluciente tela blanca, se sentó Tyler Somers, recogido en actitud de profunda meditación, con el cuerpo inmóvil y los ojos cerrados.

Dan vio a Ken Burke avanzar por el pasillo central, con su cámara haciendo clic mientras grababa la escena. El fotógrafo enfocó a Somers, luego se volvió y fotografió a la congregación.

Junto a la pila, había un caballete vacío con fajas rojas y blancas. Había copas sobre una mesa al otro lado de la pila. Un destello de preocupación se apoderó de él. Miró el reloj cuando dejaron de cantar.

Somers se levantó y se acercó al micrófono, y se hizo el silencio en la asamblea. Sonrió y levantó las manos. Una mujer le dio la bendición desde algún lugar del fondo.

"Que el gran Señor y su profeta y santo Miguel nos sonrían, hijos."

Un gran "Amén" sonó como respuesta.

"Siéntense, hermanos y hermanas, porque tenemos mucho que discutir."

Los fieles se acomodaron en los bancos.

"ESTE es el momento de nuestro Rapto", comenzó Somers atronadoramente. "ESTE es nuestro momento. Nuestro turno. NUESTRO CAMINO."

Mientras hablaba, la niebla a sus espaldas empezó a disiparse. Sin mirar, señaló el lago.

"Los planetas y las estrellas se han alineado una vez más, niños, abriéndonos el camino a través del universo. ¿Lo ven, hermanos y hermanas?"

La luna, enorme y blanca, se hizo visible de repente en un cielo nocturno sin nubes, y la luz de la luna se reflejó brillantemente en el lago, sus rayos se deshicieron en un millón de fragmentos sobre la superficie del agua. Parecía un camino de oro a través del lago.

Se oyeron gritos de "¡Sí!" y "¡Ya lo veo!".

"Es nuestro camino", continuó. Somers se movió de un lado a otro del escenario, mirando a los ojos de sus fieles. "Somos los Elegidos. Es nuestro destino."

"Piensen, hermanos y hermanas, en cómo nuestra vida sigue el plan divino. En esto, nos conformamos a Su voluntad. En esto no hay lucha. Nos unimos a Él voluntariamente, en feliz y gozosa exaltación de Él y de sus santos que nos han precedido. Nuestro camino es Su diseño, Su plan divino."

Somers levantó las manos al cielo.

"Úsame, Miguel, como el instrumento, como tú eres eternamente el instrumento, del Ideal. Guíame desde las orillas del lago ardiente,

vosotros santos que habéis ascendido a través de las edades, guiadme en este tiempo de Tribulación. Enseñadme, santos, a recorrer el camino eterno en nuestro momento de Rapto."

Un grito salió de entre los creyentes: "Bendícele, Miguel."

"Hermanos y hermanas, unamos nuestros corazones y nuestras almas para reconocer al portador de luz, al que tiene abierta la puerta de la eternidad. En nuestra unificación, en nuestra participación de la Sangre Divina, ya no caminaremos por la senda oscura de nuestra limitada razón humana. Unificados con Él, compartimos la energía divina que disipa la ignorancia humana. De esta energía surge el vestido de la eternidad, el gran vestido sin costuras de la Divinidad viviente."

"Mira al cielo." Somers señaló hacia la luna creciente. "Nacido del Sol Divino que creó toda la energía, ese planeta es un signo de nuestra redención. Así como la Luna es un imán en este plano existencial, controlando el flujo y reflujo de las mareas de los grandes océanos, el Imán Divino que creó el universo controla el flujo y reflujo de las mismas sombras y de la luz. Ahora es el momento en que el Imán Divino nos atrae, con una conciencia transformada, hacia el plano ascendente. Al romper los lazos de nuestra frágil existencia humana, renovamos los antiguos pactos en los que somos llamados de vuelta a casa, al seno mismo de Él."

"Ahora es nuestro momento, familia mía. La última vez que ocurrió Khumba Luxor, alineando los cuerpos celestes y abriendo nuestro camino espiritual, nuestro Profeta Miguel guió a nuestros hermanos y hermanas a través de la puerta eterna. Ahora las estrellas y los planetas están de nuevo en su lugar, y el Profeta nos dejó Su propia descendencia Divina, nuestra propia Luna-K, para guiarnos más allá de las tenaces ataduras de esta existencia terrenal. Nacida de la Casa de Cáncer, ella es la Hija de la Luna para

llevarnos a casa. Nutrida y guiada hasta este lugar y momento, Luna-K se convertirá ella misma en el camino de la llama sagrada. Para nosotros, para este momento, para este Khumba Luxor, el Padre nos ha dejado a su propia hija, el conducto de la fuerza de la energía divina. Ella es la llama sagrada, el Imán Divino, el día y la noche, el consciente y el inconsciente, el Creador y el Destructor. Ella está aquí, hermanos y hermanas, para guiarnos a casa."

Somers continuó hechizando a la congregación, explicándoles el significado del acontecimiento en el que estaban a punto de participar. Alabándoles por su fidelidad y castigándoles por su pecado, fue elevando el tono de su mensaje, envolviéndoles en su poder. Las emociones de los creyentes se desbordaban a medida que hablaba. Luego, cuando los tenía bien agarrados, volvió a su exhortación anterior.

"Ha llegado el momento de subir a los cielos", gritó. "¿Pueden verlos, hermanas y hermanos? ¿Pueden ver al Profeta, santo y vestido de blanco? ¿Lo ven allí esperándonos? ¿Lo ven con nuestros hermanos que nos precedieron, de pie ante el Trono Blanco, con los brazos abiertos? ¿Dándonos la bienvenida?"

"Prepárense, hijos. La gloria de nuestra ascensión aguarda. La corriente de energía que nos llevará está de nuevo abierta para nosotros, Sus Elegidos. Como el Cristo nos mostró en aquella mañana de Pascua, se nos ha dado nuestro paso. No hay final de la vida para nosotros. Tenemos el carro de fuego. Tenemos con nosotros el Hilo eterno del Contacto. Tenemos al Ángel de Su Sangre. Luna-K, la Hija de la Luna, el Imán Divino, la llama sagrada. Ella está con nosotros."

Somers levantó las manos sobre la multitud. Un retrato de Kelly fue subido y colocado en el caballete junto a la pila bautismal y cubierto con los paños carmesí y blanco. La gente aplaudió y hubo

gritos de alegría de la congregación. La cámara de Ken Burke seguía disparando.

"Luna-K nos guiará, hijos míos, fuera de los colores limitados de la existencia humana hacia el espectro infinito de la luz eterna. Al mundo celestial de los santos ascendidos y los seres divinos. Ellos nos esperan... y nuestro momento está cerca. Prepárense."

Mientras el teclado entonaba un canto grave y sombrío, los asistentes se apresuraban por los pasillos distribuyendo velas. Somers se dirigió al trono blanco y se sentó, claramente agotado por ser el vehículo del mensaje. Tenía las manos sobre los reposabrazos y la barbilla apoyada en el pecho. Un ministro se acercó con una copa de algo de beber, de la que logró beber un sorbo antes de ponerse en pie cansinamente. Burke enfocó con su objetivo el rostro de Somers.

En cuestión de minutos, los fieles estaban de pie con las velas encendidas, balanceándose al unísono con el lento subir y bajar de la música. Somers se acercó de nuevo al micrófono.

"Hermanos y hermanas, mi alma se levantará."

"Mi alma se levantará" emanaba de las bocas de toda la multitud.

"Mira cómo se funden las sombras", canturreó.

"Mi alma se levantará."

"Mira cómo se derriten los velos."

"Mi alma se levantará."

"La necedad es el pensamiento humano."

"Mi alma se levantará."

"Se derrite y se desvanece en el aire."

"¡Mi alma se elevará!" El tono de la asamblea iba en aumento.

"Todo lo que YO SOY está en todas partes."

"¡Mi alma se levantará!"

"¡En todas partes, en todas partes YO SOY!"

"¡MI ALMA SE ELEVARÁ!"

"El reino de los ángeles te espera."

"MI ALMA..."

Los cánticos no cesaban. Dan miró a los miembros de la congregación que podía ver. Sus rostros habían adquirido claramente un aspecto de trance. Nadie miraba a otra parte que no fuera el escenario. Las velas se consumían, pero nadie les prestaba la menor atención.

"¡MI ALMA SE ELEVARÁ!"

"La llama purificadora te espera."

"¡MI ALMA SE ELEVARÁ!"

"Ven y bebe la sangre divina."

"¡MI ALMA SE ELEVARÁ!"

Somers se detuvo bruscamente, levantando las manos hacia el grupo. "Vengan, niños. Beban las aguas. Nos acercamos al Rapto."

En silencio, toda la asamblea, incluidos los niños, avanzó en fila. Al frente de la fila, cada miembro sopló la vela que llevaba en la mano y recibió del propio Somers una copa llena del líquido de la pila, que los ministros le entregaron. Ken Burke fotografió a cada uno mientras recibía la copa. Después, igual de silenciosamente, todos volvieron a sus asientos y se pusieron de pie con sus copas levantadas hacia su líder.

Dan se levantó, sin saber qué hacer. Cuando todos los miembros de la congregación estuvieron de pie en sus asientos, Somers tomó una copa.

"Beban por la memoria de los que nos precedieron, niños. Beban por el camino que tenemos por delante. La puerta de la eternidad está abierta."

Mientras todos bebían de sus copas, Dan miraba horrorizado.

Pero su sobresalto fue momentáneo, pues oyó un paso detrás de él y giró la cabeza justo a tiempo para ver el destello del cuchillo en la mano de Wilson Blade.

Capítulo Dieciocho



A LAS DIEZ, Kelly sentía curiosidad por saber qué le había pasado a Ian. A las once, estaba lo suficientemente preocupada como para ir a buscarlo.

Primero comprobó que su hija dormía. Al asomarse por la ventana, Kelly pudo ver las formas de su propio coche y el de Ian a la luz de la luna. El lugar donde los Desposito habían estacionado el camión de alquiler la noche anterior seguía vacío. No podía ver el resto del estacionamiento desde ese ángulo. Miró hacia el lago desde una ventana en el lado opuesto del apartamento. Todo estaba tranquilo. La luz de la cabaña de Dan estaba encendida. A lo lejos, al otro lado del agua, podía ver las luces del campamento encendidas.

Kelly bajó las escaleras. El pasillo del segundo piso estaba en silencio, iluminado solo por dos luces de noche en cada extremo. No había luces bajo ninguna de las puertas. O bien los huéspedes aún no habían vuelto o ya se habían instalado para pasar la noche. Por un momento, Kelly pensó en la complicación que supondría para Janice su marcha mañana. Rápidamente lo desechó, recordándose a sí misma que la mayoría de esas personas, si no todas, estaban vinculadas de algún modo a la nueva Misión al otro lado del lago.

Probablemente solo Victor Desposito y su amigo no formaban parte de ella; eran los únicos que tenían programada una salida.

Estaba a mitad de camino por la escalera de atrás, cuando Ian dobló la esquina.

"Me preocupé", empezó.

"No deberíamos dejar sola a Jade", dijo en voz baja, acercándose. "Cerré todas las puertas".

"No creo que hayan vuelto todos", dijo retrocediendo para dejarle espacio. El pasillo estaba oscuro, pero ella notó la linterna en su mano. "Todo el mundo tiene una llave de la puerta principal, sin embargo."

"¿Tienes teléfono en tu apartamento?"

Kelly asintió.

Ian hizo subir a Kelly delante de él por las escaleras. Se dio cuenta de que prestaba mucha atención a cerrar la puerta y a probarla.

No fue hasta que estuvieron arriba cuando Kelly se volvió y vio el cambio en él. Aunque su expresión era ilegible, ella pudo ver el férreo control que mantenía sobre sus sentimientos. Su mandíbula se apretaba y se desencajaba. Podía sentir la tensión en él.

"¿Ha pasado algo?"

Sacudió la cabeza y entró junto a ella en el apartamento. Ella lo siguió y observó cómo Ian se inclinaba sobre la cama de Jade y contemplaba a la niña durante unos instantes. La niña dormía plácidamente, y él tocó suavemente un mechón de pelo de Jade antes de enderezarse.

Su rostro volvió a endurecerse mientras sus ojos escrutaban el apartamento. Sin mediar palabra, abrió las puertas de los dos armarios de ella, mirando dentro todo el espacio, incluso encendiendo la linterna para inspeccionar los techos de los armarios.

Ella le vio mirar debajo de las camas y dentro del gran baúl de mantas que guardaba contra una pared. También revisó los armarios de la cocina y el cuarto de baño.

Kelly sintió un escalofrío al darse cuenta de que los miembros de la secta podrían llegar a esconder a alguien o algo en su apartamento. Sabía que la habían estado escuchando. Todo era tan diferente de como lo recordaba.

Por mucho que lo odiara, por mucho que supiera que no pertenecía a ese lugar, Kelly recordaba muy pocas coacciones manifiestas en la Misión de Nuevo México. Las noches previas al suicidio final en la Butler Mission estaban llenas de rituales en los que todos debían participar, pero nadie les había puesto una pistola en la cabeza. Había sido la presión de los compañeros, no la amenaza de violencia, lo que había hecho que la propia Kelly se pusiera en la cola. E incluso aquella última tarde, cuando Lauren se llevaba a cuatro niños de la Misión, Kelly había visto a miembros de la secta vigilando su salida. Es cierto que nadie asignado a la seguridad aquella noche los había visto, pero nadie más había intentado detenerlos.

Ian realizó un rápido registro de su propia habitación. Kelly esperó en la sala de estar hasta que apagó la luz y volvió a salir.

"¿Podrías decirme qué ha pasado?"

"No creo que quieras saberlo", dijo, apagando las dos lámparas de la sala de estar. Abrió las contraventanas y entró la luz de la luna naciente.

Kelly le vio estudiar el estacionamiento de abajo. "Ian, te he escuchado y he estado de acuerdo con todo lo que me has dicho hasta ahora, creyendo que lo que me has estado diciendo es la verdad absoluta. Lo que no quiero es que te reprimas ahora".

"De acuerdo". Se volvió de espaldas a la ventana. "Pero antes, creo que deberías saber que cuanto antes te vayas, mejor".

"Por supuesto".

"Además, necesitaré hacer una llamada antes de que te vayas."

"No hay problema."

"Kelly, cuando trabajabas con esta Sallie Davies, ¿recuerdas que alguna vez hablara de un hijo?"

Le miró fijamente un momento. "Sallie estaba divorciada y vivía sola. Cuando me llamó esta primavera, mencionó que Dan vivía con su padre. ¿Por qué?"

"Lo sabremos mañana, después de que haga una llamada y averigüe a quién le unta el pan Dan".

Kelly se sentó en el borde de una silla. "¿No es quien dice ser?"

"No lo sé. Pero si no obtengo una respuesta directa mañana por la mañana, te sacaré a ti y a Jade de aquí yo mismo. Te encontraré un lugar donde quedarte temporalmente hasta que esto termine".

"Y tú te quedarás con nosotros", repitió Kelly, sintiendo que se le levantaba el ánimo por primera vez desde que todas las revelaciones sobre las mentiras empezaron a amontonarse sobre ella.

"Tengo que volver para el lunes".

Kelly se tragó el doloroso nudo de protesta que se le formó en la garganta. Se puso en pie, recorrió la sala de estar y miró a Ian a través de la oscuridad de la habitación. Estaba apoyado en un lado de la ventana, fingiendo que miraba al exterior. Pero había algo más. Caminó hacia el otro lado de la ventana, imitándole.

"Sospechar que Dan es otra persona no es lo único que te preocupa, ¿verdad?", preguntó ella, acercándose y tocándole suavemente la mano. "Pasó algo."

Su respuesta tardó en llegar. Tardó unos largos segundos en volverse y mirarla, en verla de verdad.

"Quiero que se acabe", dijo en voz baja. "De una vez por todas. Acabado y terminado. No quiero volver a mirar atrás".

"La Misión", dijo en voz baja.

Oyó la pena en su tono. Cuando sus miradas se cruzaron, supo que sus ojos contenían miles de lágrimas no derramadas.

"Ian", dijo suavemente. Acortó la distancia que los separaba y lo rodeó con los brazos. Apoyó la cabeza contra su corazón. "Al menos he tenido un respiro. A pesar de todas las mentiras que me rodeaban, creía que llevaba una vida normal. Que había quedado atrás. Pero tú no has tenido eso. Llevas mucho tiempo torturándote con esto".

Levantó la vista y le tocó la mejilla.

"Desconecta esto", dijo con firmeza. "Llama a todas las fuerzas del orden que puedas. Deja que los demás se encarguen. No hay ninguna garantía de que vayas a obtener ninguna respuesta sobre la muerte de Anne yendo tú mismo a ese campamento. Es más probable que nunca tengas una respuesta a lo que pasó".

El silencio era total mientras permanecían junto a la ventana, envueltos por la suave y pálida luz de la luna. Kelly podía ver la luz de la luna reflejada en sus ojos.

"Pero sé la respuesta", dijo en voz baja. "Solo que no sé cómo dejarlo todo atrás".

"¿Sabes? ¿Pero cómo podría...?"

Ian la estaba besando antes de que ella pudiera terminar su pregunta. La besó con tanto anhelo que ella no pudo hacer otra cosa que responder a su necesidad, dejando que su propia necesidad, tan profundamente arraigada en su interior, saliera a la superficie.

La apartó de la ventana y la apoyó contra la pared. Ella ardía de excitación mientras las manos de él recorrían su cuerpo. Su boca era dura y exigente, y profundizó el beso.

Se inclinó hacia él cuando su mano encontró su pecho desnudo bajo la camisa. Sus manos estaban por todas partes. Gimió de placer cuando él presionó su mano en el más íntimo de los lugares a través de la gruesa tela vaquera de sus vaqueros. Se arqueó contra él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con pasión sin sentido, mientras la dulce presión de su interior aumentaba. De repente, se dio cuenta de que estaba a punto de desmoronarse. Kelly liberó su boca, recurriendo a su último atisbo de sentido común.

"Aquí no", susurró con voz ronca.

Su boca saboreó la piel de su cuello. Tardó en apartar las manos de su cuerpo.

"Vamos a tu habitación", le susurró al oído.

Sus ojos eran negros cuando se encontraron con los de ella. Ella podía ver que él también estaba pensando ahora. "No deberíamos. Te estoy complicando la vida más de lo necesario, ahora mismo".

Kelly negó con la cabeza. "Si eres una complicación, entonces quiero que me compliquen la vida". Entrelazó sus dedos con los de él y tiró de él hacia su habitación.

Ian la siguió, su mirada la quemaba con su intensidad. Una vez dentro de la habitación de huéspedes, cerró la puerta casi por completo y se volvió hacia él.

"Primero, tengo algo que decirte", dijo entrecortadamente. "La razón por la que estoy sufriendo ahora mismo. Esta noche, descubrí que mi esposa estaba en esa Misión por voluntad propia. Compró las cosas que Butler vendía. Fue a su muerte, con todos esos otros, sonriendo". Hizo una pausa, luchando por mantener la compostura. "Todos estos años, he estado persiguiendo a un fantasma que nunca conocí realmente. No había ningún crimen que resolver. No había que restaurar su honor. Ella hizo lo que quiso, cuando quiso, y yo fui

un tonto por no verlo entonces, y por no darme cuenta durante otros veintidós años."

"No eres tonto", le reprendió suavemente, acercándose a él y agarrándole un puñado de su camisa descolorida. "Puedo ver quién eres. Eres un hombre capaz de amar profundamente. Eres un hombre de honor. Siento que tu matrimonio acabara así". Ella tiró de su camisa, asegurándose de que tenía su atención. "Pero Ian, me alegro de que aparecieras aquí cuando lo hiciste. Nos estás dando a mi hija y a mí otra oportunidad en la vida".

Ian la miró como si estuviera viendo un lado de ella que no conocía.

"¿Dónde aprendiste a comportarte como un tipo duro?", dijo finalmente, con el rastro de una sonrisa asomando a sus labios.

"Yo vivía al lado de un pequeño cine en East Ninety-third", dijo, dejando que sus dedos recorrieran la parte delantera de su camisa. "Solo proyectaban películas de los años cuarenta. Bogie, Cagney, Ladd..."

Él tomó y aplastó la mano de ella contra su duro estómago. "Kelly, soy... antiguo. Tienes que saber que ya estoy profundamente enamorado de ti y de tu hija. Lo que intento decir es que las cosas podrían ponerse un poco sentimentales por mi parte. Así que, ¿estás segura de que quieres meterte conmigo?".

Kelly sonrió y rozó sus labios con los de él, provocándolo hasta que él estuvo dispuesto a profundizar el beso, pero ella se apartó. "Sí. Realmente quiero meterme contigo".

"En ese caso..." Dejó escapar las palabras mientras desenfundaba su pistola del cinturón.

Kelly le vio expulsar el cartucho antes de dejar el arma en la mesilla de noche. Se quedó mirando cómo Ian se desabrochaba la camisa y se la quitaba.

"Tu turno", le dijo, con los ojos recorriendo su cuerpo, provocándole un cosquilleo en la piel.

Su marido era el último hombre con el que había hecho el amor. Y aquella vida parecía haber tenido lugar hacía eones. Aún así, a Kelly le sorprendió que Ian insinuara que podría ser demasiado joven para él. Ahora se sentía casi loca de deseo por él y quería que él también sintiera lo mismo por ella.

"¿Me toca a mí?", dijo en voz baja.

Muy despacio, se subió la camiseta y se la puso por encima de la cabeza. La dejó caer al suelo.

"¿Cómo estoy?", preguntó ella, al ver que su mirada se centraba en sus pechos.

"Simplemente perfecto", dijo con voz ronca.

"¿Todavía es mi turno?", preguntó, abriéndose el botón superior de los vaqueros, luego el siguiente y el siguiente después de ese.

Eso fue todo lo lejos que llegó antes de que Ian la tomara en sus brazos. En un instante, estaba tumbada de espaldas en la cama y él estaba allí con ella, besándola profundamente mientras luchaban por quitarse el resto de la ropa.

Kelly lanzó un suave grito cuando Ian la penetró. Él intentó retirarse de inmediato, pero ella lo sostuvo, estirándose y besándole el labio mientras se elevaba hacia él. Había pasado tanto tiempo.

"Dime si te estoy haciendo daño."

"Esto está tan bien", susurró ella. Él retrocedió y volvió a empujar. El cuerpo de ella se estiró y lo absorbió más profundamente. Kelly arqueó la espalda y dejó que las oleadas de placer aumentaran en su cuerpo.

Le besó los labios y le miró a los ojos mientras le hacía el amor. Pudo ver su corazón y su alma. Había dolor por tantos rostros, por tanta gente. Y en él había rabia por una mujer. Kelly veía un oscuro

pasadizo de incertidumbre. Intentó ver más, mirar más profundamente.

Estaba allí, como ella sabía que estaría: el amor, puro y verdadero, brillando dentro de la esfera protectora que rodeaba su corazón.

A medida que sus cuerpos se amoldaban el uno al otro, también lo hacían sus almas, y Kelly lo vio en el momento en que se convirtieron en uno.

Ian se acercó más, sellando la boca de ella con la suya, y la danza del amor se volvió frenética. Subieron más y más hasta que Kelly le oyó gritar igual que ella, y se elevaron juntos a través de una nube palpitante.

La noche anterior, había maldecido la vieja cama por ser demasiado estrecha y corta. Esta noche, Ian decidió que la vieja y chirriante cama tenía el tamaño perfecto. La única forma de que los dos estuvieran cómodos en ella era que Kelly se tumbara con su cuerpo sobre el de él.

Le gustaba mirarla con la cara apoyada en su pecho y la barbilla apoyada en el dorso de las manos. Tenía el pelo revuelto y los rizos desordenados sobre su hermosa piel. Sería tan fácil para Ian perderse en el nuevo comienzo que cada uno podría darle al otro. Otra oportunidad en la vida, lo había llamado.

Aléjate de este desastre al otro lado del lago, se dijo a sí mismo. Llévatela y no mires atrás. Kelly lo había dicho. Deja que otro se ocupe de la catástrofe que estaba a punto de desencadenarse.

Inconscientemente, Ian levantó la mano y trazó la cicatriz de la frente de Kelly. Ambos estaban marcados a su manera. Se preguntó

hasta dónde podrían huir, o si alguna vez podrían olvidar.

"También sabes de mi otra cicatriz. La del tobillo."

Su mano se detuvo.

"Me acuerdo de ti", dijo en voz baja. "La noche del accidente en Nuevo México. Estabas allí. Hablando conmigo."

Ian le acarició suavemente el pelo. "No sabía si te acordabas o hacías la conexión."

"Al principio, no. Pero ahora sí."

"Antes tenía miedo de decir algo al respecto. Entonces yo era un adulto y tú una niña. Parece un poco extraño, sentir lo que siento por ti ahora."

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. "Solo nos llevamos once años. No cincuenta."

"Doce años."

"Me comprometo. Once y medio." Le dio un beso en el pecho. "Y sé a ciencia cierta que tenías otros intereses en ese entonces."

"Es verdad", susurró. Su mente se desvió hacia Anne y lo que había visto en el sótano. Había tanto allí. Solo había tenido tiempo de rascar la superficie. Una superficie fea pero importante.

"¿Cómo te enteraste de lo de Anne?"

"¿Qué sabes de tu propio sótano?" Ian respondió a la pregunta de Kelly con una propia.

"¿Mi sótano? Tenemos nuestras lavadoras allí. ¿Por qué?"

"¿Por qué no pasaste de esa habitación? ¿No tenías curiosidad por ver el resto de la bodega?"

"¿Te refieres a la parte trasera del sótano? Janice y Bill la usan para guardar sus efectos personales. Llevo dos años en esta casa y nunca he pasado del cuarto delantero donde lavamos la ropa."

"¿Necesitaban más espacio del que les diste en la casa de carruajes?"

Kelly se encogió de hombros. "No tenía motivos para desconfiar de ellos. Y tampoco es que yo necesitara el espacio. Vendí casi todo lo de mi apartamento en Nueva York antes de mudarme. Lo poco que me traje cabía aquí."

Ian supuso que Janice estaba implicada en la Butler Mission, pero aún no había decidido la implicación de Bill. El viejo y duro pájaro no encajaba del todo en el perfil, por lo que Ian podía decir. Pero, de nuevo, encontrar a Rose Wilton en esas fotos había sido una sorpresa.

"¿Qué hay en esa habitación de atrás?" preguntó Kelly.

"Es una especie de depósito de todo. La historia de la Misión. Los sermones de Butler, libros, todo lo necesario para educar a la próxima generación de mártires."

Ian notó que el cuerpo de ella se ponía rígido.

"¿La próxima generación?"

Le habló de los libros, de los muebles y de las fotos, sobre todo de las fotos.

"Tu madre, Rose Wilton, estaba en algunas de esas fotos."

Kelly le miró con incredulidad.

"No en las fotos posteriores. Eran instantáneas de algunos de los primeros días. Parecía que estaba haciendo una entrevista."

Kelly guardó silencio durante un largo rato y él la dejó pensarlo.

"Enseñaba antropología cultural", dijo finalmente. "Eso incluía religión, así que me lo imagino. Nunca me habló de ello, nunca actuó ni insinuó en modo alguno que hubiera tenido relación con la Misión."

"Ella no lo haría, al igual que Anne no lo hizo. Si mi suposición es correcta, Rose tenía un trabajo que hacer: mantenerte a salvo y traerte aquí."

"¿Y Frank?"

Ian negó con la cabeza. "Es que no lo sé. Solo he echado un vistazo a algunas cajas y registros. Podría equivocarme, y la conexión de Rose podría ser totalmente inocente. Pero lo que no puedo entender —dijo frunciendo el ceño— es cómo pudieron pensar que un recluta potencial llegaría a creerse sus creencias después de ver esas fotos."

"No todo el mundo las veía", respondió. "Recuerdo que, incluso a mi edad por aquel entonces, me di cuenta de que había una doctrina de 'los de dentro' y otra de 'los de fuera'. La secta tenía niveles de pertenencia, basados en la confianza. Cuanto más importante eras, más secretos conocías. Además, nos decían constantemente que teníamos que proteger nuestras creencias de nuestros enemigos. Así que lo que se exponía al público, a los posibles donantes y a los nuevos miembros, era diferente."

"¿Nuevos miembros como Anne?"

Asintió con la cabeza. "Ahora sé cómo se hizo. Era psicología estándar. La manera del Padre Mike con gente como ella era apelar a su compasión y ganarse su confianza, luego practicar técnicas básicas de control mental."

"¿Te refieres a un lavado de cerebro?"

Se encogió de hombros. "Hay elementos de lavado de cerebro e hipnosis. La presión de grupo forma parte de ello, pero también la negatividad constante con la que se bombardea a los miembros. Se utilizan cánticos como parte de la oración para crear asociaciones subconscientes. Hace unos años, cuando empecé a investigar algunas de estas cosas, me sorprendió ver cuántas personas brillantes, educadas y de orígenes estables se han visto arrastradas a diferentes sectas."

"La mayoría de las víctimas de Butler eran menores de edad o mujeres jóvenes que habían ido allí pensando que era seguro."

"Lo sé. Pensaban que iban a entrar en una bonita, grande y feliz familia. Una vez allí, perdieron rápidamente la libertad de tomar decisiones. Renunciaron a ellas libremente, pensando que el Padre Mike sabía lo que era mejor para ellos. Después de eso, todo fue cuesta abajo. Compraron sus doctrinas porque no podía haber nada mejor para ellos en otra parte. También se les fueron implantando fobias sobre lo que les ocurriría física o espiritualmente si alguna vez daban la espalda a la secta."

"Estaban programados."

Kelly asintió. "Era una niña, pero yo también lo sentí. Lo raro fue que lo supe entonces. Eso no suele ocurrir, por lo que he leído. Aun así, también usó su poder de control mental conmigo. Me convertí en una persona diferente cuando estaba en presencia del Padre Mike. Tenía cierto poder, cierto carisma que sabía cómo usar con la gente. Cuando estaba frente a él, controlaba mi comportamiento, mis pensamientos, mis emociones. Mi voluntad."

Entrelazó sus dedos con los de él y le miró a los ojos antes de continuar. "No juzgues quién era tu mujer, ni cuánto te quería, ni si le importaba tu matrimonio, basándote en un par de fotos. Estaba programada, Ian, igual que Rose. Eran víctimas. Como trabajadora social, Anne era importante para ellos antes del suicidio. Su educación, su trabajo, la potencial cobertura mediática, todos eran factores. No la juzgues como una persona racional."

Había tanto en lo que pensar.

"Y mira que no sabemos mucho de la secta", añadió. "Tú la investigaste y yo fui miembro desde niña, pero tanto tú como yo pensábamos que lo que pasó hace veintidós años fue cosa de una sola vez. Que se había acabado. Pero, obviamente, no es así."

La miró, sintiendo cómo se le tensaban las mandíbulas. Lo que Kelly decía era cierto, y lo que todo eso significaba era que tenía que

ponerle fin. No solo para el lunes, sino para siempre.

En noches como esta, las estrellas no parecían reales. No proyectaban la apariencia de cuerpos celestes de gas y materia. Para el ojo humano, parecían más bien un millón de pequeñas lágrimas en un universo de terciopelo negro. Solo parecían insinuar una luz mayor, una iluminación mayor, que yacía más allá del tejido cósmico de la noche.

Aquí, bajo la esfera viciada y cubriente, el cielo de New Hampshire era cristalino, y la luna, siguiendo su ordenada trayectoria, iniciaba su descenso hacia el cielo occidental. Blanco y frío, el orbe lunar bañaba la orilla del lago con sus altos pinos y arces en una pálida luz azul. Desde debajo de los árboles, sombras negras que cambiaban de forma se deslizaban y crecían por el suelo irregular hasta tocar las paredes de la posada.

Fuera del apartamento del tercer piso, la placa de pizarra que representaba una luna creciente se mecía ligeramente con la brisa que entraba por la ventana abierta del rellano. Dentro, todo estaba tranquilo y quieto. La habitación estaba a oscuras, salvo por dos haces de luz que entraban por las claraboyas. Los dos haces se movían lenta e implacablemente por el suelo. La cama de un niño estaba en el camino de uno de ellos, y la luz trepaba por el lateral de la cama centímetro a centímetro.

La niña se inquietó en sueños, se dio la vuelta y rodó sobre su espalda. La manta amarilla que sujetaba entre los brazos cayó al suelo. El haz de luz siguió subiendo, enroscándose sobre el borde de la cama y acariciando su hombro. Permaneció inmóvil, con los brazos a los lados y un rostro inocente, tranquilo y sereno.

Como una presencia etérea, la luz de la luna se movía sobre la almohada. Se amoldaba a ella, llenando los pliegues del cuello de la camiseta de la chica, la ligera elevación de su clavícula, la curva de su oreja, las suaves líneas de su mejilla. Como un espectro de otro mundo, la pálida luz se apoderaba de todo lo que tocaba.

Cuando la luz de la luna tocó su párpado, los ojos de Jade se abrieron de repente.

No se movió. No emitió ningún sonido. La luz de la luna continuó su inexorable progreso a través de sus ojos que no parpadeaban. Jade miró al techo hasta que la luz de la luna le bañó toda la cara, y entonces se incorporó.

No miró ni a derecha ni a izquierda. Retiró las mantas, pasó las piernas por encima de la cama y apoyó los pies en el suelo. Ahora tenía la cara ensombrecida, pero no había diferencia. Como si siguiera dormida, Jade se levantó junto a la cama y no se movió durante un largo rato. Luego se dirigió en silencio a la silla donde tenía la ropa para la mañana. Se puso los vaqueros y se los abrochó. Recogió su sudadera y la puso por encima de su cabeza y se metió los brazos por dentro. Se sentó en la silla y se calzó las zapatillas.

Vestida, permaneció sentada durante varios minutos, con la mirada perdida en el apartamento. No vio los rayos de luna que cruzaban la cama vacía de su madre.

Como si hubiera recibido una señal invisible e inaudible, Jade se levantó y cruzó lentamente la habitación. Sin mirar a dónde iba, rodeó los muebles y pasó junto a la encimera que separaba la zona de estar de la cocina americana. Cuando llegó a la puerta abierta que daba acceso al apartamento, salió sin vacilar.

El sonido sordo de las voces procedentes de la habitación de más allá no la molestó, y pasó la puerta parcialmente abierta sin hacer ruido.

La escalera era empinada y muy oscura, pero no supuso ningún obstáculo. A tres peldaños del final, Jade se asomó y descorrió fácilmente el pestillo de la puerta. Descendió el resto del camino y entró en el pasillo, dejando la puerta abierta tras de sí.

Caminó por el largo pasillo, tocando el signo zodiacal de cada habitación a su paso, pero sin mirarlos ni una sola vez. La casa estaba en silencio y nadie salía de ninguna habitación. Al final, se detuvo en lo alto de las escaleras que conducían al salón. Por la ventana entraban los últimos rayos de la luna poniente, que la bañaban con su pálida luz. Se detuvo y se acercó a la ventana. Durante un largo rato, no hizo otra cosa que mirar sin ver el lago y el bosque. Luego, lentamente, levantó la mano y saludó a la oscuridad.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras con los brazos colgando a los lados. El salón solo estaba iluminado por la lámpara del mostrador de recepción. Los ojos negros y apagados del alce que había sobre la chimenea miraban tan vacíos como los ojos verdes de Jade. Se detuvo al pie de la escalera. La posada estaba en un silencio sepulcral. Luego, caminó por el vestíbulo hasta la entrada principal. Giró el pestillo y salió.

El aire era frío y fresco, pero ella no sentía nada. Al bajar los escalones de la entrada, el aire de su boca y nariz formaba pequeñas volutas, pero se disipaba rápidamente en la nada. La grava crujía bajo sus pies. Un momento después, salió del estacionamiento y comenzó a cruzar la hierba cubierta de rocío. Bajó la colina hasta llegar al lago. Ante ella, el agua era plana como el cristal.

Jade caminó a lo largo de la orilla del agua, pasando por delante de las cabañas, el cobertizo para botes y la playa, siguiendo la orilla del lago hasta que se acercó al bosque y se detuvo.

La luna se había puesto más allá de ellos, y el cielo en el este aún no había empezado a clarear. No se oía nada en el bosque. Ni búhos, ni coyotes cazando, ni ranas toro llamando desde el lago. Nada más que silencio y oscuridad en esta hora antes del amanecer.

De entre los árboles salió una figura solitaria.

Cassy le tendió la mano y Jade caminó sin vacilar hacia ella, colocando unos pequeños dedos en la mano de su niñera. La adolescente miró un momento hacia las oscuras ventanas del tercer piso y sonrió.

Luego, sin pronunciar palabra, giró a Jade hacia los árboles y desaparecieron.

Capítulo Diecinueve



El cielo empezaba a clarear y el fuerte piar de los pájaros prometía la llegada del amanecer. Kelly se inclinó sobre Ian para mirar el reloj. Eran las 5:01.

"Es hora de que vuelva." Le dio un beso en los labios e intentó levantarse de la cama. El brazo de él la rodeó. Kelly le miró a la cara.

"Todo irá bien", susurró.

Ella asintió, queriendo creerle, diciéndose a sí misma que no estaba sola en esto. Mientras hacían el amor o hablaban, se sentía feliz. La magnitud de lo que estaban afrontando le parecía manejable. Pero ahora, el nerviosismo se había apoderado de ella.

"Traeré el teléfono aquí", dijo sentándose en el borde de la cama. Tomó la camisa y los vaqueros y se los puso a toda prisa. El aire era frío. "Quiero que Jade duerma todo lo que pueda."

Ian también apartó las mantas y se sentó a su lado. "¿A qué hora empieza Janice por la mañana?"

"No antes de las seis y media o así. Wilson llega sobre las seis."

"Quiero hacer la llamada antes de que exista la posibilidad de que uno de ellos espíe abajo. No quiero poner en peligro la tapadera de Dan, si fue plantado aquí con un propósito."

Kelly se levantó. "Ahora mismo te lo traigo."

En silencio, abrió la puerta de par en par y salió al oscuro salón. La brisa que entraba por la ventana enfriaba el ambiente. Se pasó las manos por los brazos desnudos y se acercó a la ventana para cerrarla. El camión de alquiler de Desposito no había regresado anoche. Cerró la ventana, diciéndose a sí misma que tenía demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparse por un par de huéspedes que probablemente habían pasado la noche de juerga. No era la primera vez.

Al entrar en su apartamento, buscó inmediatamente el teléfono en la encimera de la cocina. Los rayos del amanecer habían empezado a colarse por las ventanas. Oyó los pasos de Ian detrás de ella y se dio la vuelta, entregándole el teléfono.

Se había puesto los pantalones, pero seguía sin camiseta. Durante unos segundos se quedó mirándolo. Qué hombre tan guapo era y qué rápido había llegado a significar tanto para ella. Era como si hubiera encontrado un viejo amor. La noche anterior no había sido solo pasión. Había sido sobre las diferentes formas en que estaban conectados el uno con el otro.

Le frotó suavemente el labio inferior con el pulgar y le indicó que sacara el teléfono.

Kelly asintió y cruzó la habitación de puntillas hacia la cama de Jade. Bastaron un par de pasos para que se diera cuenta de que habían echado las mantas hacia atrás. La cama estaba vacía. La vieja manta amarilla de su hija estaba tirada en el suelo junto a la cama. Sus zapatos y la ropa de la silla habían desaparecido.

El sabor de la bilis le subió al fondo de la garganta. De repente, no podía respirar. Se dio la vuelta y sus ojos buscaron por todos los rincones de la habitación. Corrió hacia el cuarto de baño y encendió la luz. No estaba allí. Kelly salió corriendo.

"No hay tono de llamada", susurró Ian desde la puerta abierta del apartamento. Su mirada se centró inmediatamente en Kelly. "¿Qué pasa?"

"Jade." El nombre salió en un sollozo doloroso. "Jade se ha ido."

Inmediatamente encendió la luz del techo y miró alrededor de la habitación.

"Mira en los armarios, debajo de la cama", dijo sombríamente, señalando mientras salía del apartamento.

Ella no estaba allí. Kelly conocía a su hija. A su hija nunca le había gustado esconderse en armarios ni meterse debajo de las camas. Siguió a Ian mientras encendía las luces y bajaba rápidamente las escaleras.

"¡Dios… no!", gritó, mirando por encima del hombro de Ian. La puerta al final de la escalera estaba abierta de par en par.

"Tú ve por este pasillo. Yo iré por la escalera de atrás", le dijo. Su voz resonó en los pisos superiores. "¡JADE!"

Kelly encendió las luces del pasillo. No le importaba despertar a nadie. Gritó el nombre de su hija mientras corría. Dobló la esquina, con la esperanza de que Jade estuviera en su rincón favorito, al final de las escaleras que conducían al vestíbulo. Nada. Bajó corriendo las escaleras y vio a Ian saliendo del pasillo detrás del mostrador de recepción.

"La puerta trasera sigue cerrada", le dijo, indicándole a Kelly que comprobara la puerta del comedor que daba a la terraza. Se dirigió a la puerta principal.

Fuera estaba saliendo el sol. La puerta de la terraza también estaba cerrada. Aun así, Kelly no sintió alivio al contemplar la espesa niebla que se elevaba desde el lago más allá de la playa.

"¡Por favor, por favor, Jade!", gritó, corriendo por las habitaciones de abajo. Vio a Ian fuera, en el pasillo, y sintió que sus esperanzas

se desvanecían. Se le llenaron los ojos de lágrimas y un sollozo la ahogó. Corrió hacia la puerta principal abierta y alcanzó a Ian en el estacionamiento.

"La puerta no estaba cerrada y la mosquitera estaba abierta", le dijo. "La cerré yo mismo anoche. Así es como salió. O como la sacaron."

"¿Cómo pudieron llevársela así como así?" preguntó Kelly desesperadamente. "¿Cómo pudimos no haberlos oído?"

"La puerta al final de la escalera no estaba forzada", dijo, frunciendo el ceño. "Ella se dejó salir."

"¡JADE!", gritó con todas sus fuerzas. Un par de pájaros alzando el vuelo y el sonido de la brisa en las hojas de los árboles cercanos al lago fueron su única respuesta. Nada más. Nada de Jade. Sin respuesta de nadie.

La extrañeza golpeó a Kelly al mismo tiempo que debió golpear a Ian. Los dos habían hecho tanto ruido como para despertar a los muertos. Miró hacia la casa, que se cernía ominosamente sobre ellos a la luz del amanecer. Nadie había salido de su habitación. Nadie se había asomado a las ventanas ni había aparecido para preguntar qué ocurría. La posada estaba llena de gente, pero no había ni un soplo de vida en ella.

La atención de Ian se centró en el estacionamiento. Los únicos vehículos que quedaban eran el coche de Ian, el todoterreno de Kelly y el viejo camión de Bill.

"Janice", susurró, corriendo descalza en dirección a la cochera. Jade iba allí a veces. Le gustaba que Bill le leyera libros en las sillas que había bajo el arce, junto a la puerta principal. La hierba estaba fría y húmeda en sus pies, pero Kelly apenas era consciente de ello. Solo el dolor que le desgarraba las entrañas la absorbía por completo.

"¡Por favor… por favor!", gritó, dirigiéndose a la puerta principal. "Que ella esté aquí. Por favor. ¡JADE! ¡Janice! ¡Bill!"

Golpeó la puerta. El interior no respondió. Giró el pomo y la puerta se abrió. Kelly casi se cae en la oscura sala de estar. El olor a muebles viejos y a humedad la recibió. Las cortinas estaban cerradas. Se dirigió a tientas hacia una de las mesas y encendió una luz.

Había cartas, signos del zodiaco y mapas antiguos por todas partes, clavados en las paredes, esparcidos por las mesas, las sillas y el sofá. Había cajas y libros viejos esparcidos por el suelo.

Kelly se quedó mirando, incapaz de comprender el desastre. No se parecía en nada a la Janice que conocía. La Janice que creía conocer. Vio la etiqueta de la caja más cercana. Nuevo México. Butler. Justo como Ian dijo que había encontrado almacenado en el sótano.

"¡No! Por favor, Dios, no", gritó Kelly, caminando por la casa. Fue al dormitorio. Las cortinas también estaban cerradas. Encendió la luz. A ambos lados de la ventana había dos camas vacías. En su mente, vio a sus padres adoptivos, Frank y Rose Wilton, durmiendo en esa misma habitación.

No fue casualidad que compraran esta posada cuando se jubilaron de la enseñanza. Formaba parte de un plan maestro en el que al menos uno de ellos había participado. Por lo poco que Kelly había oído de ellos sobre la mudanza aquí, no habían buscado otras posadas en otros estados. Frank le dijo una vez que Rose simplemente se había enamorado de Tranquility Inn, y que eso fue lo que desencadenó la mudanza. En aquel momento, con eso le bastaba.

Años de vivir aquí trajeron el desencanto. Kelly recordaba que Frank le había dicho en privado que comprar la casa había sido un

error. Rose había dicho lo mismo, con una nota de amargura en la voz, después de la muerte de Frank. Pero para entonces ya era demasiado tarde.

Ahora todo estaba claro para Kelly. El guión estaba escrito. Habían interpretado su papel, conscientemente, y cuando interrumpieron la obra, tuvieron que morir. Primero uno y luego el otro. Por la razón que fuera, Rose debió liberarse de la secta tras la muerte de Frank, así que tuvo que pagar el precio. Ambos habían sido aplastados por la maquinaria que había llevado a Kelly a este momento.

UNA MENTIRA. Toda su vida no había sido más que una elaborada mentira. No tenía opciones. Ningún control. Incluso al dejar la Misión. Dejaron ir a Kelly. Todo estaba planeado.

Kelly apartó las cortinas y abrió de un tirón la puerta corredera de cristal. Caminó a trompicones hacia el lago. No podía pensar, no podía ver. Todo era una niebla gris. Tropezó con una roca que sobresalía de la hierba y cayó de rodillas. El tacto de la hierba húmeda en sus manos la sacudió.

"¡Suéltenla!", gritó. "Haré lo que sea. Por favor, ¡dejen ir a mi hija!"

TANTO EL TELÉFONO del despacho como el de la recepción estaban muertos. A través de la ventana, Ian vio a Kelly salir de la cochera, moviéndose como un zombi. Al principio, pensó que había encontrado a Jade. Luego la vio de rodillas, gritando y llorando, y se le heló la sangre.

Subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso. Tomó su pistola y encajó el cartucho. Tomó las llaves del coche, la cartera y se puso una camisa por encima de la cabeza. Se metió los pies en las zapatillas. Entró corriendo en el apartamento de Kelly, tomó sus llaves del mostrador y recogió sus zapatos del suelo. Miró por la ventana. Kelly caminaba lentamente hacia la cabaña de Dan.

Bajó las escaleras tan rápido como le permitían sus piernas. No le harían daño a Jade, seguía recordándose Ian. Tenían que mantenerla a salvo para forzar la cooperación de Kelly. Mantendrían vivas a madre e hija, al menos hasta mañana.

El lunes. Se suponía que todo esto iba a empezar el lunes. Ian se maldijo por no haber actuado antes, por no haberlos sacado de aquí durante la noche.

Kelly llamaba a la puerta de la cabaña de Dan y pronunciaba el nombre de Jade. La vio abrir la puerta de un empujón y entrar.

Cuando llegó a la cabaña, ella estaba de pie al otro lado de la puerta. Tenía el dorso de la mano contra la boca y el rostro ceniciento. Estaba mirando algo al otro lado de la pequeña cabaña de una sola habitación, e Ian se puso delante de ella, bloqueando su campo de visión.

Podía oler la sangre incluso antes de que sus ojos se adaptaran a la tenue luz.

Dan estaba tumbado en la cama del otro extremo de la habitación. Tenía los brazos fuertemente pegados al cuerpo con cinta adhesiva y también las piernas. Sus ojos ciegos estaban abiertos y miraban fijamente a la puerta. Su camisa y sus vaqueros estaban cubiertos de un marrón rojizo intenso que Ian identificó de inmediato, y no era difícil ver de dónde había salido la sangre.

Le habían cortado la garganta de una oreja a otra, seccionando la yugular y la carótida, la tráquea y la mayor parte del cartílago y

los ligamentos. Quienquiera que hubiera asesinado al joven le había cortado la garganta con tal salvajismo que casi le había arrancado la cabeza a Dan.

Ian empujó a Kelly fuera de la cabaña. Ella temblaba violentamente. Levantó la vista hacia él, pero Ian no creía que siguiera viendo nada más que la espantosa imagen del interior.

"Kelly", susurró estrechándola entre sus brazos. "Necesito que mantengas la calma."

La sintió asentir e intentar respirar.

"Probablemente están a nuestro alrededor. Nos están observando, cariño. No te me vengas abajo."

Apretó la cara contra su pecho. Seguía temblando. Ian miró a su alrededor. Una espesa niebla se levantaba de la hierba. El lago tenía una nube colgando en la superficie del agua. Miró hacia la zona de estacionamiento.

"Vamos a caminar hasta el coche. Voy a llevarte fuera de aquí."

"No", respondió, alejándose. "Tengo que encontrar a Jade. No voy a ir sin ella."

"No hay nada que podamos hacer contra todos ellos. Somos dos y ellos probablemente cerca de doscientos", le dijo, jalándola suavemente hacia el coche. Sus ojos recorrieron la hilera de árboles, las oscuras ventanas de la casa. Estaban tan expuestos. "Saldremos de aquí y buscaremos ayuda. No le harán daño a Jade. Ella es su baza para llegar a ti."

Kelly no parecía convencida. Siguió negando con la cabeza mientras él la llevaba hacia el coche. Casi habían llegado cuando Kelly volvió a hablar. Seguía llorando. "No me iré sin ella. Tengo que ir con ella. Tiene que estar asustada."

"Volveremos juntos a por ella. Te lo prometo, Kelly. Déjame llegar a un teléfono y hacer una llamada, y te traeré de vuelta."

Cuando llegaron a su coche de alquiler, Ian abrió de un tirón la puerta del pasajero y la empujó dentro. Se dirigió rápidamente al lado del conductor y se agachó para evitar ser un objetivo. Dan se había interpuesto en su camino, así que lo mataron. Ian sabía que él sería el siguiente.

Giró la llave. El motor no giraba. Lo intentó una y otra vez. Nada. Maldijo para sus adentros. ¡Cómo no! ¿Qué le hacía pensar que les facilitarían la salida a los dos?

No se molestó en salir y abrir el capó. Probablemente no quedaba ni un cable de bujía en ese motor. Además, sería un blanco claro delante del coche.

Kelly había dejado de llorar. Estaba mirando la llave en el contacto.

"Quédate aquí. Voy a probar tu coche", le dijo apretándole la mano. Esperó hasta que ella levantó la vista y sus miradas se cruzaron. "Ella está bien, Kelly. Sigue diciéndote eso. No le harán daño a Jade. Te quieren a ti."

Ella no dijo nada, pero Ian sabía que lo entendía. Sacó su pistola y tomó las llaves de su coche. Deslizándose fuera de un coche, estaba dentro del todoterreno en un par de segundos. No perdió el tiempo. Puso la llave en el contacto y encendió el motor. Esperaba que estuviera muerto, y así era.

Ian miró el camión de Bill al otro lado del camino. Sopesó el riesgo de correr hacia él. No tenía llave y decidió no hacerlo. Esta gente no se tomaría la molestia de inutilizar dos coches y dejarles el tercero para que lo utilizaran. Salir de aquí a pie tampoco era una gran opción. Había ocho kilómetros de bosques y carreteras secundarias entre aquí y la autopista estatal. Muchas oportunidades para acechar.

Kelly salía del otro coche. Ian se bajó y fue rápidamente hacia ella.

"Los botes", dijo, secándose la cara. "Podemos cruzar en una de las canoas."

La jaló hacia el coche y la hizo agacharse.

"Podemos hacerlo, pero primero tenemos que pensar en una forma de avisar a quienquiera que estuviera apoyando a Dan. No esperaba que pasara nada hasta el lunes. Creo que ellos tampoco. Para cuando aparezcan mañana, puede que sea demasiado tarde."

La respiración seguía entrecortada en su pecho mientras intentaba tomar una bocanada de aire y soltarla.

"No al otro lado del campamento. A una ensenada de allí", dijo, indicando con los ojos pero sin señalar. "Una de las carreteras comarcales llega bastante cerca del lago, a unas tres cuartas partes del camino en esa dirección. Podemos tomar una canoa, desembarcar y solo hay que andar unos minutos. Puede que haya algo de tráfico por la mañana."

"Eres un genio." Tomándola de la mano, se dirigieron rápidamente hacia el lago. Una vez en el agua, pensó esperanzado, la niebla los ocultaría y no habría forma de adivinar en qué dirección iban.

Arrastró la canoa más cercana al lago hasta la orilla. Tomó dos remos e indicó a Kelly que subiera. Ella se encaramó a la proa. Ian arrojó los remos a la barca y los empujó.

"Recuerda adónde has venido, Kelly", dijo Ian al subir. Tomó uno de los remos y lo clavó en el agua, impulsando la canoa hacia delante. "Michael Butler y Tyler Somers y el resto han estado controlando a la gente y las circunstancias que te rodean, pero no pueden controlarte a ti. Eres un individuo libre. Piensas y actúas como tú quieres. Estás a cargo de tu propia mente. No eres como

los demás en ese campo. No tienes miedo. Eres fuerte, Kelly. Puedes luchar contra..."

Ian sintió que la bala lo atravesaba y lo derribaba incluso antes de oír el disparo. Fue al caer por la borda cuando empezó el dolor punzante, con luces brillantes parpadeando en su cabeza.

"¡No!"

Kelly miraba atónita el costado del barco salpicado de sangre, el cuerpo de Ian desapareciendo bajo la superficie del lago. Su mente aturdida no podía comprender lo que estaba viendo.

"¡NO!", gritó, mirando a su alrededor. Niebla. Árboles. Agua. Era una pesadilla. Nada más que una horrible pesadilla. Intentó despertarse. Todo esto tenía que ser mentira. Esto no podía estar pasando.

Pero entonces la realidad rompió su estupor. Estaba sucediendo.

El barco se tambaleó mientras ella miraba frenéticamente por la borda. Podía ver nubes de sangre de Ian que se extendían y desaparecían. Algunas burbujas subían a la superficie, pero eso era todo lo que podía ver en el agua oscura del lago.

Se lanzó por la borda en un instante.

El agua estaba más fría de lo que esperaba, la sacudió momentáneamente y la hizo tragar agua. Tosiendo y escupiendo agua, dio una patada con los pies, pateando para mantenerse a flote por un momento. No estaban lejos de la orilla, pero sabía que el lago ya era bastante profundo. Cuando pudo llenar los pulmones, se zambulló directamente donde habían estado las burbujas. Con la niebla matutina tapando el sol, el lago estaba negro incluso unos metros por debajo de la superficie. Kelly no podía ver nada de él.

Nadó hasta la superficie y volvió a respirar hondo. Esta vez se sumergió más y llegó al fondo del lago. El agua estaba muy fría. Le latían los oídos por la presión, pero tanteó frenéticamente en busca de él. Una vez pensó que lo había encontrado cuando su mano tocó algo. Al extenderla de nuevo, se dio cuenta de que solo era la cuerda del flotador. La soltó y siguió buscando en círculos cada vez más amplios hasta que le ardió el pecho.

Los pulmones de Kelly estaban a punto de estallar cuando volvió a salir a la superficie. Jadeante, miró a su alrededor.

"¡Ian!", gritó. La canoa flotaba a menos de seis metros de ella, con un extremo chocando contra el flotador, pero no había rastro de él por ninguna parte.

Llenando de nuevo sus pulmones, se sumergió por tercera vez. Mientras se hundía, se dio cuenta de que ya llevaba mucho tiempo en el agua. Se estaba cansando rápidamente y no podía permanecer mucho tiempo bajo el agua. Volvió a salir a la superficie, parpadeando para quitarse el agua de los ojos, sintiendo que se apoderaba de ella una horrible sensación de desesperanza.

"¡Mami!"

Kelly se giró y buscó a su bebé con la mirada. "¡Jade!"

"¡Mami!"

Parpadeando para quitarse el agua de los ojos, la vio. Jade estaba en la playa, con Janice y Cassy a ambos lados.

Capítulo Veinte



Jade estaba llorando.

Al ver a su hija tratando de liberarse de los brazos de las dos mujeres, todo lo que Kelly sentía —alivio, pena, miedo, agotamiento, el agua fría— se vio arrinconado por una emoción. La ira.

Kelly cortó el agua hacia la orilla. La furgoneta azul del campamento había entrado en la zona de hierba cercana al lago. Dos hombres armados con rifles estaban de pie a ambos lados de las puertas delanteras abiertas del coche. Kelly se preguntó cuál de ellos sería el responsable de la muerte de Ian.

Las lágrimas le quemaban los ojos, pero hundió la cabeza, borrando cualquier signo de debilidad. El agua se volvió poco profunda, pero Kelly dio dos brazadas rápidas más antes de empezar a salir.

"¡Mami!" Los gritos de Jade se hicieron más fuertes. Ella estaba tratando de llegar a Kelly.

Kelly miró primero a Cassy. La adolescente susurraba a Jade, que se tranquilizó de repente. La atención de Janice se centró en Kelly. Una extraña sonrisa se dibujó en el rostro de la anciana. Parecía agarrar con fuerza la muñeca de Jade.

"Bienvenida de nuevo, santa hermana", dijo Janice, con los ojos muy abiertos tras los marcos rosas. "Estamos aquí para llevarte a la Misión. Es nuestro momento, Luna-K, y debes guiarnos."

Cada centímetro del cuerpo de Kelly se tensó, y entonces le hirvió la sangre. Apartó la mirada de su hija y asestó un sólido puñetazo en el costado de la cara de Janice. "No soy Luna-K."

La anciana chilló al soltarse de Jade y cayó de espaldas en la playa. Tenía las gafas tiradas en la arena y la mano en la boca ensangrentada. Cuando se volvió, Kelly vio a Cassy corriendo con Jade bajo el brazo, pasando junto a los pistoleros, hacia la furgoneta. Dio un paso y los dos hombres levantaron sus armas, apuntándola.

Ella no podía luchar contra todos ellos, no todos a la vez. Tampoco podría pasar de las armas a su hija. Pero eso no calmó sus ardientes emociones.

"Pero tú eres Luna-K", gritó Janice.

Kelly la miró. "Eres una mujer malvada. Yo confiaba en ti. Mis padres confiaron en ti. ¿Y qué les hiciste? Sus muertes no fueron accidentes, ¿verdad? Tú los mataste." Dio una sólida patada al pie de Janice. "Y créeme, no quieres morir, Janice. No habrá santos ni ángeles esperándote con los brazos abiertos cuando llegues allí. Eres una zorra mentirosa, tramposa y asesina."

Janice se echó hacia atrás, metiendo los pies. "Solo tienes una familia, Luna-K. Hemos sido tus protectores durante toda tu vida."

"No te atrevas a llamarme así."

"Eres la más santa de todas. Llevas en tus venas la sangre del profeta Miguel."

"Basta." Kelly fue tras ella, pero dos pares de manos fuertes la agarraron por detrás. Luchó como una fiera contra ellos, pero uno

de los hombres le retorció dolorosamente el brazo por detrás. El otro la agarró del pelo mojado y la giró bruscamente hacia la furgoneta.

Jade estaba de pie junto a la puerta. Pero no lloraba. No intentaba acercarse a ella, aunque nadie la sostenía.

"Jade."

La niña solo miraba fijamente y no se movía.

Una voz de hombre susurró algo desde la furgoneta y Jade miró por encima del hombro hacia la puerta abierta. A Kelly se le heló la sangre cuando vio al hombre de túnica blanca salir de la furgoneta.

Habían pasado muchos años. Kelly había intentado por todos los medios erradicar los rostros y los horrores de los días de la secta de la Butler Mission. No lo había conseguido. A pesar de los años, reconoció a Tyler Somers inmediatamente.

"Hola, Kelly", dijo las palabras, y luego hizo una pausa. Sus ojos buscaron los de Kelly y luego le sostuvo la mirada.

Sintió la atracción. La adormecida sensación de impotencia que la invadía. No podía luchar contra ellos. Ellos lo eran todo y ella nada. Sintió que los hombres soltaban sus brazos. Nadie la sujetaba, pero ella no iba a ninguna parte. Este era el mismo truco que el Padre Mike había utilizado. Esto era parte de su viejo control sobre ella.

"¡No!", protestó ella con vehemencia, apartando los ojos de Somers y dando un paso hacia él. Tropezó, pero consiguió mantenerse en pie. "No voy a hacerlo. No vas a jugar con mi mente. Una vez estuve allí. Salí. No voy a volver."

"Solo queremos que ocupes el lugar que te corresponde entre nosotros", dijo con voz suave. "Llevamos mucho tiempo esperando que Luna-K nos lidere en nuestro mejor momento."

"No puedes obligarme a decirle a un puñado de zombis despistados que se maten para… ¿para qué?"

"Por nuestra recompensa eterna." Como ella no le miró a los ojos, se volvió con un suspiro resignado y susurró a alguien, quizá Cassy, que esperaba en la furgoneta. "Hay asuntos mucho más importantes que requieren mi atención en este momento. No debería haber tenido que venir aquí para convencerte."

Janice cojeó hacia la furgoneta. Kelly centró toda su atención en Jade. Sabía lo que le estaba pasando a la niña. Jade no tenía control sobre sus acciones. Estaba a su entera disposición.

"Esperaba que entraras en razón por ti misma, pero quiero que sepas que nos vamos de este mundo contigo o sin ti, hija mía. Naciste de Miguel. Y te advierto que serás maldecida por diez mil eternidades si continúas rompiendo el corazón de tu padre… si continúas desobedeciendo sus deseos."

"No me creo esa mierda. Nunca lo hice. Mi padre, si era mi padre, estaba tan enfermo como tú. Y ninguno de ustedes tiene el poder de…"

Las palabras de Kelly se interrumpieron cuando Somers metió la mano en la furgoneta. Alguien le puso en la mano un vaso de plástico transparente lleno de un líquido oscuro.

"Si tiene que haber un sustituto para ti, Luna-K", dijo, "Michael lo entenderá, y también nuestra congregación."

Somers le pasó la copa a Jade y Kelly gritó.

"¡No! ¡NO!" Sus brazos volvieron a ser sujetados por los dos pistoleros a ambos lados de ella. "No lo tomes, Jade. Soy yo. Mami. ¡No lo tomes!"

"Bébetelo, Jade", dijo Somers en voz baja a la niña.

"No lo hagas." Kelly pataleó y gritó, tratando de liberarse, pero fue en vano.

La niña tomó la copa con las dos manos, se la llevó a los labios y bebió su contenido. Cuando terminó, devolvió la copa a Somers.

Kelly la miró aturdida. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Se quedó mirando, esperando, sin saber cuánto tiempo pasaría antes de que el veneno hiciera efecto. En su mente, se imaginaba un rescate a punto de producirse. Ejércitos de soldados llegando a la playa. Ian saliendo del agua. Ambulancias corriendo desde la posada y salvando a su bebé.

Pero no pasó nada. Nadie la ayudaba. Miró a su alrededor, al bosque, al lago y a la posada, y luego se quedó mirando a Jade mientras la invadía un sentimiento de culpa.

Kelly había traído a esta niña al mundo. Las imágenes de distintos momentos de su vida desfilaron ante sus ojos cansados. El bebé que había tenido en sus brazos. Las noches en que las dos solas habían mirado las estrellas por la ventana. La sonrisa que Jade solo le dedicaba a ella. La expresión de su cara justo antes de irse a dormir. Ahora podía ver a Jade caminando por el bosque. Recogiendo las flores que ambas amaban. Leyendo sus libros. Su risa traviesa. Jade era como un pequeño ser humano perfecto dentro del cuerpo de esta niña. Kelly parpadeó para contener las lágrimas y la miró. Parecía tan pequeña, tan vulnerable.

"Por favor", suplicó Kelly. "Puede que aún estemos a tiempo. Todavía podemos llevarla a un hospital. Podrían hacer algo por ella. Yo soy la que querías, de todos modos. ¡Por favor!"

"Sí, tú eras la que queríamos", dijo Somers profundamente.

"Entonces puedes tenerme", dijo desesperada. "Llévala a un hospital. Déjala vivir, y haré todo lo que quieras."

Pareció contemplar su oferta. La mirada nerviosa de Kelly pasó de Somers a Jade. Intentó ver algún signo de que el veneno afectara a su hija.

"Cooperación total", exigió Somers.

"A cambio de la garantía de que Jade no sufrirá ningún daño. Que será llevada a un hospital y se le darán los mejores cuidados. ¡Ahora!"

Aplastó la copa con la mano y la tiró al suelo. "No hace falta hospital. Esto es solo una bebida de frutos rojos. Esta vez."

Kelly no pudo contener el temblor de su barbilla. Quería creerle, pero no podía. ¿Y si estaba mintiendo? ¿Y si el veneno tardaba en hacer efecto? Ella sacudió sus brazos libres. La soltaron.

"Necesito abrazarla", dijo entrecortadamente.

Dio unos pasos vacilantes hacia Jade, y Somers hizo señas al pistolero. Nadie intentó detenerla.

Kelly se agachó frente a su hija. Tocó la cara fría de la niña. El pelo sedoso. Los hombros finos. Los grandes ojos verdes estaban abiertos, mirándola directamente.

Kelly tomó a Jade en brazos.

"Hay algunos de nuestros discípulos que no nos acompañarán en nuestra ascensión esta noche", le dijo Somers. "Ya conoces a Ken Burke. De joven, hizo un trabajo extraordinario documentando los últimos momentos terrenales de Miguel y su ascensión al plano divino."

Ahora recordaba a Burke. Por eso le resultaba familiar.

"Está haciendo lo mismo por nosotros, asegurándose de que nuestra próxima generación tendrá una comprensión completa de nuestros últimos momentos en este páramo terrenal. No tienes que temer. Él velará por los dos niños, como nosotros velamos por ti."

"¿Dos niños?" Sin soltar a su hija, Kelly miró a Somers. "¿Qué quieres decir con dos niños?"

"El alma gemela de Jade. Recibí la visión y lo he ordenado. Formará parte de su vida hasta que llegue su hora. Ya conoces al niño."

"¿Ryan?", preguntó, con todo el cuerpo bañado en sudor frío.

Somers asintió.

Estaba dando vida a su hija por poco tiempo. Jade sería entonces una víctima de este grupo, como Kelly estaba siendo obligada a desempeñar su papel ahora. El círculo vicioso no tendría fin. No quedaría nadie para detenerlos.

"Nuestras últimas devociones comenzaron anoche. Tu gente está deseando que llegues para la ascensión de esta noche", le dijo Somers, indicándole a Kelly que se pusiera en pie.

"Pero espera. La alineación es el lunes", dijo Kelly, esperando estar usando la terminología correcta. "Dijiste esta noche."

"El momento de la alineación tiene lugar en el Mundo Oriental mañana al atardecer, pero aquí en New Hampshire, el Khumba Luxor es esta noche. Tenemos la intención de encontrarnos con el Profeta en el momento en que la puerta eterna esté abierta. Contigo guiándonos, haremos precisamente eso. Nos guiarás por el camino divino. Y nadie interferirá."

Una locura, pensó Kelly. Debía de saber que las autoridades le seguían. Pero iba a hacerlo. A pesar de todo el dolor que había causado, de todos los asesinatos que había cometido, moriría haciéndose un nombre en lugar de pudrirse en alguna prisión.

"Si en algún momento te rebelas contra nosotros, si hay algún signo de desobediencia por tu parte, serás eliminada, y Jade —o mejor dicho, la inocente Luna-J— tendrá el honor de ser nuestra guía esta noche", advirtió Somers. "Los que te conocemos a ti y a tu hija la encontramos mucho más pura de corazón, de todos modos."

Kelly no dudaba de que se refería a su relación con Ian. Acarició el pelo de su hija y pensó en lo rápido que Jade e Ian se habían compenetrado. Era la única persona que había conocido con la que sabía que Jade se habría sentido segura.

Estrechó a su hija en un fuerte abrazo. Las lágrimas que corrían por sus mejillas eran por las dos y por el hombre que ambas habían perdido demasiado pronto.

"Es hora de irse", dijo Somers con impaciencia.

Kelly vio acercarse a los dos hombres armados. Levantó a Jade en brazos y se dirigió a la puerta abierta de la furgoneta. Cassy estaba sentada sola en el asiento trasero. Janice estaba delante de ella. Otra mujer que Kelly no reconoció estaba sentada detrás del asiento del conductor.

Kelly se desplazó hasta el fondo y se sentó junto a Cassy. La joven se puso tensa de inmediato y apartó la mirada, pero a Kelly no le importó. De todas las personas que había en la furgoneta, ella era la que tenía más posibilidades de conseguir ayuda de la adolescente.

"¿Estás dormido?"

"¿Cómo podría estar dormido?" Brian respondió bruscamente. "No has parado de moverte ni una sola vez, en toda la noche."

"Realmente tengo que ir a mear. Y de ninguna manera voy a ir en mis pantalones", dijo Victor.

"No creo que realmente importe. ¿Y tú?" dijo Brian.

Tenía los brazos y las manos atados con cinta por detrás, al igual que los pies. Le habían atado los brazos a un lazo metálico de la pared lateral del camión. Era un accesorio utilizado para atar muebles, así que Brian sabía que era fuerte. Al otro lado del camión, Victor seguía retorciéndose en la penumbra.

"Vete", le dijo a Victor. "Prometo no contárselo a nadie ni hacértelo pasar mal."

"Sí, claro. Si salimos de aquí, se lo dirás a todo el mundo en Center City."

"Y South Philly también", respondió Brian.

"Ves, te lo dije."

"Por supuesto, eso si alguna vez salimos de aquí."

Brian echó un vistazo al reducido espacio de la parte trasera del camión. Había muebles apiñados a su alrededor. A través de un par de costuras oxidadas, donde las paredes del camión se unían con el techo, entraban finas rayas de luz. El camión de alquiler que Victor había conseguido gratis de uno de sus muchos primos del sur de Filadelfia no estaba en muy buen estado. Había incluso trozos de madera contrachapada en el camión, cubriendo varias zonas oxidadas del suelo.

Brian flexionó las piernas, empujando el borde de una de las tablas. Lo había estado haciendo repetidamente durante la noche para mantener la sangre fluyendo hacia sus pies atados. No tuvo tanta suerte con la parte superior del cuerpo. Hacía horas que no sentía nada en los hombros ni en los brazos. Ya no los sentía como parte de él.

"¿Qué hora crees que es?" preguntó Victor.

"Después de las ocho."

"¿Cómo demonios puedes estar tan seguro?"

"Tengo hambre", respondió Brian. "Tienes que mear. Yo tengo que comer. Mi estómago dice que son más de las ocho."

"Tu estómago no es lo que yo consideraría un reloj afinado, Brian. Además, comimos un perrito caliente cada uno y no cenamos. Tu estómago podría estar diciéndote que son las ocho de la noche."

"Bueno, ya es de día." Brian apoyó la cabeza contra la pared. "Y tengo tanta hambre que me siento mal del estómago."

"Bueno, adelante, vomita. No se lo diré a nadie", respondió Victor. "¿Qué crees que van a hacer con nosotros?"

"Por enésima vez, no lo sé."

Shawn Hobart y su banda de Rambo habían sido hombres de pocas palabras. Parecía que les esperaban en la carretera. Aún así, no hubo explicaciones. No respondieron pregunta alguna. No les estaban robando. Tampoco parecían interesados en colgar a un par de homosexuales del árbol más cercano por los viejos tiempos. Parecían estar bien armados con muchas pistolas y mucha cinta adhesiva, y antes de que terminaran, los dos estaban atados como cerdos de premio listos para el espetón de la barbacoa.

Lo que Brian no podía entender era por qué Hobart o uno de sus matones había conducido el camión durante unos kilómetros por caminos de grava antes de detenerse y abandonarlos. Brian no tenía ni idea de dónde estaban. No tenía ni idea de si alguien iba a volver a por ellos. En algún momento de la noche, habían desistido de pedir ayuda. No parecían estar al alcance del oído de ninguna parte.

Brian cerró los ojos y volvió a empujar el contrachapado. Extraño. Todo aquello era demasiado extraño.

"No tengo corazón para verte consumirte así. ¿Quieres un chicle?" preguntó Victor.

"Claro. ¿Qué demonios?" Brian miró sorprendido cómo su amigo se frotaba las muñecas, una a una, y se despegaba más cinta de la manga de la camisa. "¿Cómo te las has arreglado para cortar la cinta?"

"Hobart es un idiota. Subestimó mi preparación." Vic le enseñó el cortaúñas que siempre llevaba en el bolsillo trasero. Miró críticamente la diminuta lima. "Pero no me había dado cuenta de lo sosa que era esa tontería."

Sintiéndose esperanzado por primera vez en horas, Brian observó cómo Vic se ponía a trabajar en la cinta alrededor de su tobillo, despegándola y desenrollándola, capa tras capa.

"Primero tengo que mear", le dijo Victor en cuanto tuvo los pies libres.

"Ni se te ocurra", advirtió Brian. "Lo has aguantado todo este tiempo. Puedes aguantarlo hasta que me saques de aquí."

"Podrían ser días. Sabes que la puerta está cerrada por fuera."

"Desátame las manos y nos sacaré en menos de una hora."

"¿Una hora?" Vic se quejó. "Olvídalo."

"Vic, toma mis manos", ordenó Brian en su tono más agudo.

"Bien. Bien. Bien." Vic se movió a través y empujó a Brian hacia adelante, para que pudiera llegar a sus manos atadas. "¿Entonces, cuál es este plan genial para sacarnos de aquí?"

"Mi caja de herramientas."

"Dejaste eso en el frente, justo a mis pies."

"No, lo usé aquí atrás. Está detrás de la Randolph sifonier", le dijo Brian. "Esa es la primera pieza que cargamos."

"Lo dejaste delante."

"No", insistió Brian mientras Victor empezaba a ayudarle a quitarse la cinta de los tobillos. "Necesitaba mi destornillador eléctrico."

"Apuesto a que..."

"Sin apuestas. Solo ayúdame a mover algunas de estas piezas." Brian se puso en pie y se detuvo, apoyando una mano en la pared hasta que se le pasó la sensación de mareo.

"Mi vejiga no aguanta demasiada presión." A pesar de sus quejas, Victor ayudó a Brian a mover las piezas.

"Eres más delgado que yo. ¿Por qué no te arrastras por aquí y ves si puedes alcanzar la caja de herramientas?"

La mirada que recibió le dijo a Brian que Victor todavía no creía que la cosa estaba allí. "Voy a mear dentro si está ahí detrás."

"Adelante", respondió Brian. "Solo saca las herramientas primero."

Victor comenzó a trabajar su camino entre las piezas hacia la parte posterior. Brian esperó hasta que adivinó que Vic se acercaba.

"¿Entonces, está ahí?"

"¿Me oyes mear?", gritó el otro hombre.

"Vic", dijo bruscamente.

El sonido de un destornillador llegando a los oídos de Brian.

"No hay caja de herramientas. Solo esto", dijo Victor mientras retrocedía.

"Servirá."

Brian tomó la herramienta y levantó una de las tablas de contrachapado del suelo. "Menos mal que tu primo Vinny nos dio el camión más destartalado de su lote."

"Sí, demostró mucha previsión dándonos esta, ¿no te parece?"

Brian se agachó sobre una rodilla. Taladró una línea de agujeros en el suelo oxidado y se sentó mientras Victor golpeaba el fino metal con la esquina de la madera contrachapada.

"Tu hora ha terminado", anunció Victor después de su tercer intento en el suelo.

"No han pasado ni diez minutos."

Una hora y media más tarde, Brian estaba cubierto de polvo y sudor y tenía la mano y los brazos cortados en una docena de sitios diferentes, pero con un agujero lo bastante grande como para arrastrarse por él.

"Yo iré primero", dijo Victor.

Brian asomó la cabeza a través. No había coches a su alrededor. Nadie que pudiera ver. Solo montones y montones de árboles. Y estaban estacionados en medio de un camino de grava.

"Ten cuidado", dijo volviendo a meter la cabeza.

"Puedes irte de una manera más civilizada", le dijo Vic. "Abriré la puerta trasera."

"Bien, porque esto va a ser un apretón para mí."

Brian le ayudó a bajar por el agujero. Un momento después, el rostro de Vic reapareció.

"¿Qué pasa?"

"Tendrás que salir por aquí, y además rápido."

"¿Por qué?"

"Echa un vistazo." Vic retrocedió y Brian asomó la cabeza. Victor señaló un pequeño dispositivo pegado entre el silenciador y el depósito de gasolina y algunos cables que conducían hacia la parte trasera del camión.

"Nos han preparado para ser un espectáculo de fuegos artificiales. Si toco esa puerta trasera, nos quemarán. Justo a tiempo para el almuerzo."

Brian metió los pies en el agujero y empezó a salir.

Capítulo Veintiuno



Fue un milagro. Mientras se hundía, el brazo de Ian se enganchó en el cabo del ancla. Agarrándose a la cuerda e intentando que no cundiera el pánico, tiró hacia arriba, hacia la plataforma de baño flotante. El agua estaba negra y fría, y su brazo izquierdo estaba entumecido e inútil. Aun así, tiró de sí mismo, quedándose sin aliento a cada segundo que pasaba.

Ian sabía que moriría si salía a la superficie cerca de la canoa, pero la cuerda subía en ángulo y surgió la vaga idea de que podría esconderse en el lado más alejado del flotador.

Oyó a Kelly entrar en el agua y supo que le estaba buscando. No podía dejar que lo encontrara. Estaba seguro de que no le harían daño. Se habían llevado a Jade solo para obligar a Kelly a hacer lo que habían planeado. No, no le harían daño. Todavía no.

Le ardían los pulmones y el dolor en el hombro izquierdo era feroz. De repente, no pudo seguir sumergido y se soltó de la cuerda, pateando hacia la superficie. Antes de salir a la superficie, su cabeza chocó contra algo duro, aturdiéndole momentáneamente.

Jadeando, Ian no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Tenía la cara fuera del agua, pero estaba en un espacio cerrado. Estiró una mano y se dio cuenta al instante de dónde estaba. Unos treinta

centímetros por encima de él, vio una luz que atravesaba la madera de la plataforma.

Poco a poco, su respiración se hizo más lenta. Empezaba a recuperar algo de sensibilidad en el brazo, y eso no era nada bueno. El dolor en el hombro estaba empeorando, pero trató de ignorarlo.

Oyó a Kelly decir su nombre. Seguía en el agua. Cuando oyó la nota de desesperación en su voz, a Ian le resultó casi imposible no llamarla. Intentó mirar a través de los estrechos espacios entre los bloques de espuma. Por un lado, la canoa chocaba contra el flotador y luego pasaba a la deriva. No la veía por ninguna parte.

A lo lejos, oyó la voz de Jade. Estaba llamando a Kelly. Con una mueca de dolor, se movió hacia otro lado, desde donde tenía una vista parcial de la orilla. Jade estaba en la playa con sus secuestradores. La furgoneta del campamento estaba en la hierba detrás de ellos, y dos hombres con rifles automáticos estaban junto a la puerta abierta.

"Bastardos."

De repente, Kelly apareció en su campo de visión, vadeando fuera del agua. El flotador se movió, y de nuevo no pudo verlos.

Las palabras estaban amortiguadas, pero oyó que Kelly alzaba la voz. Ian consideró la posibilidad de salir nadando de debajo del flotador, pero no sabía si había otros en el borde del agua, quizá buscando su cuerpo para salir a la superficie. Incluso si salía, sabía que no podría sostenerse en el agua y disparar a los dos hombres armados. Eso si su arma disparaba.

El tiempo no tenía sentido y perdió la noción de él. Sabía que tenía que estar perdiendo sangre. Intentó mantenerse a flote, aferrándose a la cuerda del ancla. Cuando oyó las puertas de la furgoneta cerrarse de golpe y el motor rugir, no pudo esperar más. Respiró hondo, se sumergió y se abrió paso a patadas por debajo de

los bloques de espuma. Cuando salió a la superficie, pudo ver cómo la furgoneta desaparecía alrededor de la posada. No quedaba nadie en la playa, y tampoco veía a nadie escondido entre los árboles.

Pateando con fuerza y tirando del brazo bueno, consiguió llegar a aguas poco profundas y vadearlas hasta la orilla. Le dolía todo el cuerpo y se quitó la camisa para inspeccionarse el hombro. La herida sangraba, pero no tanto como hubiera creído. La bala había entrado por detrás, cerca de la articulación del hombro izquierdo, y había salido por debajo de la clavícula, rozándole la barbilla, que sangraba más que el hombro. Intentó mover el brazo izquierdo y descubrió que podía utilizarlo, aunque tenía poca fuerza en él.

"Podría haber sido peor", murmuró. "Podrías estar muerto."

Ian sacó su pistola de la funda y la miró. Necesitaba más potencia de fuego que esta, pensó. Miró la cabaña de Dan y se dirigió hacia ella, pero luego cambió de idea. Primero tenía que detener la hemorragia y curarse.

Al entrar en el cobertizo para botes, Ian encontró un armario con toallas y un botiquín de primeros auxilios. Sacó dos gasas y presionó una en la herida de detrás del hombro. Se sentó bruscamente y sintió un fuerte dolor. Abrió el otro paquete, aplicó la gasa al orificio de salida y volvió a ponerse la camiseta sobre el vendaje.

Al levantarse, vio un rollo de cinta adhesiva sobre un banco de trabajo. Pensó en el joven que yacía en la cabaña cercana, pero se deshizo de la imagen. Tenía trabajo que hacer si quería ayudar a Kelly. Con una mano, se vendó la herida, pasando por encima del hombro, por debajo del brazo dolorido y alrededor del pecho antes de repetir el ciclo.

Al salir, Ian escudriñó la propiedad de la posada mientras se dirigía rápidamente a la cabaña. No había señales de vida junto al edificio principal. Deslizándose a través de la puerta, echó un vistazo

al cuerpo. Su corazón estaba con Dan… o Ed… o como se llamara. Se preguntó si tendría esposa. O hijos.

Al echar otro vistazo al cadáver, Ian supo exactamente con qué clase de gente estaba tratando. Por muy loco que Butler hubiera estado, esto era muy diferente a lo que era la Misión de Nuevo México. Somers y sus matones eran asesinos a sangre fría. Esperaba que Kelly recordara su advertencia.

Miró alrededor de la habitación en busca de un escondite probable. Tanto si el chico trabajaba para la policía estatal como para el FBI, no vendría aquí sin armas para protegerse en caso de emergencia.

Dos armarios solo contenían ropa de lluvia y una chaqueta. Los cajones tampoco contenían nada. No dejaría nada al descubierto donde alguien pudiera encontrarlo.

Ian miró hacia las vigas y vio el almacén. Allí arriba habían guardado aparejos y cajas de pesca, mochilas, sacos de dormir y lo que parecían tiendas de campaña enrolladas. En realidad, Dan había hecho precisamente eso, esconder sus cosas al aire libre.

Ian arrastró una silla hasta el centro de la habitación, se subió a ella y levantó el brazo bueno.

"Pero no tiene ningún sentido ir por ahí", dijo Víctor, manteniéndose firme.

"Nos dirigimos a la carretera estatal", dijo Brian de nuevo, sin dejar de empujarlo lejos de la camioneta.

Cuando estaban a una buena distancia del vehículo, Víctor se atrincheró. "Estamos lo suficientemente lejos, Brian. No vamos a volar en pedazos si esos explosivos deciden hacer lo suyo".

Brian no dijo nada, pero miró hacia la carretera.

"Ahora mira", comenzó Víctor. "Vamos a considerar nuestras opciones."

"Vamos a salir de aquí."

"Estoy de acuerdo, pero caminar Dios sabe hasta dónde a través de Dios sabe qué puede no ser la mejor manera de hacerlo".

"No podemos estar lejos de la carretera estatal".

"Pero nosotros sí. Condujeron un rato antes de dejarnos aquí". Miró a su alrededor. "De hecho, sé exactamente dónde estamos".

"Sí, ¿eh?"

"¿Ves esa roca que sobresale del suelo junto a la carretera? ¿La que parece la cabeza de Benjamin Franklin?"

"Vamos, Vic."

"En serio. Lo veía cada vez que entrábamos y salíamos de la posada. Hay un camino lateral justo ahí". Señaló la carretera hacia un lugar que apenas se veía. "Ese camino de tierra está cerca de la posada. Te lo aseguro. La posada está justo ahí. Tardaremos cinco minutos en llegar andando".

"Vic, si *estamos* cerca de la posada, ¿por qué nos trajeron hasta aquí, pusieron una trampa en la puerta y nos dejaron donde, si el camión explotaba, cualquiera en un radio de cien metros sería arrasado?". Brian hizo una pausa, mirándole fijamente. "¿No crees que está pasando algo desagradable? Creo que deberíamos largarnos de aquí".

Víctor sacudió la cabeza con impaciencia. "¿Te acuerdas siquiera de lo lejos que estaba la gasolinera o la tienda más cercana? ¿O algún lugar donde pudiéramos encontrar un teléfono?" No esperó a que Brian respondiera. "A ocho kilómetros, por lo menos. Sé lógico. Hobart no es tan estúpido como para dejarnos aquí en la camioneta en medio de la carretera y luego volver a esa posada y fingir que no

ha pasado nada. Caminaremos hacia la posada, solo un poco, y echaremos un vistazo".

Brian asintió a regañadientes. "Vale, pero solo para echar un vistazo. Y no me gusta, Vic".

Para alivio de Víctor, estaban exactamente donde creía que estaban, a media milla de la posada. Tras caminar unos minutos, divisaron el edificio entre los árboles.

"Míralo", señaló hacia la zona de estacionamiento. "El coche de Hobart ni siquiera está allí."

"Aquí está pasando algo raro", advirtió Brian. Seguía sujetando el destornillador eléctrico, y se metió la herramienta bajo un brazo. "Esto podría ser más peligroso que lo que Nate y Ellie pasaron con esa bandera de Betsy Ross el año pasado".

"Hey, ayudamos con eso, ¿no?"

"Seguimos las instrucciones", dijo Brian razonablemente. "Teníamos al FBI, a la policía de Filadelfia y a Nate vigilándonos. Todos miraban por encima de nuestro hombro, y nos dieron un pequeño trabajo que hacer y lo hicimos. Esto es diferente".

"No vamos a hacer nada estúpido, Brian."

"Hobart y sus matones estaban *armados*, Vic." Brian negó con la cabeza. "¿Recuerdas todo ese tiroteo en el apartamento de Ellie? La gente muere cuando hay armas de por medio. Tú y yo tuvimos la suerte de salvarnos el pellejo esta vez. La próxima vez que Hobart se cruce con nosotros, yo no contaría con que eso vuelva a ocurrir. Prefiero que la policía se encargue de esto".

"Estoy de acuerdo. Estamos diciendo lo mismo". Víctor dio un par de pasos hacia la posada y luego se detuvo. Brian no le seguía. "Vamos."

Brian le lanzó una mirada de frustración. "¿Adónde vas?"

"Ian Campbell es policía". Vic hizo una pausa y señaló el sedán aparcado en el estacionamiento. "Ese es su coche. Vamos muy tranquilos a la posada. Si quieres, uno de nosotros puede entrar y el segundo puede vigilar la espalda del otro".

"¿Con qué?"

"Te estás poniendo demasiado técnico conmigo".

"Vic, esto no es un telefilm".

Vic le hizo un gesto para que se fuera. "Mira, sabemos que hay un teléfono ahí. Nos colamos, usamos el teléfono o hablamos con Ian, lo que ocurra primero. Luego dejamos que los profesionales se hagan cargo".

"Todavía no me siento bien al respecto", refunfuñó. Juntos, se dirigieron hacia la posada.

Todo estaba demasiado tranquilo. No había actividad. solo había tres coches en el estacionamiento, y eso también era extraño, teniendo en cuenta que todas las habitaciones del lugar estaban reservadas.

"Entonces, ¿quieres esperar aquí mientras entro y uso el teléfono?" Brian preguntó cuando llegaron a la línea de árboles más allá de la zona de estacionamiento.

Vic volvió a mirar la posada. "Aquí no te serviré de nada. Pero no entremos por la puerta principal", dijo, armándose de valor.

"Si empiezan a disparar, no te quedes ahí discutiendo", advirtió Brian en voz baja. "Sólo agáchate".

"¿Discutir? Por supuesto, no discutiría". Diez pasos al otro lado y nadie les había disparado, todavía. Vic sintió que su confianza aumentaba y comenzó a rodear la posada hacia la puerta de la cocina. "No sé por qué dirías algo así".

"Yo tampoco lo sé, salvo que ayer te aseguraste de que Hobart se llevara las manos a la cabeza por la forma en que nos trataba".

"Es un asqueroso. Tengo unos primos en el sur de Filadelfia que me gustaría presentarle".

"Estaba armado, Vic. Voy a hacer que Nate te dé un sermón sobre el respeto a las armas".

Cuando se acercaron a la puerta de la cocina, Víctor empezó a responder, pero se detuvo. Mirando hacia la playa, pudo ver una canoa flotando cerca de la orilla. No había nadie en ella. Miró a su alrededor. No había olor a comida en la cocina.

De repente, Víctor se sintió muy incómodo por todo. Quizá Brian tenía razón. Tal vez deberían haber ido en la otra dirección, lejos de la posada. Entonces vio a Ian salir de la cabaña junto a la orilla del lago.

Estaba mojado. Estaba fuertemente armado. Y estaba herido.

Al llegar al campamento, Kelly se dijo a sí misma que no haría nada que pudiera parecer que estaba traicionando la confianza de Somers. Jade estaba con ella y Kelly tenía la intención de mantener a su hija a su lado.

Cuando la furgoneta se detuvo, luchó contra el pánico y salió sonriendo, tal como le habían ordenado. Estrechó la mano de decenas de personas que la saludaron calurosamente, muchas de las cuales le besaron la mano. Saludó con la mano a otros que volvían a los bancos para continuar con las devociones.

Sin permitirse parecer ni sorprendida ni angustiada ante la multitud de niños ataviados con túnicas rojas que había en el campamento con sus padres, incluso se obligó a no apartar la mirada cuando Ken Burke apareció con su cámara y empezó a tomar fotos continuamente de Kelly y Jade.

Algunas personas le resultaban muy familiares. Había caras que podría jurar que había conocido en otro momento de su vida. Personas como Ken Burke pertenecían al pasado que había intentado olvidar. Pero olvidar no era su prioridad ahora.

Aún estaba mojada. Le habían puesto una manta antes de salir de la furgoneta y ahora le ofrecían ropa seca y una bata para que se cambiara. Kelly se dio cuenta de que le habían dado una bata blanca muy parecida a la que llevaba Somers. La suya, sin embargo, tenía el logotipo de una luna creciente cosido a mano en el pecho.

Rita apareció a su lado. Había sido asignada para acompañar a Kelly a una de las casitas para cambiarse. Kelly se inclinó por darle a la joven el mismo trato que le había dado a Janice, pero se contuvo. Como siempre, Rita fue tajante y cortante al decirle adónde iban y qué iban a hacer. Mientras caminaban por el campamento, Kelly se dio cuenta de que el par de guardias armados —de quienes se había enterado en la furgoneta que le servirían de escolta "protectora"— habían dejado atrás sus rifles y solo llevaban pistolas ocultas bajo sus túnicas.

La principal preocupación de Kelly era Jade. Ella había estado en el lugar de su hija veintidós años atrás. En su investigación sobre lo que había ocurrido en la Butler Divinity Mission, lo primero que había hecho Kelly era intentar comprender cómo funcionaba el control mental y cómo liberar a una persona de él.

Cuando llegaron a la casita donde debía cambiarse, Kelly levantó la mano para impedir que Rita entrara también. "Necesito intimidad."

"Entonces se queda conmigo." Rita tomó a Jade de los brazos de Kelly.

"No", dijo Kelly con suficiente autoridad y falta de emoción para sonar convincente. "El padre Ty dijo que ella se queda conmigo. Ahora y por el resto de las horas de devoción que le quedan."

Los ojos de la joven se abrieron de par en par, como si viera a Kelly de una forma nueva, y asintió.

Kelly sabía ahora que Butler y su círculo íntimo, incluido Ty Somers, habían estado utilizando conscientemente técnicas de control mental establecidas en los niveles inferiores de la jerarquía de la secta. Su objetivo era controlar el pensamiento y las acciones de los miembros de la secta. Creando y utilizando disparadores dirigidos a los cinco sentidos, eran capaces de manipular la forma en que una persona recibía y procesaba la información. Nada de lo que hacían era nuevo. Las técnicas que utilizaban se habían estudiado y documentado minuciosamente durante los últimos cincuenta años.

Kelly estaba segura de que habían utilizado con Rita los mismos métodos que con Jade. Dudaba que la joven se diera cuenta de que era una marioneta en todo aquello. Se preguntaba si, en el fondo, Rita comprendía la importancia de lo vacía que había sido su vida hasta entonces. O la importancia de haber renunciado por completo a su voluntad de tomar decisiones. Eso era lo que convertía las acciones de Somers y los líderes de la secta en un crimen y no en una simple tragedia.

"Esperaré aquí", dijo Rita escuetamente, abriéndole la puerta. Rápidamente, dejó la bata de Kelly y una muda de ropa en una silla junto a la puerta antes de salir.

Kelly vio a los dos hombres tomar posiciones no lejos de la cabaña. El olor a incienso quemado llegó hasta ella incluso antes de que cruzaran la puerta. Era un desencadenante básico destinado a provocar recuerdos y comportamientos programados. Recordaba el mismo incienso ardiendo en todos los dormitorios de la Misión de Nuevo México. También lo tenían siempre encendido en la capilla. No era casualidad.

Al cerrarse la puerta, Kelly tomó una jarra de agua y la vertió sobre el palo humeante. El agudo silbido al apagarse le produjo un profundo sentimiento de satisfacción.

Levantó la vista y se encontró con un enorme tapiz blanco colgado de una pared. Numerosas imágenes fotográficas habían sido transferidas a tela y cosidas a mano en el tapiz. Michael Butler. La propia Kelly. Incluso había una foto de ella de niña, junto a las rodillas del Padre. A su alrededor se habían colocado imágenes de la luna creciente y de los signos del zodiaco.

Jade se tensó en los brazos de Kelly. Inmediatamente apartó los ojos de su hija del tapiz. El rostro de Michael Butler y la luna creciente también habían sido siempre detonantes para Kelly. Recordaba cómo, durante años después de dejar la Misión, siguió teniendo miedo de estar fuera por la noche durante determinadas fases de la luna. Incluso ahora, se obligaba a pensar en las caras de su marido el día de su boda. En Jade el día de su nacimiento. En Ian en la penumbra del amanecer.

La puerta no tenía cerradura. Las ventanas estaban cubiertas con contrachapado. Kelly se acercó al tapiz y lo arrancó.

Abrazó a Jade con más fuerza e intentó pensar qué otros trucos podrían haber utilizado con su hija. La voz de Somers era sin duda un detonante para Jade, igual que la voz de Butler lo había sido para Kelly. Pero no sabía si había algo más. Sabía que habían utilizado el sentido del gusto o incluso el del tacto, pero tal vez no habían tenido tiempo suficiente para todo eso con Jade. Rezaba para que así fuera.

La ropa de Kelly estaba húmeda, pero a Jade no parecía importarle. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Kelly. Su cuerpo estaba flácido. Sin embargo, Kelly sabía que su hija podía oírla. Intentó recordar los artículos que había leído hacía años sobre el control mental y la desprogramación. Todos destacaban la

importancia de sacar del subconsciente recuerdos de buenos momentos, de sentimientos cálidos y sucesos positivos y situaciones seguras que la víctima conocía antes de ser sometida a los abusos del control mental.

"Vamos a encontrar la manera de salir de aquí, mi amor", le susurró a Jade. "Y vamos a entrar en un coche y conducir muy lejos."

Los brazos de Jade seguían rodeando los hombros de su madre. No respondió nada.

Kelly recorrió la habitación escasamente amueblada. La única salida era por donde habían entrado.

"¿Qué te parece si paramos a desayunar por el camino? Algún sitio donde podamos pedir tostadas y mucha gelatina."

De nuevo, no hubo respuesta. Kelly pensó en sentar a Jade en la silla y trenzarle el pelo. Quería hacer algo que formara parte de su ritual diario. El brazo de la niña se tensó en torno a los hombros de Kelly en cuanto intentó dejarla en el suelo.

"Me gusta", susurró Kelly, frotando la espalda de su hija y dándole un beso en la frente. Empezó a pasearse por la habitación y siguió hablando de todas las cosas que les gustaba hacer juntas. De los buenos libros que leían y de los paseos que daban. Notó que Jade empezaba a relajarse un poco, pero no se atrevió a albergar esperanzas.

"¿Qué te parece si nos olvidamos de las tostadas y desayunamos un gofre con helado? Incluso podemos hacerlo azucarado."

"¿Y M&Ms?"

Su voz era tan pequeña que al principio Kelly no estaba segura de si era su imaginación. "¿Qué has dicho, cariño?"

"¿Y mil millones de M&Ms encima?" Jade levantó lentamente la cabeza del hombro de Kelly y la miró a la cara. "¿Puede venir Ian

también?"

Kelly apretó la cabeza de Jade contra su hombro, para que no viera las lágrimas que brotaban de sus ojos. "Sí, mi amor. Nos llevaremos a Ian también."

Estaba respondiendo, se dijo Kelly. Su propia Jade volvía a estar con ella. Pero las lágrimas no ayudarían a resolver el problema que tenían delante.

"Quiero un curita, mamá", susurró Jade entre lágrimas.

Kelly buscó en el bolsillo trasero de sus pantalones. En el fondo, encontró un curita empapado y la sacó. Sentó a Jade frente a ella y le dio el curita. "¿Dónde la ponemos?"

La niña se miró los dedos y los brazos en busca del lugar adecuado.

"¿Qué tal aquí?", dijo señalándose el tobillo.

Kelly reconoció el lugar como el mismo donde estaba su propia cicatriz. Ayudó a Jade a ponerse el curita.

La puerta de la casa se abrió sin previo aviso. Rita entró. "Tardas demasiado. Todos te están esperando", dijo bruscamente.

Furiosa, Kelly saltó de la silla y cargó contra la mujer. "No te atrevas a interrumpirnos otra vez."

Rita retrocedió rápidamente fuera de la cabaña y se quedó justo delante de la puerta.

"Saldremos cuando estemos listas", le dijo Kelly imperiosamente. "¿Lo entiendes?"

Rita asintió con la cabeza un par de veces y Kelly le cerró la puerta en las narices.

"Tengo miedo, mamá."

La voz de Jade devolvió la atención de Kelly a su hija. Volvió a abrazar a Jade. "No te preocupes, mi amor. Estoy aquí."

"Son malos aquí."

"Solo si se lo permitimos", dijo tranquilizadora.

"Dicen cosas que no entiendo."

"Lo sé."

Kelly se lo pensó un momento. Había presenciado más de un sermón largo de Michael Butler. Se preguntó si tendría el valor de presentarse ante la multitud y recitar su propio sermón. Le habían dado una túnica blanca. Se suponía que era su guía espiritual hacia el mundo divino. Se preguntó qué podría decir para alejar a aquella gente del abismo que les habían programado para desear.

Aun así, valía la pena intentarlo. Al menos, podría intentar aplazar las cosas hasta mañana. Fue entonces cuando Ian le había dicho que las autoridades pensaban que el ritual final iba a tener lugar. Tenía que ganar tiempo para todos. Por supuesto, eso si Somers le permitía entrar en su reino de poder.

Miró la cara de Jade. Definitivamente valía la pena intentarlo.

Capítulo Veintidós



Ian no se anduvo con rodeos. El tiempo apremiaba, así que explicó la situación a Victor y Brian de la forma más clara y concisa que pudo, diciéndoles quién había muerto y quién había desaparecido y qué estaba ocurriendo en el campamento. Pensó que los dos hombres lo habían llevado bastante bien, escuchando todo sin decir ni una palabra.

Se habían metido dentro de la casa. Ian no quería que los viera nadie del campamento.

Les dijo exactamente lo que quería que hicieran. Su respuesta, o más bien su falta de respuesta, era lo que le ponía nervioso. Ninguno de los dos había hecho preguntas ni había mostrado objeción alguna a sus planes. Reaccionaban como un par de veteranos agentes de la ley y no como un anticuario y un carpintero de Filadelfia.

Ian asintió a Brian. "Bien, vamos a repasarlo una vez más."

"No hay problema", respondió, mirando a Victor. "Asaltamos la cocina el tiempo suficiente para que te acerques al campamento. Luego hacemos de expertos en demoliciones y volamos algunos coches y edificios."

"Tú puedes ser el experto en demoliciones", intervino Victor. "Yo seré Rambo. Voy a bajar esa pistola de encima de la chimenea."

"Te vas a pegar un tiro seguro si quitas esa pistola", respondió Brian. "Te pondré a cargo de los fósforos."

"Brian", espetó Vic. "A veces eres tan machista. Nadie dijo que tú mandabas."

"Solo estoy cuidando de ti."

"Chicos", interrumpió Ian. "Vamos a centrarnos en lo que tenemos que hacer aquí. No van a entrar en un combate cuerpo a cuerpo, ni en un tiroteo. Todo lo que les pido es que hagan explotar uno de los coches, o tal vez el cobertizo para botes, o incluso el camión de alquiler que acaban de…"

"El camión de alquiler no", protestó Vic. "Hay demasiadas antigüedades valiosas ahí dentro. Ellie nunca me lo perdonaría. Y luego está mi primo Vinny."

"Tienes la esencia de lo que estoy diciendo. Hay una lata de gasolina en el cobertizo para botes. Todo lo que quiero es un poco de fuegos artificiales en este lado del lago. El camión de Bill podría ser la mejor opción porque si pueden detonar esa lata de gasolina debajo del tanque del camión sin volarse en el proceso, deberíamos tener una explosión bastante buena. Además, está lo suficientemente lejos de la casa como para evitar quemar toda la costa este."

"Una explosión y no solo un incendio", repitió Brian.

"Bien, nada de hogueras. Quiero asegurarme de que haya al menos una explosión sólida. Tiene que lograr dos cosas. Primero, la distracción me da la oportunidad de entrar en el campamento. Segundo, la policía estatal o las agencias con las que trabajaba Dan deben darse cuenta de que algo debe andar mal cuando llegue el informe y vendrán a averiguar qué se cuece."

Vic y Brian siguieron discutiendo e Ian se alejó de los dos hombres, aislándolos. Le dolían el hombro y el brazo. La hemorragia se había detenido, al menos. Tendría que esperar a que le cosieran la herida.

Tenía que llegar rápido al campamento. Somers estaba adelantando el horario, pero Ian no sabía cuánto. La idea de que Kelly y Jade estuvieran allí le daba náuseas. Definitivamente no podía esperar aquí, contando con que el FBI o la policía estatal llegaran a tiempo.

"Me voy", anunció Ian.

Ambos hombres detuvieron su discusión y se volvieron hacia él. Victor miró el hombro de Ian. "¿Estás seguro de que puedes arreglártelas con esa herida?"

"Estaré bien. Una hora."

"Fuegos artificiales." Brian le envió un saludo. "Una hora."

IBA en contra de todos sus impulsos, pero Kelly se obligó a ponerse la bata blanca sobre la ropa seca.

La paciencia de Rita no duró demasiado. Esta vez llamó a la puerta en lugar de irrumpir. Por las voces que se oían fuera, Kelly supuso que también había otras personas reunidas junto a la puerta.

"No, mamá", susurró Jade, de nuevo con lágrimas en los ojos. "No quiero ir con ellos."

"Te quedarás conmigo." Levantó a Jade en brazos y abrió la puerta. El comité de bienvenida le dio ganas de encogerse.

Ken Burke y Ryan estaban de pie a un lado de la puerta. Al otro lado, Ash y Cassy se habían unido a Rita. Los dos pistoleros no estaban lejos. También había varios niños observando desde la zona entre las cabañas y los bancos.

El fotógrafo levantó la cámara y tomó algunos primeros planos de Jade y Kelly. La niña escondió inmediatamente la cara en el hombro de la madre.

"Nos la llevamos ahora", anunció Ken, dejando que la cámara colgara de su cuello mientras se acercaba a Jade.

"De ninguna manera", dijo Kelly en voz baja pero enfática, haciéndole retroceder. Ella extendió su mano hacia Ryan, hablando mucho más suavemente. "¿Por qué no vienes tú conmigo?"

La expresión de asombro en el rostro del chico se multiplicó por diez con respecto a lo que Kelly había visto antes. Unos dedos fríos y húmedos se deslizaron por su mano. Se volvió hacia Cassy. "Tú también caminas conmigo."

La chica parecía asustada, pero asintió.

La modelo era difícil de entender. Aun así, era una nueva recluta, lo que daba esperanzas a Kelly.

"Y tú también", ordenó a Ash.

La mujer alta parecía tan impresionada como Ryan. Dio un paso adelante, uniéndose a Kelly.

Así es como tenía que ser, se dijo Kelly. Tenía opciones. Tenía la posibilidad del poder. Se trataba de asumir una posición de autoridad. Era lo último que Somers esperaría que hiciera, mientras él pudiera controlar a Jade.

Al acercarse a la capilla al aire libre, Kelly vio al hombre mayor en el escenario. Parecía estar en medio de un encendido sermón. La mayoría de los bancos estaban llenos. La congregación vestida de rojo respondía a sus llamadas a la devoción.

Kelly empezó a caminar, dando vueltas por detrás de la última fila de bancos. Ryan se quedó con ella. Solo un paso por detrás de ellos, les seguían Ash y Cassy. El resto del grupo se limitó a observar con evidente confusión.

Meditación. Así solía empezar Michael Butler sus servicios. Antes de subir al púlpito, caminaba sin parar por el fondo de la congregación, meditando y rezando, a veces en voz alta y otras en silencio. Se aseguraba de que todos pudieran verle, mientras el "espíritu" se apoderaba de él.

Además, dejó que aumentara la expectación.

Kelly esperó a que recorrieran toda la longitud de los bancos antes de empezar a hablar con Ryan. Mantuvo la voz a un nivel que Cassy y Ash también pudieran oír.

"Yo también tenía doce años." Sonrió al chico.

"Lo sé", respondió Ryan. "He estado estudiando tu vida. Lo sé todo sobre ti. Y de tu hija."

Era un espeluznante recordatorio de que había sido observada durante todos estos años. Kelly se obligó a no distraerse.

"¿Son los Stern tu verdadera familia?", preguntó. "¿Es Craig tu hermano?"

"Creo que sí."

Jade intentó subir más a sus brazos. Kelly tuvo que soltar momentáneamente la mano de Ryan antes de acomodar a su hija. Inmediatamente volvió a tomar la mano del chico.

"¿Sabes por qué te eligieron?"

"La hermana de mi madre era Jill Frost. El Profeta Miguel la eligió, así que eso hace que nuestra familia sea especial."

Rachel Stern era su tía. La comprensión no era agradable, y en este momento solo significaba que la locura definitivamente corría profundamente en su familia. Kelly no recordaba a Rachel de la Misión. Supuso que la madre de Ryan tenía que ser una hermana menor, pero nada de esto significaba nada ahora.

"¿Practicas algún deporte, Ryan?"

La pregunta pareció desconcertar al chico. Levantó la vista, confuso. "Sí, me gusta el baloncesto."

"¿Juegas en un equipo?"

"No."

"¿Por qué no?"

"Tengo tareas y estudios que hacer", dijo Ryan en voz baja.

Sospecha, se dijo Kelly. Tenía que sembrar la sospecha. "¿A qué escuela vas, Ryan?"

"Mi madre me educa en casa."

"¿Así que tú y un grupo de otros niños educados en casa se reúnen de vez en cuando y hacen cosas divertidas? ¿Juegan al baloncesto?"

"No."

"Qué extraño."

"Craig y yo tenemos tiempo para jugar juntos."

Kelly soltó la mano de Ryan y le tocó suavemente el pelo. "¿Tienes vecinos? ¿Algún otro niño con el que juegues?"

"No, solo Craig."

"Ryan, ¿tienes algún otro amigo?"

El chico negó lentamente con la cabeza.

"Eso está mal, cariño." Kelly dijo con calma. "Yo era la hija del Profeta, pero fui a la escuela con otros niños."

"¿Lo hiciste?"

Ella asintió. "Y también fui a la universidad más tarde. Tuve amigos y trabajos, y celebré la Navidad y viajé, y muchas otras cosas divertidas."

"Eso no es lo que aprendí de ti."

Kelly frunció el ceño. "No sé qué te habrán contado, pero ¿no crees que yo sabría sobre mi propia vida?"

Ryan la miró fijamente, claramente perplejo. Podía ver cómo su mente se aceleraba. Kelly miró a Cassy por encima del hombro.

"Fuiste a la escuela con otros niños, ¿no?"

Cassy se sonrojó pero asintió.

"¿Cómo supiste del Profeta?"

La adolescente continuó siguiéndola, pero Kelly la vio mirándose las manos. "De Caleb."

Kelly miró alrededor del campamento en busca del joven que había conocido por primera vez hacía dos noches. Estaba en el escenario con Somers.

"¿Lo saben tus padres?"

Cassy sacudió rápidamente la cabeza.

"¿Dónde creen que estás ahora? ¿Este fin de semana?" Kelly preguntó, reduciendo la velocidad para que los cuatro estuvieran caminando juntos.

"Creen que hago de canguro en la posada."

Kelly se obligó a reprimir sus ganas de regañar a la joven. Es positivo, se dijo a sí misma. "¿Recuerdas las Navidades cuando tenías la edad de Ryan, Cassy? ¿O Acción de Gracias? ¿O cuando jugabas con otros niños?"

"Claro", respondió ella. "Acción de Gracias siempre fue mi fiesta favorita."

"Puedo oler ese pavo ahora mismo", dijo Kelly, dejando la idea en el aire. Se volvió hacia Ash. "No eres mucho mayor que Cassy, ¿verdad?"

"Tengo veintidós años."

"¿Por qué estás aquí?" preguntó Kelly suavemente, adivinando ya la respuesta. Ash sería el gran titular de la Divinity Mission. Un par de cientos de personas que se suicidaran en masa tendrían mucha

cobertura mediática, pero el público podría obsesionarse con ello durante décadas si había una bella celebridad mezclada con ellos.

"Ken me pidió que viniera."

"¿Sabes lo que va a ocurrir esta noche?"

Ella asintió. "Todos vamos a conocer al Profeta."

"Todos vamos a morir", dijo Kelly sin rodeos.

"Pero la muerte es solo una cortina a una dimensión que no podemos ver. Tú serás la guía más allá de la cortina. Nos llevarás a un mundo mucho más hermoso que nos espera al otro lado. Allí, no importará nuestro aspecto."

"¿Quién te lo ha dicho?"

"Ken lo hizo", dijo Ash, sonriendo a su novio. Ken seguía haciéndoles fotos mientras daban la vuelta al final de los bancos y volvían a empezar. Volvió a centrar su atención en Kelly. "He repasado los escritos del Profeta Miguel, los que me han dado la bendición de leer. Estas eran sus creencias."

Kelly apretó suavemente la mano de Ryan, asegurándose de que el chico estaba prestando atención a lo que se decía. "El Profeta Miguel era mi padre. Me dijo la verdad absoluta, antes de su muerte y después."

"¿Ha hablado contigo?" preguntó Ash asombrada.

"Me visita a menudo en sueños. También se me aparece en cada luna llena." Kelly miró a cada uno de los rostros, asegurándose de que tenía toda su atención. La tenía.

"Debe estar orgulloso de que una nueva Misión de seguidores vaya a unirse a él", dijo Ash emocionada.

"¿De verdad te habla?" preguntó Cassy.

Kelly asintió a ambas mujeres. "Habla conmigo todo el tiempo. Pero lo que comparte conmigo es muy diferente de lo que ese hombre de ahí arriba ha estado balbuceando. Te diré esto, el Profeta

Miguel no reconoce a Tyler Somers ni a ninguno de esos supuestos ministros."

"¿Qué quieres decir?" preguntó Ash, atónita.

"El mensaje del Profeta Miguel, cuando estaba vivo, era sobre la bondad y la caridad. Sobre llevar una buena vida de servicio. Vivió su vida como un ejemplo para todos nosotros. Por eso vivíamos todos en una Misión en Nuevo México. No teníamos coches, ni casas, ni siquiera ropa propia. Trabajábamos duro todo el tiempo, dando a la comunidad, a la gente que necesitaba ayuda. Vivimos años de sufrimiento antes de que llegara el momento adecuado." Hizo una pausa y dejó que su mirada recorriera a la multitud. "Este grupo es muy diferente. Los líderes que han asumido el poder usando el nombre de mi padre son muy diferentes."

Kelly se dio cuenta de que bastantes de los que estaban sentados en los bancos se distraían con su continuo movimiento detrás de ellos.

"Lo único que conoce esta gente es el consuelo", continuó en voz baja. "Esas sandeces que Tyler Somers ha estado predicando sobre las estrellas y 'nuestro' tiempo son falsas. Mi padre, el Profeta Miguel, me ha dicho que estos creyentes aún no han pagado sus deudas. No han servido a los demás. Y están siendo engañados."

Todos a su alrededor la miraban con los ojos muy abiertos.

"¿Qué dice el Profeta sobre lo que nos va a pasar? ¿A ellos?" preguntó Ash, con un temblor de nerviosismo en la voz.

"Que se suiciden", dice. Pero eso es todo. Este no es el tiempo del Rapto, y quitarse la vida prematuramente es un pecado. Los que mueran hoy descenderán todos al lago de fuego. Los cuerpos de los que mueran hoy serán devorados por los gusanos. Polvo al polvo. Pero ninguna cortina se levantará, Ash. Ninguna puerta se abrirá. Ningún mundo divino será revelado a los que mueran hoy." Kelly

habló tan apasionadamente como pudo. "El Profeta dice que no hay nadie en este grupo, ni siquiera yo, digna de cruzar el mismo umbral que él y sus discípulos atravesaron, hace veintidós años."

Ash se detuvo, mirándola aturdida, como si acabara de despertar de un profundo sueño. "Ya lo sabes, pero estás aquí."

Kelly se detuvo, al igual que los demás. "Cassy puede explicártelo mejor que yo. Pero te diré esto, no me dieron ninguna opción de no estar aquí."

La cara de la adolescente estaba roja. No miraba a ninguna parte más que a las puntas de sus zapatillas. Incluso Ryan había perdido parte de su mirada de estrella. Miraba por encima de la congregación en el escenario con una saludable expresión de miedo en su rostro.

Kelly vio a Ken bajar la cámara y mirar con preocupación a su grupo. Sabía que algo no iba bien. Los demás, que les miraban desde los bancos, vieron lo mismo.

"Ken no beberá de la fuente esta noche, pero se supone que yo sí." La voz de Ash era muy tensa. "Voy a salir de aquí."

"No te dejarán", dijo Cassy en voz baja. "Tienen armas. Los de seguridad tienen órdenes de matar a cualquiera que cambie de opinión durante estas últimas horas de devoción. Oí a Caleb contárselo a los demás."

Ryan se acercó al lado de Kelly. Puso una mano en el hombro del chico. Ash le retorció los dedos.

"¿Qué podemos hacer?", preguntó la modelo con cara de recelo mientras su novio se acercaba.

"Quédense conmigo. Hagan lo que les digo", les dijo Kelly, apartándose del fotógrafo. Empezó a moverse de nuevo por los respaldos de los bancos.

Había logrado despejar parcialmente las cabezas de tres personas. Solo faltaba un par de cientos más.

Capítulo Veintitrés



Ian decidió dar un rápido paseo por la bodega antes de salir de la posada. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. La túnica roja era unos quince centímetros más corta, pero no creyó que importara.

Ahora Ian se movía tan rápido como podía por el bosque. La densa maleza le ofrecía la mejor cobertura. Tenía que llegar al campamento sin ser visto. Al llegar a las afueras, se puso la túnica.

El tráfico de creyentes vestidos de rojo que entraban y salían de los aseos portátiles era escaso. Dos hombres jóvenes, de pie en un extremo de la fila, parecían ser los vigilantes.

No se veían armas, aunque podrían haber estado armados fácilmente bajo sus túnicas rojas. Ian se arrastró lo más cerca que pudo y esperó a que el abrir y cerrar de las puertas le diera su mejor oportunidad. Se puso en pie, rodeó el extremo más alejado de la fila y entró en uno de los aseos.

Mirando a través de las rejillas de ventilación, esperó a hacer su siguiente movimiento. Ciertamente no podía ver mucho del campamento desde aquí.

Las puertas de uno de los aseos adyacentes se cerraron con un golpe cuando salió un hombre, Ian abrió la puerta y lo siguió hacia

el centro del campamento. Oyó a un predicador que arengaba a los fieles a través del sistema de megafonía.

Cuando Ian se acercó al escenario, vio a un hombre vestido de blanco ante el micrófono. El pálido y anciano orador era la fuente del sermón de fuego y azufre. Tal vez fuera la enfermedad lo que le había hecho envejecer, pero parecía mucho más viejo que las fotos que Ian había visto de él. Aun así, no le cabía duda de que estaba viendo a Tyler Somers.

La mirada de Ian recorrió a todos los demás en el escenario. No había ni rastro de Kelly. Cuando llegó al final de los bancos del fondo, la vio. Estaba vestida con una bata blanca… como Somers. Jade estaba en sus brazos. Miró a la gente que caminaba con ella. Había otros observándola, también, desde la zona entre los bancos y las largas cabinas más allá, y desde la propia congregación. Sin duda era una buena distracción, pensó.

Mirando hacia el escenario, Ian vio que algunos de los ministros la miraban con fastidio. El propio Somers estaba absorto en la teatralidad de su discurso. Obviamente, se estaba preparando para un gran final y no parecía ser consciente de ella. Caleb también estaba en el escenario. Ian se dirigió hacia el grupo de cabañas cerca de donde estaba Kelly. Había pequeños grupos de personas, algunas de ellas familias, que estaban sentadas en bancos de picnic con comida sin tocar delante de ellos.

Justo cuando Ian volvía la vista hacia el escenario, alguien le tomó del brazo y empezó a dirigirle hacia la primera cabina. Ian miró el rostro arrugado del anciano que tenía a su lado.

"Hola, Bill."

"No querrás encontrarte con él ahora."

Ian miró en la dirección en la que miraba Bill y vio a Wilson Blade. El cocinero se levantó de la última fila de bancos y se volvió

hacia ellos.

"No creo que te haya visto todavía. Sigamos caminando, señor Campbell", dijo Bill, usando su cuerpo para proteger a Ian tanto como fuera posible. Señaló con la cabeza una cabaña alejada del centro. "Esa de ahí está vacía."

"Lo que tú digas." Ian avanzó, encorvando los hombros y manteniendo la cabeza gacha.

Detrás de ellos, Somers terminó su sermón con algunos "amenes" y murmullos entre la multitud. Un teclado empezó a tocar una melodía folclórica, pero a Ian no le interesó. Pasaron juntos, como dos viejos amigos, por delante de las cabañas delanteras y se dirigieron directamente a la vacía.

Bill abrió la puerta y asomó primero la cabeza antes de indicarle a Ian que entrara.

"¿Me vio?"

"Está mirando hacia aquí. Pero no creo que te haya reconocido." Bill entró detrás de él.

La habitación era pequeña y parecía utilizarse solo como almacén, ya que había montones de cajas apiladas en una esquina.

"No es un buen día para merodear por el campamento", dijo Bill despreocupadamente, mirando por la única ventana en la dirección por la que habían venido.

"No tenemos mucho tiempo. ¿Puedes acercarme a Kelly?"

"¿Trabajas con Dan?"

Ian se planteó la pregunta. Bill podría haberle delatado en cuanto le vio, pero no lo hizo. Ahora que lo pensaba, tenía sentido que Dan tuviera un topo en la organización de Somers.

"Dan está muerto. Le cortaron la garganta y lo dejaron en su catre en la posada. Lo encontré allí esta mañana."

Bill bajó la mirada, visiblemente conmocionado.

"Maldita sea. Se suponía que nos encontraríamos aquí anoche. Nunca apareció." El anciano sacudió la cabeza. "Era poco más que un niño. No puedo creer que lo mataran."

"No es el primero, aunque me alegra oírle decir eso."

Ian miró el rostro arrugado del hombre. "¿Cuánto tiempo llevan trabajando juntos?"

"Solo desde que Dan llegó esta primavera. Pero he estado pasando información a su gente desde antes de que Kelly se mudara aquí."

"¿Así que nunca fuiste miembro de la Butler Mission?"

"Ojalá pudiera decir eso." Se volvió de nuevo hacia la ventana. "Toda esa palabrería religiosa nunca ha significado mucho para mí, pero durante más años de los que me gustaría admitir, hice todo lo que Janice quería que hiciera. Ella cree en todo eso, así que le seguí la corriente, para bien o para mal. Pero todo cambió cuando ese tal Somers decidió deshacerse de Frank. Y luego de Rose. Frank y yo nos habíamos hecho muy buenos amigos. Nunca supo que Rose era uno de ellos. Ella fue la razón por la que consiguieron a Kelly para empezar y también la razón por la que compraron la posada a Josh Sharpe. Todo era parte del plan, pero no hay ni una pizca de lealtad entre esta gente."

"¿Así que ambos fueron asesinados?" preguntó Ian.

Bill asintió. "Como dije, Somers y su gente querían a Kelly aquí. Así que se hizo lo que había que hacer. Cuando Frank quiso que Kelly se mudara con su nuevo marido al otro lado del mundo, tuvo que morir y el marido también." Bill pensó en eso un momento. "Rose no era ella misma una vez que se dio cuenta de lo que le hicieron a Frank."

Ian consultó su reloj. Buscó su pistola en la bata y se acercó a la ventana. Todo parecía estar igual fuera. No vio ni rastro de Blade.

"Están llevando todo a cabo antes de lo previsto", dijo Bill. "Esto es un cambio de última hora."

"Desafortunadamente, la gente de Dan no lo sabe."

El anciano se sentó en una de las cajas, aún demasiado agitado por la noticia. "Le pedí a Dan que viniera a ver cómo estaban las cosas. Ninguno de los que veníamos de la posada anoche sabíamos que esta era la última llamada. Que no íbamos a volver. O al menos, a mí no me lo dijeron", se corrigió. Miró a Ian. "A los de seguridad les gustan mucho las armas aquí. Si no dispararon a Dan, solo se me ocurre una persona que lo hubiera hecho así. Con un cuchillo, quiero decir."

"¿Wilson Blade?" preguntó Ian.

Bill asintió. "Era el perro guardián de Tranquility Inn. Era el pit bull personal de Kelly, aunque ella nunca lo supo."

La puerta se abrió sin llamar y Bill se puso en pie de un salto. Ian se deslizó detrás de la puerta antes de que el intruso lo viera.

"¿Qué quieres?" preguntó Bill sin rastro de amabilidad.

"Vigila tu maldito tono, viejo cabrón", dijo Wilson Blade, interviniendo. "¿Y qué crees que estás haciendo aquí? ¿Quién era el otro tipo que vi…?"

Cuando el cocinero despejó la puerta, Ian clavó su hombro bueno en el pecho de Blade, golpeándolo contra la esquina y haciéndole caer de rodillas. Mientras el dolor del hombro le recorría el pecho y la cabeza, Ian se dio cuenta de que Bill cerraba la puerta tras de sí. Intentando mantenerse en pie, sacó la .45 de Dan.

Blade se puso en pie de un salto, con la cara roja y sacando un cuchillo de caza de aspecto malvado. "¿Qué coño?"

Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de que era Ian. Blade se abalanzó sobre él blandiendo el cuchillo. Al acercarse, Ian lo esquivó y golpeó la sien de Blade con el cañón de la pistola,

haciéndolo tambalear momentáneamente. Acercándose, Ian puso su rodilla en la cara del hombre, levantándolo. No iba a perder su ventaja. Volvió a blandir la pistola, clavando la culata en el centro de la frente del cocinero.

Blade soltó el cuchillo y se desplomó.

Ian se tambaleó hacia atrás, agarrándose el hombro. Podía sentir la sangre a través de la bata.

"¿Qué demonios?" dijo Bill, mirando el hombro de Ian. Miró al hombre inconsciente a sus pies y de nuevo a Ian. "¿Cuándo sucedió esto?"

"Esta mañana. Como Dan, estaba en medio. Tuvieron que ocuparse de mí cuando vinieron a llevarse a Kelly."

Miró alrededor de la pequeña habitación, intentando decidir qué podían hacer con Blade. No había mucho. Y no creía que en ese momento importara realmente. El hombre estaba inconsciente.

"Estás sangrando mucho."

"Viviré." Volvió a mirar su reloj. "¿Hay alguna manera de acceder a un teléfono? Para llamar."

Bill negó con la cabeza. "Solo hay una línea, que yo sepa. En la oficina de administración. Hay una extensión en la enfermería, pero ambas están más vigiladas que el saldo bancario de Ty Somers. No hay manera."

"Tengo un plan. No sé si funcionará, o si las autoridades podrán llegar a tiempo. Esperaba que pudiéramos evitar un enfrentamiento y un suicidio en masa."

"Somers quiere ir y llevarse a este grupo con él. Creo que hará que Waco parezca el recreo de la escuela si tiene que hacerlo", advirtió Bill. "Oí a dos de los de seguridad decirle a Caleb que ese camión estaba preparado para explotar en la carretera. Me pareció

que si explotaba, el padre Ty planeaba usar el ruido para que todos subieran a tomar el último trago."

Ian se sintió mal de repente.

"Le importa un bledo la luna y las estrellas y toda esa mierda", continuó Bill. "Quiere morir y llevarse a mucha gente con él."

"Llévame a Kelly", dijo Ian con urgencia.

El número de personas que caminaban con ella aumentaba por momentos. Hablando todo el tiempo que caminaba, Kelly alargaba el camino que recorrían, acercándose más a los lados de los bancos antes de retroceder. La distracción estaba funcionando.

El control de Somers sobre el público empezó a flaquear en el momento en que Kelly extendió una mano hacia Craig, el hermano de Ryan, indicando al chico que se acercara a ella. Sin dudarlo un instante, el adolescente abandonó el banco y a sus padres, uniéndose a Kelly y a los demás en su paseo. Luego hizo señas a un niño, a otro adolescente, a una joven, y así sucesivamente. Algunos acudieron incluso sin invitación.

Kelly oyó murmullos detrás de ella y en los bancos de atrás mientras pasaba. Por los fragmentos de conversación, supo que se estaba discutiendo su objeción al plan de Somers.

Que se corra la voz, se dijo a sí misma.

Somers se dirigió a su asiento en el escenario, haciendo una pausa en su sermón. Kelly observó cómo varios miembros de su círculo íntimo cuchicheaban con el anciano. Su mirada cambió, fijándose finalmente en lo que Kelly estaba haciendo en la parte de atrás.

Fue cuestión de minutos ver a Caleb salir del escenario y dirigirse hacia ella. Kelly tuvo que aferrarse a cualquier pizca de autoridad que pudiera esgrimir. No vaciló en su camino mientras él se acercaba, ni dejó de invitar a los demás a unirse a ella.

Cuando se dio la vuelta en el otro extremo, se dio cuenta de que Caleb se había colocado directamente en su camino. Ella no iba a dar un paso a su alrededor. Ella no iba a dar ninguna pista a esta congregación que ella era cualquier cosa menos una persona de gran superioridad a cualquiera de los ministros presentes. Continuó hacia el hombre.

"Quieres hablar conmigo, Caleb", le dijo en voz alta, "entonces caminarás conmigo."

El rostro de Caleb no ocultaba su fastidio a medida que el grupo se acercaba. En el último momento, se hizo a un lado y se puso a su paso. Menos mal que lo hizo, porque ella tenía toda la intención de abalanzarse sobre él, si era necesario.

"El Padre Ty solicita su presencia en el escenario", dijo.

Había llegado el momento. Kelly miró por encima del hombro al grupo que había reunido. Unas treinta personas. No estaba sola.

"Síganme", les dijo, rodeando la última fila de asientos y dirigiéndose directamente al escenario.

"Estas personas tienen que tomar asiento", le dijo Caleb mientras caminaban. "Nadie puede estar con el padre Ty y contigo en la plataforma."

Kelly se detuvo y se encaró con él. "*Tú* puedes estar en la plataforma, ¿no? ¿Qué te da ese derecho, aparte del hecho de que llevas armas bajo la túnica? ¿Qué tienes tú que ellos no tengan?"

Su comentario fue lo bastante fuerte como para que un silencio se apoderara de los que caminaban con ella y de los que estaban en los asientos más cercanos. Kelly volvió la vista hacia Cassy y notó

una expresión de disgusto en su rostro mientras la joven miraba fijamente a Caleb.

Continuó hacia el escenario. Los otros ministros parecían preocupados. Kelly vio a Somers hacer un gesto a Joshua Sharpe, y el corpulento hombre se puso inmediatamente en pie. Lo mismo hizo Shawn Hobart. Los dos se movieron para bloquearla antes de que llegara a los cinco escalones que conducían a la plataforma.

"Bienvenida, Luna-K, hija del Profeta", saludó Joshua Sharpe.

Kelly asintió con desdén.

"¿Puedo?", preguntó, acercándose a Jade.

"¡No!", ladró. "Se queda conmigo. E invito a todas estas buenas personas —y a cualquiera que quiera acompañarme— a que se acerquen y se sienten en los escalones y en el borde de la plataforma. Quiero que todos ellos estén cerca de mi corazón, de mi cuerpo y de mi alma. De la misma manera que el Profeta Miguel mantenía a sus discípulos cerca de él."

A pesar de la continua música de teclado, su voz se elevó por encima de ella. Se oyó un "Amén" inusualmente alto de su grupo y de algunas personas de la primera fila.

Extendió la mano e hizo un gesto a Sharpe y Hobart para que se apartaran y le abrieran paso. Ambos miraron a su líder en busca de su aprobación. La música cesó y de repente se hizo un silencio sepulcral en la capilla al aire libre.

Demasiada gente estaba observando la lucha de poder. Somers asintió y los dos hombres se apartaron para dejarle paso.

Kelly se negó a aceptar la mano de ninguno de los dos y subió las escaleras sola. Se dio la vuelta y supervisó cómo su grupo quedaba bloqueado por los escalones. A lo largo de la parte delantera del escenario, animó a algunos de sus seguidores a

sentarse en el borde de la plataforma. Se alegró de ver que algunos más se les habían unido en el último momento.

Vio a Somers ponerse en pie. Con cara de impaciencia, le indicó que ocupara la silla que habían colocado cerca de la pila. Kelly vio dos grandes botellas de líquido rojo en el extremo del escenario. Hizo caso omiso de su cuadro, colocado en un caballete junto a la pila bautismal. En lugar de seguir la dirección del hombre mayor, se dirigió al micrófono. Él se dio cuenta de su intención y lo alcanzó primero.

"Mis hermanos y hermanas, Luna-K ha regresado", anunció. "Démosle la bienvenida."

Empezó a aplaudir, y la congregación se unió a él, vitoreando ruidosamente. Quitó la mano del micrófono, indicándole que hablara, pero luego extendió los dos brazos para tomar a Jade.

A Kelly se le heló la sangre en las venas. Todo el valor y la confianza que había acumulado estaban peligrosamente a punto de disiparse.

"Ven a mí, Jade", dijo con voz tranquila.

Kelly sintió que su hija se desvanecía en sus brazos.

"No", dijo tajantemente. Su voz sonó en el micrófono y la multitud se calló. Todos los ojos estaban puestos en ellos.

"Soy la hija del Profeta. Y Jade es su nieta. Es vital que los Elegidos nos vean juntos en este momento tan importante. Es esencial que Miguel mire hacia abajo y vea a su descendencia junta."

La ira hizo que el rostro pálido del anciano cobrara color. Asintió con gesto adusto.

"Luna-K, tienes mi permiso para retener a tu hija. Por ahora", dijo amenazadoramente. "Pero es hora de que tú y tu hija tomen

asiento, ya que estoy listo para dirigir a nuestro pueblo en la siguiente fase de nuestras devociones."

"Devociones", dijo, tomando el micrófono del atril. "Esa es una de las cosas que me gustaría abordar con todos ustedes aquí. Hablaré un momento, *Hermano* Ty."

Miró fijamente a Somers, que la fulminó con la mirada durante uno o dos segundos antes de retroceder. Se volvió hacia la congregación.

"Algunos de ustedes se preguntarán por qué me paseo de un lado a otro a lo largo de esas pasarelas en la parte trasera de nuestra hermosa capilla aquí en el bosque."

Algunos sonrieron con complicidad. Otros asintieron con la cabeza, curiosos. Kelly cambió el micrófono a la otra mano, apartando a Jade de Somers.

"El Profeta Miguel", dijo con fuerza en el micrófono mientras Somers daba un paso hacia ella. "¿Cuántos de ustedes tuvieron la suerte de conocer a ese hombre santo en persona?"

Se alejó de Somers. Se levantaron más manos de las que ella hubiera esperado.

"¿Cuántos de ustedes recuerdan cómo solía desfilar y pasear por la capilla de la Misión, sonriendo y saludando a todo el mundo antes de cualquiera de sus sermones?"

Las mismas manos se levantaron. Los rostros brillaban de recuerdo. Kelly vio a Somers acercándose a ella.

"Eso es exactamente lo que estaba haciendo", anunció por el micrófono. "Seguía las instrucciones de mi padre."

Hubo un murmullo cuando se dirigió a la parte delantera del escenario.

"Y también tenía instrucciones para ti, cuando se me apareció anoche durante mis momentos de devoción privada", dijo, lanzando

una mirada amenazadora a Somers. "Mi santo padre estaba preocupado por la falta de amor, la falta de compasión, la falta de unidad que ve entre su pueblo. Le preocupa que se hayan olvidado sus palabras. Que su propósito divinamente ordenado ya no se cumpla aquí."

El pequeño grupo sentado en los escalones y al borde del escenario respondió con palabras de preocupación. Pasó junto a ellos para mantenerse alejada de Somers. Vio que el hombre mayor hacía señas a sus ayudantes para que se acercaran a ella.

"El Profeta me dijo que los Elegidos —ustedes, amigos míos— quieren las recompensas del trabajo en el que no han trabajado. Mi padre rechaza la idea de que puedan unirse a él sin invitación, sin ser dignos."

Gritos de "¡No, no!" sonaron desde los bancos.

"Me dijo que han sido engañados por las palabras de un autoproclamado líder que no es reconocido por el Profeta Miguel ni por las huestes celestiales de arriba. Este hombre es ese engañador."

Apuntó el micrófono a Somers, pero Shawn Hobart se lo arrancó de la mano. Ella le ignoró y siguió dirigiéndose a los sorprendidos feligreses en voz alta.

"Este hombre fue expulsado de la Misión antes del día final. Tyler Somers es un cobarde y un ladrón. Es un moribundo que quiere un rebaño que lo lleve al Infierno, ya que es el único lugar donde pasará la eternidad."

Se detuvo cuando una explosión al otro lado del lago hizo que todos volvieran la cabeza en esa dirección.

El silencio en el campamento duró solo un momento cuando Somers arrebató el micrófono de la mano de Hobart.

"Este es nuestro momento", gritó. "Nuestros enemigos están sobre nosotros."

Le tendió una mano, pero ella se apartó.

"¿Los oyes? Es tal como lo predije", continuó Somers. "Las puertas han irrumpido y los infieles están entre nosotros. Ahora es nuestro momento. Debemos dejar atrás este páramo. Debemos elevarnos a través de la Puerta Eterna."

Los ministros del escenario habían entrado en acción en cuanto Somers empezó a hablar. Caleb y Sharpe estaban vertiendo una botella del líquido rojo en la pila, y Hobart les llevaba la otra botella desde un lado del escenario.

Kelly se dirigió al frente y llamó a la gente reunida bajo ella. "Lo que les dice este impostor no es cierto. Este no es el momento y él no es el guía."

"No la escuchen", gritó Somers al micrófono. "¡Ella es la impostora! Que alguien silencie sus blasfemias."

"Mi padre me dijo…"

Kelly se detuvo en seco al sentir que la mano de un hombre rodeaba con fuerza su tobillo. Miró hacia abajo y su corazón casi se detuvo al ver su rostro.

"Ian", susurró Kelly, mirándole atónita. Se agachó. "Tú…"

"Vamos. Baja", le dijo con urgencia mientras Tyler Somers seguía exhortando a la confusa congregación.

"¡Deténganlo!" Somers gritó en el micrófono, señalándolo. "Te dije que nuestros enemigos están contra nosotros. Este es el agente de Satanás en persona. Este hombre es el Anticristo. Deténganlo antes de que nos manche a todos."

Kelly le tomó de la mano y saltó del escenario al suelo. Jade levantó la cabeza del hombro de su madre mientras Ian empezaba a tirar de Kelly hacia el final de los bancos.

"¡Ian!", gritó feliz la niña.

Somers seguía gritando por el micrófono y toda la escena era un caos. Caleb y Hobart se precipitaban por el escenario hacia ellos, y aparecieron dos matones que les cortaron toda posibilidad de escapar, avanzando hasta el final de la fila, bloqueándoles el paso.

La pistola apareció en la mano de Ian en un instante, y de la congregación salieron gritos y chillidos. Somers seguía chillando, pero Caleb y los demás se detuvieron al ver la pistola. Kelly se sintió a sí misma y a Jade tironeadas de repente contra el cuerpo de Ian y la pistola apretada contra su frente.

"Te acercas un paso más", gritó Ian, "y ella muere."

Kelly sabía lo que estaba haciendo. Estaba tratando de ganar tiempo.

"Está mintiendo. Deténganlo", gritó Somers por el micrófono a los que le perseguían. Se volvió hacia el resto de la congregación. "Únanse a mí, hermanos y hermanas. Vengan y tomen las copas."

"Llevo veintidós años esperando esto", dijo Ian en voz alta. "Mi esposa murió en la Butler Mission. La mataron la noche del suicidio. Llevo toda una vida esperando vengar su muerte."

"Las copas. Están aquí. Vengan y tómenlas", Somers hizo un gesto hacia la fila de copas llenas de bebida que se alineaban en el borde del escenario. Actuó como si Ian y su toma de Kelly y Jade no fueran más que una molestia. Kelly vio a Janice moverse en silencio hacia la parte delantera del escenario.

Caleb saltó y agarró a una mujer del primer banco, empujándola hacia las bebidas.

"Deprisa. Ahora." Agarró a la siguiente persona y la empujó en la misma dirección.

"No sin Luna-K." La mujer sacudió la cabeza y miró confundida y asustada hacia Ian, que seguía apuntando a Kelly a la cabeza. Otras

personas retrocedieron del escenario.

"Mi padre, el Profeta Miguel, no apoya este acto", les gritó Kelly. "Todo esto está mal. El tiempo de la Tribulación no ha pasado. Toda esta charla del Rapto es un engaño de Ty Somers. No viene de mi padre, sino de una mente enferma."

La multitud se encogió más. Algunos empezaron a llorar. Otros se acurrucaron unos con otros, atemorizados.

"Atrápenlos. Tráiganmelos", gritó Somers.

Las armas aparecieron de debajo de las túnicas, revelando los verdaderos colores de los más cercanos a Somers. Caleb siguió alineando a la gente a la fuerza, mientras Hobart les empujaba copas a las manos.

"Luna-K", gritó una mujer. "Luna-K, sálvanos."

"Luna-K tomará el primer trago. Ella les guiará", anunció Ty.

Kelly no se había dado cuenta hasta ese momento de que otra pistola les apuntaba desde el escenario. La empuñaba Joshua Sharpe y apuntaba a Jade. Apoyó la cabeza de su hija en el hombro y se encogió contra Ian. Estaban rodeados de hombres armados. No tenían adónde ir.

Ty levantó una mano. "Dejaré que tu hija vaya con este hombre. Pueden abandonar el campamento siempre que te unas a nosotros en nuestro viaje." Hizo una pausa, señalando a Sharpe. "O él disparará y ella morirá, y entonces tú también morirás, junto con tu amante. Te haremos viajar con nosotros de un modo u otro, Luna-K."

Kelly protegió a Jade del arma de Sharpe.

"Llévatela", le dijo asustada a Ian al ver que Joshua Sharpe devolvía la mirada a Somers. "Llévatela, Ian."

"No sin ti", dijo, empujándolos a ambos bajo el escenario.

"Ian", gritó mientras sonaba un disparo.

Se oían gritos a su alrededor mientras continuaban los disparos. La gente corría. Atrajo a Jade hacia sí. Vio que Cassy se lanzaba a su lado y que los chicos de Stern también estaban allí.

"¡Por favor, Dios! Ian", gritó.

Lo matarían. Eran demasiados. Más disparos.

"¡Ian!" trató de mirar hacia fuera, pero todo lo que podía ver eran pies que pasaban en estampida.

Y entonces oyó el ruido de helicópteros y altavoces y decenas de coches y furgonetas que atravesaban el campamento.

Acercó a los demás y rodeó a Jade con su cuerpo.

Capítulo Veinticuatro



La sala de espera del hospital no tenía ventanas. A Kelly le gustaba así. No quería ver la luna llena. No necesitaba recordatorios de lo que podría haber sido. Había visto y oído lo suficiente para seguir corriendo el resto de su vida.

Había abandonado el caos de Tranquility Lake tan rápido como había podido. Un ejército de policías estatales y agentes federales había entrado en el campamento. Le habían dicho que Bill había disparado el primer tiro, hiriendo a Joshua Sharpe. Ian había mantenido a los demás a cubierto mientras los agentes entraban en tropel. Los miembros de la secta habían depuesto rápidamente las armas ante una fuerza tan abrumadora.

Victor y Brian habían sido los responsables de la perfecta sincronización del asalto. Habían localizado la línea telefónica cortada y Brian había podido arreglarla. La llamada a la policía estatal se había hecho antes de la explosión real, que siguieron adelante, con la esperanza de que la distracción podría ayudar a Ian.

Se habían producido numerosas detenciones en el campamento, siendo la más importante la de Tyler Somers. Se trajeron autobuses para transportar al resto de la secta. La mayoría de los chicos estaban siendo entregados a agencias estatales. Estas personas, la

mayoría de las cuales eran inocentes de cualquier fechoría consciente, necesitarían largos periodos de terapia para desbloquear sus fobias y liberarse de las ataduras que les unían a Michael Butler y su sucesor.

Y luego, estaban aquellos a quienes ella consideraba personalmente responsables de tantos crímenes. Gente como Janice, Rita y Wilson. Se sintió aliviada al ver que se los llevaban esposados. Bill iba a ser un testigo importante para la acusación cuando llegara el momento de los juicios. Para su gran sorpresa, se enteró de que Bill llevaba varios años trabajando para el FBI.

Kelly ya había sido informada de que la muerte de su marido y la de sus dos padres estaban siendo investigadas como probables homicidios. El asesinato de Lauren Wells no se descubrió hasta esta tarde, cuando encontraron el cadáver de la anciana en una de las cabañas. Kelly se sintió fatal, sabiendo que ella había sido la razón por la que la mujer había venido a Tranquility Lake. Lauren había venido a advertirla, y ella misma se había convertido en víctima. La tercera víctima.

Kelly habría sido la cuarta de una larga lista.

Nada de esto acabaría pronto. Sintiéndose extremadamente vulnerable, Kelly estrechó a Jade contra su pecho y acurrucó la manta amarilla alrededor de ambas. La niña estaba profundamente dormida. Se habían llevado a Ian del campamento en una ambulancia. Ella no habría sobrevivido a nada de esto si no fuera porque él volvió a entrar en su vida y las salvó de una muerte horrible.

Ahora rezaba para que saliera adelante. Pidió a un Dios bondadoso y amoroso que les diera una oportunidad más. Ahora se daba cuenta de que todos necesitaban algún tipo de fe. Incluida ella. La diferencia era que recientemente había aprendido que podía

mantener la libertad de su mente y seguir creyendo en algo más. En algo más grande.

Oyó su voz antes de verlo. Kelly levantó la vista y vio a Ian rodando en una silla de ruedas hacia ella. Le miró las piernas con preocupación. Llevaba su propia ropa. Tenía el hombro vendado y el brazo en cabestrillo. Le miró a la cara. Él le sonrió.

"No te muevas", le dijo en voz baja cuando ella empezó a despertar a Jade y a ponerse en pie.

Le pidió a la enfermera que los dejara.

"¿Cómo te sientes? ¿No deberías estar en la cama?" Ella le tomó la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

Se llevó la mano a los labios y le dio un beso en la palma. "Estoy bien. Todo cosido y como nuevo." Se encogió de hombros en la silla. "Es el procedimiento del hospital. Te llevan y te tienen que llevar. ¿Tuviste oportunidad de volver a la posada y empacar?"

Ella asintió. "Reuní tus cosas y una maleta para Jade y para mí. Es todo lo que necesitamos." Habían hablado de ello antes de que se llevaran a Ian en la ambulancia. Ella no quería quedarse en la posada. Se mudarían a un hotel cerca de Conway hasta que las autoridades acabaran con ellos.

Le quitó una lágrima de la mejilla. "Se acabó, amor."

"Me dijeron que habría una larga investigación. Tendría que prestar declaración y dar testimonio. No puedo irme todavía", dijo con tristeza, sintiendo que todo se cerraba sobre ella de nuevo. "Y no hay nada que diga que esta cosa no me seguirá. Quién dice que algún otro chiflado no retomará el asunto donde terminó Somers, dentro de cinco o diez años."

"Kelly, se acabó", dijo suavemente. "Y por lo que tengas que pasar, estaré a tu lado. Y cuando todo el asunto legal esté hecho, estaremos en la carretera."

"¿Adónde?", preguntó ella, ahogándose con las palabras.

"Donde quieras. Nosotros tres. Escogeremos cualquier rincón del mundo que te apetezca y empezaremos de cero. Nuevas identidades. Todo. Ya tengo el visto bueno del Departamento de Justicia."

Sacudió la cabeza con incredulidad.

"¿Pero de verdad quieres hacerlo, Ian?", preguntó nerviosa. "¿Valemos la pena?"

"¡Dios mío!" respiró, inclinándose hacia ella en la silla.

Sus ojos negros se empañaron al acercar su rostro al suyo.

"Tú eres todo lo que quiero ahora. Para mí vales más que mi próximo aliento. Más que mi vida", susurró, besando sus labios. "Te amo, Kelly."

Las lágrimas cayeron sobre sus mejillas. Le besó con todo el amor que sentía en su corazón por él. Con toda la esperanza que él mismo le había dado.

Jade estaba apretujada entre ellos. Consiguió liberarse y miró soñolienta a ambos.

"¿Alguien necesita un curita?"

Gracias por dedicar tu tiempo a leer *Cuarta Víctima*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o escribe una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor… y se agradece mucho.

Esperamos que continúes y disfrutes de las demás novelas de suspense de Jan Coffey. Hemos incluido la lista completa de obras, así como un avance de *Cinco en Fila*, al final de este ebook. ¡Que lo disfrutes!

CINCO EN FILA

Un Porsche se sale de control en un estacionamiento abarrotado. Un todoterreno nuevo atraviesa la cristalera de un concesionario. Un Mercedes baja a toda velocidad por un muelle antes de precipitarse por el extremo sobre la cubierta de un yate. Después, dos accidentes más. Los testigos afirman que los vehículos tenían "mente propia" antes de cada accidente.

Cinco seguidos no puede ser una coincidencia.

La gurú informática **Emily Doyle** se ha convertido en el único objetivo de un hacker decidido a captar su atención. Reconoce la tecnología que se utiliza para controlar los vehículos y, de algún modo, está conectada con cada una de las víctimas.

Ben Colter es el investigador llamado por los fabricantes de automóviles para encontrar el vínculo. A medida que aumentan las víctimas, Emily y Ben deben desentrañar el rompecabezas de los ataques aparentemente aleatorios, mientras una mente retorcida pasa de la realidad virtual al terrorismo internacional.

Buscar *CINCO EN FILA*

Nota del autor

Parece que todos conocemos o hemos oído hablar de alguien que ha sufrido un cambio radical de personalidad. Nos estremecemos cuando oímos hablar de sectas destructivas que de repente aparecen demasiado cerca de nuestro cómodo mundo. Con demasiada frecuencia, desgraciadamente, pasan desapercibidas hasta que es demasiado tarde para hacer algo. Jonestown. Heaven's Gate. Waco. Cuando ocurren, estas tragedias nos hacen preguntarnos cómo pudo ocurrir algo así. Y, en el caso de las mentes de dos escritores de ficción, las tragedias del pasado nos hacen decir: ¿qué pasaría si alguien tuviera la oportunidad de impedirlo?

Siguiendo nuestra costumbre, no podíamos dejar atrás a algunos de los personajes de nuestros libros anteriores. Así que esperamos que hayan disfrutado visitando a Victor y Brian, que aparecieron inicialmente en *Triple Amenaza*. Y para aquellos de ustedes que pidieron un cameo de Nate y Ellie, lo intentamos, pero no pudimos encontrarles una habitación en esta posada. Quizá en el próximo libro.

Para las muchas personas que visitan New Hampshire cada año, queríamos que supieran que el lago Tranquility y el camping y la posada eran puramente productos de nuestra imaginación. Así que

no se pierdan por el bosque en busca de ningún lago de aguas cálidas cerca de Errol. No hay ninguno.

Una vez más, no podemos terminar un libro sin agradecer a nuestros hijos su infinito amor, paciencia y sentido del humor. Son dos jóvenes increíbles, y no podríamos estar más orgullosos de ustedes.

Trabajamos duro para escribir historias que ustedes, nuestros queridos lectores, aprecien y recomienden a sus amigos. Si te ha gustado *Cuarta Víctima*, no dejes de correr la voz y dejar una reseña en línea.

Si quieres estar al día de lo que hacemos, suscríbete para recibir noticias y actualizaciones . Puedes visitarnos en nuestra página web.

¡Paz y Salud!

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY MCGOLDRICK

16TH CENTURY HIGHLANDER NOVELS

A Midsummer Wedding *(novella)*

The Thistle and the Rose

Macpherson Brothers Trilogy

Angel of Skye (Book 1)

Heart of Gold (Book 2)

Beauty of the Mist (Book 3)

Macpherson Trilogy (Box Set)

The Intended

Flame

Tess and the Highlander

Highland Treasure Trilogy

The Dreamer (Book 1)

The Enchantress (Book 2)

The Firebrand (Book 3)

Highland Treasure Trilogy Box Set

Scottish Relic Trilogy

Much Ado About Highlanders (Book 1)

Taming the Highlander (Book 2)

Tempest in the Highlands (Book 3)

Scottish Relic Trilogy Box Set

Love and Mayhem

18TH CENTURY NOVELS

Secret Vows

The Promise (Pennington Family)

The Rebel

Secret Vows Box Set

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

Borrowed Dreams (Book 1)

Captured Dreams (Book 2)

Dreams of Destiny (Book 3)

Scottish Dream Trilogy Box Set

REGENCY AND 19TH CENTURY NOVELS

Pennington Regency-Era Series

Romancing the Scot

It Happened in the Highlands

Sweet Home Highland Christmas *(novella)*

Sleepless in Scotland

Dearest Millie *(novella)*

How to Ditch a Duke *(novella)*

A Prince in the Pantry *(novella)*

Regency Novella Collection

Royal Highlander Series

Highland Crown

Highland Jewel

Highland Sword

Ghost of the Thames

CONTEMPORARY ROMANCE, FANTASY & COZY FANTASY

First Street: Harbor View Cozy Fantasy, Book 1

Second Street: Harbor View Cozy Fantasy, Book 2

Jane Austen CANNOT Marry

Erase Me

Tropical Kiss

Aquarian

Thanksgiving in Connecticut

Made in Heaven

AMERICAN WESTERN ROMANCE

Beyond the Silver Moon

Beyond the Eclipse

Beyond the Christmas Star

NONFICTION

Marriage of Minds: Collaborative Writing

Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century

NOVELS BY JAN COFFEY

ROMANTIC SUSPENSE & MYSTERY

Trust Me Once

Twice Burned

Triple Threat

Fourth Victim

Five in a Row

Silent Waters

Cross Wired

The Janus Effect

The Puppet Master

Blind Eye

Road Kill

Mercy (novella)

When the Mirror Cracks

Tehran's Daughters

Erase Me

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Traditional Westerns

High Country Justice

Bullets and Silver

The Winter Road

Silver Trail Christmas